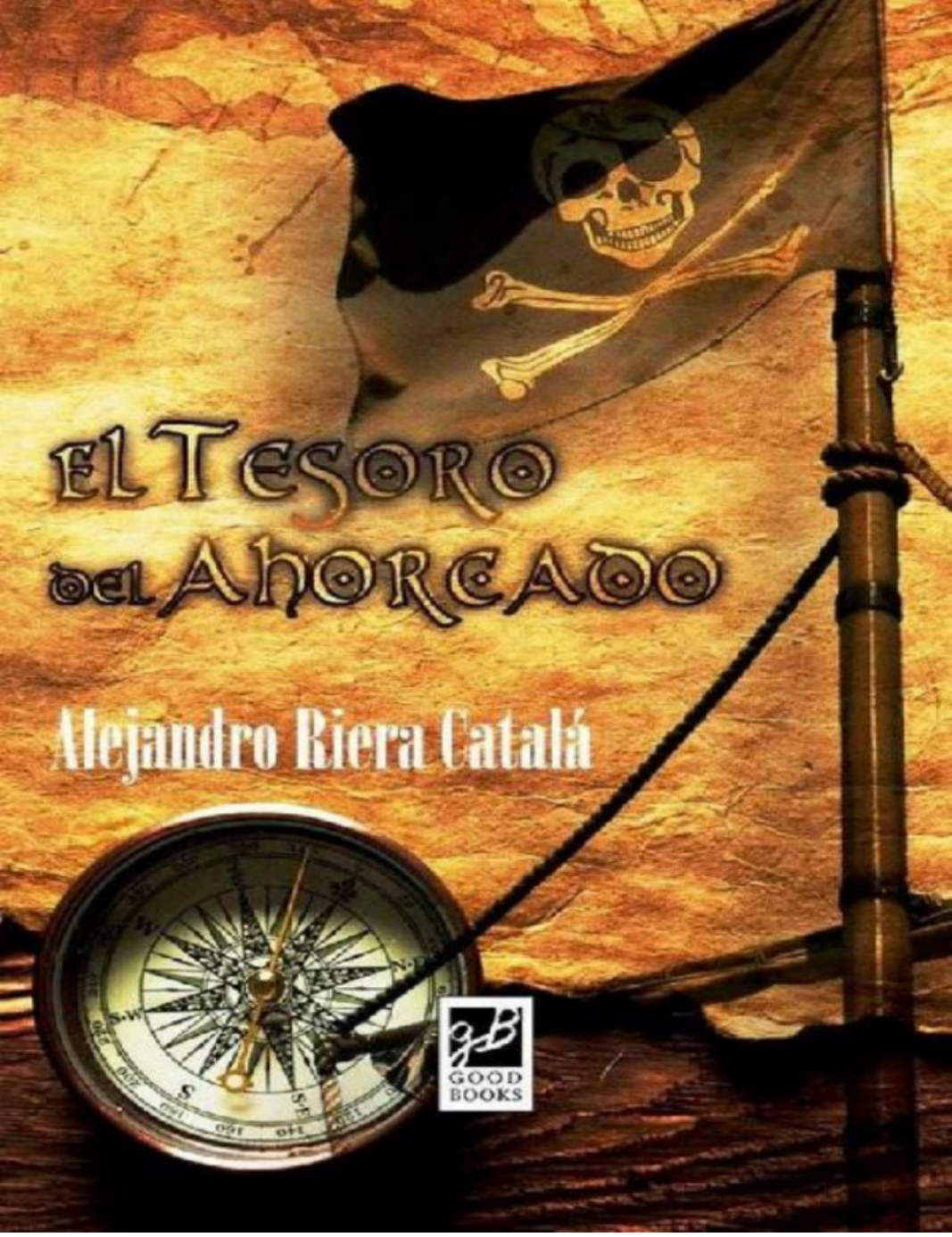
EL TESORO
DEL AHORCADO
Alejandro Riera Catalá
GOOD
BOOKS

El tesoro del ahorcado

Alejandro Riera Catalá

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra total o parciamente sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo las excepciones previstas por la ley.
Todos los derechos reservados.
Impreso en España. Printed in Spain.
Título original: El tesoro del ahorcado

© Goodbooks 2015
© Alejandro Riera Catalá
Calle Nardo, 53, Soto de La Moraleja, Alcobendas, 28109

Primera Edición ebook noviembre de 2015
ISBN: 978-84-943646-9-3
Diseño de Cubiertas: Mari Carmen López

Para María José y para Carlota

Si los cuentos que narran los marinos,
Hablando de temporales y aventuras,
de sus amores y sus odios,
de barcos, islas, perdidos Robinsones,
y bucaneros y enterrados tesoros,
y todas las viejas historias, contadas una vez más
de la misma forma que siempre se contaron,
encantan todavía, como hicieron conmigo,
a los sensatos jóvenes de hoy:

-¿Qué más se puede pedir? Pero si ya no fuera así,
si tan graves jóvenes hubieran perdido
la maravilla del viejo gusto
por ir con Kingston o con el valiente Ballantyne,
o con Coopery atravesar bosques y mares:
Bien. ¡Así sea! Pero que yo pueda
dormir el sueño eterno con todos mis piratas
junto a la tumba dónde se pudran ellos y sus sueños.

Prefacio a *La isla del tesoro, de*
Robert Louis Stevenson

PRIMERA PARTE

Capítulo I

Lo más complicado de esta historia es saber por dónde empezar. En estos momentos me dirijo a Panamá. Es agosto de 1731.

La primera pregunta que debería responder es la de qué hace un médico español, con una posición social, marchando a tierras tan lejanas, bueno pues la culpa la tiene la literatura. Más concretamente un libro que llegó a mis manos hace ya algunos años, cuando solo contaba con 15 veranos. El libro se llama *Piratas de la América y luz a la defensa de las costas de las Indias Occidentales* y su autor es Alexander Exquemelin.

Alexander lo publica en Ámsterdam en 1678, y sólo tres años después aparece la versión española, que casualmente es traducida por un médico, amigo de mi padre, que vivía en aquel tiempo en los Países Bajos.

Exquemelin se embarca en 1666 en el navío San Juan, de la Compañía Francesa de las Indias Occidentales, con la que parte del puerto rumbo a la isla de la Tortuga, en el Caribe. El barco en el que viaja cae en manos de los piratas y el hombre es vendido como esclavo en Tortuga. Durante el cautiverio aprendió de su amo el oficio de cirujano, y, en calidad de tal, abrazó la Ley de la Costa e ingresó en la congregación de los piratas. Sirvió a las órdenes de piratas tan «insignes» o sanguinarios como L'Olonnai o Morgan. Participó activamente en el corso y en los asedios a las plazas de tierra firme: estuvo presente en los dos asaltos a Maracaibo, en las dos tomas de la isla de Santa Catalina y en la toma e incendio de Panamá. Vida, hazañas y crímenes de los piratas del siglo XVII.

Esta historia marcó mi vida y gracias a amigos franceses e ingleses que he ido forjando a lo largo de mi carrera he conocido miles de aventuras de piratas de todo pelaje y condición.

Hete aquí la cuestión. Las últimas noticias que me llegan del África más meridional, las Islas Bourbon, me llevan a Panamá. A buscar mí historia de piratas, a relatar la vida de uno de ellos que deja un tesoro escondido y mil leyendas a su paso.

Capítulo II

Las aguas ya no están tan revueltas como antes. Ni de mareas, ni de filibusteros. Lejos quedaba ya su edad de oro, su poderío y su dictadura en el mar. Los ingleses casi habían esquilmado el mar de estos lobos marinos que en otros tiempos campaban a sus anchas. Llegar al nuevo mundo se hace muy largo y está lleno de penurias, hasta para los que viajamos con todo tipo de comodidades y comida a bordo.

Mi condición de cirujano me obliga a atender las enfermedades típicas de estos largos viajes. Las damas que viajan a bordo y algunos esclavos han sido los más afectados.

Nuestra llegada a Cuba se hace esperar por algún cambio de viento, pero al reconocerla desde la distancia me vienen a la mente distintos pasajes del libro, que viendo la Habana diría que es más una guía. Una de las plazas más fuertes de las Indias septentrionales, era el puerto más importante para llegar a Europa desde Caracas, Cartagena y Costa Rica. La ciudad es un hervidero de marinos y mercantes, de jóvenes damas y recios muchachos que frente a distintos barcos buscaban una oportunidad de alistarse para trabajar en algún navío.

En pocos días encuentro un barco que va dirección a Portobelo, en Costa Rica. Esta ciudad, está situada a catorce leguas del golfo de Darién y ocho del lado de occidente, del Nombre de Dios. Es la más fuerte plaza que el rey de España posee en todas las Indias occidentales, excepto La Habana y Cartagena. La defienden dos castillos inexpugnables que están a la entrada del puerto, de modo que pueden defender la ciudad y no dejar entrar navío ni barca alguna si no fuere con permiso. Todos estos puertos habían sido los dominios de Morgan, donde urdió sus escabechinas, sus pillajes. Pero no era Morgan, decano de corsarios la misión de mi libro. Ríos de tinta y de sangre se habían escrito ya de este rufián, que de Portobelo pudo tomar al mando de nueve bajeles; el castillo de Santiago, una de las fortalezas de la plaza, cayó, pero para tomar la fortaleza de San Jerónimo tuvo que recurrir a medios menos militares. Sacó de los conventos a los curas y monjas y los utilizó como escudo; pudo tomar el fortín y señorear la villa y su puerto durante unos días. Saqueos, incendios y pillajes de toda clase se sucedieron. Finalmente, reclamó 150.000 pesos y abandonó la plaza. Para mí era solo un lugar de paso. La ruta de los feriantes de plata, que transportaban en mulos desde Panamá, me serviría para

llegar a mi destino.

Capítulo III

He perdido la cuenta de las noches que llevo en travesía desde España. Cruzar Costa Rica está siendo toda una aventura. La selva llega, en algunas partes del camino a ocultar el sol y la lluvia, tanto es así, que sabemos que llovizna por el atronador sonido de las hojas que cubren el sendero. Cuando el cansancio aprieta encendemos fuego para ahuyentar a las fieras. Los mulos son un manjar muy agradable para ocelotes y jaguares.

El Guanacaste es uno de los árboles que más nos acompaña en este viaje. Me cuentan los feriantes que en sitios donde se da una estación seca, fuerte, este árbol está protegido para destinarlo a sombra de áreas ganaderas o agrícolas. Su madera es fácil de trabajar y se usa en tablas y vigas para construcciones rurales, utensilios de cocina, canoas, ruedas de carreta, muebles, carrocería y enchapes. Es resistente al fuego y al comején, durable en el agua y en suelos húmedos. La madera seca no tiene olor, aunque el aserrín despide un olor penetrante por eso no se debe tirar a los ríos porque mata los peces y al ganado. También lo utilizan de medicamento, para tratamientos de afecciones bronquiales y pulmonares. Las vainas también son apetecidas por el ganado, el cual pasa pastando tranquilamente bajo los árboles que están *botando* las vainas y traga enteras la mayor parte de las semillas, motivo por el cual nacen estos árboles tanto en los corrales como en los caminos por donde pasa el ganado. También he conocido el Ñame, un bejuco que posee unas raíces tuberosas de gran tamaño. Constituye la verdura favorita de Panamá, pero es muy venenoso crudo. Sin embargo es comestible y excelente alimento después de ser hervido ya que el calor destruye los alcaloides como la dioscorina que contiene en gran cantidad y que tiene el efecto de paralizar el sistema nervioso. El palo de buba es utilizado para curar el "mal de las bubas", unos de los tipos de la sífilis tropical, origen según muchos creen de la que se extendió por Europa después del descubrimiento. Del achiote ya había leído al cronista Gonzalo Fernández de Oviedo en su libro *Historia Natural y General de las Indias y Tierra Firme del Mar Océano*. Los indios utilizan este pigmento rojo para protegerse de la acción de los rayos solares, para acicalarse, y para condimentar sus alimentos. Las frutas que con abundancia crecen allí, no rinden feudo de menores ni menos estimadas que las otras islas circunvecinas; contaré algunas de las más ordinarias y comunes,

como son: anona, arasá, coco, guarabana, la uva de playa, la granadilla. Por no ser molesto dejo de especificar.

Una espesa llanura nos deja ver la ciudad de Panamá. La misma espesura que aprovechó Morgan. Hoy, quien lo iba a decir, sus aguas están gobernadas por un pirata.

Capítulo IV

Poco ya quedaba del Panamá de Morgan. Solo las casas más viejas guardaban algún recuerdo, alguna pista de que hubo un cruel incendio y alguna pared dolorida por la explosión de una granada. En la parte más antigua de la ciudad vive el que será mi posadero. Fernando, hijo del Presidente de la Audiencia y el cargo además de Comandante General de Tierra Firme, Jerónimo Badillo que ejerció el mando hasta fines de 1723 en que murió. Fernando, tras la muerte de su padre había heredado una cantidad ingente de dinero, lo que le hizo abandonar los estudios de medicina, que compartió conmigo, para llegar a Panamá con el fin de dilapidar la fortuna familiar.

Llego a su casa y toco el portón. No tarda en abrirme una mulata bien parecida, que me hace pasar a un inmenso salón que antaño seguro tuvo más solera.

> -Te esperaba hace días–.Sale Fernando de una puerta que no he visto haciendo aspavientos.

-A veces el mar juega malas pasadas –respondo abriendo mis brazos para estrecharnos en un abrazo.

-Viejo amigo, espero que no hayas encontrado piratas, porque entonces no dejaras de hablar de ello. Jajá–. Sus gritos hacen eco en la sala desnutrida de muebles-. Estarás agotado. El servicio llevará el equipaje a tu dormitorio. Nosotros iremos a beber ron al mejor local de Panamá.

-La verdad es que estoy muy cansado. La jungla puede acabar con cualquiera.

-No hay excusa que valga. Hace años que no nos vemos y tenemos que ponernos al día–. sentencia sin dejarme rechistar.

Capítulo V

El antro está cerca de la casa. Mestizas, negras acompañan en casi todas las mesas a marineros y hombres de todas clases. No se puede decir que la alta sociedad se encuentre por estos lares, más bien aquellos que buscan escapar de su rutina. Nada más entrar nos dan dos pipas, blancas y alargadas, frágiles y un poco de tabaco. Aprovechamos la lumbre para encenderla.

Fernando pide vino y grog (una bebida hecha de agua caliente azucarada, mezclada con bastante ron) como si fuéramos dos marineros de ultramar.

-¿Qué te trae a estas tierras casi dejadas de la mano de Dios? En tu carta solo me decías que venías –pregunta mientras da un largo sorbo al vino.

-Si te hubiera dicho a lo que vengo no me habrías dejado–. sonrío-. Por fin me he decidido a escribir un libro sobre piratas. Buscaba una historia que fuera apasionante y la he encontrado.

-Panamá ya no es lo que era-. me pone mala cara-. En la época de mi padre no había tantos problemas. Esta ciudad nunca ha sido segura, pero ahora, que los indios empiezan con sus revueltas, se complica más el ambiente. Los piratas cada vez son menos. Su época dorada ha tocado a su fin. Aquí mismo puedes encontrar a filibusteros de medio pelo que te podrán contar mil perrerías.

-Ya, pero yo busco algo distinto. No busco a ningún bucanero de por aquí. En Panamá está un hombre que me puede contar la historia de un pirata, pero no de estas aguas. Yo vengo a hablar de un pirata del Índico.

-Tú te has vuelto loco. Has recorrido miles de leguas y te has equivocado. Las aguas que bañan estas tierras son el Caribe y el Pacífico –me dice mientras gesticula enfadado.

-Lo sé buen amigo. Pero aquí se encuentra un pirata retirado de aquellos mares.

-Si eso es así no le conozco-. sigue enfadado.

-Busco a John Taylor, capitán de la guarda costera de Panamá.

-Jajaja -rompe a reír–. Taylor estuvo dirigiendo la marina en tiempos de mi padre. Ahora es un viejo cascarrabias que suele emborracharse cerca de la iglesia. Mañana le buscaremos. Hoy tomemos otro trago.

Capítulo VI

La noche fue larga y la mañana la he pasado durmiendo. Fernando, me parece que más acostumbrado a las noches largas, parece que se levantó temprano.

-Ya se levantó el marinero embarrancado -dice con su gruesa voz–. Te has despertado a la mejor hora del día. La de comer.

Sonrío y le sigo al comedor. La mesa está llena de frutas que no reconozco, de viandas y pescados hechos al fuego sin miramientos. Pienso que la comida de mi casa queda lejos, así que, sin mediar palabra y como un perro hambriento, como lo que para mí es familiar y observo como Fernando desmenuza alguna fruta que no alcanzo a saber qué es.

-Parece que te estás recuperando del viaje –su bronca voz rompe el susurrante sonido de las bocas al masticar–. Esta tarde, cuando amaine el sol, saldremos a buscar a tu amigo. Esta mañana he preguntado por la ciudad, es posible que nos esté esperando. Tengo que advertirte algo muy importante. Mucha gente odia a los españoles. Más de lo que te puedes imaginar. Así que nada de alardear, ni de hablar de dónde vienes. En los locales que frecuentamos la vida vale muy poco.

-Entendido –le digo limpiándome con la mano la comisura de la boca–. Parece que al llegar al nuevo mundo he perdido los modales –bromeo.

-Estás en tu casa, ya lo sabes.

Las horas pasan muy deprisa. En el poco tiempo que llevo en el nuevo continente me he dado cuenta de que amanece muy pronto y anochece también pronto. Aquí las horas de luz están más contadas. El cielo es distinto al de mi tierra. Aquí las nubes son espesas, enormes, como si estuvieran cargadas a rebosar. Los azules son más cálidos, los verdes más intensos. Los rojos son muy oscuros, del color de la sangre derramada. En poco tiempo he aprendido que es más sano beber vino que agua, que normalmente está contaminada, que las penas con grog se quitan y que alguien embarrancado es un marinero en tierra.

Capítulo VII

La casa adónde vamos es la tercera que visitamos esta tarde. En cada una de ellas nos mandan a la siguiente. Parece que Taylor es conocido en todas las tabernas de Panamá. Voy cargado con mis utensilios para transcribir sus historias.

Nuestra llegada no pasa inadvertida. Parece que nos estuvieran esperando. El posadero nos indica con el dedo la mesa de Taylor sin que nosotros le hayamos preguntado nada. Yo le hacía más viejo. Su leyenda le precedía, así como su fama de cascarrabias. En la corta barba que lleva no todo eran canas. Su mirada, perdida, parece estar surcando los mares, mirando al horizonte.

Nos acercamos a su mesa. Está solo. Antes de que articulemos palabra nos dice:

-¿Quién busca a Taylor en Tierra Firme? -aún guarda cierto acento inglés.

-Fernando Badillo, hijo de Jerónimo Badillo, Presidente de la Audiencia y Comandante General de Tierra Firme –me mira y me hace una seña para que guarde silencio.

-Hijo, eso fue hace muchos años –dice con resignación–. Yo conocí a tu padre. Fue un buen hombre. Murió a los pocos meses de llegar yo aquí. ¿Y para qué busca el hijo de un amigo al viejo John Taylor? – sus ojos siguen mirando al vacío.

-Mire, tengo un amigo que quiere hablar con usted.

-¿A su amigo le debo dinero?

-Que yo sepa, no –me mira asombrado.

-Entonces, yo no tengo nada que decirle –sentencia dando por finalizada la conversación.

-Quiero hablar con usted de Olivier Levasseur, “El Halcón” –interrumpo intentando ser osado.

Se da la vuelta violentamente y me atraviesa con la mirada, como si con un sable me estuviera dando muerte.

Capítulo VIII

-¿Quién quiere saber de ese traidor? Yo no le llamaría "El Halcón", más bien es "El Buitre". No sé dónde está esa rata. Espero que en el fondo del mar.

-Ni nombre no tiene importancia. Soy solo un loco al que le encantan las historias de piratas –respondo vehementemente–. No quiero que me cuente el paradero de Levasseur, de hecho ya lo sé. Quiero conocer su historia, la historia de ustedes dos.

-Ja, ja –ríe Taylor con cierta sorna–. Ese tuerto traidor era un avaricioso. Espero que se haya hundido con su último botín.

-Bueno, más o menos fue así. Hace un año lo colgaron del mástil más largo que encontraron en Saint Paul. Frente a la iglesia.

Taylor pone cara de asombro. Parece cierto, que no sabe nada. Le hace una seña al posadero, que pronto trae dos botellas de ron. Con otra seña pide dos vasos más. Con los pies aparta las sillas que están junto a la mesa. Es un claro ademán para que nos sentemos. Fernando, más ducho en estos lares, al menos, lo ha entendido así, yo simplemente le sigo. Taylor llena los vasos hasta derramar la bebida. Su mirada vuelve a estar perdida, pero esta vez amaga una amarga sonrisa, de esas que todos tenemos cuando las buenas noticias traen complicaciones. Levanta el vaso mojando su parte de la mesa.

-Brindemos por "El Buitre" ¡Qué el fondo del mar no lo devuelva nunca! -Todos bebemos. A mí me entra tos. No estoy acostumbrado a este endiablado licor–. Mira, muchacho –se dirige a mí–. La horca es la peor de las muertes para un pirata. Un pirata tiene que morir en la mar, y a ser posible hundirse con sus tesoros. Un pirata tiene que acabar sus días alimentando a los peces. Solo por respeto a él hablaré contigo. ¿Qué quieres saber?

-Bueno. Con ese final. Me gustaría escribir sobre la vida de Levasseur.

-¿Qué eres un *drivelswigger*?

-No le entiendo –le miro con asombro

-Lees demasiadas aventuras náuticas –me responde con desazón.

-No lo entiende. El final de la vida de "El Halcón" es el mejor final para un libro.

Taylor se levanta violentamente de la mesa y me coge de la pechera.

-¿Qué dices insensato? ¿qué la horca es un buen final para un marino? –dice mientras me vuelve a clavar su mirada.

-No me ha dejado terminar. Levasseur, en el cadalso, dijo algo que quedará en los libros de historia –respondo con dificultad. Taylor aprieta cada vez más.

-¿Qué dijo ese pobre rufián? –dice acercando su cara a la mía.

-*Mes trésors à qui saura comprendre*! ¡Mis tesoros para quien lo comprenda! – lo traduzco por si mi francés no es muy bueno.

-Te entendí a la primera –me suelta y vuelve a mirar al horizonte–. Pero no entiendo –balbucea–. No entiendo por qué dijo eso-.Se vuelve a sentar en su sitio mientras Fernando nos mira atónito.

-Asombró a todos desde el patíbulo al mostrar un manuscrito que llevaba escondido entre sus ropas y, lanzándolo ante quienes contemplaban la ejecución –le aclaro.

Taylor bebe y deja el vaso en la comisura de sus labios. Está pensando. Pero no sé en qué. Su mirada parece estar haciendo memoria, recordando viejos tiempos, quizás antiguas aventuras.

-¿Tienes ese manuscrito? –me pregunta mientras sigue mirando a la mesa.

-No, no me interesa. Yo lo que quiero es conocer su historia, no sus tesoros –le resto importancia–. Para mí lo interesante es la vida de "El Halcón"… bueno y la suya. Lo que compartieron, sus grandes logros, sus alegrías, sus fracasos –intento trasladarle mi pasión por la vida de los piratas.

-¿Sabes leer y escribir? –me pregunta con interés.

-Por supuesto. Tengo idea de escribir una aventura sobre la vida de ustedes dos –le respondo muy digno.

-Vuelve mañana. Te contaré lo que necesites saber –dice mientras se levanta, dejando unas monedas en la mesa donde está el posadero y sale de allí.

Capítulo IX

Llevo un mes en Panamá. Intentar que un pirata hable cuesta más de lo que me pensaba. Hay días que habla, hay días que la borrachera no me permite entender sus balbuceos y otros días que simplemente no aparece por la posada. Los días que habla siempre acaba enfadándose conmigo, o consigo mismo, se levanta y se marcha. Los días que está borracho, acaba durmiéndose en la silla y los días que no aparece, ¿quién sabrá?

Poco se sabe del pasado de Levasseur antes de Taylor. Parece ser que durante la Guerra de Sucesión de España, se procuró una patente de corso del rey Luis XIV y se convirtió en corsario al servicio de la corona francesa hasta que "el Rey Sol", acabadas las guerras europeas, decretó el fin de los corsarios. Allá por el 1716 estuvo en el Caribe con Barbanegra y es de esta época donde le viene su apodo. Según el Capitán Charles Johnson en su *The General History of the Robberies and Murders of the Most Notorious Pirates* publicado hace siete años, cuenta que habría asistido a la reunión de piratas de Providence, donde parece decidir viajar hacia "la Costa de los Esclavos", en el cuerno de África. Taylor, de todo esto, parece no saber nada.

A partir de 1719 se unió a Davies y Cocklyn durante un tiempo, con ellos en 1720 atacaron el puerto esclavista de Ouidah, en la costa de Dahomey. En su viaje hacia el golfo Arábigo, "El Halcón", naufragó en el archipiélago de Comores, concretamente en Mayotte, donde quedará definitivamente ciego del ojo que ya tenía enfermo; a partir de aquí empezará a usar parche. Aquí es cuando Taylor parece serme de ayuda. En esta isla conoce a John Taylor y a Ed England.

"Nosotros nos dirigíamos a la isla de Johanna cuando avistamos a dos barcos de la Compañía de las Indias Orientales". Aquí su voz se vuelve nítida, como si lo estuviera volviendo a vivir. "El *Cassandra* y el *Greenwich*, comandadas por el perro de Macrae. Parece ser que los navíos habían hecho escala para cargar agua dulce antes de partir hacia Bombay cargados de plata. El encuentro fue sangriento, noventa de los nuestros cayeron, pero finalmente nos hicimos con el barco. Setenta y cinco mil libras en plata. Un buen botín para repartir y un buen barco para reemplazar al nuestro, maltrecho tras la sangrienta batalla. Nuestro abordaje le salva la vida a Levasseur. Ese buitre, al parecer, era perseguido por dos galeones cargados de cañones e intenta escapar antes de ser

capturado. Sus perseguidores desvían su rumbo al ver como una tormenta terrible se acercaba hacia aquellas aguas del demonio. *La Reina de la Indias*, la nave de Levasseur, sufre los embates rabiosos de la tempestad, encallando finalmente en Mayotte. La mitad de la tripulación muere a consecuencia de la tempestad y el barco queda desahuciado".

No dejo de tomar notas. Me salto los detalles más escabrosos. "En Mayotte la tripulación intenta rescatar lo que pueda ser útil, vigas, mástiles, todo aquello que puede ser convertido en otra embarcación más modesta, con la esperanza de poder llegar a Madagascar. Resultó que el carpintero había muerto durante la tormenta así que lo que hacen con las maderas es una chapuza. Catorce de los hombres salen en unas maltrechas canoas de avanzadilla. Con la mala fortuna de que son interceptadas por Macrae. Cuando esa rata se dirige a dar muerte a Levasseur nos encontró a nosotros. Malditos sean sus ojos. Ese golpe de suerte hizo que Macrae no llegara a atacarles y nosotros sabiendo de su existencia fuimos a rescatarlos. Nosotros habíamos perdidos a mucha tripulación así que se unieron a nosotros. Levasseur pasa a capitanear el *Victorieux*, el que fue barco de England y yo me quede con el *Cassandra*, al que cambié el nombre por el de *Defense*". Veo que en los días posteriores ya cuenta historias sin el capitán England así que le pregunto, por el que imagino, fue su cruel destino. Cada vez que nombro a England, Taylor escupe en el suelo con una mezcla de ira y rabia.

Capítulo X

Tarda en responderme. Parece que le molesta contestar mis preguntas sobre England. Uno de los días que está más borracho de lo habitual le da por contarme la historia.

"Ya te dije que antes de salvar a Levasseur luchamos encarnizadamente con Macrae. Pero no te conté que ese cobarde escapó de la batalla con unos pocos hombres. Merecía la muerte. Se escondió en una isla cercana, pero el hambre es muy mala consejera, así que tras cinco lunas apareció en el "Cassandra" pidiendo clemencia. La que él no tuvo con nuestros noventa hermanos que cayeron muertos al mar. Todos estábamos de acuerdo en que debía alimentar a los peces, bueno todos no, England era un blando. Utilizó las malas artes para convencerme de que lo liberásemos, que le diéramos nuestro antiguo barco, que no llegaría muy lejos y el ron hizo el resto. Mientras la mayoría de nosotros dormíamos la borrachera England los dejo escapar, con algunas municiones y algo de comida y agua. Nos pareció del todo intolerable. Así que le pusimos sus cosas en una canoa y él, junto a tres de sus fieles, fueron abandonados a su suerte". Con su lengua de trapo y su tambaleante cuerpo me mira y me guiña un ojo.

Los días que llego pronto y aún no está bebido es muy detallista, pero muy desordenado. En mi intento por recopilar la historia hago lo que puedo para ordenarla cronológicamente, lo que no siempre es posible.

"Me había quedado con prisioneros, oficiales y soldados pertenecientes al perro de Macrae, que habían preferido la vida pirata a la muerte segura. Divisaron dos barcos y creímos que eran ingleses, ordene a uno de estos oficiales que empleara las señales privadas entre los buques de la Compañía para comunicarse, jurando que si no lo hacía de inmediato lo cortaría en pedazos". Me dice otro día con la misma naturalidad con la que le pide ron al posadero. "Al llegar a los barcos, ja, eran árabes cargados con caballos. ¿Para qué quiere un marino una animal de tierra? ¿Para qué? Así que cogimos sus víveres y los dejamos varados en una isla cercana. La mar no está solo llena de peces, también de flotas que transportan tesoros. Cuando sopla viento del este ponte manos a la obra. En una ocasión, engañamos a una escuadra de cinco buques ingleses para que no nos atacaran. Ineptos. El mar era nuestro y todo lo que encontráramos en él también".

Capítulo XI

Decía que hace un mes que llevo en Panamá. Hoy es uno de esos días en que Taylor no ha aparecido. Vuelvo a casa de Fernando triste. Esta semana solo ha venido un día y estaba más preocupado por hacerme él las preguntas, qué si se nadar, qué si conozco las partes de un barco, qué si conozco a los "Hermanos de la Costa", qué si sé manejar un arma.

Llego a casa y Fernando no está. Como siempre. Hoy es viernes, así que estará buscando una ramera. No tengo ganas de ir a buscarle. La gente del servicio tampoco parece estar. La casa está cargada de un silencio de complicidad. Al subir a mi dormitorio escuché como si alguien estuviera dentro. Lo mismo Fernando encontró dos rameras y una la dejó en mi cuarto.

Entro y todo está revuelto. Un golpe en la cabeza me hace perder el sentido.

Despierto atado, encima de un caballo, como un bulto más. El jinete, al que no logro verle la cara azota al jamelgo con destreza. La fusta si la veo. El horizonte se va abriendo entre la maleza. La luna parece marcar un sendero en el mar, antorchas iluminan las velas de un galeón del que un montón de hombres suben y bajan.

Al acercarnos reconozco a algunos marinos, muchos de ellos pasaban también las tardes y las noches en la misma posada que Taylor. Viendo a la tripulación creo que soy el más joven de todos ellos. Entre dos marineros me cargan en el barco como a un saco. Me dejan en cubierta, tumbado junto a unos barriles que rezuman vino. Me hago el muerto. Si piensan que seré una carga me dejaran caer antes de zarpar. Oigo un portazo sus pasos hacen rechinar la madera, que suena a húmeda y vieja. Algo me pincha la nalga.

-Muchacho. Bienvenido al *Intrépido* rumbo a las Indias Orientales. –Espada en mano, Taylor me mira desafiante–. Pasa a mi camarote, tengo que hablar contigo.

Capítulo XII

Me desatan y sigo los pasos del capitán Taylor. Cruzamos un portón astillado que hace unos años debió tener cierta majestuosidad, accedemos a un pequeño alcázar, siguiendo recto por esta sala está la puerta de la cabina del capitán y a la izquierda se ve la puerta de la cabina del primer oficial, que está bien cerrada. Al entrar en la estancia de Taylor, la pieza más grande de los muebles, es la mesa, inmediatamente visible, domina el centro de la sala, sobre ella mapas viejos, una pluma, un plato de naranjas (bueno para la lucha contra el escorbuto), y una lámpara de aceite. A la derecha de la mesa hay un armario de roble, con las puertas de cristal. En el interior se revelan muchos estantes llenos de objetos interesantes. Los más obvios son los mapas enrollados en el estante superior. Escondidos allí, también hay algunos libros antiguos, y un pequeño diario, así como un tintero con tapón y varias plumas afiladas. En el estante inferior hay una bolsa de terciopelo que contiene un catalejo, y un plato desvencijado, que contiene cinco o seis anillos de plata idénticos, cada uno con la forma de una sirena. En la esquina izquierda de la mesa hay una cama con dosel, con dos arcones a sus pies. Taylor es bastante limpio (para ser un pirata), pero la cama está sin hacer, y en el suelo hay una camisa sucia junto a unas medias viejas que, para recibir mi visita, han sido hábilmente empujadas junto al mueble para no ser vistas.

-Te estarás preguntando qué haces aquí –me dice mientras se sienta tras a mesa–. la culpa de todo esto la tienes tú. – le miro con cara de asombro y estupefacción–. Sí, no me mires así. Fuiste tú el que me contó cómo murió el buitre de Levasseur, fuiste tú el que me hizo recordar mi vida frente al mar, los botines, el viento rozando tu cara, la batalla. Has vuelto a despertar a este viejo lobo de mar. Me dijiste que sabías leer y escribir, te he visto escribir, ahora te quiero ver leer–. no salgo de mi asombro–. el día después que me contaras lo que había sido de Levasseur y su acertijo, un barco zarpó de este mismo puerto hacia Saint Paul, allí mis hombres se hicieron con el acertijo, no fue difícil, la mayoría de los hombres que vieron bailar por el cuello a Levasseur habían sido piratas a mis órdenes y a las suyas. Así es que cuando han vuelto, nos hemos puesto manos a la obra. Tú me dirás que dejó escrito “el Halcón”, como tú le llamas. Sé que no ha sido la mejor de las maneras para traerte aquí, pero si te lo hubiera consultado me hubieras dicho que

no. – noto como el barco zarpa de puerto. La pesada ancla emite un sonido muy característico–. antes de que puedas leer el testamento necesito que aceptes, como todos los marineros, las reglas de los Hermanos de la Costa.

-Capitán Taylor, estoy atónito. No tengo palabras. Me ha secuestrado para buscar un tesoro. Yo solo quería escribir las andanzas de dos piratas, las de usted y las del Halcón… - hago una pausa mientras Taylor se levanta y de los arcones junto a la cama saca una botella de ron y dos vasos de cobre–. yo no soy marinero, no estoy preparado para hacer el dulce comercio, como ustedes llaman a la piratería…

-Muchacho – me interrumpe–. no quiero lloriqueos. Te he traído a mi camarote para que conozcas y aceptes las condiciones del contrato–. mis plegarias no han conseguido más que enfadar al capitán–. Debes saber: Artículo primero: Si no hay botín, no hay paga. Artículo segundo: Todo lo incautado en los abordajes forma parte del botín común. Quien usurpase la menor alhaja para uso particular será castigado. Artículo tercero: Los prisioneros hechos presos serán puestos en tierra lo antes posible. Artículo cuarto: Algunos prisioneros podrán reservarse para el servicio del barco y como ayuda. En un plazo de dos o tres años se les dejará en libertad. Artículo quinto: Obligación de calafatear el barco, es decir, todos somos responsables de mantenimiento del navío, si algo se rompe hay que arreglarlo. Artículo sexto: Está por escrito lo que ha de percibir cada miembro de la tripulación y las recompensas y premios de los que sean heridos o mutilados de algún miembro. ¿Está claro?

-¿Tengo la opción de renunciar y volver a casa?

-O aceptas o te dejaré en la próxima isla desierta que encontremos con un poco de agua y una pistola con un solo disparo –sonríe–. Te advierto que los mares del sur, como en el Índico, hay millones de islas.

-Acepto –digo con resignación.

-Empezaras limpiando las cubiertas y ayudando al cocinero. También limpiaras mi camarote. Desde ahora te llamaré “mozo” y ese será el nombre al que tú responderás.

Capítulo XIII

La noche se hace eterna. Los otros mozos me han hecho sitio en la bodega para poder dormir un poco. Cuando el sol asoma todo el mundo se levanta, es entonces cuando los que han hecho guardia pueden descansar.

En mi vida nunca he fregado un suelo. Sin embargo el que me ha despertado lo ha hecho para darme un cepillo y un cubo con agua salada.

-Antes de que todos se levanten la cubierta tiene que estar limpia –me dice como si mi vida dependiera de ello.

Somos cuatro los mozos que nos dedicamos a esto. Veo que ninguno de nosotros sabe por dónde empezar, así que me decido repartir la cubierta por partes y adjudicarla. Me miran mal pero me hacen caso.

La cubierta está muy animada, todos los hombres tiene algo que hacer. El capitán es el último en salir. Nos mira condescendiente junto al timón. Nos hemos encontrado las miradas en varias ocasiones. Creo que Taylor me mira como parte del tesoro. Por lo que veo a mi alrededor no debe haber nadie que sepa leer y escribir.

Observo con cierto disimulo que algunos marineros, el segundo de abordo, el primer oficial y Taylor portan en su mano izquierda un anillo como los que vi en el camarote del capitán.

Cuando estoy a punto de acabar con mi parte de la cubierta se me acerca el segundo de abordo.

-Mozo, el capitán quiere que le limpies el camarote –le miro con cautela, pero su dedo intransigente me señala el camino que debo seguir. La verdad es que en lo que llevamos de día, el sol casi está en lo más alto, aún no he oído a nadie quejarse, ni lamentarse.

Capítulo XIV

El camarote está igual que cuando lo deje por la noche. Observo que encima de la mesa hay un candelabro con una vela casi sin cera, como si hubiera estado toda la noche encendida. No he hecho una cama en mi vida, pero las he visto hacer. Estoy haciendo el intento cuando el capitán entra de pronto.

-Mozo, aquí te quería ver yo. No te molestes en hacer la cama, cuando caiga el sol habrá que volverla a deshacer. Estas aquí por otro motivo. –Eso me imaginaba yo, pienso para mis adentros.

-Lo que usted mande, capitán –es una frase que llevo oyendo desde que Taylor apareció en cubierta.

-Mozo, aprendes rápido –sonríe–. Coge papel y tinta. Aún no te he contado lo mejor de nuestra historia. Lo que nos ha traído hasta este camarote y a este barco. –Él se sienta tras su mesa y yo obediente tomo papel, pluma y tinta-. ¿En qué punto nos quedamos de la historia? –Abre una botella de ron.

-Me hablaba de sus aventuras con el *Defense* y el *Victorieux* –contesto diligente.

-Ah sí, ya recuerdo, muchas fueron nuestras aventuras, pero una marcó nuestra vida. El *Nuestra Señora del Cabo* era un buque de 800 toneladas con 70 cañones, era el buque insignia de la flota portuguesa de Goa. Tenía a bordo un cargamento con riquezas invaluables de las Indias y se dirigía hacia la ciudad de Lisboa en Portugal. Un ciclón les obligo hacer una parada en las Islas Bourbon. Los fuertes vientos los forzaron a refugiarse en la bahía de Saint-Denis para realizar reparaciones. Pobres diablos –se dice para sí mismo–. El portugués había anclado a bastante distancia del muelle, la profundidad de la bahía no permitía el atraque de navíos como ese. Marineros y carpinteros estaban ocupados en las tareas de reparaciones y la tripulación disfrutaba de descanso en tierra. A los pocos días se percatan de nuestra presencia y avisan al virrey, que también iba en el barco. Llevábamos bandera inglesa, así que un poco más y nos reciben con honores. El virrey, avisado de nuestra llegada volvió al barco. Nuestros galeotes entraron sin obstáculos al fondeadero de Saint-Denis. Nos colocamos a cada lado del portugués, y cuando estaban a tiro de cañón, los gallardetes de conveniencia fueron arriados y sustituidos por nuestra bandera pirata. Nosotros, entre los dos barcos, setenta y cuatro cañones y cuatrocientos ochenta hombres con sed de sangre. Ellos, no más de setenta hombres, entre marineros y carpinteros, bueno y el virrey.

Pocas armas habían sobrevivido al ciclón, así que no podían ofrecer mucha resistencia. La batalla no iba a durar mucho y de hecho así fue, ante la debilidad de los portugueses, faltos de tripulación, armas, y con sus dos anclas a fondo. Mi primer ataque fue rechazado, porque eran pocos pero muy valientes -me aclara por si tenía alguna duda-, sin embargo “El Halcón” aprovecha los flancos que deja mi primer ataque y arrasa el puente y lo toma tras una breve refriega. Se defendieron, el más fiero fue el propio virrey. Pero acabaron rindiéndose. Así que los mandamos a tierra y celebramos nuestra victoria. No nos imaginábamos lo que encontraríamos allí…

Llaman a la puerta insistentemente. Nos interrumpen. Es el primer oficial. Barco a la vista.

Capítulo XV

Taylor se apresura a coger su catalejo. Antes de subir a cubierta me dice que siga las instrucciones del primer oficial. Este me mira con cierto desaire, observa que estoy escribiendo y me dice con desgana

-Si sabes leer y escribir, mejor quédate en este camarote, no hay muchos como tú en este barco.

Sigo sus instrucciones. La verdad es que no es lo mismo leer aventuras náuticas de piratas que estar en un barco con ellos. Esto da más miedo. Sin saber que está pasando, en el camarote se escucha casi todo y se puede intuir la situación. El chirriar de la madera deja poco a la imaginación, muchos hombres están bajando donde están los cañones. Ya he oído al capitán Taylor pedir dos veces silencio. La bandera que ondea en nuestro barco es la bandera inglesa, una cosa que no siempre es buena. Las bodegas del barco deben ser como un hormiguero de hombres preparando las armas para un posible ataque. Me parece escuchar al capitán como le pregunta al oficial por las señas que les hacen desde el otro navío. Parece que alguien sale con prisa. Somos más rápidos que ellos, me parece entender dentro del bullicio. Lo que no puedo adivinar es si era una aseveración o una pregunta.

De repente, solo se escucha el rumor de las olas al chocar contra el casco del barco. Cambiamos de rumbo, el sol alarga la sombra de objetos que hace un segundo no lo hacía. Un sonido seco, como un estallido y en pocos segundos un golpe atronador en nuestro barco. ¡Nos atacan! Escucho a lo lejos. ¡Hay un hombre herido!

Salgo del camarote corriendo. Como médico tengo que atenderlo. La mayoría de marineros ha dejado los cañones y se ha puesto manos a la obra para que nuestro bajel sea más rápido. Todos corren de un lado para otro mientras el capitán, desde su lugar privilegiado, da órdenes a diestro y siniestro.

-¡Sacad de ahí al herido!, ¡bajarlo a la bodega!, ¡aquella vela está suelta!, ¡amarradla o seremos comida para peces!

Me uno a los hombres que bajan al herido, era uno de los mozos que, conmigo, había limpiado la cubierta esa mañana. En un segundo pienso que ese podría ser yo. Pero no hay tiempo para eso.

-Dejadlo aquí mismo, traed agua, ron y algunas vendas. –Todos me miran estupefactos–. No me miréis así, soy médico, sé lo que digo.

Uno de ellos corre a por los aparejos. El herido sangra mucho.

Casi todo lo que tiene son astillas clavadas por todo el cuerpo. No son heridas graves si estuviéramos en un sanatorio. Aquí se hará lo que se pueda. Le tranquilizo. Al mirar a sus ojos compruebo que no era yo el más joven del barco. Puedo ver que es solo un niño. Le digo que lo le va a pasar nada mientras con sumo cuidado le voy retirando las astillas de su endeble cuerpo. Le explico que la sangre es muy escandalosa y que, para su suerte, ninguna herida es demasiado profunda. Me mira asustado mientras dos hombres lo agarran de pies y manos. Esto te va a doler un poco.

Capítulo XVI

Cuando ha pasado el peligro el capitán me ha vuelto a llamar a su camarote. Sé que le ha preguntado al segundo oficial por mi manejo como cirujano. El mozo se salvará y no perderá ningún miembro.

-El primer oficial te dijo que esperaras en mi camarote ¿por qué no lo hiciste? Una rata de tierra firme es un buen candidato a morir en una batalla –me dice serio.

-Lo sé. Oí que había un hombre herido y salí a socórrele. Soy médico –le explico para justificarme.

-Eso me han dicho, que ha hecho un buen trabajo. Me alegra saber que llevo un cirujano a bordo. Suelen pedir más parte del botín –sonríe y me hace sonreír a mí. Es la primera vez que le veo relajado.

-¿Qué ha pasado? –pregunto

-Un barco inglés nos descubrió… Ellos, por lo menos, llevaban setenta cañones, nosotros no más de treinta. Esa era una batalla perdida. Nuestro barco pesa menos, por lo que navegamos más rápido. Les hemos dejado atrás. La solución no siempre es combatir –se justifica ante mí–. Bueno, cirujano, donde lo habíamos dejado.

-Abordaron un barco portugués… –miro mis notas–. … y no sabían lo que iban a encontrar…

-Recuerdo -abre otra botella de ron y se queda pensativo-, que no podíamos creer lo que veían nuestros ojos. Una colección de manuscritos orientales, objetos religiosos de la Catedral de Santa Catarina en Goa, tejidos selectos, seda, especias, maderas talladas, libros, muebles de materiales nobles, decenas de cajas con guineas de oro, diamantes, rubíes y perlas. Recuerdo una cruz, mediría más de dos metros, y era de oro macizo. Ni tres hombres podían moverla. El tesoro fue tan grande, que ni nos molestamos en robar a las personas a bordo. Como Levasseur había tomado primero el barco era de justicia que se lo quedara él. Es la ley pirata. Con su nuevo navío se fue a Saint Marie mientras yo marché hacia Saint Paul, donde nos encontraríamos para repartir el botín. Pero bueno basta por hoy. He mandado que te preparen un sitio en el camarote del segundo oficial. Allí estarás más cómodo. Búscalo en cubierta y dile que te enseñe tus nuevos aposentos. Mozo, has sido ascendido a cirujano.

-Gracias, capitán.

Capítulo XVII

El catre no era tan grato como los de tierra, pero he pasado mejor noche que la primera, que quedará en mi memoria para siempre. Mi cambio de estatus no me ha permitido levantarme más tarde, aquí las horas, sobre todo cuando sale el sol, son distintas que cuando estás en tierra. La madera podrida, con su peculiar sonido cada vez que es pisada, barrida o fregada se ha convertido en un ruido familiar.

Como la pólvora ha corrido la voz de que hay un galeno a bordo. Así que desde que el sol se ha asomado sigiloso entre las primeras brumas, un hormigueo de marinos, algunos con razón y otros por el mero hecho de que les viese un doctor, han pasado revista por mi camarote pidiéndome consejo. Algunos, con la simple anamnesis, se quedan tranquilos, otros con solo palparles el vientre, te hablan de todas y cada una de las infecciones y enfermedades que han sufrido en los últimos años. Algunos irradian buena salud, otros, están para el arrastre, que diría un marinero.

A una buena hora, el capitán me hace llamar, algo que en poco tiempo se ha convertido en un clásico de este viaje. Tras ver a un joven al que una astilla le ha infectado un dedo de la mano, vuelvo a la estancia de Taylor con mis notas.

-Decíamos ayer –me dice, sonriendo pícaramente–. no recuerdo donde lo dejamos.

-Os repartíais el botín en Saint Paul… -digo con cierta desgana.

-50.000 guineas de oro, solo con eso cirujano, comprarías una de las islas por las que vamos a pasar en este viaje. A parte 52 diamantes del tamaño de mi dedo pulgar. – Me lo muestra, gordo y desvencijado en mil batallas–. Un tesoro como ese no se puede olvidar –repite un par de veces mirando a ningún lugar, rememorando la hazaña y el dorado cegador del oro macizo-. Después de aquello cayeron algunos barcos más, no de tanta importancia, pero estábamos en racha, los vientos nos eran favorables, así que pusimos rumbo a la tierra del oro, el reino de Monomotapa, en las costas de Mozambique. Y aquí empezaron los problemas.

-¿La avaricia? – pregunto sin malicia.

-No –es rotundo–. La tozudez, la suya y la mía. Nos establecimos en Fort Lagoa, era un buen lugar en el que prepararnos para tomar un puerto grande del continente, como hicieron los grandes piratas, hacer que alguien como tú contase nuestras gestas. Aquí fue donde

el halcón se convirtió en buitre. Ese perro no se atrevía con algo tan grande. Le parecía una locura. –Hace un corto silencio, su cara cambia de gesto, un ademán mezcla de ira y desaliento–. Esa rata traidora –parece que anhela–. Esa rata traicionera envenena a mi gente y la pone en mi contra. Como canto de sirena les habla a mis hombres de rebelión, de que había perdido la cabeza. ¡Malditos sean sus ojos! ¡Eso no se me hace a mí! Lo sometí al código de "los hermanos de la costa", juzgándolo más tarde por una junta y con el humillante castigo de ser azotado por el contramaestre. Nadie aguantaba más de veinte latigazos de aquella bestia, y él recibió cincuenta. Nunca más nos volvimos a dirigir la palabra, y la mirada, cuando al mes le dejé libre para que volviera a su barco con su tripulación, me miró con el ojo bueno antes de saltar a su cubierta, creo que más temeroso por si yo sacaba un arma que buscando una despedida –vuelve a callarse, mira por la ventana de su camarín.

Conozco ese silencio, ha dado por finalizada la sesión de hoy. Así que cojo mis cosas y salgo a cubierta. El sol pica más que otros días. Su reflejo en las tranquilas aguas ciega la vista. Pienso en Taylor y en el Halcón. De lobos de mar a enemigos acérrimos, si me he de posicionar, yo estoy al lado de Levasseur, Taylor está como una chota. Quizás este sol trastorne a cualquiera.

Capítulo XVIII

Hace dos días que no he visto al capitán. He oído que vamos despacio, que los vientos han desaparecido, algunos hombres hablan de malos augurios, otros simplemente de que en esta zona los vientos vienen y van, aparecen y desaparecen muy rápido. Ya he tratado tres casos de insolación, tengo la sensación de que la mortalidad por enfermedad es bastante superior a la causada por los combates y los naufragios. Tras una semana en el mar, muchas patologías están presentes a bordo, las más comunes las referidas a la alimentación, daños gastrointestinales provocados por el alimento salado, los salazones podridos, la mala dentición, al agua y a la falta de higiene. No hay que olvidar los accidentes de trabajo, entre caídas, fracturas, heridas, y el conato de ataque inglés, me he convertido en un marinero bastante popular. La que más miedo me da es la peste del mar, el escorbuto, por eso a la hora del rancho procuro recordarles a todos lo necesario de una pieza de fruta. Por suerte, la mayoría de ellos proceden del Caribe, con lo que parece que esto lo tienen asumido, alguno de ellos hasta mezcla los jugos de frutas con el ron y el grog.

En estos días estoy aprendiendo ciertas reglas de la mar y de la navegación. Para medir la velocidad del barco, se usa la corredera, que consiste en una pieza de madera, reforzada con plomo a un lado para que flote en vertical. Se lanza por la popa y permanece casi estacionaria mientras el barco sigue navegando. La cuerda que la sujeta está marcada a intervalos regulares con nudos, y midiendo el número de nudos que pasan, controlándolos por medio de un reloj de arena, se puede hallar la velocidad del barco. El contramaestre parece saberlo solo con mojarse el dedo y ponerlo cara al viento.

Al caer la tarde las actividades se van paralizando, dedicándose un tiempo al descanso, charlar, tocar algún instrumento musical, y jugar a los dados o a los naipes. En los dos últimos días también se han celebrado carreras de animales que iban a bordo, y peleas de gallos. Parece que no soy el único que se ha dado cuenta de la ausencia del capitán.

Esta tarde parece que dos machos de pico afilado y cresta prominente han captado la atención de casi todos nosotros. Fue ése el momento que el capitán eligió para salir de su ostracismo y hacer repicar la campana hasta que la totalidad de la tripulación se agolpó al pie del alcázar de popa.

-¡Hermanos!, el dulce comercio de la piratería nos ha dado una vida llena de ron y mujeres, de oro y placeres, también nos ha llenado de cicatrices y de sinsabores. Solo el contramaestre sabe que nuestro rumbo es a Madagascar, por eso os he reunido. En tierra firme os advertí de que esta aventura no era segura, el mar ya no es el de antes, ahora está infectado de barcos que nos intentaran hundir y que nuestros sueños acaben colgados del palo más alto. También os digo que rendirse no entra en nuestro vocabulario. Mañana al amanecer volverán los vientos, conozco estas aguas muy bien, y el viaje cogerá mucha velocidad y peligros. Por eso os aviso, aprovechad hoy los juegos y el ron, que mañana al alba se acabará la tranquilidad. –Se da media vuelta y vuelve a desaparecer.

Los hombres le toman la palabra. La mayoría de ellos vuelven con los gallos, otros abren una botella de ron y se sientan mientras charlan. Antes de volver al castillete de popa el contramaestre me informa de que el capitán quiere verme.

Capítulo XIX

Parece que un huracán ha pasado por el camarín del capitán Taylor. Llego con mis bártulos y me siento donde siempre sin articular palabra. Al mover la enjuta silla tiro sin querer una pila de botellas vacías de ron. Él ni se inmuta. Mira al horizonte, pensando en lo que deja atrás.

-¿Sabes por qué estás aquí? -rompe tras unos minutos el incómodo silencio-. Has oído lo que les he dicho a mis hombres. Mañana empieza la aventura. –Yo asiento con la cabeza, pluma en mano, esperando alguna indicación–. Hace muchos años decidí tragarme el ancla, dejar el mar para siempre, hasta que apareciste tú. No podía creerme que el botín de Levasseur estuviera disponible. La sola idea de poder hacernos con él me lleva robando el sueño todo este tiempo. No fue difícil, una vez escuchada tu historia, la del cadalso del Halcón, hacerme con sus palabras, sin embargo yo no sé leer –hace una pausa, casi dramática–. Lo que te voy a enseñar, si lo comentas con alguien, te puede costar la vida. –Mis ojos de asombro hacen que no tenga que articular palabra–. Lo que te voy a enseñar es el legado de uno de los mejores piratas con los que he surcado los mares, el mapa del mejor tesoro que hayas podido soñar en tu vida, el botín más grande que se ha robado en este confín. –De su vieja casaca saca una tela arrugada, ennegrecida por el paso de una mano a otra-. Cirujano, léeme las pistas que ha dejado esa rata.

-A ver –me tiemblan las manos, el cuerpo entero. Estoy delante de mi tesoro. Un pirata busca dinero y piedras preciosas, un escritor de aventuras busca el testamento de un bucanero, el mapa de un tesoro. Esa tela plegada es la misma que con la soga al cuello, cuando todo estaba ya perdido para el Halcón, pasmó a todos desde el patíbulo al mostrar este manuscrito que había escondido entre sus ropas lanzándolo ante quienes contemplaban la ejecución-. ¡Mis tesoros para quien lo comprenda! –Intento romper el hielo, tranquilizarme–. Esa fue su última frase –digo trabado.

-Deja de decir majaderías y lee –Taylor no es ajeno a mi estado de ánimo.

-Creo que está en francés –justifico la tardanza en traducir algo a lo que mi cabeza no da crédito… -

"*Los palomos se guisan en la cazuela. Manteca, perejil, ajos, especia fina. Y así que estén mareados, se muele la asadura cocida. Con hilo o alambre están bien tensos, con miel y cuero lleva el ungüento. El olor del*

guiso sale de dentro. A una noche de este encuentro, hacia el este a paso firme, un árbol de gran copa nos recibe. La brisa del mar abraza, pero al océano una montaña lo tapa. Entre la maleza una gruta, en la oscuridad una trampa. Un barco con velas blancas espera con el tesoro, cuando la marea baja, se abre la cueva y se levan anclas".

-¿Ya está todo? –dice malhumorado, casi enrabietado–. Ese perro me la ha vuelto a jugar. ¿No hay ninguna señal, ninguna indicación de por dónde empezar? No puede ser –se recrimina-. ¡Márchate! Tengo que pensar. Y descansa, mañana será aún más duro de lo que yo pensaba.

Capítulo XX

Una tenue claridad comienza a anunciarse por la amura de babor. Casi como una profecía las velas empiezan a juguetear y por arte de magia el bajel rompe con fuerza las tranquilas aguas, que hasta ayer habían sido un remanso de paz. La actividad del barco se vuelve frenética.

El cambio de timonel y vigía se efectúa cada hora. El timonel saliente comunica al contramaestre el rumbo, el cual a su vez pasa ese dato al timonel entrante, e igualmente se establecen vigías tanto a popa como a proa.

El marinero que hay en la cofa va indicando el camino al timonel ya que pequeños islotes, islas sacadas del mismo paraíso con palmeras acostadas en la playa acariciando las olas, aparecen en el horizonte cada poco tiempo. Oigo decir que las aguas no son muy profundas, que muchas de esas penínsulas nunca las ha pisado un hombre.

Taylor ha salido de su escondrijo, junto al contramaestre mira por su catalejo y le susurra sobre nuestro rumbo. He oído que el capitán nunca revela el destino más que a sus hombres de confianza, la vida del pirata está llena de deslealtades y traiciones, así que cuanta menos gente sepa hacia donde nos encaminamos más segura es la vida del capitán. En mis adentros sé que vamos donde "los palomos se guisan en la cazuela", pero nada más. Imagino que algún pirata que nos acompaña mataría por esa información, pero por los acontecimientos vividos creo que valgo más callado.

El viento arrecia y la mañana se me pasa volando curando pequeñas heridas producidas por astillas. Muchos trepan a los palos desollándose las manos, otros al limpiar las cubiertas se hacen llagas en las manos. Paso consulta en lo que ellos llaman la farmacia, un pequeño habitáculo con un catre en el que he podido encontrar un poco de todo. Aceites, aguas, elixires, emplastos, jarabes, espíritus, ungüentos, extractos, píldoras, gomas, polvos, sales, tinturas, bálsamos, raíces, hojas, flores, semillas y mercuriales. La mayoría de las cosas no valen de mucho para las heridas que se producen en estos viajes, pero no me puedo quejar. Menos mal que el mar es un gran desinfectante. Ya he dado de alta al mozo herido en aquel cañonazo. La vida en este bajel no permite a los heridos que se quejen muchos días, en cuanto uno se convierte en un lastre, "sueltan amarras", es decir, caes por la borda para ser pasto de los tiburones.

Al mediodía el despensero reparte las raciones de comida, que cocina en un caldero colocado en un fogón, una especie de caja metálica y rectangular, con tres lados y abierta por la parte superior, con un fondo de arena sobre el que se coloca la leña.

He escuchado que llevamos comida para cuatro meses, y agua para dos, algo que me ha hecho entender que el viaje será largo. A los marineros les preocupa más, cuantos litros de ron quedan a bordo.

Capítulo XXI

Desde la cofa avisan a gritos que se avista un barco. Taylor desde el castillete de popa observa y sonríe maliciosamente cual rapaz ve a una víctima entre la maleza. La curiosidad me puede y me asomo a ver qué distingo. Mi vista solo logra discernir un punto negro en el horizonte junto a lo que parece una masa de jungla que entiendo será como una de las tantas islas que hemos dejado atrás, pequeñas y boscosas, diminutas e impenetrables.

Taylor se asegura, mirando al mástil, que ondea la bandera inglesa para despistar. Los polvorillas empiezan a cargar los cañones, los artilleros cargan las armas más pequeñas, las de más precisión, desenvainan sus sables y se calzan cuchillos por todas partes. Los mozos preparan los cabos para cuando llegue el abordaje. Parece que nuestro barco, que intuye el asalto, coge más velocidad para dar caza. No sé muy bien donde he de ponerme, así que me agazapo bajo las escaleras del castillete.

Aquel punto negro, conforme nos acercamos, se está convirtiendo en un balandro que es casi dos veces más grande que el nuestro, sin embargo su imagen, cada vez da más pena. Era un queche con dos mástiles muy altos, pero algunos de los estayes se veían flojos, y las velas que presentaba al viento estaban cubiertas de sal y remendadas. Pese a su deplorable vista Taylor tiene ganas de batallar. Se le nota en la mirada. Con un simple grito da la orden de que icen la bandera pirata en el mástil más alto.

Cada pirata tiene su emblema, tiene su bandera, sin embargo Taylor utilizaba la del larguirucho Edward England, negra con una calavera sobre dos tibias cruzadas. La razón, me la explicó una de las noches en aquel tugurio de Panamá. Era pura venganza, así todos pueden saber que Taylor convirtió a England en el “capitán sin barco”.

Con un pequeño moviendo de su brazo izquierdo el barco vira para ponerse en posición de combate. Los hombres, todos en sus posiciones se miran nerviosos ante el inminente ataque.

Sin embargo, segundos antes de que el capitán dé la orden desde la cofa se escucha un grito seco.

-¡Bandera blanca!, han izado bandera blanca.

Durante un segundo veo dudar a Taylor. Las normas de los Hermanos de la Costa son sagradas, incluso si las infringes, te pueden costar la vida.

-Dejad el barco en posición de tiro. Vosotros –señala a un grupo

de marineros armados hasta los dientes–, coged un bote y acercaos. El contramaestre irá con vosotros. Cuan-do nos deis la señal nos acercaremos -dice con desidia, casi con desilusión.

Capítulo XXII

Las señales no se hacen esperar. Taylor decide que se acerquen los botes, el balandro más que en rendición parece encallado y sin buena solución. Elige a los hombres que irán en su bote. Me señala para que zarpe con él.

-Cirujano, tú me dirás quien está sano y quién enfermo, así sabré elegir a nuestros nuevos marinos.

La isla, de cerca, es inmensa. Las suaves colinas forman picos y crestas y parecen dientes de sierra cubiertas de selva tropical. La desembocadura de un rio parte la playa en dos mitades de arenas blancas, de hecho parece que nunca nadie las ha pisado. El barco está a menos de una milla de la idílica costa. Efectivamente, varado.

Aunque han fregado la cubierta con lejía y pumita, un hedor insufrible se desprende de los tablones de roble. El olor hace que me lloren los ojos. Como puedo me tapo la nariz con la camisa. Taylor me mira sonriendo. Con su sable me señala a los pobres diablos que se han puesto en formación para recibirnos.

-Cirujano, este es el hedor de la miseria humana.

Uno de los nuestros aparece sonriente de las bodegas, vuelve más sucio de lo que entró. Parece salido del mismo infierno. En un rápido ademán lanza una moneda al aire que Taylor coge. La mira y también sonríe.

-¿Quién es vuestro capitán? - pregunta enseñando la moneda a los pobres desnutridos rufianes.

Nadie responde. Se miran entre ellos con cierta indolencia, viéndose vencidos.

-¿Entendéis mi idioma? – esta pregunta la hace con otro tono, algo más enfadado-. ¿Quién es vuestro capitán?

-Murió. Hará un par de semanas–. un desgraciado se arranca.

-¿Cuántas de estas lleváis a bordo? – le vuelve a enseñar la moneda.

-Llevamos de esas de oro y de plata. Muchas, entiéndame, somos marineros, más o menos 2 toneladas entre plata y oro.

-Eso es mucho peso para estas aguas poco profundas –no sé si pregunta o afirma mientras mira al contramaestre-. ¿Cómo murió vuestro capitán? Aunque viendo como gobernaba su barco… esa rata era cualquier cosa menos capitán de barco –vuelve a dirigirse a la tripulación.

-Embarrancamos, así que decidimos, tras ver que los cambios de las mareas no nos ayudaban, desembarcar en tierra. La playa está

muy cerca y los alimentos empezaban a escasear. Ya en la playa, una noche hace un par de semanas nos atacaron unos nativos con arcos y flechas.

-Debían de ser cientos… -le interrumpe otro marinero desarrapado.

-Nos pillaron de improviso. –Vuelve el primer andrajoso–. Pensábamos que estábamos solos en la isla. Antes de montar nuestro campamento hicimos una ronda para comprobar que estábamos solos. Salieron de la nada. A muchos nos hirieron –me fijo que entre lo que yo pienso que son harapos parece que una sucia venda cubre la pantorrilla del marino–, al capitán entre ellos. Dos de los nuestros no llegaron ni a despertar, las flechas venían de todos lados. Cogimos al capitán y, nadando, lo trajimos hasta el barco. Tenía varias flechas clavadas. No duró ni dos días. Lo tiramos al mar… ya sabe que los muertos lo corrompen todo.

Taylor se da media vuelta, como si la historia le trajese sin cuidado. Con la punta de su sable rasca un poco la podrida madera. Hace fuerza con el pie derecho, pisa fuerte una traviesa. El ruido es seco, parecido al de nuestra barca.

-Si os unís a nosotros tendréis que aceptar las reglas de los Hermanos de la Costa, si no, os dejaré en tierra a merced de los indígenas. ¿Parecen sanos? –ahora se dirige a mí–. El que no lo esté, tirarlo por la borda; vosotros dos –señala ahora a dos de los nuestros que no han dejado de entrar y salir de la bodega y que han descorchado una de las botellas de ron que han encontrado–, el que señale el cirujano no merece la pena ni llevarlo a la isla, al mar con él. Y tú –esto último va para el contramaestre-, ya sabes lo que tienes que hacer. ¡Carpintero, quiero que cambies el nombre a este barco, quiero llamarlo! –se queda dubitativo–. Llámalo *Victorieux*, así él y nuestro *Defense* volverán a navegar juntos.

Capítulo XXIII

De los doce marineros, dos de ellos están para el arrastre, pero no tengo valor para decírselo a Taylor. El contramaestre ha dado las directrices y todos se han puesto a trabajar. La respuesta para dejar de estar encallado es sencilla, hay que aminorar la carga, para que la quilla y el timón de codaste no rocen con el fondo marino. Pero, ¿quién tiene valor para dejar en el fondo del mar una tonelada entre oro y plata? Los piratas no, así que con los botes cargamos lo suficientes para que nuestro galeón no toque fondo y el suyo sea más ligero. Parece que para Taylor esta no es la primera vez. Reparte la tripulación en los dos barcos, los nuevos marinos han jurado cumplir y hacer cumplir las normas de los Hermanos de la Costa, pero los acabamos de conocer, me dice un marinero al que pregunto por qué se marcha a la otra embarcación. Navegaremos en línea, me responden a mi cara de curiosidad, para no robarnos el viento.

El capitán parece contento. Sonríe más de lo normal. Me llama para que me ponga a su lado. De vez de cuando, me suelta alguna "perla" para que aprenda sobre el maravilloso oficio de pirata. Me explica lo difícil que es pescar un trofeo tan fácil como éste. Me apunta que este encuentro nos va a ayudar en nuestra empresa de encontrar el tesoro de Levasseur, que ya tenemos excusa para hacer una parada que, por lo largo del viaje, se hace necesaria.

-Un pirata pasa mucho tiempo en el mar -me hace una señal para que apunte esta reflexión-, porque para regresar a puerto tiene que haber hecho antes captura. Como no siempre hay una al alcance de la mano, nos podemos pasar meses buscando un pingüe botín que nos permita una merecida juerga en las tabernas del puerto. Mis compañeros ya la tienen.

Mientras, el trabajo a bordo no tiene fin, tensando las jarcias, apretando el nervio que aprieta el bauprés, arreglando la cubierta. El cambio de timonel y vigía se efectúa cada hora. El timonel saliente comunica al capitán el rumbo, el cual a su vez pasa ese dato al timonel entrante, e igualmente se establecen vigías tanto a popa como a proa. El hombre que está en la cofa permanece de pie, mirando a proa, pues es por donde puede surgir el peligro, y a barlovento, pues es por donde pueden presentarse las tormentas.

Desde el principio de nuestra aventura en el barco se han establecido tres guardias de las que parece que yo estoy exento, ya que lo mío es tratar enfermos y urgencias que puedan surgir. La

primera guardia se inicia, más o menos, a las cuatro de la tarde hasta bien entrada la noche, la segunda desde medianoche hasta las primeras briznas de sol, también llamada "modorra", y la tercera desde la amanecida hasta las cuatro de la tarde. Pobre de aquel que se durmiera en su puesto, recuerda siempre el contramaestre cuando pasa el testigo a otro marino. El látigo le espera. Repite mientras se esconde en su camarín.

Capítulo XXIV

No ha pasado un solo día sin que Taylor me haga ir a su camarote a volverle a leer el testamento del "Halcón".

"*Los palomos se guisan en la cazuela. Manteca, perejil, ajos, especia fina. Y así que estén mareados, se muele la asadura cocida. Con hilo o alambre están bien tensos, con miel y cuero lleva el ungüento. El olor del guiso sale de dentro. A una noche de este encuentro, hacia el este a paso firme, un árbol de gran copa nos recibe. La brisa del mar abraza, pero al océano una montaña lo tapa. Entre la maleza una gruta, en la oscuridad una trampa. Un barco con velas blancas espera con el tesoro, cuando la marea baja, se abre la cueva y se levan anclas".*

-¿Qué querría decir ese malandrín? –se pregunta en voz alta todos los días–. Ese bribón nos la ha jugado bien –me dice siempre antes de dejarme marchar–. Llevo un tiempo pensando –esto es nuevo–. ¿Y si lo del palomo, el perejil y la especie fina son signo de cómo son las islas donde debemos buscar? En las islas Molucas comercian con especias finas, como en el puerto de Sunda Kelapa en Batavia. ¿Dónde crees tú? ¿Tú qué lees? – me dice esperando una respuesta grandilocuente.

-La verdad, capitán, cuando uno de los marineros que viaja con nosotros grita ¡barco a la vista!, yo solo veo una mancha negra, difusa, que no sé ni siquiera diferenciar de una simple isla. Preguntarme qué puede significar un mapa de un tesoro -sonrío–, me parece una temeridad.

Le arranco una sonrisa. En este viaje, para mí, algo impensable. Su mirada se vuelve a perder por la ventana, yo no le quito ojo de encima. Le imagino repasando mentalmente los mil puertos que ha visto, preguntando en todas las cantinas en donde alguna vez se ha emborrachado, sonsacando a todas las fulanas con las que se ha acostado. ¿Qué querría decir ese malnacido?

-Cirujano, tú eres el culpable de que me haya embarcado en esta última aventura, así que despierta tú cabeza de charlatán matasanos y piensa. <<Los palomos se guisan en la cazuela. Manteca, perejil, ajos, especia fina…>>, piensa, porque si encontramos ese tesoro, seremos los hombre más ricos que hay en este confín.

Releo con interés las palabras de Levasseur. Taylor no es de esos que habla sin pensar. En ocasiones pienso que me hará responsable si no encontramos el botín.

-Si en vez de leerlo en voz alta, lo leo para mis adentros, el sentido no cambia; sin embargo –intento ganar tiempo buscando

adjetivos y palabras que le puedan deslumbrar-, las palabras suenan distintas. El palomo tiene pico, y en el mar esa forma puede ser un cabo, un golfo. Si ese saliente tiene comercio de especias, donde encontrar cerdos, por la manteca, hierbas por el perejil y especias finas, nuestra isla, nuestro trofeo parte de un islote con mucho comercio, de mucho movimiento. Donde los barcos entran y salen, y pasan desapercibidos, donde lo natural es atracar y partir, como hacen las palomas.

-Maldito perro de agua dulce. Has dado en el clavo. Sin conocer las Molucas las has descrito con todo lujo de detalles. ¡Contramaestre! –grita saliendo del camarín como alma que lleva el diablo.

Capítulo XXV

Tras una discusión casi silenciosa, más de miradas que de palabras, el contramaestre ha convencido a Taylor para hacer una parada en Huanabada, el lugar más poblado de una enorme península que no se aclaran en denominar Papúa o Nueva Guinea. Uno de los marineros más bragados me explica que Papúa, en el idioma de la isla, significa persona con el pelo rizado, pero que los españoles, al llegar a la isla le cambiaron el nombre a Nueva Guinea al observar un parecido entre los nativos de la isla y los de la costa del país africano. Así que nuestro rumbo va tomando forma. Los dos barcos mueven el timón, casi al unísono para no perder los vientos favorables.

Es difícil, creerme, pero el paisaje ha cambiado. El océano sigue siendo el mismo, el sol sale y se esconde, el viento, el viento sopla distinto, pero los colores, los reflejos, han cambiado. Las nubes se han hecho más densas más grandes, dibujan en el cielo figuras distintas a las de antes.

Taylor me sigue queriendo a su lado. Capitán, contramaestre y cirujano, los tres en el puesto de mando, repite de vez en cuando.

Ya he dado de alta a mi primer paciente, al mozo lleno de astillas, he descubierto que el agua del mar hace cicatrizar mejor las heridas. Ahora procura estar a mi lado cuando paso a ver a los enfermos. Me dice que quiere ser cirujano, que quiere ser como yo. Me arranca una sonrisa cada vez que me lo dice. No es consciente de los años en la academia de cirugía que he pasado en mi vida. Todo para terminar en un barco, queriendo escribir un libro sobre piratas y tesoros. ¿Quién me iba a decir a mí? De noble español a cirujano de filibusteros, de familia bien a escribiente de hazañas de delincuentes.

He decidido explicarle al mozo lo básico para ayudarme en mis tareas diarias, las enseñanzas de Hipócrates y Galeno, lo que he tardado años en aprender lo he resumido en pocas palabras, para que las entienda sin dificultad, en castellano y no en latín, como he estudiado yo.

-A ver, el cuerpo está gobernado por cuatro humores o líquidos la sangre, la flema, la bilis negra y la bilis amarilla. Para que lo entiendas, los cuatros humores están relacionados con los cuatro elementos, con la tierra, el aire, el fuego y el agua –intento ser práctico. Él solo asiente, pero sus ojos dicen no entender nada-. El secreto de nuestra buena salud es que los cuatro estén equilibrados

y en buena sintonía, como en nuestro entorno. –El chico está *ojiplático*.

Por suerte para los dos, lo más grave que he tratado ha sido su caso y varias mordeduras de rata, que según parece también nos acompañan en este viaje como polizones.

El marinero de la cofa del otro barco nos hace señales y aspavientos. El capitán Taylor toca la campana de una forma particular, es la primera vez que la oigo a bordo. Todo el mundo se pone frenético, se respira distinto.

-¿Qué pasa? –pregunto a un marino malhumorado que habla solo mientas pasa por mi lado.

-Cirujano, un barco de guerra nos sigue los pasos, dentro de poco el mar se teñirá de rojo.

Capítulo XXVI

El capitán me llama a su lado. No me mira. Da señales y los marineros acatan las órdenes con suma disciplina. Miro con curiosidad al horizonte, buscando la amenaza que ha puesto en jaque a las dos tripulaciones. De un bolsillo interior Taylor saca un pequeño mapa, una especie de jeroglífico que quiere ser una carta de navegación. Le señala el rumbo al contramaestre y se acerca al combés, entre el palo mayor y el trinquete. Mira directamente al sol, observa el fluir de las velas, y vuelve al castillete. A mí no me dice nada.

Los marineros empiezan a sacar de la bodega fardos de paja seca, como en una cadena lo transportan hasta la galería que hay en popa, junto a la cabina del capitán.

-No te muevas de mi lado –me dice con cierta parsimonia–. La noche va a ser larga, y la vamos a pasar despiertos, muy despiertos.

No me atrevo a decir nada. La mirada se me va hacia la lontananza, intentando localizar al maldito barco que nos persigue, y tengo lo que buscaba, veo un punto negro que se acerca rápido.

-Capitán, llegamos a las islas –el contramaestre rompe el tenso silencio del puente de mando–. ¿Qué hacemos ahora?

-Aminora la marcha, tenemos que esperarles un poco.

Con dos gritos, los marineros recogen la gavia de las dos fragatas y consiguen que los balandros reduzcan la velocidad, así que, lo que empezó siendo un punto en la lejanía, cada vez se hace más grande, y es enorme.

-Volved a soltar las velas –grita de repente Taylor, cuando el barco enemigo, que ondea bandera holandesa, está a pocas millas de nosotros–. ¡A toda vela!, ¡soltad las balsas de humo!

Las balsas de humo eran los fardos de paja que, impregnados en aceite y pólvora, al incendiarse generan una espesa humareda que, como la tinta de calamar, ciega a nuestros enemigos y enmascara nuestras intenciones, pero sobre todo hace más fácil la huida de los que estamos en apuros.

-Cirujano, aprende la lección -me dice con ese tono didáctico que ya conozco-. Los holandeses pensaran que vamos a meternos entre estas islas, sin embargo lo que vamos a hacer es dar la vuelta para que cuando piensen que nos han perdido aparezcamos por sorpresa y serán nuestros.

Por un momento, al ver las balsas ardiendo sobre el agua y resguardados del mal al cielo por densas columnas de un humo

negro y mal oliente, he pensado que rehuíamos la batalla. Taylor vuelve a tener la misma expresión que cuando vio al buque varado.

Capítulo XXVII

Los últimos rayos de luz se escapan por poniente. Está atardeciendo y parece que los planes del capitán han salido a pedir de boca. El humo debió desconcertar a los holandeses y no nos han seguido. Hemos rodeado la isla con cierta premura, pues todos los marineros están deseando entrar en batalla, sobre todo si cogen de improviso al enemigo.

Taylor da orden de apagar todas las linternas de popa y cualquier atisbo de luz que pueda facilitar que seamos blanco de los holandeses. Todos los hombres están preparados para entrar en acción, en silencio.

El sigilo solo es roto por las olas que rompen contra el caparazón del barco.

Yo no me muevo de al lado del capitán. Como ha ordenado. Mientras esquivábamos a los neerlandeses he oído la conversación con el contramaestre. ¿Cómo abordar? El barco holandés tiene entre veinticuatro y treinta y ocho cañones, el cuerpo a cuerpo, por muy desprevenidos que estén, nos es desfavorable, les oigo decir, la segunda opción es colocar una partida de abordaje en varios botes y, a continuación, subir a bordo con garfios de asalto.

La complicidad entre los dos es más que patente. No oigo acabar la conversación. Parece que los dos saben perfectamente que hay que hacer. Ya vuelve a ondear nuestra bandera pirata, del mástil más alto y del bauprés.

En un pequeño bote han mandado a un marinero para no gritar de barco a barco las instrucciones. Mi grado de nerviosismo va en aumento. Se masca la tensión, y yo aprieto los dientes y los puños para que nadie pueda notar los distintos sentimientos que me rondan la cabeza y el cuerpo entero.

Mi ayudante se pone también a mi lado. Me susurra al oído que tiene preparado todo el material para tratar a los heridos en cuanto el combate haya finalizado. Su sangre fría hiela la mía. Le miro horrorizado. Me hace entender que en la batalla, el cirujano vale más vivo que muerto, por eso algunos piratas pagan su peso en oro por llevarlos a bordo.

-De su pericia hombres salvaran sus vidas, míreme a mí, sin usted a bordo hoy sería pasto de tiburones –me convence para que pase a un lugar más seguro, lejos de la ofensiva que se va a librar.

La negra noche es nuestra aliada. Ya casi estamos encima del barco.

Capítulo XXVIII

Nuestros dos barcos han rodeado al bergantín holandés con la oscuridad cómplice. Uno de los marineros del buque neerlandés da la voz de alarma y se desencadena el caos.

Nuestros barcos sueltan la primera tanda de cañonazos. Por babor y por estribor algo que no espera el *St. George*, pues ese nombre es el que reza en el castillete de popa.

El tumulto y el desconcierto reinan a bordo cuando las primeras balas de cañón, unidas entre sí mediante cadenas, impactaban contra los mástiles y contra sus culebrinas. Los holandeses pese a todo responden con rapidez. Sus hombres cargan sus mosquetes y nos hacen frente.

El miedo se apodera de mí. Lo noto subir desde mis rodillas hasta la altura del corazón, que me palpita más rápido que nunca.

Las balas de arcabuz vuelan a mí alrededor. Nuestros cañones han inutilizado el timón del *St. George*. Desde nuestro otro barco lanzan granadas, granadas de mecha, construidas con vasijas de cerámica llenas de pólvora y metralla.

Los holandeses, en vez de replegarse, están plantando batalla como mejor pueden, se nota que no es su primer encuentro con piratas. Pese a que las llamas se extienden por el puente sus artilleros preparan lo más rápidamente que pueden los cañones.

Cuando los cascos de las naves entrechocan, nuestros hombres lanzan los garfios y una marabunta de piratas armados con hachas, picas, espadas, dagas y pistolas saltan y muestran su lado más sanguinario.

Taylor aprovecha y salta hacia una de las troneras abiertas. Se agarra con una mano a una madera y con la otra rodea el tubo del cañón de bronce que unos pobres diablos intentar cargar. Mete las piernas por la brecha que deja el arma y el costado del barco. Cae de pie, al tiempo que desenvaina la afilada hoja de su inseparable espada. Le pierdo de vista.

La cubierta de artillería parece un cuadro sacado del mismísimo infierno. No se ven más que sombras que, entre las llamas y el denso humo, parece que descargan cintarazos, puñaladas y disparos. El rechinar de los aceros se mezcla con los gritos de uno y de otro bando. El ambiente apesta a pólvora, a madera quemada, a hierro caliente, a carne humana. Muchos de esos olores son nuevos para mí, otros más familiares, como el olor alcalino de la sangre.

Capítulo XXIX

Parece que se rinden. El atronador sonido de los disparos ha dejado paso al de los lamentos.

-¡Cirujano! –corean desde todos los barcos-. ¿Dónde se ha metido el cirujano?

Al salir el mozo y yo de nuestro escondrijo todas las miradas van hacia nosotros. El joven lleva mi maletín.

-¡Aquí, aquí! –vocifera uno de los nuestros-. Me han herido en la pierna. Un mosquete traicionero que no vi venir –se explica.

-La herida no parece grave, déjame que atienda primero a los que más necesiten ahora de un galeno –le expongo mientras el asiente con la cabeza-. ¡Chico, acompáñalo a un lugar más resguardado, le atenderemos después!

Pese a la feroz batalla, en nuestro barco solo estaba el contramaestre y dos marineros más ilesos que se habían quedado para salvaguardar nuestro galeón.

Alguien lanza una tabla para que cruce al "campo de batalla". La imagen es apocalíptica, decenas de hombres yacen en la cubierta desangrándose, muchos de ellos están en su último estertor, ya ni se retuercen de los dolores.

Observo que en el suelo hay varios brazos desmembrados que aun sujetan la espada con la que combatieron. Tres de los nuestros han muerto, en un rápido recuento también vemos que otro debió caer al mar, porque no encontramos su cadáver. De los holandeses solo una veintena quedan en pie. Taylor da orden de tirar al mar a todos los muertos y a los heridos holandeses. De entre los prisioneros sale un hombre que con un marcado acento se presenta un poco angustiado.

-A los heridos no los tiren al mar. Yo soy el cirujano de este barco, déjenme tratarles, a ellos y a ustedes. Saben que los cirujanos somos muy valiosos a bordo.

-Uno de tu gremio-.El capitán me mira con una amplia sonrisa-. ¿Qué hacemos? ¿De qué nos valen estos rubios malheridos? –Quiere que piense como un pirata, no recuerda mi formación–. Bocas que alimentar y que no pueden hacer su tarea en el barco. Mejor tirarlos al mar.

-Capitán Taylor, yo creo que la vida humana es lo suficientemente sagrada como para darle a los heridos una oportunidad. –No quiero desautorizarle, pero yo pienso igual que el otro médico–. Si tienen cura nos pueden ser útiles, incluso los

podríamos vender… –En los libros de aventuras sobre piratas que he leído en vida a los prisioneros siempre se les puede vender como esclavos.

-Ja, ja. –Despierto la risa de casi todos los marineros piratas–. Alma de cántaro -Taylor se compadece de mí–. Estos mares están dominados por estos perros holandeses, ¿a quién se los venderías tú? Está bien. Que el médico holandés trate a los suyos, y tú, a los nuestros. Vosotros, apagad los fuegos antes de que las llamas lleguen a la santabárbara –ordena a los pocos que han salido indemnes.

Capítulo XXX

Casi de amanecida he terminado de hacer la última cura. Todos me han reconocido que al no haber heridos por cañonazos las lesiones son menos graves. Cuando termino con los míos voy en busca del médico holandés. No sé qué pensará Taylor, pero yo tengo que cumplir el juramento hipocrático. Dejo a mi ayudante que practique vendar agujeros de mosquete como le he enseñado.

-¿Necesitas ayuda? –me acerco a donde están hacinados prisioneros y moribundos.

-Ya he amputado dos piernas y un brazo, uno de ellos no creo que llegue mañana a ver el sol –me dice con su peculiar acento, secándose el sudor en la manga de su camisa–. Lo que me queda ahora es coser y cantar –sonríe de forma cómplice–. Este tiene una bala en el pecho –me señala a un pobre diablo–, por este solo se puede rezar y esperar la reacción de su cuerpo.

Por la forma de hablar y de tratar las heridas reparo en que no es su primera batalla naval. Me atrevo a decir que es, lo que podríamos llamar un médico de la armada, que según he oído antes de salir de España, los ingleses y holandeses preparan para viajar con la flota y así atender a los enfermos para que haya menos bajas.

Taylor curiosea por el barco y habla con sus hombres, han abierto un barril de ron, ríen y brindan. Alguno se arranca a cantar con su voz casi rota. Cojo una botella e invito a beber al cirujano neerlandés.

-Gracias. Mi nombre es Jan Van Morkhoven. Médico de la *Vereenigde Oostindische Compagnie*, para ti, *La Compañía Holandesa de las Indias Orientales*, la compañía más rica de la historia del mundo: contamos con 150 barcos mercantes, más de 50.000 empleados, un ejército de 10.000 hombres y una marina de 40 buques de guerra, bueno ahora 39 –me arranca una sonrisa-. ¿Y vosotros? ¿Cómo acaba un médico en un barco pirata?

-Es una historia muy larga que contar. –Doy un largo trago de la botella rememorando todo lo que me ha pasado desde que salí de España–. Viajo en este barco casi por casualidad y ahora voy donde el viento me lleve. ¿No dicen eso de los piratas?, ¿no dicen que el destino de todo pirata que se precie es llegar hasta donde le lleve el viento, virar en redondo e iniciar una nueva aventura hasta donde el viento le lleve de nuevo? –No voy a explicarle que buscamos un tesoro escondido, la vida con los piratas me ha hecho más desconfiado-. ¿Y qué os dedicáis, a buscar barcos piratas y

hundirlos?

-Entre otras cosas. El océano Pacífico ya no hace honor a su nombre. En estos tiempos, la fiebre por el oro y por los tesoros escondidos ha enfermado a casi todos los marinos de esta parte del mundo –le da un trago a la botella-. Existe la leyenda, de un pirata como tus compañeros de viaje, que antes de ser ahorcado, dejó por escrito donde había escondido su magnífico tesoro. Así que cualquier marino que se precie, en cada isla desierta o habitada, encuentra algún rasgo de los que puede leer en el mapa del tesoro. Así que a esto nos dedicamos cuando no pescamos piratas, a buscar sus botines.

-¿Recuerdas el nombre de ese pirata? –hay malicia y una enorme curiosidad.

-No sé qué Levasseur.

Capítulo XXXI

Con la sangre helada y con cara de estupefacción, dejo al cirujano y vuelvo junto a Taylor, que con muy malos modos ha llevado a los prisioneros al sollado del barco.

Me pienso un segundo, que parece una eternidad, que decirle al oído. Él me mira como otro de sus mandos, me observa como si yo perteneciera a esa nobleza que dirige barcos y aborda galeones con la mentalidad de un estratega.

El capitán no es consciente de que nuestra búsqueda es casi en vano, que la leyenda del Halcón, está en boca de todos los que alguna vez han pasado un día en la mar. Es verdad, pienso, mientras mascullo todas las respuestas, que si el tesoro de Levasseur, le llegó a un pobre infeliz como yo, le pudo llegar a cualquier mortal, es más, seguro que la historia le llegó antes que a mí. Las noticas vuelan, más rápido que cualquier viento, más dúctil que el discreto céfiro.

-Levasseur, con un pie en el cadalso, dejó escrito más que un testamento; dejó, al menos para los que sabemos de su herencia, una condena, la pena de saber que si lo encontramos, en un solo barco no cabrá toda la fortuna.

Esa era la reflexión de Taylor. Esa era la máxima del capitán. Que la avaricia rompe el saco, que el oro nubla la mente. Si algo tenía claro este redomado pirata era que el botín jamás podría dejarlos exhaustos, jamás un hombre ha visto el suficiente oro.

Taylor me mira con orgullo, con la vanidad de tener el tesoro a bordo, al fin y al cabo, que un pirata tenga un cirujano a bordo, no es un lujo, es casi una ostentación.

Sin escuchar a nadie, Taylor lo tiene claro. La fragata no cumple las expectativas. La lucha, según nuestros marineros, tendría que haber dado réditos en joyas, perlas y piedras preciosas. Sin embargo, el valor más preciado, es vender a la tripulación como esclavos, y ni siquiera como holandeses, habrá que maquillarlos para que parezcan zarrapastrosos.

-¡Debimos poner la bandera roja! -arenga a la tripulación sedienta de sangre fresca y batalla-. Debimos acabar la batalla matándolos a todos! –proclama con magnanimidad–. Estos rubios no buscan fortuna y gloria, solo buscan deleite cada vez que hunden un barco pirata -hay ira en sus palabras-. Así que, a los que se crean nobles, les haré una herida en los brazos, y los tiraré al mar, para que los tiburones se den un festín. A los que crean que el olor a mar

no les va a desaparecer después de muchos baños, que crucen la línea que marco con mi sable y se pongan a mi lado. A mis órdenes no serán esclavos, pero serán vendidos como tales en nuestra próxima parada.

Me acerco a Taylor, casi de puntillas, no quiero desvirtuar el discurso que acaba de lanzar.

-Capitán -susurro a su oído-, en este viaje no estamos solos.

Capítulo XXXII

Es la primera vez que tras un inocente susurro al capitán, en este confín del mundo, hago entender a Taylor que no estamos solos, que cualquier marinero, ya sea en el Pacífico o en el Índico, busca lo mismo que nosotros. Su cara cambia bruscamente de semblante, de repente, parece que se le salen los ojos de las orbitas.

-¿Qué?, ¿qué? –se pregunta, buscado una respuesta que no va a llegar–. No puede ser. ¡Malditas ratas! ¡Rubios, mal nacidos! Aparte de piratas, ¿qué buscáis en estos mares? –se acerca a los prisioneros con altanería–. No busco insolencia, solo sinceridad. Hay oro en mis bodegas, pero vuestras velas, ¿qué buscaban, cuántos tesoros rondabais? –ni pregunta ni asevera–. Que alguien me diga qué buscáis tan lejos de los mares de la Compañía de las Indias Orientales –el silencio, atronador, se percibe que es incómodo para los neerlandeses-. Quién me diga la verdad, no lo tiro al mar. –Se miran entre sí, entre incredulidad y miedo a caer por la borda.

-¡La Compañía de las Indias Orientales solo comercia y acaba con la piratería! –grita un valiente salido de la multitud.

-¿Has sido tú? –Taylor señala al osado que asiente con la cabeza firmemente-. ¡Tirarlo al mar! Con un cuchillo hacerle cortes en los brazos y en las piernas y tirarlo al mar. Los tiburones me lo agradecerán –dice con total indiferencia.

El holandés valiente se resiste, hace aspavientos mientras le apresan. Oigo que alguien le dice que con piratas no valen las bravuconadas. Ni se molestan en buscar un tablón para hacerle saltar. Tras inferirle unos cortes en brazos y piernas, sangra abundantemente, le tiran por la borda sin el más mínimo rubor.

-Ahora sabéis cómo se las gasta el capitán Taylor –habla de sí mismo en tercera persona–. Por fin, ¿alguien me puede decir qué buscáis en estos lares? –Se cruza de brazos sabiendo que ya no habrá más héroes–. De valientes está el cementerio lleno –comenta por si alguien tiene dudas.

-Buscamos tesoros –exclama el que parece ser el más cobarde de todos, o al menos al que más le ha conmocionado ver a su compañero caer por la borda.

-Pero no hay oro en vuestras bodegas. Vais cargados de víveres, pero no de oro. O mentís o sois muy malos buscando pillajes –el capitán es tan hábil con la espada como con las palabras…

-Buscamos el tesoro de Levasseur –interrumpe Jan mientras los prisioneros comienzan a murmurar unos con otros.

-¡Silencio! –Taylor saca su espada y amenaza a los holandeses-. ¿Qué sabéis de ese botín? –mira directamente al médico.

-Que es el tesoro más grande que jamás veremos en nuestra vida, si algún día lo encontramos. Levasseur fue un pirata, que al llegar al cadalso…

-Conozco los detalles. Ve al grano –interrumpe el capitán.

-Antes de bailar en el palo más alto de una isla del océano índico dejó en un corto texto donde encontrar su pillaje, así que hoy por hoy, no hay pueblo ni marino que navegue por este confín del mundo que no busque el legado de Levasseur. Así que este navío, como todos los que surcan estos mares, aparte de buscar piratas, busca la isla que guarda el secreto de ese malnacido–. el cirujano pierde las formas.

El capitán me coge del hombro y me lleva al castillete, junto al timón destrozado en la batalla. Sus ojos son una mezcla de melancolía e ira. Es cierto que por unas semanas, desde nuestra salida abrupta de Panamá, nos hemos creído únicos en el mundo, especiales por el hecho de ponernos a buscar algo que, fantasiosos, pensamos que no buscarían más que los soñadores y los ilusos, los noveleros como yo y los quiméricos como Taylor.

-¿Y qué sabéis de la ubicación de tan gran tesoro? – vuelve junto a los prisioneros dejándome solo.

-Según reza el legado -un marinero rompe su silencio, visto que ya nada tiene solución para ellos–. Aves y cerdos, una isla en forma de cazuela, en plena ebullición, montañas y un árbol, y dentro de una cueva el tesoro espera – nervioso, el holandés se trastabilla.

-Ja, ja, ja –ríe a pierna suelta el capitán-. ¡Chico, has descrito casi todas las islas que podemos encontrar en estos y en todos los mares que recorramos! –se queda pensativo-. ¡Piratas, coged lo que podamos necesitar! A los prisioneros, untadlos de brea, así parecerán otra cosa distinta que holandeses, y que viajen en el *Victorieux*. ¡Quemad la nave!

Capítulo XXXIII

Consigo que a Jan no lo engrasemos con brea. Para que mantenga la boca cerrada cuando lleguemos a nuestra primera parada, el segundo de abordo ha pensado atarle y dejarle en algún granero atado. Al menos no lo mataran. No me lo agradecerá nunca, me resulta difícil relatar una conversación donde se decide quién vive y quién no.

Los vientos nos vuelven a ser favorables. Así que navegamos a toda vela, con los barcos cargados de oro, plata y esclavos. Sin embargo la tripulación cuchichea más de lo normal. El contramaestre ya ha abroncado a varios grupos de marineros que hablaba de Levasseur. Cuando zarpamos, parece, que nadie sabía muy bien cuál iba a ser nuestra aventura, salvo Taylor y el segundo de abordo. Ahora que es más vox populi todavía, los hombres farfullan sobre las mieles de conseguir ese trofeo.

Me avisan que el capitán quiere verme. No sé porque no me sorprende. ¿Qué tendrá en la mente ahora?

-A sus órdenes - me presento con algo de sorna, no lo voy a negar.

-Estos holandeses me han abierto los ojos. Tenemos que ver las palabras del perro de Levasseur de otra forma. Si la Compañía de las Indias Orientales no ha sido capaz de encontrar ese tesoro, nosotros vamos a necesitar algo más que ayuda. En nuestra próxima parada tendremos que pedir ayuda a otros hermanos piratas. Ese condenado ha levantado de su poltrona a las aves de rapiña más inmundas.

-Entonces, ¿cuál es nuestro plan ahora? –yo solo pienso en el libro que voy a escribir.

-Mañana entraremos en el mar de coral y si todo va bien, en dos jornadas encontraremos puerto. Una vez allí, tomaremos una decisión. Es posible que demos con alguna pista interesante en esa parada.

-Los hombres están nerviosos, murmuran, muchos escucharon lo del tesoro y la noticia ha corrido como la pólvora.

-Lo sé. No te preocupes por mis hombres. Sé muy bien lo que hago.

Capítulo XXXIV

Tal y como me ha dicho el capitán, hemos entrado en lo que se conoce como el mar del coral. La belleza de esta zona es casi indescriptible.

Los arrecifes son tan sorprendentes como increíblemente hermosos, e inspiran un sentimiento de pureza y perfección. Poseen gran belleza y esplendor en cada una de sus formas y colores. Los marineros me cuentan que sirven como rompeolas protegiendo así las costas durante las tormentas. Los arrecifes constituyen una fuente muy importante de proteínas para el marino hambriento. Ofrecen, pescado, crustáceos y moluscos, que se esconden en sus laberínticas formas.

El mar del coral nos ofrece, islas por doquier. Las observo con la curiosidad del que descubre el mundo. Las franjas de arena se sumergen en el mar; a solo un metro de distancia el agua toma un color entre verde y azul tan bello como difícil de describir. Inmediatamente después, como si de otro mar se tratara, el tono cambia a verde oscuro, después entre anaranjado y carmelita, del color de la caoba. Le señalo a un pirata la cantidad de colores que posee el mar, para mí todo es nuevo, él me mira y sonríe, así es el arrecife coralino, me dice antes de volver a su faena.

Algunos de nuestros marineros se divierten dándoles nombre según sus formas y estrecheces. A tres islas, que en las tres había una montaña en el centro las llama “las tortugas verdes”, otra, más bien chiquita, con mucha vegetación pero sin más rasgos destacables la han llamado “isla de ensueño”, porque casi todos los piratas anhelan acabar sus días en una isla paradisiaca, con toda clase de comida al alcance de sus manos.

Navegamos con sumo cuidado. El Mar del Coral, aparte de por su belleza, también es conocido por sus aguas poco profundas. En parte ahí reside el secreto de su divinidad. En los lugares más profundos del agua, el sol no es capaz de calentar, por eso ahí no hay coral, con las aguas poco profundas, el sol puede llegar hasta el fondo y alumbrar la barrera coralina.

-¡Malditas ratas! – grita Taylor junto al timón–. Trabajad o acabareis con unos latigazos en la espalda–. Las palabras producen el efecto deseado, los piratas dejan de tontear con los nombres de las islas y vuelven a su labor.

Capítulo XXXV

La campana me saca del catre. Las tardes son cortas y las noches muy largas. Hacía poco que la luna nos acompañaba y con su silueta marcaba el camino. ¡Tierra a la vista! Más que tierra, nuestra primera parada en este viaje más que accidentado.

Nos vamos acercando a una pequeña ensenada. Apiñados alrededor de la bahía y amarrados en el rompeolas hay docenas de barcos de carga y airosas naves, erizadas de cañones, que aunque en su mástil no ondee la bandera pirata, huelen a barcos de filibusteros.

Conforme nos acercamos observo que nuestro destino no es más que una colonia, dominada por montañas y asomada al mar por una hermosa bahía, con aspiraciones de ciudad en el refugio de una isla perdida de la mano de dios. Parece más un pueblo abarrotado de piratas con varias tabernas, donde viejos lobos de mar borrachos hacen recuento de sus botines y cuentan historias de abordajes.

Alrededor del puerto se establecen las bodegas, almacenes y demás centros de acopio para los productos que llegan y los que salen. Así mismo y en dirección al oeste, siguiendo el perfil costanero, se organizan las madereras que explotan la jungla que hay detrás, procesando las piezas para construir edificaciones y embarcaciones. Donde mi vista casi se pierde están los varaderos y astilleros, las tenerías de cordobanes, las fábricas de esteras.

El segundo de abordo se hace cargo de los holandeses, que embadurnados de brea, serán vendidos como esclavos. Para cuando se den cuenta nosotros ya no estaremos en este puerto, dicen los marineros más duchos en estos temas de negreros. Antes de desembarcar el capitán ha repartido el botín tal y como marcan las reglas de la Hermandad de la Costa.

A los marineros más avezados, Taylor les dice que no malgasten el dinero, que en un par de días volveremos a salir hacia nuestro destino real. Buscar el paradero del tesoro de Levasseur. Le oigo dar orden de vender el *Victorieux* al mejor postor. Demasiada tripulación, demasiado reparto. Pero, ¿qué hacer con Jan?

-Lo dejaremos en tierra. Casi todos esos barcos que has visto atracados buscan cirujano –me explica Taylor con ánimo de tranquilizar mi conciencia.

-Pero nos puede delatar –digo asustado, casi angustiado pensando que las autoridades pueden detenernos si el médico nos delata.

-Como se nota que eres de tierra firme. La ciudad, yo diría que toda la isla, está gobernada por piratas. Aquí los que se detienen son a los hombres de bien–. ríe socarronamente.

-Entonces, no entiendo porque oscurecer a los holandeses –pregunto con curiosidad.

-Porque ningún pirata en su sano juicio compraría a unos holandeses como esclavos –su risa se escucha por todo el barco.

Capítulo XXXVI

No puedo negar que mi primer pensamiento nada más bajar del barco ha sido que voy a dormir en una cama mullida y en tierra.

Hoy me he enterado que por ser el cirujano del barco me toca una parte más del botín. Como dicen, es cuestión de clases, y en esto, los Hermanos de la Costa son muy explícitos. El barco cinco partes, el capitán, el cirujano y el contramaestre dos partes, los marineros una y los mozos y jovenzuelos media parte. No saben ni leer ni escribir, pero contar, cuentan mejor que un usurero.

Taylor y yo caminamos hacia una posada cercana. Caminamos entre lóbregos portalones de las viejas casas de piedra. Hemos dejado atrás el puerto. Parece que hemos entrado en una zona más noble. Tres fachadas llaman la atención por su estilo. La más grande tiene movimiento en la puerta. Es nuestra fonda.

-Ahora -Taylor se pone muy serio–, tras conocer nuestros aposentos, nos vemos aquí en la puerta. Esta noche conocerás a otros piratas, que después de lo visto con los holandeses, también estarán buscando el tesoro del Halcón. Tú no sabes nada, es más, nosotros viajamos a Cochín.

-¿Cochín? ¿Qué se nos ha perdido a nosotros en Cochín? –pregunto algo extrañado–. Estoy seguro que saben que buscamos lo mismo que ellos.

-Hombre de poca fe, seguro que intuyen mis planes, pero no se los voy a contar yo. En otra circunstancia te dejaría en la compañía de una mujer y yo me iría solo a la taberna a departir con esas ratas inmundas, pero no me fio ni de mí mismo, tú, cuando ellos nos cuenten sus avances, sus averiguaciones, sabrás discernir que puede ser y que es una invención, esa charla nos podría ir bien para entender de otra forma las palabras de ese malnacido.

El posadero nos da dos habitaciones, no pregunta nuestros nombres, solo quiere que paguemos por adelantado.

Veo la cama y no me lo creo. Me tumbo a sabiendas de que el catre no tiene el vaivén del barco. La almohada es de plumas, alguna vez en España escuche aquello de lo que sería el lujo asiático. Lo pienso dos veces. Esto no es lujo, en una isla plagada de piratas, donde duermo es parte de algún botín que ha acabado en esta posada para el disfrute del viajero, que por lo que me ha comentado Taylor, son otros piratas.

Observo la cama entera, aún conserva unas letras grabadas en la propia madera. Parece las que fueron las siglas de su antiguo dueño.

JMCR.

Capítulo XXXVII

Para cuando bajo a la calle, de las sombras aparece Taylor, que me espera fumando en pipa apoyado en el soportal de una casa colindante.

Hacemos el camino en silencio. Ya me ha dado las instrucciones y por mi salud, no me interesa rechistar. Es malo para la salud enfadar a un pirata.

La taberna cumple todas mis expectativas. Contiene una amalgama de todos los tópicos que he leído durante estos años. Ambiente sombrío, botellas vacías que ahora, con una vela dentro hacen de candileja. Como en las últimas tabernas en las que he estado, me ofrecen una pipa y tabaco nada más entrar. El ron seco hace pegajoso el suelo. La característica principal que más me llama la atención son los cuadros que tiene por decoración. En todas las paredes cuelgan retratos de lo que en su día fueron capitanes de barco, entiendo, por su vestimenta que ingleses, a los que con un afilado cuchillo les han arrancado la cara, dejando un hueco donde los marineros borrachos de ron meten su cara e imitan los llantos con los que suplicaban los ingleses.

En casi todas las mesas hay mujeres sentadas en los regazos de los marineros, actúan de rameras y de camareras a la vez. Y tras la ínfima barra, un gordo sudoroso casi no da abasto a servir todas las jarras que piden los sedientos bucaneros.

Nuestra entrada no pasa desapercibida. Si no fuera por un borracho, cuadro en mano, que explica voz en grito como acabó con la vida de un almirante de la Armada Real, todos hubieran estado en silencio.

Nos paramos en el portón. Taylor mira al tabernero con buen gesto.

-¡Una botella de ron para ese viejo perro de mar! – gritan desde el fondo, en la parte más oscura-. ¡Sírvela en mi mesa, que a Taylor lo invito yo! –De la negrura sale un capitán, se le nota por la casaca que viste, lleva pata de palo y muleta-. Maldita sea tu sangre. Taylor, ¿cuántos años hace que no nos veíamos? –Abre el único brazo que le queda libre haciendo ademán de dar un abrazo.

-¡Qué ironía! –Taylor rompe a reír a carcajadas–. Jorge “El Piernas”, con una pata de palo. –Lo abraza fraternalmente–. Le llamaban El Piernas porque era el que más rápido corría huyendo de los ingleses y españoles –me explica con algo de sorna-. ¿Cómo has perdido lo que más querías? –vuelve a reír.

-Me puse a tiro de una colisa y saltó de cuajo. Ni siquiera me pude despedir de ella –hay mucho sarcasmo en su forma de hablar.

-¿Qué hace quince años? ¿O más? – Le ayuda a volver a la mesa donde está sentado–. Mucho han cambiado los mares desde que tú y yo navegábamos juntos –en su frase noto un punto de nostalgia–. Este hombre y yo hemos recorrido el mundo de confín a confín –me dice mientras le da su primer sorbo a la botella de ron.

-¿Qué es, tu protegido? –El Piernas pregunta sobre mí, que miro asombrado la estampa.

-No –casi no le deja acabar la frase–. Este es el cirujano del barco que llevo a Cochín. Me he cansado de estas tierras. Mis mejores años me los dieron estos mares, así que, vuelvo a mis orígenes –le da todo tipo de detalles de nuestro "hipotético viaje".

-Cuando esta tarde me dijeron que habías atracado en el puerto pensé que venías a otra cosa, no te lo voy a negar. Te conozco, Taylor, te conozco tanto que si no me hubieras dicho lo que me acabas de contar me apostaría mí otra pierna a que vienes a buscar el oro de Levasseur.

Al mentar a Levasseur, la taberna queda en silencio. Todos nos vuelven a mirar. Sin embargo, los ojos ya no son de asombro, ahora son unos de odio, otros de rencor y otros de codicia.

Capítulo XXXVIII

Después de dos incómodos tragos de ron, poco a poco hemos pasado del silencio sepulcral a unos tímidos susurros Taylor vuelve a hablar.

-Tú mejor que nadie sabes que Levasseur, ese cuervo inmundo, y yo no acabamos muy bien–. quiere justificarse ante "el piernas" y ante todos los oídos que nos escuchan. Si me encontrase a ese viejo zorro creo que no cruzaría palabra con él–. buena estrategia, pienso para mis adentros.

-Me tomas el pelo. Maldito seas. No hay puerto en el mundo que no sepa que Levasseur murió en la horca. Y tú no vas a ser una excepción. Sabes que te respeto, pero no me quieras engañar. No hay marino ni pirata en el Pacífico y en el Índico que no esté buscando el botín de ese infeliz. –Con un gesto pide más ron–. Emborrachémonos y olvidemos está conversación.

Algunos piratas aprovechan la calma tensa que estamos viviendo en nuestra mesa y se acercan para saludar a Taylor, que con bastante desidia les da un golpe en la casaca intentado que el gesto parezca afectivo.

-La mayoría de los que están aquí han pirateado a mis órdenes –me da como explicación, pero vuelve a increpar al viejo Jorge-. No te lo tomes a mal. A un hermano, y por muy mal que acabáramos Levasseur y yo éramos hermanos, no se le desea la muerte. Hasta que no abordamos el barco de donde hemos traído a unos esclavos no sabía nada de su suerte. Fueron esos infelices los que me informaron de lo que hizo ese perro en el cadalso. Es cierto, me quise pasar de listo contigo, que eres un viejo zorro. Pero no te miento si te digo que ni siquiera he leído las instrucciones que dejó.

-No sé si en el bar habrá alguien que sepa leer. –Coge la muleta y con destreza se levanta y se acerca a donde está el mesonero. Le dice algo al oído y se gira ante lo que me gusta pensar es el respetable–. Algún maldito bribón sabe leer y está en condiciones de hacerlo–. El tabernero le da un papel arrugado y con la tinta casi ilegible–. La rata de Taylor quiere saber que dejó dicho el ahorcado.

Hago ademán de levantar la mano y ofrecerme voluntario, sin embargo disimuladamente el capitán me pisa y me hace una señal para que no haga nada. El mismo borrachín que a nuestra entrada imitaba a un almirante inglés rezando por su vida, tras dos trompicones logra subirse a un taburete que pretende que sea su pedestal.

-¡Piernas, yo no necesito leerlo! Me lo sé de memoria-.Se agacha y me confiesa de forma que todos puedan escucharle. Levanta un brazo mientras con el otro aguanta una botella de ron, parece que no va a recitarlo, también lo interpretará–. “Los palomos se guisan en la marmita. Tocino, perejil, ajos y especias de las Molucas –hace una parada dramática y le da un trago-. Se muelen las entrañas cocidas. Con alambre, las aves deben estar bien tensas, con miel y cuero le regamos como ungüento. El olor del guiso sale de dentro -otra parada para tragar saliva–, y ahí queda la cosa. –. No sé cómo, se desploma encima de la mesa. En pocos segundos se le escucha roncar.

-¿Ya está? – ríe Taylor, que se da cuenta como yo, que vale más por lo que calla que por lo que cuenta–. Claramente, su tesoro está debajo de una mesa, de una mesa con un buen mantel donde se sirve un guiso de ave –vuelve a reír–, por lo que he oído -calla un segundo–. Chicos, buscad bajo la mesa de algún rey, o algún gobernador. Ese perro lo dejó muy claro, el mejor botín para un muerto de hambre, un plato caliente.

La taberna rompe a reír. Se nota que la risa es más nerviosa que relajada.

Capítulo XXXIX

El Piernas vuelve a sentarse. Los tres permanecemos en silencio, rumiando el secreto que Levasseur se llevó a su tumba, el secreto del tesoro del ahorcado que lleva de cabeza a todo pirata que se precie en este confín del mundo.

-Te interesará saber lo que te vas a encontrar por el camino –rompe El Piernas el tenso silencio-. Los mares ya no están como los dejaste, Taylor. La costa Malabar, lo que tú conoces de Cochín ha cambiado en estos años una barbaridad. Los ingleses se han hecho con todo, y lo que no es de los ingleses pertenece a los holandeses, y lo que aún no controlan se lo rifan los portugueses y los pobres españoles. Los piratas de vieja escuela, como tú y como yo, ahora somos los que velamos por la seguridad en el mar. Los únicos que respetamos una bandera blanca somos los piratas. Los chinos, realmente el gran peligro de estas aguas, no respetan nada, ni códigos, ni emblemas, ni nada. ¿Te acuerdas de Alex, El Largo, o de Ernesto, El Uñas? Los chinos se los llevaron por delante. No respetan nada, Taylor, ni códigos ni nada. Los chinos son el peor encuentro que uno puede tener en el mar.

-Cacareas. Pocos amigos he encontrado en el mar en todos mis años de piratería. Aliados, si me apuras compañeros de viaje, amigos… déjame pensar… no tengo ninguno. He oído hablar del arrojo de los chinos, su ardor en la batalla recorre fronteras más rápido que la pólvora corre en una colisa. Las leyendas, de los chinos y de nuestro malogrado amigo Levasseur, corren que se las pelan. Sin embargo… – sus pausas, pienso que las hace a propósito, en ocasiones despiertan más interés que otra cosa; de hecho, media taberna nos mira esperando la sentencia, como si de un juez se tratara, del capitán Taylor-. Somos piratas, los mares nos pertenecen, no somos de ningún lugar, somos del mar, los chinos a lo único que nos pueden condenar es a morir antes de disfrutar de un tesoro mayor, del tesoro de Levasseur. Con unos cuantos años menos, cuando aún tenía sed, de sangre y de oro, a alguno de vosotros os habría arrancado la piel a tiras para que me contarais que sabéis del tesoro escondido, ahora, mayor y a punto de estar borracho, solo pienso en el retiro en Cochín. Si me animaseis… -vuelve a callarse–…. si me animaseis quizás me uniría a vosotros a buscar el botín. Seguramente soy de los pocos que quedan con vida que han visto aquel tesoro recién abordado –ha despertado la atención de casi toda la taberna, hasta de las putas-. ¡Cirujano! –me

mira altivo–, ¿podemos retrasar nuestra llegada a la costa Malabar? –me hace dudar, no me ha dejado hablar en toda la noche–. Seguro que sí. Allí nada más que nos esperan las servidumbres de vivir en tierra firme. Si me aceptáis, estaría gustoso de ser vuestro capitán en esta aventura. Nosotros sí que encontraremos el tesoro de ese infeliz.

La algarabía estalla en la taberna. Los susurros se han vuelto gritos, los cuchicheos bramidos. En algunas mesas los hombres se abrazan pensando que todo va a ser más fácil, otros marinos besan a las putas que tiene en su regazo como si fuera la última vez que las van a ver. Hay cierta euforia que no puedo entender. A mí me dijo…

-Ahora, si todos estáis de acuerdo, contadme lo que sabéis –les dice Taylor llenándose la jarra de más ron.

Capítulo XL

Después de esta declaración de intenciones de Taylor, casi de inmediato, unos cuantos hombres sacan de debajo de la mesa mapas con señales en las islas en las que han ido buscando el tesoro. La mayoría de las islas que han abordado no tienen nombre, tan solo son puntos, coordenadas, que con los vientos favorables valen de poco. Taylor coge los cuatro mapas y los superpone para ver de forma global que han hecho estos piratas en los últimos tiempos. Por su cara de consternación parece que poco.

El capitán se sienta y se repantinga en la silla. Borrachos, marinos, piratas y prostitutas le miran con cierta desazón. Todos le miran con ojos golosos, esperan, cual agua de mayo, la clave que desvelará la incógnita que les mantiene malviviendo en aquel puerto y bebiendo en aquella cantina.

El más tonto del lugar sabe que si Taylor emprende la empresa de buscar el oro y las joyas del ahorcado Levasseur tiene muchas posibilidades de encontrarlo, al fin y al cabo, recorrieron leguas y leguas, codo con codo abordando todo lo que encontraban a su paso. Si alguien es capaz de encontrar ese tesoro, oigo susurrar a un pirata al oído de una puta, ese es el capitán Taylor.

Les miro a todos y ya no me parecen extraños. ¿Qué ha cambiado en mí? ¿Me habré convertido en uno de ellos? Amigos de mi padre, catedráticos muchos de ellos, ya me habían hablado de algo llamado empatía, en que si tan prendado estaba de la piratería y de sus aventuras acabaría mis días rindiendo pleitesía a un ladrón de los mares. Aún recuerdo sus palabras, que cada vez suenan más lejos en mi cabeza. “Un día llegará que los justificarás, no pensando lo que aportan a la sociedad, los defenderás por esa visión romántica que no te deja ver el horizonte”. Y yo, un quiero y no puedo de novelista, he pasado de ver a un borracho que en noches de insomnio y lucidez puede contar una gran historia a llamarle capitán Taylor.

Observo a Taylor con cierta admiración. Después de nuestra conversación ha hecho lo que le ha convenido y ha dejado a la platea boquiabierta, casi al borde del aplauso. Como un ilusionista ha dejado al respetable, respetable debería haberlo puesto entrecomillado ya que nuestro público está compuesto por piratas sin corazón y prostitutas a las que les queda menos de un cuarto de alma, al borde de la loa.

-Señores -interrumpe mis pensamientos Taylor- no veo nada que

me conduzca a puerto, es decir al oro. Todos estáis dando palos de ciego-. Las caras cambian de semblante. Pasan del delirio al desencanto–. Hay tantas islas como estrellas en el cielo, así que si tenemos que visitarlas todas vamos apañados, sin contar aquellas en que los ingleses y holandeses habrán plantado una bandera y habrán tomado como propias. No os lo toméis a mal, pero parece que era perder el hambre lo que Levasseur entendía por un tesoro.

-Taylor, ¡busca tripulación y busquémoslo de todos modos! –un improvisado marinero le tienta.

-El salitre os ha secado la cabeza –se deja querer, lo noto–. En esta búsqueda muchos encontraran la muerte y unos pocos, como recompensa, abordaremos algunos barcos que no contentaran nuestras ansias de oro–. lo dicho, se deja querer y yo no entiendo nada.

-¡El capitán Taylor busca tripulación! En esta mesa os podéis apuntar para poder embarcar. –Alguien se presta voluntario para alistar a la tripulación–. Para apuntarse es necesario pagar dos maravedís, pensad que habrá lista de espera –pienso que no hay pirata que no haga negocio con cualquier cosa.

-En una semana saldremos rumbo a lo desconocido –arenga Taylor levantando su vaso y brindando.

Capítulo XLI

Con el tumulto, Taylor me agarra de la chaqueta y salimos pitando. Pese a que muchos de los presentes en la taberna se le acercan, él los espanta como alma que lleva el diablo.

-Ya sabéis donde tenéis que firmar. –les dice quitándoselos de encima a manotazos.

El capitán me empuja como si fuera un niño pequeño al que hay que guiar. Los que no alcanzan a tocar a su nuevo capitán estrechan mis costuras como si yo fuera uno de sus apéndices.

Al vernos salir con prisas, los últimos que llegan a la taberna nos abren paso para que salgamos con cierto desahogo. Una vez fuera, Taylor se sacude la ropa. Me mira para que yo también lo haga. Me habla de la cantidad de pulgas que nos pueden haber anidado en tanta mano extraña.

-Te puedes fiar de cualquiera menos de un pirata –me dice casi justificando la sacudida.

Un joven nos sigue hasta la puerta. Se detiene y nos mira con cierto recelo, yo diría que vergüenza. Los dos callamos. No queremos espectadores.

-Tiene usted que perdonarme. -El joven se acerca a Taylor algo azorado-. No les han contado todos los peligros de este viaje –intenta justificar su atrevimiento–. En este puerto, yo diría que en esta costa, las hazañas de Taylor y Levasseur son más que conocidas. Yo, que nací muy cerca de aquí, puedo decirle que ya me las contaban de pequeño. Usted es toda una leyenda en estos mares, por eso no puedo dejar de decirle esto –calla, como Taylor cuando hace una parada dramática. No puedo negar que estos silencios me desvelan–. A usted, que ha surcado de confín a confín, que ha abordado a todos los barcos que ha encontrado a su paso, que ha ganado todas las batallas y abordajes, le he escuchado decir que se dirige a la costa Malabar, bueno aquel puede ser un puerto peligroso para usted, allí podría encontrarse con alguien desagradable, quiero decir que un conocido suyo, diría que un enemigo, sigue por esos y estos lares buscando fortuna y cuerpos que llevar al cadalso, sobre todo, si son piratas o rufianes. No sé si recuerda a Macrae…

-¿Queeeeé? –Taylor coge de la chorrera al inocente y bonachón mozo–. A esa rata solo me la imagino colgado del mástil más alto de un barco que ondee bandera negra. Pero este no es lugar para hablar de esa alimaña. –Le rodea el hombro con actitud amistosa-.

¿Conoces alguna otra cantina donde poder hablar más tranquilos?

Capítulo XLII

El mozo nos lleva a un recóndito lugar, que por la tenue luz que baila al son del poco viento que sopla, parece un lugar de mala muerte. No hay nadie en las mesas, ni siquiera el posadero esta tras la barra.

-No se preocupe, aquí estamos tranquilos. Es la taberna de mi padre. En esta zona del puerto a estas horas no queda nadie. –Nos señala la única mesa a la que lo que un día fue una vela vigorosa ha dejado paso a un pegote de cera que da sus últimos estertores de luz–. Avisaré a mi padre para que no nos moleste y no se preocupe. Habrá oído ruido.

Tras asomarse por un portón parece que hace señales con los brazos. Taylor coge fuerte su espada, no se fía. El mozo cierra y saca de detrás de la barra una botella de ron y tres vasos. Antes de sentarse nos sirve con destreza, es evidente que se ha criado en una taberna.

-Bueno, chico -apremia Taylor al mozo–, me has dejado más frio que un muerto. Cuéntanos lo que sepas de ese malandrín.

-Después del conocido incidente entre usted e England, después de que liberaran a Macrae en Madagascar, este obtuvo un pasaje para otro barco que se dirigía a Bombay. Cuarenta y ocho días estuvo casi a la deriva en el mar. Se cuenta que llegaron a puerto casi desnudos y muertos de hambre. Allí presentó sus enojadas quejas y reunió una pequeña y potente escuadra armada para acabar con ustedes…

-Pero chico de eso hace ya muchos años ha llovido tanto que ya ni me acuerdo –le interrumpe Taylor con cierta apatía–. Con lo tonto que lo recuerdo si ha llegado hasta nuestros días habrá perdido ojos, piernas, brazos –me mira con altanería–. Era peor marino que un gato –rompe a reír con su tosco carcajeo.

-La historia no acaba ahí. Macrae dio la búsqueda por concluida tras saber que con un botín de valiosos tesoros usted se retiró a Panamá, como ve, aquí las noticias vuelan. Macrae al poco tiempo fue designado gobernador de la factoría inglesa de Madrás, así han llamado a toda la zona de la costa Malabar, donde desempeñó el cargo con cierta distinción. Durante los siguientes años fue conocido como un acérrimo enemigo de los piratas, a los que dio caza o pagó a otros marinos para darles caza. Fue el propio Macrae el que detuvo a Levasseur. Dicen las malas lenguas que estaba incluso junto al cadalso para dar fe. Dicen que el odio que le tiene a

usted lo cargó contra el pobre “Halcón”, al que mandó azotar antes de que la horca hiciese su trabajo y que en la otra vida, cuando se encontrase con usted en el infierno le diera las gracias, porque ser amigo de Taylor también estaba castigado en todos los mares.

-No hay día que no me arrepienta de no haberlo matado –se lamenta Taylor dando un trago largo a su ron–. No hay día, mozo, que no piense en ello. –Se levanta y me hace un ademán. Luego mira al chico-. Si quieres aventuras y ser un pirata de verdad, mañana coge tus cosas y ven a mi barco.

Capítulo XLII

-Ya habrá tiempo de dormir cuando esté muerto, cirujano –me espeta tras explicarme que no saldremos en una semana como dijo en la taberna, saldremos mañana por la noche.

Me deja en la posada y él se marcha a hacer gestiones me dice.

He dormido de un tirón. No lo voy a negar, echaba en falta una cama en condiciones. Por la mañana el puerto tiene otro sabor. Las calles son un hormigueo de marinos que van y vienen, cargan y descargan barcos. Las tabernas siguen llenas, algunos les reconozco de la noche anterior, aún no han salido, se les nota por sus ojeras y sus mandíbulas desencajadas por tanto consumo de ron, las putas son otras.

En nuestro barco todo está en calma. No hay el movimiento que se respira por todo el puerto, sin embargo alcanzo a ver que ciertas heridas que tenía la fragata parecen reparadas. Solo el contramaestre está en cubierta. Corrige algunos trabajos que, entiendo en la oscuridad de la pasada noche, no se hicieron con la destreza necesaria. Le hago un tibio saludo y paso de largo.

Con la luz del día se ve lo que ha sido una fortaleza defensiva que intentó proteger la bahía de las constantes invasiones y los ataques piratas. Por su estado actual entiendo que el último ataque no lo superó, ahora entiendo que todos los habitantes actuales sean o estén relacionados con los filibusteros. Ya ningún barco de las compañías inglesas u holandesas lucharía por este puesto dejado de la mano de Dios.

El calor es sofocante, así que decido entrar en una taberna. En la entrada reza un cartel que dice *Los tres hermanos*, y más pequeño alguien ha añadido “solo queda uno vivo”. Al entrar una cara conocida me sonríe y me invita a tomar asiento. El médico neerlandés fuma una pipa blanca. Pide que me traigan una a mí también. No discuto.

-Al final, tu capitán ha accedido a buscar también el tesoro de ese ahorcado –inicia la conversación con su notable acento–. Las noticias vuelan, aunque supongo que si vas tú no tiene sentido que me aliste yo.

-El capitán Taylor me considera su médico de cabecera –sonrío–. No sé si eso es bueno o no – no voy a contarle mis verdaderas intenciones.

-Joven amigo, a los cirujanos siempre se les trata bien en cualquier barco, piensa que somos como uno de los tesoros que

llevan a bordo. A mí ya hay tres barcos que van a zarpar que me han propuesto que embarque con ellos. Cada uno de ellos me ha ofrecido más parte del botín. Los médicos, si nos aborda un barco de las compañías de comercio podemos decir que estábamos secuestrados, es la única ventaja que tenemos –me lo cuenta de forma casi paternalista–. Lleva cuidado. Por mi experiencia los piratas viven poco. Medio mundo está buscando ese maldito tesoro, y hay zonas, que ni los holandeses con nuestros grandes balandros nos atrevemos a surcar. Si ahora vais hacia el mar de banda debéis llevar mucho cuidado, pues no seréis los únicos piratas que cruzan los mares. Los marineros bugieses de las islas Célebes son infames, como los piratas que suelen ir hacia el oeste hasta Singapur y tan al norte como a las Filipinas en busca de objetivos. Los piratas Orang Laut controlan la navegación en el estrecho de Malaca y en las aguas de alrededor de Singapur, y los Dayak del mar se aprovechan de la navegación marítima en las aguas entre Singapur y Hong Kong desde su refugio en Borneo. El estrecho de Malaca y los piratas chinos son las tumbas marinas de numerosos barcos producto de tormentas, piratería, batallas, y falta de habilidad en la navegación. La verdad, joven amigo, no te envidio.

Capítulo XLIV

He salido asustado tras mi conversación con Jan. Muchas de las ciudades, islas y nombres que me ha dicho no sé dónde están situados, así que corro a la posada a tomar nota de todos los nombres que me ha enumerado.

Llego a mi habitación. Taylor descansa en mi catre. No lo entiendo. Si él mismo tiene su propia habitación. Mi entrada lo despierta violentamente. Saca su espada y me mira amenazante.

-¡Soy yo! ¡Soy yo! –intento tranquilizarle–. No sabía que estarías en mis aposentos.

-Ya te advertí que no te puedes fiar de ningún pirata. Uno tiene amigos y enemigos en todos los puertos. Si me buscan en mi estancia, solo encontraran almohadas tapadas por una manta –mientras me lo cuenta voy a por mis papeles para apuntar los distintos nombres que me ha dado el galeno holandés.

-Taylor, yo solo quería escribir un libro sobre piratería, y ahora… ahora me he convertido en un filibustero más. Me han hablado de los peligros con los que nos podemos encontrar en nuestro camino –le digo mientras escribo y trato de hacer memoria de todos los nombres–. No sé hacia dónde nos dirigimos pero me han hablado de los albures que acechan en estas aguas.

-Cirujano -se levanta del camastro y me rodea con su brazo–. Desde que salimos de tierra firme, no sé cuántos días hace de eso, las tribulaciones han estado ahí, algunas las has visto más de cerca otras de más lejos, pero siempre han estado ahí. Después de escuchar a aquellos piratas borrachos lo vi claro. Vamos por el camino correcto. Por eso saldremos esta noche, sin decírselo a todas esas comadrejas. Nosotros vamos adelantados. Si les escuchaste con atención, ellos en vez de decir “especia fina” hablaron directamente de las islas Molucas, ¿recuerdas? –pregunta buscando un gesto de confirmación–. Pero pocos conocen aquellas islas. Allí se comercia con clavo, con canela, con macis y con nuez moscada, pero los que conocemos aquellas islas también sabemos que muchos piratas negocian con drogas, con masticatorios como el betel, la nuez de areca, con opio, con azafrán. ¿Lo ves ahora? – esta vez mi gesto es de negación–. Maldito, seas cirujano, sabes curar con ungüentos y no ver lo que tienes delante. En las islas Molucas se producen todos los elementos de los que habla Levasseur en su testamento.

Capítulo XLV

Es noche cerrada. Por dormir duerme hasta nuestro posadero. Ahora entiendo aquello del pago por adelantado. Salimos como las ratas en los barcos, a hurtadillas, intentado no ver a nadie, ni ser vistos.

Al llegar al puerto los hombres ya están preparados. De muchos reconozco su cara otros simplemente los veo listos en sus puestos para zarpar. El contramaestre me levanta las cejas con su frialdad habitual.

La oscuridad es casi absoluta, la luna es tan pequeña que parece una estrella más. Los marineros, en un sepulcral silencio realizan sus arduas tareas. Las velas agradecen los pocos arreglos que se han podido hacer y empiezan a hincharse dejando que un suave balanceo nos devuelva al mar.

De entre los mozos que están a bordo, distingo a mi ayudante y a nuestro joven informador. Sus ansias de aventura le habían hecho olvidar su futuro como posadero tabernero. Me saluda cuando pasa por mi lado.

Taylor está junto al timón. Mira a las estrellas, por la expresión de su rostro parece conocer cada una de ellas, le indica el rumbo al timonel al oído, que hace virar el timón con fuerza. La cubierta y la santabárbara son un hervidero de hombres que con mucho sigilo hacen la faena que tienen encomendada. El contramaestre explica cómo se dividirán los turnos.

El puerto se va alejando, las luces se disipan entre las olas del mar abierto. La noche nos vuelve invisibles. Espero que el mar no deje rastro, ahora que pienso en todos los piratas resentidos con nuestra huida y que al amanecer seamos el centro de todas las conversaciones en el puerto.

-¡Tensad las drizas, largad las velas! –es lo primero que se escucha desde que zarpamos del puerto. Taylor empieza a dar órdenes a viva voz, ya no huele a peligro.

Desciendo a mi pequeña e improvisada enfermería bajo la línea de agua en proa. Al revisar mis utensilios observo que nos hemos quedado con el instrumental del holandés. Es mucho mejor que el que yo me encontré al empezar este viaje. Lo han limpiado y no huele a mil demonios. Vuelvo a cubierta. Estoy cansado. Pido permiso al capitán para retirarme, que con un frío ademán me despacha.

Ya en mi camarote releo mis notas. Debería quedarme en el

próximo puerto, pienso atolondrado recordando las palabras de Jan. Mi único propósito era documentarme para escribir una hazaña de piratas, no convertirme en su galeno, en un compañero más de correrías. Me siento un segundo en el camastro. Bien, me digo, no digas nada, simplemente cuando arribemos a las islas Molucas me busco la vida. Lo que buscaba ya lo he encontrado, me repito varias veces. Cualquier hombre de bien, de familia adinerada como yo, sabe que las Molucas o las islas de las especias, como se les ha conocido muchos años están llenas de europeos, holandeses y aún queda algún español rezagado, me justifico.

De un suave soplido apago la vela que ha estado escuchando mis lamentos. Cierro los ojos, mil cosas se arremolinan en mi cabeza y no me dejan conciliar el sueño. De repente unos golpes secos aporrean mi puerta. No me da tiempo a preguntar quién es, la sombra de Taylor aparece súbitamente.

Capítulo XLVI

Taylor trae consigo una botella de ron. Enciende otra vez la candela que acabo de apagar. Da un trago y me ofrece. Su insistencia me obliga a beber.

-Como no te he visto muy avizor en el puerto, quiero explicarte por qué vamos a las Molucas.

-Con que tú lo entiendas, a mí me basta –le quito hierro al asunto.

-Maldito bastardo. ¿No eras tú el que escribiría sobre el tesoro del ahorcado, el botín de Levasseur? Lo que te voy a contar pensé que lo sabrías, un hombre como tú, un doctor –lo dice con cierta pompa–. Sin embargo, al ver tu cara de pavo mareado entendí que no todos los hombres tienen mi mundo –se vanagloria–. Lo que te voy a contar, pensaba que era conocido por la alta sociedad, pero como no es así, te lo contaré y espero que guardes esta historia como se guarda un gran tesoro. Bien escondido y vigilado por dos muertos. El maltrecho Levasseur siempre contaba que existía un lenguaje secreto de las flores –me quedo atónito y boquiabierto–. No me mires así. Lo contaba ese rufián. Pues bien, fue en Oriente donde surgieron las claves ocultas del lenguaje de las flores, así que mandando un ramo, dejándolo en algún lugar a la vista, nos podemos comunicar con quien conozca nuestra misma lengua. Por eso cuando escuche Molucas lo tuve claro. Cuando ese desgraciado habla de especias finas, las de las Molucas, nos está dejando un mensaje cifrado, más aun si cabe -esto se nota que es ironía-. ¿Cómo te diría yo? La canela significa “mi fortuna es tuya, el azafrán, “cuidado con el exceso”, el clavo de olor, este seguramente será nuestra clave. La gente de las Molucas o Islas de las especias, plantaban un clavo de especia para celebrar el nacimiento de cada niño. Si el árbol florecía, era un buen presagio para el recién nacido, hay quien se ponía un collar de clavos como protección contra los malos espíritus y las enfermedades. El clavo dice “buena suerte, sé mío”, la nuez moscada dice “no me decepciones”, el aloe significa “dolor”, y el laurel, el laurel es el peor de todos, existe un antiguo dicho que el que planta laurel nunca lo verá crecer, pero yo siempre he entendido el dicho como que muere el que lo planta. ¿Lo entiendes ahora?

-Taylor, estoy cansado. Lo que me cuentas es muy interesante, posiblemente esté ahí la clave, pero yo no entiendo nada.

-Te diré algo que te gustará más. En las Molucas está uno de los

marineros que acompañó a Levasseur, casi hasta sus últimos días. Él nos dirá donde escondieron el tesoro –casi pierde la paciencia–. Ahora duerme. Recuerdo la fuerza con la que entraste en esta historia y te veo ahora y no te reconozco. El responsable de que estemos en esta latitud, en esta empresa fue tu ensueño por saber de nosotros, los piratas. No fui yo quien te busqué por las tabernas. Esta aventura, si los vientos nos son favorables, y por ahora no nos podemos quejar, puede convertirse en un gran libro sobre la piratería y sus hazañas. En tú mano está… otra cosa te voy a decir–. hace una de esas paradas que tanto odio–. los piratas, como los perros olemos el miedo. Si la tripulación nota tu miedo, si cualquiera que nos crucemos nota tus temores, date por muerto.

-Capitán… -Mis miedos afloran como un barril vacío en medio del océano–. Capitán… -repito intentando ganar tiempo–, es verdad que los referentes a los que he leído y sigo en conciencia navegaron con grandes piratas y de sus conciencias nada he leído, sin embargo… sin embargo a mí me ofusca mi situación actual. Busqué dentro de mi corazón fuerzas y zarpé hacia tierra firme en la Nueva España buscando, en el fondo de mi ser, no encontrarte jamás. Buscaba escribir un libro sobre piratas sin haber probado lo salado que está el mar. Soñé que con unas simples conversaciones podría hacerme a la idea, como si de una anamnesis se tratara.

-Te miro y te escucho. Pienso que te he tratado como a uno más de mi tripulación… como a un cirujano. Te oigo y me entristece pensar que me he equivocado. Desde que partimos creí haberte hecho comprender lo importante que eres en esta empresa. Ni tú, ni yo buscábamos más problemas de los que ya teníamos, sin embargo, tu ambición, escribir un libro y mi apetito, no puedo resistirme a la posibilidad de morir en el mar, nos llevó a embarcarnos en esta historia –hace una de sus pausas dramáticas-. Piénsalo fríamente. Con esta historia conseguirás tu gloria, con que un cañonazo me dé sepultura o encontrar el tesoro, yo tendré la mía.

-Taylor… lo pensaré. Ahora déjame dormir.

Capítulo XLVII

Nadie me ha despertado para que cumpla mi turno. Un marinero malhumorado me ha dicho, tras pedir yo explicaciones que Taylor pidió que me dejaran descansar.

He dormido tan profundamente que no me acuerdo que he soñado, en teoría me dormí pensando en tomar una decisión, pero si la he decidido ahora no me acuerdo.

El sol, en lo más alto, no deja un solo ápice de sombra. El calor marea. Taylor está en su puesto. Junto al timonel.

-¡Cirujano! –me aúlla desde popa–, hasta los tiburones que nos llevan siguiendo varias millas saben que somos carnaza –rompe a reír con su socarronería.

La curiosidad me puede. Junto a una portilla me asomo. El mar cristalino y color esmeralda me permite ver como varios escualos siguen nuestra estela, como si nuestro barco fuera uno de ellos. A mi curiosidad se suman varios marineros, uno de ellos el mozo del puerto.

-La naturaleza siempre está dispuesta a sorprendernos –le digo, intentando buscar una explicación.

-Una vieja leyenda polinesia relata que los dioses condenaron a los tiburones, debido a su mala conducta, a nadar eternamente sin jamás detenerse, privándolos de esta manera de todo descanso. –Sin más, se gira y vuelve a su faena.

Me vuelvo a quedar solo. Me doy cuenta de que hasta que no tome una decisión ni voy a ser escritor, ni voy a ser parte de la tripulación de este barco pirata.

Navegamos a toda vela, de eso no hay duda. El viento golpea mi nuca con fuerza y el áspero cordaje de albardín chirria al alcanzar el punto de tensión óptimo. No hay parte del barco que no tenga su particular gemido.

Algunos hombres quieren que les haga algunas curas. Uno, por sus síntomas, necesita un sangrado, parece que lo hirieron de bala en un viaje anterior y se le ha infectado la herida. Llamo al mozo que me ayuda. Bajamos al marino al cuchitril donde están mis instrumentos.

Mientras le hago un torniquete en la pierna le explico al mozo como y porque se hace, de qué manera es más efectivo. Con una lanceta, una hoja de resorte, le hago una incisión. El torniquete se afloja y con una taza de medir dejamos fluir la sangre infectada. El pirata no se queja, es más, busca conversación.

-¿Conocía estos mares doctor? –pregunta conociendo de antemano la respuesta–. Entramos en una de las zonas más peligrosas del mundo conocido –me sale una sonrisa nerviosa-. Esta herida me la hizo la bala de un malayo –se detiene para pensar que va a decir-. Los piratas que infestan las islas malayas pertenecen a dos razas: lo que dan su nombre al archipiélago y los *diak*. –Pongo cara de sorpresa, igual que el mozo–. Desde que el mundo es mundo los malayos son piratas. Cuando invadieron Borneo y las islas vecinas, tenían ya una experiencia consumada en el pillaje. Una cosa le voy a decir, si hay que elegir entre encontrarse a piratas malayos o *diaks*, no lo dudo ni un segundo. Malayos.

-¿Por qué? Si ellos fueron los que le hirieron en la pierna –es una pregunta lógica.

-Los *diaks* sólo se dedican a la caza de cabezas. Todos los *diaks* coleccionan cabezas humanas con el mismo celo que los ricos ingleses atesoran cabezas de animales.

-Ya te he cerrado la herida. Vuelve mañana y vemos cómo evoluciona –es lo único que se me ocurre decir.

Capítulo XLVIII

El rápido movimiento de los marineros que están en cubierta nos hace sospechar que algo pasa. El capitán grita más fuerte que nunca, algo no va bien. A mi cabeza me viene cada una de las caras de los piratas con los que compartimos ron y sueños en la isla. Su enfado ha debido animarles a seguir nuestra estela para darnos caza. Me acerco al castillete con cierta celeridad que me contagia la actividad frenética.

-Nos han encontrado más rápido de lo que tú pensabas–. asevero con ánimo de que mis palabras le sienten mal.

-Peor cirujano, nos pasa algo peor. ¡Quiero que esas velas estén lo más bien sujetas posible!, ¡no podemos perder ni el más mínimo soplido de esta maldita brisa! –increpa a unos piratas que no parecen muy diestros en la materia de tensar cabos–. Juncos chinos. Aún están lejos, pero desde la cofa han contado tres. ¿Alguien te había hablado de los chinos? –hay malicia en sus palabras–. Es hora de sacar todo el valor que llevamos dentro y esperar que los vientos nos sean favorables.

Se cargan los cañones; traen al puente balas y granadas de mano, mosquetes, hachas y sables de abordaje. Taylor parece anunciar la ansiedad y desasosiego de los hombres. Pasea por todo el barco con paso frenético, rebuscando en la inmensa extensión de agua la distancia que nos separa de lo que irremediablemente será nuestro destino.

Los malditos juncos se acercan muy rápido. No he visto en el mar una nave que sea más ligera, de hecho desde mi distancia y desde mi ignorancia más parecen barcos de pescadores que de siniestros piratas.

Taylor toca la campana y los hombres se acercan. Empieza a hablar de la batalla que nos espera. Los ojos del pirata brillan con la luminosidad de las olas; su rostro se enciende, su voz ronca se convierte en el timbre sonoro de la inspiración, parecía tener delante la imagen y el sonido de una gran batalla naval, de esas que yo tanto he leído.

En sus palabras describe como los juncos chinos abaten sus banderas, se escucha el zafarrancho de combate, el ruido de la fusilería, el rugir de los cañones, los gritos de los heridos; siente en su rostro el calor del fuego y el soplo del viento. Taylor está completamente trasportado a las escenas que va describiendo. En su

discurso el valor, el miedo, el entusiasmo, todas las devociones y todo el ímpetu se comunican con una facilidad que me sorprende. Cuando habla conmigo se le nota que no es tan sincero.

-¡A sus puestos! –grita enarbolando su cimitarra–. ¡Esos chinos van a tener el placer de conocer al capitán Taylor!

Los juncos ya están cerca. Con una señal, Taylor da la orden. Brilla un gran fogonazo, resuena la descarga, las balas silban, y el humo y el polvo ocultan por algún tiempo nuestra puntería en el disparo.

Capítulo XLIX

Todo es movimiento, pero en el más sepulcral silencio que he vivido. Se hacen trincheras y se pone en ofensiva la artillería, se forman arsenales de balas, palanquetas y cascotes.

Nuestra nave lanza dos fogonazos más. Taylor es cauto, no quiere que los juncos nos sorprendan cargando espoletas y balas. De repente veo brillar un relámpago, suena un cañonazo a corta distancia. Un proyectil pasa entre la arboladura de nuestro barco rompiendo la driza de la bandera y causando algunas averías.

En ese mismo instante, nuestro navío se zarandea. Llamas, humo, mucho humo, silbidos de balas. Los juncos nos han dado caza.

Los hombres destinados a dar o rechazar el abordaje se preparan.

-¡Fuego! -ruge Taylor intuyendo que los chinos ya están casi encima nuestra-. ¡Fuego a discreción!

Nuestro barco se estremece. Pero los piratas chinos no atacan como holandeses o ingleses, son más hábiles. Sus juncos siguen a cierta distancia, respondiendo a nuestros cañonazos, sin embargo, disponen de unas partidas de abordaje. Así, en unos pequeños botes, los rabiosos piratas se acercan a nuestro barco gritando y enseñando sus dientes. Se dirigen a la fila de destino de nuestro bajel y, a continuación, suben a bordo con garfios de abordaje.

Son muchos, así que nuestros disparos ni les asustan, ni les repelen. Taylor me coge y me esconde tras su espalda. El caos es inmenso la batalla descomunal. Nuestros hombres les hacen frente con valentía y coraje. Pero los chinos son muchos y no temen a la muerte.

El capitán hace señales a unos cuantos hombres que en plena pelea son capaces de atender las indicaciones de Taylor.

-Cirujano, no hay peor batalla que la perdida de antemano –se sincera el capitán-. Sígueme y a lo mejor lo contamos.

Asiento con la cabeza.

Nuestros hombres caen como moscas. Unos mueren, otros se retuercen en el suelo y los más avezados con la espada retroceden casi espantados por la fuerza y el número de sus enemigos. Dos de los hombres de confianza de Taylor sacan del camarote del contramaestre una pequeña falúa. Mientras otros dos bajan al polvorín con ánimo de prenderlo.

Taylor me empuja al mar como tiran los padres a los niños en

los puertos para que aprendan a nadar, es decir, a traición. El caos reinante oculta nuestras intenciones. El capitán se lanza detrás de mí. El mozo que conocimos en el puerto va tras nosotros. A mi ayudante lo he perdido de vista. Los últimos en saltar son los dos hombres que salen de incendiar la santabárbara.

Nuestro palo mayor, agujereado en la base por un cañonazo de un junco, oscila con violencia y cae sobre cubierta con las velas y todo el cordaje. Ayudo a Taylor a subir a nuestra barca de salvación. De repente una explosión, mucho más grave que la de un simple cañonazo. Todo se envuelve en un manto de llamas, la cubierta salta al impulso de la pólvora que contiene la santabárbara. Todo salta por los aires, chinos y los pocos de los nuestros que aún no estaban muertos. Nuestro barco se sumerge con cierta elegancia, la misma con la que recorrió los mares, no quedando de él más que algunas labias humeantes que flotan sobre las olas.

-Solo hay algo que decirle a la muerte, hoy no –me dice Taylor, dándome una espadilla y animándome a ponerme a remar.

Capítulo L

Remamos y remamos hasta perder de vista a los juncos chinos, que como buitres carroñeros, esquilman lo poco que queda de nuestro malogrado balandro. Los gritos de los pocos supervivientes se van diluyendo conforme nos alejamos. Pese al sofocante calor tengo frío. Tirito cada vez que pienso en los que han quedado atrás, tirito cada vez que pienso en los que no nos han podido seguir.

El contramaestre dirige nuestro rumbo. El viento, suave, nos enfría el cogote, luego vamos a buen ritmo a sotavento. Uno de los piratas que encendió la santabárbara me enseña su pierna, se ha quemado la nalga. Le aconsejo que se moje con el agua que salpica cada vez que remamos y encharca nuestra enjuta nave.

Vamos a buen ritmo, al menos eso escucho susurrar al contramaestre. Por las conversaciones que tienen entiendo que en la balsa solo viajamos las personas de mayor confianza de Taylor.

-Navajas –así llama al contramaestre el herido en la nalga–. ¿Qué nos quedará para llegar a la costa?

Taylor y Navajas miran al unísono al cielo, lo escrutan como cuando yo leo un libro, parece que leen las señales del cielo. Me viene a la cabeza que no conozco ningún nombre de mis compañeros de viaje. Sé por qué es. No interesarme por los nombres de ninguno de la tripulación me permitía estar ajeno a su mundo, me permitía poner cierta distancia entre ellos y yo. Sin embargo la situación ha cambiado. No cuento más de diez hombres.

Ahora que mi cabeza vuelve a pensar con claridad…

-¡Mis notas! –señalo la dirección donde dejamos a los chinos mirando a Taylor-. ¡He perdido todas mis notas!

-Olvídate de tus notas, pirata -dice socarronamente el capitán–. Si todo sale como he planeado, podrás escribir un libro sobre tus propias aventuras. El día que encuentres el tesoro del ahorcado.

Capítulo LI

Navegamos a la deriva hace ya 5 días, bebiendo agua de lluvia, de la escasa lluvia que aparece y desaparece, comiendo un par de cocos que llevamos a bordo por pura providencia y una gaviota cruda que hemos conseguido cazar de casualidad. Desnutridos y exhaustos, hemos empezado a sorber agua de mar.

Nuestro rumbo cambia conforme vemos nubes en nuestro horizonte, la idea de poder beber agua dulce en plena tormenta se ha convertido en el pan nuestro de cada día.

Navajas nos dice que dejemos de remar. Una mancha negra aparece en el horizonte. Hay que ser cauteloso. Algunos de ellos no tiene ni fuerza para envainar su oxidado alfanje. Mirándoles las caras me doy cuenta de que nos hemos perdido, nos hemos olvidado de nosotros mismos, nos hemos abandonado. Las fuerzas ya ni siquiera flaquean, han desaparecido.

La suerte nos vuelve a sonreír. Taylor así nos lo hace saber. Lo que se acerca es un gubán indígena. Al capitán es al único que parece aún le queda aliento para levantarse y hacerles señas de auxilio.

A mí solo me viene a la mente, los indígenas que coleccionan cabezas. Hay que tener entereza, me repito, los piratas ya me tratan de igual a igual. Según me han contado uno no puede sentirse filibustero hasta que no ha salido cortando el viento cuando las cosas se ponen feas.

Los indígenas nos suben a su barca. Maltrechos la mayoría de nosotros no tenemos fuerzas ni para darles las gracias.

-Al final no estábamos tan perdidos –me cuenta mi paciente, que ya conozco su nombre, “Perro loco”–, ya estamos en las islas de las especies; lejos de la isla de destino pero menos da una piedra.

-¿Dónde estamos? –Estoy desfallecido.

-¡Cirujano! Alegra esa cara –interrumpe Taylor, que está hablando animosamente con los indios-. Estamos en Ceram, aquí tenemos amigos.

-Mi mejor amigo ahora sería un pollo asado y un gran tonel de agua dulce –bromeo, en estos días a la deriva, he aprendido a reírme de mis compañeros y de mí mismo.

Capítulo LII

Ceram nos acoge como agua de mayo. Los pobladores son joviales y atentos con los extranjeros. Es una isla grande, montañosa y por lo que me dicen poco poblada. El paraíso tiene que parecerse a esto. Se puede decir que está completamente cubierta por densos bosques. Tanta vegetación, hace que por todas partes veamos aves que no se reconocer. Pájaros que no he visto en mi vida.

La mayoría de hombres llevan un pañuelo rojo anudado a la cabeza. Tradición moluca. Al llegar a la isla con una mano delante y otra detrás no hemos podido hacer vida de pirata, es decir, anidar en una taberna hasta quedarnos sin cuartos.

Dos días después de nuestra accidentada llegada todo sigue igual. Nos permiten dormir en una de sus cabañas, signo de su buena voluntad. Estos indígenas conocen bien el valor de la plata y el oro, llevan años comerciando con europeos, sin embargo viven un poco asilvestrados. No me he atrevido a entrar al tupido bosque, sin embargo, el pueblo donde estamos, entiendo que vive de la pesca, sus casas están plantadas sobre el mar. Con cuatro palos aguantan sus pequeñas chozas, dando la sensación de que estas en medio del océano, navegando. Los piratas se sienten como en casa, yo diría que mejor.

El capitán lleva comiendo y cenando con el mago del poblado estos dos aciagos días. Según me cuenta “Perro loco”, Ceram es una isla llena de magia y de hechiceros. A diferencia de las demás islas Molucas, Ceram cuenta con unos ritos que ningún hombre que aprecie su vida se puede saltar.

Por fin el jefe de la aldea sale sonriente por la puerta de su pajar. Dice unas palabras en su imposible idioma. Los pocos espectadores levantan los brazos y sonríen también. Nosotros nos miramos unos a otros atónitos. Taylor sale tras él, también sonriente, se nos acerca cauteloso.

-No creía que en el mundo quedase tanta ingenuidad –nos susurra–. Nos llevaran a Tidore mañana al amanecer, con el compromiso de que volvamos a traerles unos presentes como agradecimiento. Nuestra suerte es que no ha llovido desde que estamos aquí, así que creen que es un buen presagio.

Los hombres se van pronto al catre, llevan demasiado tiempo sin beber ron, y eso les genera un enfado considerable, se pelean por cualquier estupidez. La realidad es más dura sin ron, y un pirata no puede estar demasiado tiempo sin beber ese elixir.

Capítulo LIII

Casi no ha salido el sol y los indígenas nos han despertado. El camino es largo, nos repiten una y otra vez, creo que es lo único que saben decir en nuestro idioma. Viajamos como polizones. Taylor nos advierte que estas aguas están infectadas de holandeses e ingleses con ganas de matar piratas, entre negocio y negocio. Que la cosa cambiará al llegar a Tidore, que allí conocemos al sultán.

Estos días al menos nos han servido para volver a tomar consciencia de nosotros mismos. Hemos vuelto a tener nuestro color natural, he conocido algunas pociones que son muy reconstituyentes que se pueden confeccionar con las especias con las que se comercia en el viejo continente.

Las corrientes nos llevan, como el que mece una cuna, con suavidad y delicadeza. Los indígenas parecen conocer muy bien el camino, ya que casi no han remado, solo nos dejamos llevar.

Casi a mediodía vemos en el horizonte lo que los aborígenes nos señalan como Tidore, que comparado con Ceram, no es más que un islote reinado por un inmenso volcán que emerge de las profundidades del mar. A su lado otro más pequeño lo acompaña.

Conforme nos acercamos se distingue una fortaleza que recorre los límites de la isla. La sensación que da es que los volcanes están amurallados, ya que la ciudad casi no se distingue al no haber muchas casas más altas que las tapias de piedra seca.

Los dos volcanes se convierten en los dueños del paisaje. El más grande es de punta cónica y el más pequeño tiene caldera y dos conos de ceniza.

El puerto sin embargo es más grande que el poblado. Años de comercio han convertido a Tidore en una potencia explotada a lo largo de estos años por holandeses, ingleses, portugueses y españoles.

Ya estamos llegando. Arracimados alrededor de la bahía y amarrados en el rompeolas hay docenas de barcos de carga dispuestos a zarpar y arrogantes naves cubiertas de cañones. Los indios, que conocen nuestra condición de piratas nos alejan de la zona de peligro. Así que entramos en Tidore casi sin hacer ruido, a hurtadillas.

Capítulo LIV

Casi todos menos yo conocen la isla como la palma de su mano. Tampoco tiene mucha complicación. Solo hay dos tabernas, que además son netamente para clientes extranjeros, ya que la población es musulmana y no bebe alcohol. “El pelo rojo”, que no hay que ser muy listo para saber que por allí beben los holandeses y “La herradura”, al que alguien con un cuchillo ha convertido el dibujo en una calavera a la que han añadido un sable. Ni que decir tiene, que nosotros vamos a “La herradura”.

Todas las tabernas tienen algo especial, algo que las hace únicas. Se repite en todas ellas la luz tenue, el griterío y las prostitutas, sin olvidar que en todas las tabernas hay marineros y piratas borrachos. La curiosidad de ésta es que extraen el pescado vivo de un ánfora que entiendo tiene agua del mar. De ahí sacan el pescado saltando, coleando, luchando por su vida y lo cocinan a la vista del cliente. Más fresco no puede ser. El pescado tal y como se come en medio del mar.

Nadie parece reconocernos a nuestra entrada, de hecho parece que seguimos pasando inadvertidos. Nos sentamos, pedimos ron y pescado hervido. No sé con qué dinero pagaremos, pienso en un primer momento. ¡Somos piratas! Me viene a la cabeza, ya inventaremos alguna treta para marcharnos sin pagar.

Bebemos más que comemos. Algunos lo agradecen, hasta sonríen después del tercer trago de ron. A nuestra banda se ha unido un indígena de Ceram. No habla, solo sonríe, ni siquiera sabemos si conoce nuestro idioma. Después de escuchar tantas leyendas, imagino que será un mago, como todos los habitantes de esa isla.

Taylor no come, parece que vive del aire. Se acerca a la mesa de al lado.

-Buscamos a *Dientes de Sable*, ¿lo conoces? –les interroga con cierta discreción–. Somos viejos amigos –se justifica mientras los otros niegan con la cabeza.

Vuelve a nuestra mesa. Masculla y habla solo cabizbajo. Se acerca a otra mesa en la que vuelve a encontrar el no por respuesta.

-Chicos… la cosa se pone mal –nos dice tras darle un trago a su jarra de ron–. Si nadie conoce a Dientes de Sable es que no está en la isla.

-Lo mismo lo conocen por otro apodo –dice Navajas en una de sus pocas intervenciones.

-Lo mismo ha muerto –interrumpe Perro Loco.

-Igual ha pasado inadvertido –digo yo por dar una nota de cordura.

Todos rompen a reír. Como si hubiera dicho una estupidez.

-Cirujano, si Dientes de Sable estuviera en esta isla, lo conocerían. Es el único hombre que conozco que puede matar a un hombre a bocados. No necesita cuchillo, ni sable, su boca es mortal, en cualquier pelea de taberna lo habrían reconocido.

Capítulo LV

La última mesa a la que preguntamos nos saca de dudas.

-¿Quién quiere saber dónde está Dientes de Sable? –evidentemente, saben dónde está, pero lo gritan para dar la voz de alerta, ya que toda la taberna ha puesto sus ojos en Taylor.

-El capitán Taylor lo pregunta –dice muy digno a todos los espectadores que ahora nos miran con recelo.

-Ja, ja. El capitán Taylor debe ser ya una playa de coral en algún arrecife del Caribe –dice muy seguro de sí mismo el interlocutor sin saber a quién tiene delante.

-¿Estás viendo un fantasma? –Le pone el sable en el cuello con rapidez, mientras los compañeros de juerga del infeliz hacen amago de desenvainar.

-Perdóneme, capitán Taylor -de repente, se le han bajado los humos-. ¿Cuántos años hace de la última vez que vino a Tidore? Casi una eternidad –le pregunta y se responde balbuceante y nervioso por su gaznate–. Soy el hijo de Mendoza, Ernesto de Mendoza –tartamudea.

-Ese perro infecto –a Taylor se le ríen los huesos–. Si está por estos lares tendré que darle un abrazo a ese malnacido.

-Mi padre murió. Hace dos años ya. Los ingleses le abordaron y cuando se vio capturado y malherido se tiró al mar. Un viejo "amigo" suyo, Macrae, ¿lo recuerda?

-Esa rata ha acabado con todos los que le perdonaron la vida. Ni una ramera es tan desagradecida. Macrae… el destino en ocasiones gasta bromas macabras –algunos borrachos al escuchar el nombre del inglés se levantan y se marchan de la taberna, como si fuera un mal augurio–. Mendoza, te he preguntado por Dientes de Sable, ¿conoces su paradero? Nos urge hablar con él –nos señala con la espada justificándose.

-Hace años que se retiró a la "montaña de la mujer muerta", nadie lo ha vuelto a ver, aquella zona está llena de fantasmas, dicen que allí descansan todas las almas.

-Y esa montaña, ¿dónde está? –pregunta desafiante.

-Es la otra cara del volcán, por donde cae la lava cuando la montaña escupe –se explica–. Se llama de la mujer muerta porque una indígena se enamoró de un soldado español, al que esperaba ansiosa. Sin embargo, cuando su barco volvió, el soldado había muerto y ella, loca de amor, se marchó a la montaña y desapareció para siempre. Algunos dicen que siempre que llega un barco está en

el muelle por ver si trae el alma del soldado.

-Urki –mira al indio que nos acompaña-. ¿Tú sabes llegar? –El indígena asiente con la cabeza–. Saldremos al amanecer –ahora nos mira a nosotros–. Te dejo vivir por ser hijo de quien eres. Ahora paga nuestra mesa e invítanos a otra ronda.

Capítulo LVI

Con el mismo sigilo con el que llegamos, partimos hacia la montaña de la mujer muerta. Las islas de las especias son singulares, no tienen nada que ver con las islas del Caribe, con las del mismo océano que hemos recorrido hasta aquí. Los pueblos son pequeños, agrícolas, todos guardan la misma cara, árboles de nuez moscada, de clavo. Las llanuras dejan que uno disfrute de un paisaje paradisíaco, y los vecinos, atentos, reciben siempre con una sonrisa, los encuentres donde los encuentres, hasta en las situaciones más delicadas. No debe ser del agrado de un nativo encontrarse cortando leña y ver pasar a un montón de piratas, armados hasta los dientes, andando sin conocer bien el camino. Taylor parece fiarse a pies juntillas de nuestro nuevo amigo Urki, otros, más recelosos como el contramaestre, no le quitan ojo de encima.

El volcán recorre la isla entera, así que por mucho que caminemos parece que apenas avanzamos. El nativo nos hace una señal violentamente para que nos detengamos. No entiendo sus palabras pero comprendo lo que nos quiere decir. Ha oído algo sospechoso. Nos miramos los unos a los otros atónitos, el ruido de los pájaros es ensordecedor. Con otra señal nos dice que continuemos. Se queda atrás mirando lo que parecen ser unas pisadas de alguna bestia que nos rondaba o simplemente había pasado por allí hace poco tiempo.

Conforme rodeamos el volcán los colores van cambiando, los verdes son más pardos, los azules, más oscuros. La vegetación cambia a cada paso que damos, esta parece más fuerte, más agresiva. Es de sentido común, el cráter convierte a las plantas en supervivientes, en organismos que, si quieren perdurar en el tiempo tienen que acostumbrarse a la brutalidad de sus erupciones.

La jungla nos va comiendo terreno, los árboles y la maleza nos resguardan de la luz del sol y del cielo. Estamos cansados, se oye entre los hombres. Taylor se acerca a Urki. Se dicen cosas al oído.

-Nos queda poco para llegar a la montaña, pero si queréis nos quedamos aquí un rato. No quiero que nos anochezca en el camino. Estad en guardia, esto es la jodida jungla –nos dice mientras con su mirada otea los alrededores.

Capítulo LVII

Todos, menos el indio y Taylor, nos hemos sentado en lo que parece una roca, aunque por su tacto, les explico a mis compañeros de viaje, debe ser lava que se ha secado dando origen a la inmensa piedra que nos sirve de acomodo.

Al capitán lo tengo controlado, apoyado en su espada, con cierta equidistancia de los piratas que le acompañamos, atento a los distintos ruidos que nos acechan. A Urki le he perdido de vista. En la jungla los ruidos se convierten en algo natural, con lo que uno se acostumbra y solo se asusta si el guía pone mala cara.

Observo el talante de los que están de guardia. Los que conocen el terreno parecen nerviosos. Los marineros y yo no somos conscientes de lo que pasa a nuestro alrededor. Lo intuyo por su forma de mirar de donde surgen los sonidos de la jungla. Por todos lados… por todos lados parece que nos pueden atacar. Les miro con cierta incredulidad.

-¡Solo buscamos a un hombre! –aseveró intentando ganar confianza–. Lo que nos rodea es más peligroso que lo que andamos buscando -lo digo pensando que mi seguridad, el hablar puede convencerles.

-¡Cirujano!, Dientes de Sable es más peligroso que cualquier bestia que nos ataque. Ese pirata es capaz de matarnos uno a uno. Sin dilación –me dice un osado marinero al que no reconozco.

Taylor nos mira desafiante. Levanta el sable, señalándonos con malos modos.

-Si no sabéis de quién habláis, mejor no decir nada –sentencia.

Vuelve a mirar a todos lados sin fijar la vista en nada. El capitán, en esta isla no deja de sorprendernos. Se le ve tranquilo, templado, claro, y al mismo tiempo buscando la excusa para cortarnos el cuello.

No hay enfrentamiento que supere la tensión que genera entrar en la selva sin un destino, sin un destino que se considere cabal. Vamos a una montaña, a la que llaman de la mujer muerta, buscando a un hombre, que después de tantos años, puede ser un fantasma, para que nos indique un camino. Si quisiera escribirlo, nadie me creería.

Capítulo LVIII

La maleza, con la brisa que azota, hace más ruido que nosotros al caminar. Cuando el sol quiere esconderse, el tiempo cambia, cambia a peor, se vuelve indomable, fiero.

Ese es el momento de Dientes de Sable, en cuanto anochece ataca cuál ocelote, dicen algunos cuchicheando.

-El tiempo de descanso se ha terminado –nos azuza el capitán al tiempo que vuelve a aparecer Urki de la nada. El indio le susurra algo indescriptible, Taylor cambia de cara, sonríe. Levanta su alfanje–. Sentaros chicos, merece la pena pasar aquí la noche –hace uno de sus silencios–. Dividiros las guardias de dos en dos y que alguien prepare una hoguera, esta humedad de la selva le cae fatal a mis huesos.

Los hombres se ponen manos a la obra. En mi condición de galeno arreglo un poco los bártulos, y en mi nueva condición de pirata simplemente escurro el bulto. Me coloco cerca del fuego, me han dicho que ahuyenta a las bestias. Poca comida y mucho ron, esa es nuestra cena. En el reparto de lo que quiere ser una hogaza de pan y no lo es, vuelvo a perder de vista al capitán.

Cuando anochece los ruidos de la jungla cambian. Los animales que con la luz del día intentan hacerse notar, con la llegada de la oscuridad pretenden pasar desapercibidos, y al contrario, los animales que han pasado la mañana descansando tienen la noche como refugio para la caza. Los pájaros han dejado de cantar, de graznar. De vez en cuando se escucha a alguna bestia rugir, y después silencio, un sepulcral silencio solo roto por el aleteo de alguna manada de pájaros asustados, como si la jungla entera supiese lo que ha sucedido después del rugido.

Los hombres se van animando conforme nos bebemos el ron, yo sonrío con sus canciones y balbuceos. Algunas historias de las que cuentan las llevo escuchando desde que salimos de tierra firme, parece que no han vivido nada más interesante.

-No recuerdo en que isla… –así empiezan casi todas– entramos en la posada de los tres gatos, se llamaba así porque eran tres hermanos, feos como ellos solos, que el bigote, en vez de crecerles como a todos los mortales, les crecía como los mostachos de los gatos, el gato mayor estuvo muchos años a las órdenes de Taylor, el caso es que un barco inglés nos estaba esperando, haciéndose pasar por piratas de medio pelo, bueno pues cuando ya estábamos todos borrachos aquellos sacaron sus espadas y nos amenazaron con

detenernos y con llevarnos a la horca…

No sé cómo, de la nada, veo salir a un hombre fornido, desarrapado, que con rapidez y violencia agarra a uno de nosotros y con su boca en la yugular del pobre diablo nos hace un gesto amenazante. Los hombres no saben cómo reaccionar, algunos buscan su espada, yo no soy capaz de articular ni un solo movimiento, mientras el hombre que tiene cogido por el cuello gimotea como una mujer.

La cara de esta bestia cambia de sentido, pasa de la amenaza a la sorpresa. En su espalda brilla el acero de Taylor, que ríe a horcajadas. Lentamente le retira la boca del gaznate, se gira para verle la cara a su astuto captor. Los dos ríen y se funden en un fuerte abrazo. No hay duda de que acabamos de conocer a Dientes de Sable.

Capítulo LIX

Después de unas tibias presentaciones volvemos a la normalidad. A mí el susto me ha dejado mal cuerpo. El ambiente se relaja un poco. Nos enteramos de que Urki advirtió a Taylor del acecho de Dientes de Sable. Llevaban más de una hora esperando su ataque.

-Maldito loco –le espeta Taylor dándole un golpe en el hombro-. ¿Cómo has llegado a convertirte en un salvaje? Aunque pensándolo bien, siempre fuiste una mala bestia –bromea.

-Hace tiempo que ningún pirata puede navegar con la tranquilidad de los buenos tiempos. Antes los ingleses eran los enemigos a batir, la mayoría de flotas luchábamos por el mejor botín, ahora, malditos tiempos, ahora somos los piratas el preciado botín, el tesoro de los mares es cazar piratas. Querido amigo nos estamos convirtiendo en una especie en extinción –reflexiona Sable con mucho tino.

-La edad de oro pasó, pero el tiempo de los piratas es eterno, mientras exista el mar, habrán piratas surcándolos y saqueándolos–. añade el que ha estado a punto de perder el pescuezo.

-Los tesoros que yo he visto no te los podrías ni imaginar –parece que Sable de lo que está deseoso es de hablar–. Esos tesoros ya no surcan el mar –su retiro le ha convertido en una persona reflexiva–. Haciendo negocios ya se pueden robar mejores botines, ahora el mundo está en manos de comerciantes y empresarios, de pelucas bien peinadas y empolvadas, de bastones con el puño tallado…

-No te pongas sentimental -Taylor lo interrumpe–. Yo vengo de surcar muchas leguas y desde nuestra partida no hemos dejado de correr aventuras. Sí que he de reconocer que tesoros no hemos catado –se lamenta–. Pero bueno, no hemos llegado hasta aquí para tener charlas de taberna. Supongo que no somos los primeros en venir a buscarte –se justifica ante el asombro de Dientes de Sable-. No me mires así. Medio mundo anda buscando el tesoro de la rata marina de Levasseur y ¿a nadie se le ha ocurrido preguntarle a su hombre de confianza?

-Me dejas de piedra. Hace un tiempo, dos lunas llenas, que unos hombres merodearon por aquí, pero eran muchos y bien armados, así que me escondí y si me andaban buscando no me encontraron. A vosotros os seguí porque erais pocos y necesito botas y alguna casaca, esta jungla se come la ropa. Es muy osado por tu parte, Taylor, querer que traicione al “Halcón” –dice muy digno, cual

señor inglés en un juicio.

El capitán sonríe, se acerca y le rellena la jarra de ron. Con un ademán ordena que uno de los piratas se quite la casaca y se la deje a Sable. Se vuelve a acercar a la hoguera y como si se tratase de uno de esos cuentacuentos que rondan teatros y van de pueblo en pueblo, le cuenta con todo lujo de detalles, algunos reales y otros que se inventa conforme se sucede la historia. Como el pirata Levasseur, acabó en el cadalso, y desde él, volvió codiciosos a los que no lo eran, y logró que cualquier pirata, incluso ya retirado, se sintiera insatisfecho si no encontraba su tesoro. El verdadero escritor, contador de historias, es el capitán Taylor, yo cuando se la conté a él, no le puse tantas florituras.

La cara de Dientes de Sable es todo un poema, cambia conforme la historia gira hacia un sitio o a otro. Sus gestos escenifican la pasión con la que Taylor relata los hechos. Se conmueve al conocer el final y al mismo tiempo sus ojos brillan pensando en todo ese oro guardado a buen recaudo.

-Un hombre pasa del hedor de los pañales al nacer al hedor de la mortaja –reflexiona Sable en voz alta–. Me atrae la idea de poder homenajear a mi amigo el Halcón, así que os diré dónde está el tesoro si me puedo unir a vosotros. Yo seré vuestro mapa del tesoro –es innegable que el pirata se vende bien–. Y por edad y por respeto, en el reparto a mí me tocará como si fuera capitán.

Los hombres nos miramos esperando una reacción, mientras Taylor rompe a reír.

-Maldito bribón. Siempre has sabido negociar –dice mientras le alarga la mano para cerrar el trato.

Capítulo LX

La noche cae y es mejor dormir en este improvisado campamento. La mayor preocupación de los hombres reside en si aguantará el ron para toda la noche. El calor es sofocante, la humedad vuelve el aire irrespirable, la vegetación produce una especie de vapor de agua semejante a la niebla. Parece que nadie tiene sueño, algunos cantan canciones de mar mientras los demás los miramos sonriendo. De las canciones pasamos a las historias de piratas y vuelta a empezar, como en un círculo vicioso. Algunos se retiran a descansar, los más jóvenes quieren más cuentos, más enseñanzas.

-Taylor –pregunta Sable–, ¿les has contado a tus hombres la historia del cañón de diamantes? –sonríe maliciosamente.

El capitán rompe a reír. Hace ademán de hablar, sin embargo, hace su habitual pausa dramática, bebe de su jarra un buen trago de ron y nos mira detenidamente.

-Ya no recuerdo el año que corría, yo era mucho más joven y surcaba los mares de uno a otro confín. En cada puerto escuchaba una historia distinta, todos tenían moralina, porque los piratas aprendemos de los errores de aquellos que ahora son pasto de tiburones. He peleado contra ingleses, franceses, holandeses y españoles, también he tenido amigos de todas esas nacionalidades, pero un capitán, viejo y decrepito, pero un lobo de mar que uno quiere tener siempre cerca en un abordaje me contó la siguiente historia: unos piratas holandeses, distribuidos en cinco bergantines, que montaban más de cien cañones entre todos, costeaban hostigando barcos y plazas. Un virrey, marqués de alguna provincia de alcurnia española, improvisó una escuadra defensiva consistente en seis balandros con cuarenta cañones, de los cuales tres de ellos carecían de culebrinas –mi cara debe ser un poema, porque hace una pausa mirándome y me explica–. Una culebrina es un cañón más pequeño, pero muy potente. Pero sigo con la historia. En el enfrentamiento que siguió, las naves españolas, en el caos de la batalla, dispararon contra su propia flota y los piratas de los Países Bajos hundieron por error una de sus lanchas; era de noche y las únicas luces visibles eran las de posición; la confusión y el humo terminaron por dificultar la labor de los artilleros, me contaban. Si yo fuera capitán de esos bucaneros los hubiera matado yo mismo. Sin embargo el caos y el descontrol debía ser horrible porque la mayor sorpresa, la tuvieron al día siguiente cuando se reanudó el

combate. Una andanada que recibió las pocas naves españolas que quedaban, en vez de plomo y tuercas, esparció por cubierta collares, monedas de plata, de oro, piedras preciosas, incluso algún diamante. Todo hace pensar que algún pirata holandés, después del saqueo de algún mercante, había distraído del monto común y ocultado en un cañón una parte que no le correspondía, sin que pudiera cambiarlos de lugar una vez iniciado el ataque.

Todos rompen a reír. Hablan entre ellos. Levantan sus copas y beben copiosamente. Si esta historia tenía moralina yo no la he entendido. Así que pregunto en voz alta.

-¿Y la moraleja?

-La historia tiene dos importantes enseñanzas amigo cirujano –Taylor se pone paternalista–. La primera de ellas nos dice que no debemos robar a nuestros hermanos porque lo que se gana en una batalla, si no lo ganamos con valentía, puede volver a perderse en otra batalla. Y la segunda y más importante es que nunca guardes tus robos en un cañón, trucha de agua dulce… jajaja.

Otra vez vuelven a reír, ahora a pierna suelta.

Capítulo LXI

La jungla engaña con mucha facilidad. Sabes que ha amanecido porque vuelven a cambiar los sonidos. La salida del sol, aunque desde nuestra posición no se vea, despierta a las aves, los roedores vuelven a salir de sus madrigueras. Nosotros recogemos los bártulos. Taylor bromea con Dientes de Sable, le sacude su nueva casaca con sus manos y le sugiere que al mapa siempre hay que llevarlo a buen recaudo. Las primeras luces también han despertado a los mosquitos, que se mezclan con el sudor por nuestra piel.

Urki ya no nos guía, aunque con Dientes de Sable deshacemos nuestros pasos, es decir, volvemos por el mismo camino por el que vinimos. No deja de sorprenderme que, pese a que no hay ni sendero ni camino, ya sea un indio o un pirata todos pasan por los mismos sitios. Yo los reconozco, no porque ya sea un hombre de la jungla, sino porque vi como uno de los hombres que nos acompaña hacia marcas en los árboles más grandes, por si acaso, me dijo en el camino de ida, se sabe cuántos van pero no cuantos vuelven.

El contramaestre, Taylor y Sable hablan entre ellos durante todo el trayecto, casi susurran los planes que nos esperan en el pueblo. Los tres están bregados en mil batallas, ellos mejor que nadie saben cuál será nuestro próximo paso.

Yo pienso en mi libro. Intento recordar cada uno de los colores que observo a mi paso, el negro azabache de las piedras volcánicas, los colores mate de las plantas que rodean el volcán, los arbustos espesos, los árboles inmensos. Caminando entre estos últimos observo como la luz, que dejan pasar entre sus ramas, va cargado de polvo y polen, que flota en el mismo aire que respiramos. ¡Qué espectáculo! Pienso para mis adentros. ¿Cómo alguien ha llamado a esta montaña la de la mujer muerta si todo lo que nos rodea está lleno de vida?

Quizás no debí querer escribir un libro sobre piratas, tendría que haber hecho caso a mi padre y haber escrito algo sobre fauna y flora, quizás un tratado de plantas medicinales que tanto nos ayudan en los tratamientos a los galenos.

La vegetación cambia, salimos de la ruta que la lava del volcán suele diezmar. Los verdes, los azules, los rojos, ahora son vivos, deslumbrantes. Ya no parece la misma isla. Hace unos pasos la humedad casi no nos dejaba respirar, ahora, noto hasta como la última gota de aire entra por mis pulmones. Me resulta curioso ver el clavo, la joya de la corona de las islas de las especias, en planta

viva. El contramaestre me sorprende observando lo que para mí es una curiosidad. Se me acerca. Me da detalles.

-El tronco del árbol es alto y grueso, poco más o menos como un hombre; las ramas se esparcen horizontalmente, por lo común, - me dice; - sólo las más altas suben hasta formar en la cima una especie de cono. Sus hojas recuerdan mucho a las del laurel; la corteza es olivácea. El clavo crece sobre las ramitas más tiernas, manojos de diez o veinte juntos. Esos troncos producen casi siempre más de un lado que del otro, según el tiempo. Al nacer, el clavo es blanco como lo son los recién nacidos, al madurar se hacen como los marineros, rojos y al secarse, negros. Se recolectan dos veces al año: una por la Natividad de nuestro Redentor, otra en la de San Juan Bautista –me choca que todo un pirata malhumorado como él pueda hablarme de árboles y fechas relacionadas con santos; no nació pirata, pienso mientras le escucho, seguramente fue cazado como yo, de algún galeón español y convertido a la Hermandad de la Costa-. Crecen solamente sobre el monte y si algunos de estos árboles se planta en el llano, aun siendo cerca del monte, no vive. De no recogerse al estar maduro, se vuelve tan grande y recio que para nada vale, si no es su corteza. No se producen en el mundo otras plantas de clavo más que en los cinco montes de estas cinco islas–. termina bruscamente.

-¿Cómo sabes tanto? – le pregunto intrigado.

Me mira, casi con desprecio y vuelve a la hilera que ya nos ha dejado muy atrás. Tengo que dar una pequeña carrera para alcanzarles. Paramos a descansar. No es bueno hacer el camino de un tirón.

-¡Cirujano! –Taylor me hace señales para que me acerque al grupo de mando–. Hemos estado pensando… - una de sus pausas–. Si queremos un barco en condiciones, necesitamos ver al sultán de Tidore. Yo lo conozco de hace muchos años… está, como dirían los matasanos como tú, poco cuerdo, vamos, como una cabra. Así que hemos pensado que yo haré los honores y tú, con tu palabrería, lo engatusamos y le pedimos lo que necesitamos.

Mi cara de estupefacción creo que lo dice todo. Sin embargo hay un cosquilleo en mi cuerpo que me hace no controlar ciertas de mis acciones, que cada día son más salvajes y autónomas. Creo que mi cerebro quiere ser escritor y médico y mi cuerpo un pirata de medio pelo.

-Haré lo que gustéis, capitán –digo con cierto aire burgués, imitando mi papel.

-Os lo dije –Taylor mira a Sable y al contramaestre–. Este

hombre es un tesoro –me mira y sonríe.

-Capitán, tengamos cuidado, los tesoros pasan de mano en mano, de barco en barco –Navajas aún me mira con cierto recelo.

Capítulo LXII

La ciudad está distinta a nuestro regreso. Algunos, los más viejos señalan a Dientes de Sable, unos sonríen, otros parecen haber visto un fantasma, los más listos nos ignoran. Parece que en nuestra ausencia se ha hablado de nuestra visita a la isla. Taylor me ha comentado en alguna ocasión que los rumores corren como la pólvora, aunque viendo nuestra entrada, yo diría que más rápido.

Caminamos por las calles que nos llevan a la fortaleza con la cabeza bien alta, parecemos Julio César entrando en Roma, aunque sin los honores. Lo más que hemos conseguido nosotros es que cuchicheen a nuestro paso, en vez de lanzarnos ramas de olivo.

Taylor se afana en contarme lo que me encontraré cuando veamos al sultán. Me cuenta que ya debe tener alrededor de unos cuarenta y cinco o cincuenta años, es un hombre bien formado y leído, como tú, insinúa, es fastuoso, elocuente, y en sus años mozos, cuando Taylor trató con él, era un excelente astrólogo. Es curioso, me cuenta, estos reyes tienen tantas esposas como les place, pero existiendo siempre una en condición de favorita, a quien obedecen todas las otras. Le encanta contarme historias, así que de golpe y porrazo me cuenta que en esta isla conoció a una de las mujeres más maravillosas del mundo. Al parecer un barco español la trajo y un barco español se la llevó. Qué habrá sido de ella se pregunta en voz alta con tono de amargura. Ella no quería nada con un pirata, pero él no la dejó en paz hasta conquistarla. Era un pirata joven, se lamenta. Hace una de sus pausas. Vuelve al tema del sultán. Tendremos que besarle la mano, hacerle una reverencia, aunque los piratas no le debemos respeto a ninguna autoridad, nuestros intereses pasan porque el sultán nos dé lo que necesitamos.

Lo que quiere ser una guardia imperial, que se parece más a una caricatura, se nos acerca a paso firme, a pecho descubierto, un cinto y un taparrabos, lo que quiere ser un casco, tan cargado de plumas que se les ahueca hacia un lado por el peso. Arco a la espalda, pocas flechas, nosotros somos más hombres, y lo que quiere ser una lanza típica de la tribu de la isla donde nos encontramos.

-¡Alto! –Con la mano que tienen libre nos hacen el gesto–. El sultán de Tidore les espera en su fortaleza para recibirles. –Qué daño han hecho los europeos que hemos pasado por estas islas, pienso en cuanto les oigo hablar al unísono–. Si son tan amables, acompáñennos.

Nuestro nativo vuelve a desaparecer, nadie repara en su

ausencia. No parece importarle a nadie. Seguimos casi a paso militar a estos dos famélicos guardias.

Las puertas del palacio del sultán rebelan opulencia y años de conseguir prebendas de todos los europeos que año tras año, mes a mes van esquilmando los frutos de esta maravillosa isla. El simple reflejo del sol, rebota sobre las paredes blancas, en cada rincón vasijas, cofres, alhajas, de oro y plata, piedras preciosas de todos los colores y tamaños decoran espadas colgadas en las paredes. La guardia real no tiene para flechas, mientras el sultán ya no sabe qué hacer con tanto regalo me digo mientras pasamos por un inmenso pasillo que no se acaba nunca. Cada vez estamos más cerca de unas enormes puertas, también adornadas con pomposos grabados de lo que han debido ser batallas ganadas por los ancestros de la familia real.

A nuestra llegada se abren las puertas lentamente, como si nos recibiese el mismísimo rey de España. La sala es amplia, está llena de lacayos y mujeres que nos miran con recelo, y en el centro, una gran silla de oro macizo donde nos aguarda el sultán disimulando asombro al vernos en palacio.

-Os esperaba hace dos lunas –dice con un tono de voz algo estridente el sultán.

Capítulo LXIII

Casi a la vez, tras las palabras del sultán, todos los hombres nos despojamos de nuestros desvencijados sombreros. Me adelanto junto a Taylor y los dos hacemos una exagerada reverencia. Pese a que he hecho muchas a lo largo de mi vida he preferido imitar a Taylor.

-Capitán Taylor, os recordaba más diestro en el mar, también es verdad que os recordaba más joven y apuesto. –He de reconocer que a Taylor los años no le han tratado demasiado bien, pero al sultán tampoco le han hecho un gran favor. Su barriga oronda y abultada hacen parecer que el sillón del rey le viene pequeño. Sus carnosos mofletes y su gran papada no dejan lugar a duda pensando que este hombre no ha pasado hambre. Viste una camisola de tela blanca sutilísima, con los bordes de las mangas bordados en oro, y una especie de faldas desde la cintura hasta casi sus pies descalzos–. Dos lunas, nada más y nada menos. Y me entero que venís sin presentes, más buscando a viejos compañeros de viaje, que amigos como yo, que os puedo abrir todas las puertas que hay en esta isla–. nos recrimina con su tono chillón.

-Perdonadnos –Taylor se acerca y besa su mano. Nunca hasta ahora lo había visto tan dócil–, ya sabéis que el mar es imprevisible, que un pirata nunca hace planes, y que un desgraciado encuentro con unos chinos ha cambiado nuestros planes –mientras Taylor se justifica yo también hago ademán de besarle su pulposa mano.

-Os vi en sueños, mirando al horizonte, en un gran barco, las olas movían el balandro, consiguiendo que los tesoros que portabais hiciesen ese ruido que hacen las copas de oro cuando chocan en un brindis. Así que consulte a los astros, tres lluvias y un día de mucho calor dijeron ellos, y de eso hace ya dos lunas. Pero bueno habéis llegado y eso siempre es signo de la bondad de Dios y del Cielo. Lo que no me dijeron los astros era vuestro propósito –y ahora se da cuenta, pienso para mis adentros.

Taylor se le acerca, quiere sacarle partido a eso de los astros que nos ha dicho. Sonríe y pone su mejor cara.

-Que sabios son vuestros astros. Saben que os traemos una propuesta que no podréis rechazar, que digo rechazar, no podréis más que darnos las gracias por querer contar con vos para esta empresa que nos ha traído hasta aquí, para compartir ganancias y oropeles. Vamos tras el tesoro más importante que ha habido y habrá de uno a otro confín. Así que pensamos en el sultán de Tidore

para que avalase con su riqueza el botín que lo convertiría en el hombre más rico de esta parte del océano –escenifica como un actor en un anfiteatro.

-Los piratas tenéis la misma astucia que los salteadores en tierra. Sabéis las latitudes exactas donde buscar sustento y botines -le recrimina con razón–. Pero conocéis mi punto flaco, el oro, me gusta tanto que no puedo decir que no. Taylor, sois un pirata, otro no se fiaría de vos, sin embargo, os conozco hace tantos años, he escuchado tantas historias sobre vuestras aventuras, sobre vuestras proezas, los botines que habéis conseguido a lo largo de vuestra vida son vuestra carta de presentación, vuestra mejor virtud. Conocéis los mares, una estrella me dijo que si los escualos hablasen hablarían bien de vos por la cantidad de alimento que les habéis dado. Pedid y os será concedido, siempre y cuando volváis y nos agasajéis con la mitad de lo que hayáis conseguido.

-Sois un duro negociador. Si uno de mis hombres me hablara como vos lo colgaría del mástil más alto por pedir tanto botín, pero es verdad que os jugáis tanto como nosotros, así que lo veo justo –nos mira y nos guiña el ojo.

-Entonces, celebrémoslo comiendo y bebiendo como reyes –dice dando unas palmadas, que entiendo deben ser órdenes.

Capítulo LXIV

El sultán nos trata como a reyes de su categoría, supongo que ahora que somos su inversión quiere que al menos hagamos una buena comida antes de partir hasta tierras más lejanas. Dientes de Sable zampa como si fuera su último día en la tierra, cualquiera diría que lleva semanas sin comer.

-Llevo semanas a base de agua y hojas. No he sido capaz de cazar nada es estos últimos días –Dientes de Sable se justifica ante el sultán, que también hace acopio de fuerzas aunque no las necesite tanto.

Veo a algunos hombres guardarse comida en la casaca, sobre todo pan y carne cocinada con diversas frutas. Los lacayos y las mujeres nos miran como si fuéramos una atracción. Yo también las observo. Las mujeres de aquí son feas, aunque vayan tan desnudas, solo tapadas con sus taparrabos de lo que parece un tejido arbóreo, me digo mientras le sonrío a una que no me quita ojo de encima.

Las avituallas nos recomponen el cuerpo, nos dan la fuerza que la montaña y el naufragio nos ha quitado. Algunos hasta hemos recuperado el color de nuestra tez. Taylor le cuenta al sultán que soy médico, que llevo a bordo en su tripulación casi una eternidad, que los hombres que tiene sentados en su mesa son los mejores marineros que existen. Lo oigo y sigo sin entender porque quería que hablase yo. Sigo observando mí alrededor.

El sultán les ha dado permiso, a lacayos y mujeres para que ellos coman también, así que lo que ha empezado siendo un banquete privado para unos privilegiados, se ha convertido en toda una celebración. El murmullo se hace eco por todo el salón y nuestras conversaciones ya no son el centro de atención.

De un lateral, donde solo hace un instante acabo de mirar, sale nuestro nativo de Ceram, que aprieta el paso para acercarse a la oreja de Taylor. Le cuchichea algo al oído. A Taylor le cambia la cara, de una abierta sonrisa su ademán cambia a una de preocupación. El rajá parece no darse cuenta o quizás simplemente no le interesa ese cambio de actitud. Los hombres dejan de comer. Nuestro informador no deja de susurrarle cosas al oído.

Taylor rompe de furia y se levanta mientras desenvaina su sable. Con la punta de la espada roza la barbilla del sultán.

-¿Nos habéis traicionado? Si es así, está ha sido vuestra última pitanza –grita mientras todo el salón se queda en silencio.

-No sé de qué me habláis –responde tembloroso, con la voz

entrecortada–. Somos socios –tartamudea-, ¿por qué querría traicionaros, capitán Taylor?

-Porque hay en el puerto un barco descargando ingleses armados sedientos de carne pirata que en unos momentos van a tomar este palacio a la fuerza. –Nos levantamos de la mesa casi a la vez. Algunos sacan sus armas. Taylor nos mira-. ¿Estáis preparados para entrar en combate, compañeros?

Capítulo LXV

Los lacayos y las doncellas corren de un lado a otro como pollos sin cabeza. El sultán está sobre pasado por las circunstancias, se le nota porque no se ha movido de su poltrona y cada vez que Taylor pasa por su lado su expresión es de puro pavor. Los hombres y yo esperamos órdenes.

Urki parece ser el único que sabe lo que tiene que hacer. De un rincón de la sala ha sacado una serie de trabucos y pistolas, que por sus empuñaduras, llenas de piedras preciosas y adornos no han debido ser utilizadas nunca.

Taylor, con voz grave le exige a la guardia real que cierre las puertas de la fortaleza del sultán. Estos, asustados, quizás porque nunca han entrado en combate miran al rajá esperando su aprobación, que no tarda ni un instante en dársela.

-Haced los que os diga el capitán Taylor –berrea con su voz chillona.

-Cerrad las puertas de la fortaleza. –vuelve a repetir levantando su espada–. No se lo vamos a poner fácil. –Los guardias salen a cumplir órdenes–. Contramaestre, cuenta las defensas de las que disponemos –así lo hace–. Vosotros - nos mira a los pocos que quedamos, cinco hombres y yo–, armaos hasta los dientes. Este día, lo recordaran si logran salir con vida –sentencia-. Cirujano, a mi lado –me dice mientras se pone una eslinga sobre los hombros con un par de pistolas, metidas en fundas como cartucheras-. Cuando cazan a un tigre, éste saca las garras hasta el final.

A lo lejos empiezan a escucharse silbidos de balas. Tawy, así llaman a uno de nuestros hombres, advierte que parecen fusileros británicos. Por la cadencia de los tiros, sugiere para que su explicación tenga lógica.

-Alguien con ganas de vernos en el cadalso ha avisado de nuestra presencia –Taylor sigue mascullando–. Tu amigo Levasseur –me mira– siempre decía que donde hay caza siempre hay alimañas. Sultán, ¿cuántas puertas de acceso hay a la fortaleza?

-Hay dos puertas –contesta nervioso-. La Principal, que está en la muralla del Camino Real por donde habéis venido vosotros, y la que llamamos del Perdón, que está lindando con la montaña y sale a una gruta que termina más allá de la playa que hay al final del puerto –Urki vuelve a desaparecer tras la explicación.

Navajas vuelve corriendo. Jadea, pero su cara trasmite que hay buenas noticias.

-Vamos, no tengo todo el día –apremia el capitán.

-Estamos sobre una amplia atalaya rocosa ubicada en el valle. Está formada por cuatro plataformas macizas con recintos en la parte superior. Sus muros de adobe son rectos y siguen las irregularidades el terreno, La zona de la entrada está formada por un conjunto de pasadizos y rampas. Es la parte superior en donde se concentra la mayor parte de las edificaciones, dos cuartos igual de grandes y de distribución, con nichos en las paredes, separados por un estrecho pasadizo. Podemos hacerles frente primero en las torres y una vez que entren podríamos ir cerrándoles habitación por habitación. Hasta que lleguen a este salón. Aún con las pocas armas que tenemos tardaran más de una jornada en poder entrar. –El contramaestre ha diseccionado la fortaleza con la precisión de un cirujano. El ruido de un cañonazo rompe mis pensamientos–. Disparan desde el mar. En tierra ya deben haber unos 12 hombres y en el barco puede que una veintena más. Llevan izada la bandera inglesa y, no se enfade, pero me ha parecido ver a Macrae a bordo del balandro.

-Ese hijo de mala madre no va a poder con nosotros –Taylor habla en tono de amenaza–. Creo que les vamos a dar una sorpresa. Tengo un plan que les dejará compuestos y sin novia –dice antes de romper a reír.

Capítulo LXVI

Contando a Urki, nosotros somos siete. Aunque el nativo desaparece con una facilidad digna de un ilusionista. Taylor manda a tres hombres a devolver los disparos desde los torreones. El sultán ha puesto a nuestra disposición tres enjutos soldados que no saben disparar armas de fuego, solo flechas, nos dice justificándose.

Navajas ha encontrado dos barriles de pólvora, así que Tawy y yo estamos rellenando botellas de pólvora y munición pequeña. Por indicación de Taylor también metemos anillos y piezas de hierro y pedazos de plomo. En la boca metemos una mecha rápida, para que así cuando las lancemos estallen hiriendo a nuestros enemigos aparte de crear confusión.

Un valiente emisario inglés nos ha traído un mensaje sencillo y fácil de comprender. “Rendíos o moriréis todos”. Navajas lo ha matado de un disparo. Las reglas de los ingleses, las banderas blancas, las negociaciones solo valen cuando uno está en la mar, en tierra vale todo.

-Los piratas solo temen algo cuando están en tierra –me cuenta antes de hacer una de sus pausas–. a las balas.

El cuerpo del incauto ingles lo lanzan por la muralla, para que los británicos sepan en qué estado están las negociaciones. Aún no ha llegado al suelo el malogrado correo cuando una ráfaga de cañonazos torpedea la muralla con poca suerte. La fortaleza según el rajá, lleva en el mismo sitio desde un tiempo inmemorial, la construyeron los primeros portugueses que llegaron a por especias para defender sus negocios. Por eso invitaron a que el sultán de turno viviera allí, era una forma de que estuviera cuidada. Este adobe estaba mezclado con la piedra volcánica que inundaba la isla. La ilusión de una fortaleza construida con barro y paja era solo eso, una ilusión.

Otra ráfaga de cañonazos vuelve hacer temblar las paredes y el suelo. Sacamos nuestras bombas rápidas a las plataformas que hacen de torreones de defensa ya que, según Taylor, de un momento a otro intentará entrar la infantería.

Pronto oímos una explosión y gritos. Los ingleses no son tan listos. Los que no han sido heridos disparan sin saber muy bien donde, mientras unos cuantos con una especie de carronada intentan tirar el portón abajo.

-Capitán, no contaba con que tuvieran un cañón de tierra –se justifica el contramaestre.

-¿Ya ha caído la noche? –pregunta intrigado mientras todos asentimos con la cabeza–. Está bien. Haced dos bombas rápidas y lanzárselas a los que intentan derribar el portón. Eso les desconcertará. Se replegaran, por la noche todos los gatos son pardos. Poned esto en todas las plataformas – Taylor reparte unos cestos con mechas encendidas, cual cuerdas humeantes de arcabuz-, cuantas más pongáis mejor. Eso les hará pensar que somos muchos piratas dentro de la fortaleza, por lo que tendrán que rediseñar su estrategia.

Nos damos prisa en cumplir las órdenes del capitán. Como si conociera el movimiento de los ingleses antes que ellos mismos, los soldados se retiran y vuelven a su bergantín a por nuevas órdenes. La sensación es que en lo que quieren ser los torreones de nuestro baluarte parece que veinte piratas tienen sus arcabuces preparados para disparar.

Ya podemos escapar, nos va diciendo Navajas al oído para que solo se escuche el sisear de las mechas. Taylor ha sacado del salón principal a todas las mujeres y las ha dejado hacinadas en los primeros cuartos por donde pasaran los ingleses en cuanto tiren las puertas abajo. Me mira y me dice que no hay nada peor que encontrarse a cien mujeres asustadas gritando para desconcertar más si cabe a los ingleses.

Sigilosamente los siete, Urki nos hace señales por donde debemos salir, vamos camino de la puerta del perdón. Nadie se ha despedido del rajá, tampoco creo que se moleste por ello.

Capítulo LXVII

Conforme nos adentramos en la cueva comprendo mejor el nombre que le dieron. Claramente los portugueses, cuando construyeron esta fortaleza hicieron una puerta de atrás por si las cosas se ponían feas, como se nos han puesto a nosotros. Debieron tardar años en hacer esta galería que vamos recorriendo en silencio, siguiendo a Urki, que antorcha en mano, nos muestra el camino.

El pasillo rocoso que le han ganado a la montaña es espectacular. En principio, la galería desciende unos cinco metros para seguir en horizontal durante todo su recorrido. La roca volcánica, al iluminarse a nuestro paso brilla como si fuera una piedra preciosa. Dan la impresión de estar en un mundo diferente, que se rige por el silencio y donde el tiempo parece no importar.

Un fuerte estruendo estremece a la montaña. No sé qué pensar. O ha sido el cañonazo que derrumbaba el portón, o el volcán ha rugido porque unos piratas recorren sus tripas.

-¡Acelerad el paso! Malditas ratas de agua dulce, no quiero convertirme en pasto de la lava -Dientes de Sable nos apremia.

El pasillo se hace más grande. Parece que llegamos a una espectacular bóveda que la atraviesa un pequeño rio de lava ardiente. De orilla a orilla no hay más de un metro, pero el calor que emana viene del mismísimo infierno. Parece que la barahúnda era el volcán. Los ingleses no son tan rápidos.

Volvemos a un angosto pasillo. Algunos se han atado la casaca a la cintura. El calor convierte el ambiente en casi irrespirable. Un punto de luz se va vislumbrando al final de este túnel. Taylor levanta su mano derecha y nos da el alto. Con una pequeña seña Urki se adelanta y quedamos a oscuras, vemos como la antorcha se acerca al punto blanco hasta confundirse los dos haces de luz.

-Esos ingleses tardaran toda la mañana en tomar el fortín. Está amaneciendo, así que no tardaran en pensar que estaremos cansados de defender la plaza –Taylor desgrana la estrategia británica como si él mismo la hubiera diseñado–. Ese perro de Macrae sigue pensando que es más listo que ninguno de nosotros, así que se llevará una amarga sorpresa cuando no nos encuentre. La obscuridad hace que no sepa a quién está mirando el capitán–. Lo que no se puede imaginar es el otro regalo que le tengo preparado.

Vemos como Urki regresa con su antorcha. Cuando ha dejado de ser una mancha y ya podemos distinguirle, nos hace señas para que salgamos de ese agujero.

Al salir no veo nada. Las primeras luces de la mañana nos han dejado a todos ciegos. Poco a poco recuperamos la vista. Estamos en una paradisiaca playa. Llena de vegetación que casi llega al mismo mar. El pueblo está a un lado, el puerto se puede observar con la tranquilidad de que en esta posición no seremos vistos. Taylor se pone a dar órdenes, primero de posición, dos hombres aquí, dos hombres allá. Urki ha encontrado entre la maleza un pequeño balandro casi perfecto para nuestra fuga. El capitán me coge del hombro y me lleva a un pequeño promontorio desde donde se ve el barco de Macrae.

-Querido amigo, ¿ves ese galeón? Antes de mediodía será nuestro.

Capítulo LXVIII

Con las culatas de las pistolas convertidas en improvisados martillos Navajas y otro hombre están arreglando nuestro pequeño balandro. Mientras Taylor y yo seguimos observando al *Golden Arrow*, el barco de Macrae.

Es un bergantín de dos mástiles, el trinquete cruzado con velas cuadras y el mayor sin cruzar con vela cangreja y escandalosa, toda una serie de foques y trinquetas que lo dotan de agilidad ante los adversarios. Se nota que es un barco de pura guerra, un cazador de piratas, ya que viéndole la planta, Taylor me explica que el barco está preparado para recibir daños y la estructura y las formas lo hacen más rápido y maniobrable.

Un pequeño catalejo, que Taylor le ha quitado al rajá antes de salir de sus dependencias, poco útil pero muy aparente, nos permite espiar a los ingleses. Desde nuestra privilegiada posición vemos perfectamente los movimientos que realizan para darnos caza.

-Esa alimaña de Macrae –nos dice el Capitán a Dientes de Sable y a mí-, cree que somos zorros en una madriguera; si osamos salir, seremos perseguidos y cazados y, si no lo hacemos, moriremos de hambre. No creo que tenga tanta paciencia.

Vemos a los ingleses descargar otro cañón de tierra. Los hombres visten sus mejores galas, van armados con sus mosquetes y su perfecto tricornio bien puesto. En pequeñas yolas van desembarcando en el puerto. Macrae es el último en desembarcar.

Desde el mismo puerto dirige a sus hombres, no le oímos desde nuestra posición, pero Taylor le observa y ríe. Gesticula para que sus soldados sepan perfectamente dónde ponerse y como combatir. Los rayos de sol han confesado la triquiñuela de Taylor, por lo que a Macrae aún se le ve más enfadado. Desde la isla el inglés hace señales para que desde el barco peguen algún cañonazo de advertencia. Así lo hacen. La distancia de la fortaleza y el barco hacen que las balas lleguen con poca fuerza. Las dos carronadas las hemos perdido de vista. Seguramente ya están asediando el portón principal, ya bastante tocado del asedio del día anterior.

Se escuchan varios cañonazos. Casi al unísono. Después cae la puerta, con ese sonido seco, como cuando cae un peso muerto. Hay movimiento en el puerto. Parece que avisan a Macrae de que ya puede entrar. Algunos hombres se abrazan. Empiezan a oírse silbidos de balas, que entiendo serán al aire, porque en la fortaleza no hay nadie a quién disparar. Les perdemos a todos de vista.

Taylor en dos señales consigue que pongamos nuestro balandro en el mar. Comenzamos a remar con fuerza. Dirección, está clara, la fragata de Macrae.

En su flamante bergantín solo ha dejado a seis infelices.

Capítulo LXIX

A plena luz del día no se puede ser sigiloso y discreto en mar abierto, sin embargo los marineros ingleses que guardan el barco de Macrae no nos han visto. Deben estar muy ocupados observando que se cuece en tierra.

Nuestro balandro se sitúa en la aleta de estribor, los infelices que están en el combés, miran desde babor la suerte de su capitán. Trincan la borda y suben a toda prisa para pillarles desprevenidos.

Los primeros gritos de Dientes de Sable nada más llegar a bordo, desconciertan a los marineros ingleses, solo uno de ellos tiene los reflejos suficientes para sacar su espada y plantar cara. Comete el error de intentar luchar con el capitán Taylor, que le mira como el perro a la liebre. En solo un movimiento desarma al chico inglés, casi con desidia. Tengo la sensación que han dejado a bordo a los marineros con menos experiencia en batalla y por su juventud, en la propia vida.

Si quedaba alguna duda, una vez desarmado, los demás hombres tiran sus armas al suelo en señal de rendición.

-¿Cuántos sois? – el capitán le pregunta al valiente.

-Somos cincuenta valerosos hombres –ha perdido la espada pero no la dignidad.

-Digo ahora. ¿Cuántos quedáis en el barco? -Taylor ya está pensando en el siguiente movimiento.

-Los que veis en cubierta y el mayordomo del Comodoro Macrae–. En total siete, cuento yo–.

-¿Cómo lo ves? –Taylor mira a Navajas, que asiente con la cabeza–. Vosotros dos –señala a dos de nuestros hombres–, id a por el mayordomo. Cuando los tengamos a todos, encerradlos en la bodega.

Dicho y hecho. Tomamos posesión del bergantín sin más problema. Urki y Navajas se ponen manos a la obra para que el barco zarpe. Una nube de humo empieza a salir de la fortaleza, seguramente Macrae no está de muy buen humor.

-Cargad los cañones. Vamos a hacer una salve por el Comodoro Macrae –masculla Taylor con cierto retintín–. A estos ingleses les encanta eso de las salves –me mira con sorna.

En pocos minutos lanzamos nuestra particular salve. Lo que debe desconcertar a los ingleses que siguen en la fortaleza del rajá. Algunos se asoman por las plataformas para ver qué pasa. Taylor mira con su catalejo cómo los incrédulos ingleses ven zarpar su

barco sin ellos.

El propio Macrae se asoma escéptico ante lo que informan sus hombres. Taylor le ve y desde nuestra posición, cogiendo aire las velas, levanta la mano haciendo un gesto de despedida mientras rompe a reír.

Capítulo LXX

Volvemos al mar. El rumbo, está aún por decidir, ahora solo importa alejarse de Tidore. La suerte nos acompaña, al menos eso escucho decir a los muchachos. Llevamos varios encuentros que casi nos cuestan la vida. Este barco es demasiado grande, y más moderno. Somos pocos hombres para dominarlo, así que todos arrimamos el hombro, sin rechistar.

El barco cuenta con una enfermería que, después de lo visto en otras embarcaciones, es la envidia de cualquier médico que esté a bordo de un bergantín. Botiquín lleno de ungüentos, azufre, cal y azogue. Polvos diversos, una escala de medición. Plantas secas como tomillo, menta, pimiento, flores aplastadas, compresas, aceite de hipérico…

Vuelvo a la cubierta. Siento el movimiento de las olas bajo la quilla. Las caricias del viento en mi cara mientras las velas se hinchan y escoran el bergantín. La roda de proa cortando las olas como un cuchillo afilado. La velocidad que alcanzamos hace que algunas olas rompan a nuestra altura y acaban correteando por la cubierta.

Pero somos pocos hombres, hasta Taylor está haciendo trabajos de grumete. Navajas peleando por no perder el rumbo. Dos están izando obenques y flechastes, y Tawy y yo estamos trincando rabizas y amarrando drizas. El aleteo de los foques sobre nuestras cabezas deja entender que cogemos velocidad. Ya hemos dejado la isla tan atrás que es solo un punto diminuto a nuestras espadas.

Navajas, Taylor y Dientes de Sable se reúnen junto al timón. Algo pasa intuyo, pero sigo ayudando a amarrar drizas. Los tres hombres más importantes de este barco reunidos con serio aspecto, casi diría que de preocupación. Taylor me hace señas para que me acerque.

-Cirujano, tenemos una reunión de mando –yo hago ademán de irme, no creo estar en esa escala-. ¿Dónde vas, hijo? – me pregunta extrañado.

-Entiendo que vosotros tres sois los piratas con más experiencia y los que estáis al mando –me justifico.

-Dientes de Sable a lo más que llega en este barco es a ser el mapa. –Todos menos yo rompen a reír–. La escala de mando de este barco se compone de tres personas, el capitán, el contramaestre y el cirujano, que en este barco inglés harás las veces de oficial de derrota, ya que eres el único que sabes leer y escribir –no sé si me

han ascendido o me ha caído otra maldición–. Bueno, a lo que vamos –los cuatro ponemos semblante serio–. Navajas me dice que manejar entre siete hombres este barco es una locura, que en un mal golpe de mar podríamos irnos al fondo por no poder dar abasto. Tenemos a seis hombres en la bodega, propongo que les hagamos firmar el acuerdo de los Hermanos de la Costa y que se unan a nuestra causa –Navajas asiente, Dientes de Sable también lo hace. A mí me viene a la cabeza cuando tuve que firmar yo, pero un instante después también doy mi aprobación–. Sable, súbelos.

Desenvaina su alfanje y antes de hacer el camino hacia la bodega empieza a gritar como un descosido. El miedo es parte importante a la hora de negociar con estos marineros que hasta hace unas horas no se imaginaban que terminarían a las órdenes de un capitán pirata.

Capítulo LXXI

A trompicones, cegados por el sol, después de haber estado un tiempo en la más negra de las oscuridades, salen los marineros. Tras ellos, rugiendo, Dientes de Sable les atusa con su espada y les alinea enfrente del capitán.

Se miran unos a los otros, desconcertados, cuando ponen la vista al frente acachan la cabeza, para no encontrarse con los penetrantes ojos de Taylor atravesándoles. Atados de pies y manos poca afrenta pueden presentar ante los pocos hombres que somos.

-Estimados caballeros, soy el capitán Taylor, pirata y estos son mis hombres –con su espada nos señala–. La mala estrategia del vil perro que os llevo hasta la isla de Tidore os ha dejado en manos de este generoso pirata. De hecho, tardará días en poder salir de esa isla. Así que como no me gusta tener prisioneros, hay que alimentarlos y no hacen nada a bordo, tengo una propuesta a quien pueda interesar. Si alguno de vosotros no está interesado no tiene más que decirlo. En fin –hace una de sus pausas, ya me extrañaba a mí–. Os propongo que firméis los acuerdos de los Hermanos de la Costa y os unáis a nosotros en nuestra empresa en la búsqueda de un tesoro.

Los hombres empiezan a murmurar. Taylor sabe que necesitamos a los marineros para pilotar el barco; si no, no llegaremos muy lejos. El mayordomo de Macrae, muy digno, se erige de portavoz de todos.

-Vuestra oferta es un insulto. Ninguno de estos hom-bres, ni yo mismo, vamos a traicionar a la corona y a nuestro comodoro, el señor Macrae –su tono es algo despectivo, como si en sus palabras escondiese el mismo desprecio que indica su mirada.

-Está bien –Taylor me sorprende durante un instante-. Tú serás el primero.

-¿El primero en qué? –pregunta casi sin inmutarse-, ¿en volver a la bodega?

-¡Tawy! –grita el Capitán–. Ya tenemos al primero que hará un paseo por la tabla. –A los ingleses les cambia la cara, al que más al mayordomo de Macrae.

-No puede hacer eso. Somos sus prisioneros –su dignidad no tiene límites, hasta incluso antes de ser empujado a los tiburones–. Los acuerdos de marinería y náutica le obligan…

-Creo que no voy a dejarte ni que te lo pienses –Taylor está cansado de este mayordomo con aires de capitán-. ¡Tawy!, a la tabla

con él. –Tawy acata las órdenes con una sonrisa de oreja a oreja. Me he dado cuenta de que este tipo de juicios sumarísimos les encantan a los piratas.

A empujones sube a una minúscula tabla que por su espesor no creo que aguante el peso del mayordomo. El crujir de la madera parece avisar que el peso es más del debido.

-Reconsidere la situación, capitán Taylor. Estoy muy bien relacionado con la alta burguesía, sería un buen canje en cualquier puerto –se explica el mayordomo ya con el cuerpo fuera del barco mientras Tawy le pincha levemente en el trasero para que camine hacia delante.

Taylor se rasca la barbilla. Parece pensativo. Antes de decir nada, la tabla se resquebraja y el infeliz cae por la borda. No grita, no le ha dado tiempo a pensar en su destino. El capitán me mira.

-Tenía razón, pero qué le vamos a hacer –no se lamenta, es pura ironía–. ¿Quién es el siguiente? –les vuelve a mirar con su mirada incisiva-. ¡Tawy!, busca otra tabla por si queda algún valiente.

Capítulo LXXII

No se lo piensan mucho, así que, Taylor, de memoria y de carrerilla, les cuenta los artículos que deben aceptar con los acuerdos de los Hermanos de la Costa. El Capitán, que no les ve muy convencidos, se inventa un par de reglas que deben cumplir a sus órdenes, así que les hacemos jurar fidelidad a las leyes piratas y a los acuerdos que tomemos en asamblea en esta misma cubierta del barco.

Del juramento pasan a manos de Navajas, que sin preguntarles les asigna un trabajo a bordo. Solo uno rechista. Navajas saca de su cinto un afilado puñal y en un abrir y cerrar de ojos le tiene cogido por el cuello.

-No le matéis -el valiente que perdió su espada a las primeras de cambio intenta frenar el impulso del contramaestre–. Él no sabe izar drizas o estar en la cofa. Es nuestro cocinero.

-Suéltalo, Navajas –interviene Taylor–. Esta noche cocinaras para nosotros, si no nos gusta tendrás que aprender lo que es una driza y lo larga que es una mañana plantado en la cofa de un barco –sentencia mientras Navajas envaina su puñal–. Todos a sus puestos, aún estamos muy lejos de un puerto seguro.

Taylor, Sable y yo nos dirigimos al camarote del comodoro, ahora del capitán.

-Se nota que el barco no está trajinado. Velas nuevas, ninguna raída ni por el salitre ni por el sol, el aparejo bien embreado, cualquiera diría que está recién estrenado –comenta Taylor tocando las paredes del pasillo que nos llevan a los que serán sus aposentos, buscando algún defecto, alguna tara criticable para poder insultar a Macrae–. Para eso nos quieren en el cadalso bailando por el cuello con el viento, para gastarse todo el oro en estos barcos, y no entienden que sin nuestra presencia en el mar, no tendrían sentido alguno calafatear estos bergantines.

-Amigo Taylor, el día que los piratas dejemos de navegar por sus aguas se inventaran una guerra, con algún país para poder seguir fabricando armas, galeones, y balas. Los monarcas se aburren si no tienen conflictos, si no tienen enemigos –Sable hace su reflexión ya entrando en el camarote.

El aposento es muy amplio, está impoluto, me viene a la cabeza el infeliz del mayordomo. ¡Pobre diablo! Media vida ordenando y sirviendo, para que en una sola noche Taylor, conociéndolo como lo conozco deje esto casi como una pocilga. El camastro pasa casi

inadvertido con la cantidad de cosas que hay repartidas por todo el dormitorio. La mesa, la más grande que he visto hasta ahora en un barco, está llena de aparejos y mapas, un astrolabio que parece de bronce, el metal tiene algunas abolladuras y algunos rasguños, una carta de la costa africana que incluye Madagascar, un mapa de la India y la costa de Cochín, sujeto con conchas y piedras de playa, y un enorme cuadrante que comparte con el astrolabio la misión de apuntar el cielo con sus pínulas para la obtención de alturas de astros sobre el horizonte.

-Aquí comeremos –dice Taylor quitando de un golpe los aparejos de navegación y dejando solo las cartas y los mapas–. Sable, avisa al cocinero para que nos sirva aquí. Quiero que no nos molesten para poder hablar con tranquilidad del tesoro del ahorcado.

Capítulo LXXIII

Los tres nos situamos alrededor de la mesa. Taylor y Sable no le quitan ojo a las cartas de navegación. Los dos están callados mientras yo simplemente les observo.

-Sable, es el momento en el que tienes que marcar el destino hacia donde nos debemos dirigir –el capitán pone ese tono de voz paternalista que le sale de vez en cuando.

-El Halcón se detuvo en casi todas las islas que hay desde Batavia hasta la costa africana –hasta yo sé que Sable nos da largas–. Necesito saber lo mismo que sabéis vosotros para hacerme una idea de dónde pudo esconder el tesoro –Taylor pone mala cara, la misma que uno compone cuando da un tiento a algo podrido.

-Cirujano. Léele el legado de ese buitre que nos lleva mareando más que una mala tormenta –me ordena el capitán de mala gana.

Taylor extrae con sumo cuidado de su casaca el papel en el que lleva escrito las palabras de Levasseur. Lo deja encima del mapa más grande, justo encima del dibujo de la isla de Madagascar. Con la cabeza me hace gestos para que lo lea en voz alta.

-"*Los palomos se guisan en la cazuela. Manteca, perejil, ajos, especia fina. Y así que estén mareados, se muele la asadura cocida. Con hilo o alambre están bien tensos, con miel y cuero lleva el ungüento. El olor del guiso sale de dentro. A una noche de este encuentro, hacia el este a paso firme, un árbol de gran copa nos recibe. La brisa del mar abraza, pero al océano una montaña lo tapa. Entre la maleza una gruta, en la oscuridad una trampa. Un barco con velas blancas espera con el tesoro, cuando la marea baja, se abre la cueva y se levan anclas".*

La cara que se le queda a Sable es todo un poema. Taylor rompe a reír.

-¿Qué? ¿Cómo te has quedado? –pregunta entre carcajadas–. Pues con este acertijo, holandeses, ingleses y piratas navegamos de un lado a otro buscando la señal que no lleve al deseado tesoro.

-Hay que reconocer que más que un halcón era un buitre –Sable también rompe a reír socarronamente–. Lo de especia fina hace pensar en las islas, pero que yo sepa Levasseur nunca estuvo allí. Yo me retiré porque las mujeres son feas, como me gustan a mí, pero a él no recuerdo haberlo visto desembarcar en Molucas. Decir una isla del Índico, es no decir nada, ¿Qué hay, miles? Está claro que buscamos una isla que tenga montañas, donde Levasseur haya pisado tierra, así que solo se me ocurren dos cosas obvias, o está en las islas Bourbon, o en las islas que hay cerca de Madagascar, que,

como recordaras, siempre han sido caladero de piratas–. sonrío pensando en que hay una posibilidad de que encontremos el tesoro, aunque me dura poco la ilusión.

-Si el tesoro está en ese nido infectado de piratas para cuando lleguemos nosotros no quedaran ni las baratijas –Taylor interrumpe mi alegría momentánea.

-Querido amigo -intenta explicarse Sable–, dije obvias. Si algún marinero empezó a buscar lo hizo por esas islas. El Halcón era un hombre muy rebuscado. Con él nada era fácil. No te negaré que en la isla pensé que sería un trabajo sencillo. Pero no. Las islas del océano Índico abundaban como las pulgas en los perros, la mayoría de ellas están por habitar, o incluso por descubrir –durante un instante, se rasca la barbilla pensando–. Taylor, sabes que recorrí con Levasseur los mares que conozco. Descubrí mundo a su lado, como él descubrió mundo al mío –me mira algo indefenso–. ¿Me puedes volver a decir que dejó escrito…?

-"*Los palomos se guisan en la cazuela. Manteca, perejil, ajos, especia fina. Y así que estén mareados, se muele la asadura cocida…* - ya casi lo tengo memorizado de las veces que me hace repetirlo el capitán.

-Los palomos –me interrumpe abruptamente Sable–. Los palomos solo me los imagino en forma de isla, y de esas islas, con forma de ave, está una situada fuera de las rutas comerciales y de los piratas. Donde el viento acaba, tras salir de Batavia, las corrientes, dejándose llevar, sin timonel y sin contramaestre que dirija las velas, llegamos a un archipiélago que el Halcón siempre llamó la isla de los cocos, porque sus playas, paradisíacas, están llenas de palmeras que llegan hasta la misma orilla del mar. Si buscáis en cualquier carta de navegación no las encontrareis. Muy pocas almas sabemos donde permanecen ignoradas por conquistadores y explotadores.

-Eres un mapa muy valioso –Taylor conoce lo que vale un alma a bordo de un barco capitaneado por él–. Avisa a Navajas. Con este barco en pocos días estaremos en Batavia.

Capítulo LXXIV

El cocinero ha superado con éxito todas las pruebas. Llevamos dos días navegando, lejos de puertos que pueden convertirse en trampas mortales. El barco, preparado para entrar en batalla, también tiene provisiones para más de un mes. Se nota que Macrae pasó por una mala experiencia. Pese a que nuestra ruta está llena de islas y puertos donde atracar, Navajas buscando vientos a favor, sabe que no debemos atracar con un buque de la armada inglesa. En cualquier puerto, por muy lentas que corran las noticias, ya sabrían que un barco de la armada, lleno de piratas no es una buena señal.

Hay pocos quehaceres en el día, así que nos dedicamos a nuestras labores. Pocas heridas he podido curar en estos días, parece que los nuevos piratas son bastante diestros en sus cometidos. Taylor, que sabe que mientras haya ron a bordo no habrá problemas, ha decidido enseñarme a navegar.

-A mediodía, con el sol en lo más alto, calculamos una latitud y una velocidad. Eso siempre quien lo hace mejor es el contramaestre –se justifica por no darme más datos-. A partir de ahí, puedo calcular dónde llegaré al día siguiente a la misma hora. Si viajamos a cinco nudos, habré ganado dos grados de latitud mañana a la misma hora. Si quieres escribir un buen libro, debes saber navegar, para que la gente sepa que has pisado un barco –se vuelve a justificar-. ¡Navajas! ¿Cuándo llegaremos a Batavia? -da lecciones, pero él tampoco las controla demasiado. Lleva toda la vida dirigiendo, solo marca el rumbo, no lleva el timón.

-Si los vientos nos son favorables, arribaremos por la tarde de mañana -dice después de chuparse el dedo y ponerlo en contra del viento.

Taylor maldice en arameo, porque no le entiendo lo que masculla. Habla solo mientras pasea por el combés. El barco está impoluto, no parece de un pirata, pero esa es la idea para entrar en la ciudad de Batavia.

Nuestra bandera inglesa ondea con la misma dignidad con la que ondearía si los mismísimos ingleses la llevasen izada. Esta paradoja es motivo de risa entre la tripulación. Cuando los vientos son favorables, el aburrimiento es el denominador común. Los piratas más curtidos gastan bromas a las nuevas adquisiciones, que día a día, se han convertido en arraigados corsarios luchando por una vida mejor. El ambiente les ha conquistado.

Los compañeros son tan diestros que no curo ninguna herida.

Son tan fuertes como el roble. Las rutas que seguimos están desiertas, tan solo alcanzamos ver puntos negros a distancia, y alguien, conociendo la sombra intenta acertar que península o isla dejamos a nuestro paso.

Taylor insiste en darme lecciones básicas para navegar.

-En un barco, el viento es el rey –me señala las velas, hinchadas-. Una vez que subes a un velero estás sujeto al azar. Arrojas los dados. El viento intenta llevarte por donde quiere y tú debes domarlo. Pero la gran virtud del navegante es la paciencia –asiento con la cabeza dándole la razón.

Las reuniones para comer o cenar en el camarote principal han dejado de ser para hablar sobre el tesoro del ahorcado. Ya simplemente se cuentan historias pasadas que ya he oído en este viaje. La vida parece que solo se compone de piezas del pasado que rememorar convenientemente.

Ya hace tres días que dijeron que en dos jornadas llegaríamos a puerto. Los vientos traicioneros. En pocos metros pasamos de la calma a la brisa fresca, que cada vez sopla con más fuerza. En poco tiempo una retahíla de pequeñas, desordenadas y machaconas olas, cambian continuamente de ritmo y dirección, golpean nuestro casco sin piedad. Deben ser lo que queda de una marejada. Oleadas que barren con su espuma la embreada cubierta de madera dura y oleosa.

Algo ha cambiado. Tomamos velocidad, las velas se tensan fuertemente, el bergantín hunde su proa en el mar con estruendo, cabecea, rebota de proa a popa. La tripulación se pone manos a la obra. Aunque sea con un día de retraso, parece que llegaremos a puerto.

Desde casi una milla de distancia, se puede ver a través de la claridad, los coloridos movimientos de los carros, carretas y grúas de los estibadores cargando y descargando las barcazas que descansan junto a lo que quiere ser el muelle.

Taylor me señala un canal y me dice que lo que veo no es el puerto, son solo barcos a los que no se les ha permitido entrar por el canal.

-Nosotros llevamos pasaporte, nadie nos va a parar –me dice mientras señala la bandera inglesa que ondea en nuestro mástil.

Capítulo LXXV

Conforme nos acercamos, la vista nos permite hacer un análisis de la situación. La tarde noche nos permite pasar con nuestro barco, que a buen seguro, será conocido por las autoridades de Batavia. El capitán se cambia de casaca, se pone una de las que Macrae dejó en un pequeño armario del camarín. Algunos hombres también nos vestimos con las mejores galas de marineros que dejamos abandonados en aquel puerto.

La gruta, bien señalizada nos invita a entrar suavemente en la ciudad amurallada. Al pasar por la fortaleza observo cómo hay cañones que miran al mar, como silenciosos guardianes, mientras otros, más pequeños nos miran pasar con cierto recelo a que no seamos lo que decimos que somos. Los hombres actúan con tranquilidad, como si esta entrada la hubieran recorrido cientos de veces.

La ciudad está llena de canales, anchos y estrechos, que la dividen en una cuadrícula casi perfecta. Poco podemos maniobrar, ya que nuestro navío no nos permite perdernos por sus conducciones. A nuestro paso observo como la mano de los holandeses ha reestructurado la ciudad. Las ventanas típicas de guillotina, los techos a dos aguas.

Nos acercamos a una ensenada que quiere ser un muelle. Los sonidos la delatan. Los chasquidos de los martillos contra la madera, el ajetreo y algunos hombres canturreando recorren el puerto. Parece que será aquí donde atraquemos. Los hombres se han puesto en marcha después de una señal de Taylor.

-Es una lástima -me dice el capitán al desembarcar con algo de melancolía–; no creo que podamos conservar el barco. Mañana, cuando la luz de la mañana tenga sus primeros rayos, algún guardia descubrirá que es el barco de Macrae, y que no debería estar ahí atracado.

-¿Entonces? ¿Qué haremos mañana sin barco? –pre-gunto preocupado.

-Cirujano, que no te preocupe eso ahora –me tranquiliza–. Esta noche iremos a ver a un antiguo amigo. Él nos ayudará. Me debe tantos favores que lo mismo esta noche hasta dormimos en una mullida cama. - conoce mi punto débil.

Capítulo LXXVI

Nos adentramos por las callejuelas. Pese a que ya ha atardecido en las calles aún hay actividad. Urki ha vuelto a desaparecer, ya es norma cada vez que desembarcamos. Taylor me cuenta que Batavia también es conocida como la Ámsterdam del sur. Me pregunta si conozco Ámsterdam. Niego con la cabeza, aunque me han hablado mucho de ella, le comento por no parecer un ignorante.

Tawy va de avanzadilla. Busca algo que los demás desconocemos, supongo que algún lugar donde pasar la noche, donde guarecerse. Taylor sigue contándome detalles de esta obra del hombre que le ha ganado a una infecta y pantanosa la que es la ciudad más importante de este confín del mundo. Aquí atraca la flota de la Compañía de las Indias Orientales Holandesa. Desde aquí, sigue contándome casi al oído, pasan la mayoría de mercancías provenientes de las islas que hemos dejado atrás, las indias de poniente, y a la vez es el punto de partida para los barcos que zarpan hacia Europa, para vender las especias y demás género.

Giramos y giramos, unas calles vamos hacia la derecha otras hacia la izquierda. La ciudad conforme remolinamos coge colores más oscuros, más lúgubres. Los canales, ya no son como los que vimos al desembarcar, estos animan más a alejarse de ellos, pues no cabe duda de que en esta zona están sucios y pestilentes.

Parece que estamos llegando más a nuestro modus vivendi, es decir, a los bajos fondos.

-Esperad aquí –nos dice Tawy levantado el brazo–. Entraré yo primero para ver el ambiente. –Un farolillo emite la luz suficiente para que se pueda leer en un carcomido cartel, *De zwarte kat*, y a su lado lo que quiere ser la silueta de un gato negro.

Guardamos silencio. Esperamos que la oscuridad de la calle nos envuelva en su manto. Tawy sale confiado y con una breve seña nos indica que entremos.

Las posadas piratas holandesas no son muy distintas de las inglesas o de las de cualquier otro puerto. A mí siempre me parece entrar en la misma cantina. Toneles que ahora son mesas, mesas que se han convertido en escaparates donde prostitutas y borrachos enseñan nalgas o vociferan discursos poco elocuentes, camareros sudorosos que son capaces de cargar más jarras que dedos tienen en las manos y marineros de todo pelaje que hacen cualquier cosa menos pasar inadvertidos. La tímida luz que emana las velas convierte las empuñaduras de los sables en objetos que brillan más

que las piedras preciosas.

La estancia es sorprendentemente fresca, debe ser gracias a las enormes losas de piedra que componen las paredes y suelos, los techos son altos y están manchados del tabaco y del humo que sueltan las pipas.

Al vernos entrar un camarero se mete en el almacén. Taylor no le quita ojo de encima mientras pone su mano estratégicamente en su alfanje. El camarero tarda solo un instante en sacar una mesa. Se acerca a un borracho que está tendido en el suelo. Le da unas pataditas en su espalda, tímidas. El tumbado casi por impulso, se pone de pie con cierta dificultad y deja el espacio libre para que este deje la mesa. Nos mira y con una gentil pero cansada sonrisa nos señala nuestro sitio.

-Si me permiten, en un instante les traeré sus taburetes –dice mientras vuelve al almacén.

Mientras eso sucede, miro a mi alrededor. Cuál es mi sorpresa cuando veo en una mesa, casi al otro lado de la taberna, a Urki con otros dos que, por el color de su piel, deben ser nativos de sus islas.

Capítulo LXXVII

La primera jarra de cerveza nos la hemos bebido sin que ninguno de nosotros dijera una sola palabra. Sable es el primero que da un golpe seco al dejar el vaso encima de la mesa mientras llama al posadero para que ponga otra ronda. Navajas, en su estado de enfado permanente, casi no la ha probado. Taylor por segundos no es más rápido que Sable. Yo, que sigo bebiendo, observo casi bizco, que aún me queda casi media jarra, así que vuelvo a tomar aire.

Tawy ni siquiera se ha sentado y nuestros nuevos hermanos beben y miran a su alrededor con los ojos asombrados del panorama que ven. Escucho a uno de ellos decir, que pese que lleva más de un año en Batavia, este lugar no lo ha visto nunca, es más, no sabe ni donde estábamos. El que va cargado con los mapas que nos hemos llevado del barco, en un zurrón, no les quita ojo de encima, ya que sabe cuál será el castigo si Taylor se entera que nos los han robado. Pobre capitán, pienso durante un segundo, ha pasado de llevar una de las tripulaciones más temidas de esta parte del mundo y ahora carga con unos niñatos que casi no sabemos hacer la o con un canuto.

Para el Capitán y Sable, la segunda ronda dura casi lo mismo que la primera. Los dos se levantan casi al unísono. Les toca hacer la ronda de mesa en mesa. Parece que Urki se les ha adelantado. Les hace señas para que se acerquen a su tonel. Dos rameras ocupan ahora el sitio de Taylor y de Sable, aquí ya se sabe. Tontean con Navajas, conmigo y con los chicos. Saben perfectamente que no tienen que hacer preguntas o pueden salir trasquiladas. Navajas parece más relajado y Tawy parece que se ha encariñado con la otra. Yo más que en mujeres pienso en un camastro para mí solo, dormir a pierna suelta, dejar que el sueño me atrape hasta media mañana.

Parece que Taylor y Sable vuelven contentos del encuentro. Cuchichean entre ellos, como dos mujeres viejas. Con una mirada Taylor les da permiso a Navajas y a Tawy para que desaparezcan con las mujeres, mientras se vuelve a sentar a mi lado.

-Cirujano, parece que Batavia nos va a dar a cada uno lo que andamos buscando, a estos dos perros –señala al contramaestre y a Tawy–. Mujeres, a mí un barco en condiciones y a ti, una cama para ti solo –rompe a reír mientras indica al camarero que traiga otra ronda.

-Eso es una buena noticia –le digo mientras me relajo en mi incomodo taburete–. Pero entonces, ¿cuál es el plan?

-Ya eres todo un pirata –me da dos palmadas en la espalda–. Es tarde, divirtámonos, mañana iremos a ver a Kebon Jeruk, que por deberme me debe hasta la vida. Urki ha hablado con ellos, hoy descansaremos en la posada y a primera hora veremos a Kebon.

Capítulo LXXVIII

Los primeros rayos de sol entran por el ventanuco al mismo tiempo que Taylor con los dos piratas indonesios.

-¡Arriba gandul!, que estamos todos esperándote –su voz es inconfundible.

Tengo los huesos doloridos por la humedad. La posada, como casi todas las edificaciones en Batavia, está construida sobre varios pantanos, por lo que cada habitáculo del sótano es un nido de humedad peor que un navío.

Me visto mis mejores galas, bueno las únicas que tengo, lo que podido sisar del barco del Comodoro Macrae, de mi talla. Efectivamente los hombres me esperan. Las sonrisas de algunos delatan que no pasaron la noche solos, otros creo que como yo simplemente tienen cara de sueño. Un camastro en tierra siempre se echa de menos en la mar.

Volvemos a las callejuelas, a girar y girar casi hasta perder el sentido de donde se ubica el norte y el sur. A veces tengo la sensación de que ya hemos pasado por la misma casa varias veces. En los barrios bajos todo el mundo mira al suelo, nadie tiene el valor de mirarnos a la cara, no sabe uno a quien tiene enfrente.

A mí, todas estas calles me parecen iguales. Sin embargo el cartel de la posada a la que nos acercamos tiene un dibujo distinto. “Pasar Selasa”, pone. Tawy me explica que significa mercado del martes. No sé qué día es hoy, sin embargo, esta cantina es nuestro lugar de encuentro. Los indonesios nos dicen que aguardemos. Lo hacemos a la sombra, el sol, aunque sea primera hora ya calienta, casi quema.

Taylor se me acerca. No se le ve relajado, como a los demás.

-Cirujano, esta calma me inquieta –él solo rompe a reír–. No sé si me explico, vamos a negociar con un pirata, uno como tú y como yo -ya no tengo escapatoria–. Los Hermanos de la Costa nos debemos un respeto, pero solo eso, así que prepara tu espada, estas negociaciones nunca se sabe cómo acaban. Esta conversación no será como la que tuvimos con el sultán –me advierte observando cómo coloco mi alfanje, más cómodo, por si necesitara sacarlo.

Ya podemos entrar. Todo en Batavia necesita de salvoconducto, al menos eso me está pareciendo. Los piratas, dueños y señores de ciudades enteras, en esta se comportan con cautela y sigilo. Quizás holandeses e ingleses no les dejen el espacio que ellos quisieran.

La taberna está vacía, no hay filibustero sobrio a estas horas con

ganas de tomar una cerveza o un ron. La propia posada parece tener resaca de la noche anterior, algunas botellas y jarras siguen en las mesas, y muy pocas velas permanecen encendidas.

Pasamos por un angosto pasillo, siguiendo un candil que porta uno de los secuaces que nos ha traído hasta aquí. Las pareces rezuman aguas que por su olor parecen fecales. El túnel se ensancha, llegamos a la salida.

Una puerta oxidada nos da la bienvenida, al otro lado un ruido casi ensordecedor. Les cuesta abrirla, quizás por el óxido que la cubre. Al otro lado una fiesta, con borrachos, prostitutas y soldados, que no saben si beber o defender. Parece, por la estructura, que hemos cruzado a otra cantina, quizás en otro barrio. Nadie nos hace caso. O están demasiado ocupados sobando a las mujeres o demasiado bebidos para reparar en nuestra presencia.

-Hacía tiempo que no olía a sabandija –se escucha con claridad meridiana–; y si huele a sabandija, el capitán Taylor ha atracado en el puerto.

La sala se queda en silencio, la gente nos mira.

-Tranquilo –Taylor hace una de sus pausas-. Si viniese a cobrar una de tus deudas no me habrías visto entrar – no sabe dónde mirar, por lo que, como un actor se dirige al respetable sin fijar la vista.

-Mal pirata aquel que no cobra sus deudas –la voz viene del fondo, diría que lo tapa una conveniente columna que hace de muro de seguridad, aunque un espejo nos permite ver su mesa–. Eso sí, bienvenido el pirata que osa venir a saludarme –se le nota que sonríe en el modo de decir las cosas.

-Maldito perro, si quiero darte un brazo debería saber dónde estás sentado, que no te veo –Taylor quiere quitarle tensión al encuentro.

-Hasta un capitán como tú tiene que desarmarse para darme un abrazo –la tensión es difícil rebajarla–. No quiero que dándome un estrujón recuerdes que te debo dinero, o que me acosté con tu hermana, o yo que sé. Yo, los apretones, los doy desarmado, por lo que pueda venir.

-Maldito seas, Kebon Jeruk. El tiempo te ha vuelvo desconfiado hasta de los amigos –Taylor se desabrocha el cinto que porta su alfanje.

En esta conversación me he dado cuenta de que lo que pensaba que eran borrachos eran farsantes, que las que eran rameras eran mujeres preparadas para la guerra, pues, de un solo vistazo, hasta yo me he dado cuenta de que todos van armados, incluso alguno,

armado hasta los dientes. No sé si estamos en lugar seguro, pero si estoy convencido que al menos plantaremos batalla.

Capítulo LXXIX

El compadreo es más que evidente. Por lo que se dicen, jamás navegaron juntos, sin embargo se ayudaron en las plazas que coincidieron. ¿Qué es un pirata sin compadres? Se preguntan en varias ocasiones en voz alta. Ellos mismos se dan una respuesta, pasto de tiburones.

-Necesitamos ayuda –Taylor no se anda por las ramas.

-Lo sé. Por eso estáis aquí –Kebon Jaruk está seguro de sí mismo–. Me han llegado noticias de vuestras correrías, eso de salir huyendo de un puerto, de vender holandeses como esclavos… No sé por qué sabía que acabaríais en este puerto pidiéndome ayuda. Pensé que tarde o temprano pasaríais por aquí.

-Necesitamos un barco que no llame la atención, un navío que pueda llevarnos al puerto donde nos dirigimos. No pedimos oro, ni especias, tan solo agua, pitanza y unas velas que nos dejen donde queremos ir –Taylor se convierte en un humilde pescador.

-Has venido al lugar adecuado. Me has regalado tantos placeres que no puedo negarte nada. Batavia es una ciudad complicada, para entrar y para salir. Pero os ayudaré. ¿Cuál es vuestra empresa? -la pregunta es maliciosa, hasta yo lo veo.

-Estoy enfermo –Taylor me deja de piedra–. Me han dicho que cerca de Madagascar puedo encontrar cura con unas hierbas medicinales. Viajo con mi propio médico –me señala con saña, yo sonrío–. El problema es que un lobo de mar como yo no sabe más que piratear, por lo que nos hemos metido en algún problema en esta empresa –no se puede ser más mentiroso, pienso.

-¡Traed ron! –grita el indonesio, que cumple casi a rajatabla los cánones que definen su raza, la coloración levemente amarillenta de su piel, el pliegue en sus párpados que da forma a sus ojos oblicuos, sus pómulos sobresalientes y su pelo negro lacio largo, casi como el de una mujer. – Capitán, me sorprende que un marinero como vos quiera vivir eternamente y no morir en el mar, pero si necesitáis un barco os lo daré, si necesitáis tripulación, la mía os valdrá…

-Mi gratitud sería eterna. Es como si me salvaseis la vida –Taylor presiona con las veces que él se la salvo al indonesio.

-Brindemos por la amistad, la única de las virtudes con las que se puede acabar de un tiro en la sien –Kebon Jeruk rompe a reír mientras levanta una copa de oro macizo–. Posadero, ya te dije que cargaras los toneles, que mis amigos y yo vamos a celebrarlo –su copa levantada reclama más bebida.

-Esas copas las conozco –a Taylor le ha cambiado la cara–, esas copas son de un barco portugués que yo mismo esquilmé –parece que el capitán no quiere bromas.

-No sé de qué me hablas –Kebon Jeruk nos mira extrañado.

Taylor saca una pequeña pistola de dentro del fajín que le sujeta los pantalones. Le apunta y le mira con rabia, casi con impotencia.

-¡Maldito perro! –su dedo en el gatillo parece que no tiene dudas en disparar y luego volver a preguntar-. ¿De dónde has sacado esas copas?

Capítulo LXXX

Los ánimos parecen caldearse. Como ya advertí, todo el mundo va armado. La sola amenaza a Kebon Jeruk parece que ha despertado hasta a los borrachos que dormían en los soportales de la taberna. Todos calzan un arma en la mano, así que nosotros hacemos lo mismo. El ruido de sables se abre paso ahuyentando el sonido de las jarras contra las mesas.

-Maldito viejo, no sé de qué me hablas –se justifica el indonesio. Intenta con sus manos restar la gravedad de la situación-. ¿A estas alturas vamos a discutir por un botín? Tu amigo el Halcón, Levasseur, me regaló estas copas. ¿Eso te preocupa?

-Parece que vuelves a recordar –le dice desafiante Taylor, sin dejar de apuntarle–. ¿Acaso eres el único pirata de este confín que no conoce el misterio del tesoro de Levasseur?

-Maldito infeliz. Lo que quizás sea, es el único corsario que no ha cometido el error de buscar un cuento –subestima al capitán pese a estar encañonado–. El Halcón ha estado malviviendo más años que riquezas pudiera conseguir. Si lo que os preocupa son estas copas… a mí me las regaló al poco tiempo de que os marcharais a tierra firme, a ser a un señor, con el perdón de los reyes. Estaba desesperado… estaba necesitado y yo le ayude, como pensaba hacerlo con vuestra empresa. Quedaros las copas si queréis. ¿Qué más me da? No creo que pueda gastarme en vida todo lo que he robado.

-Os queda poca vida –Taylor no atiende a razones sin dejar de apuntarle, le roba la espada a Kebon y le amenaza con las dos armas.

-Intentar matarme solo acabaría con vuestra vida –el indonesio no duda–. No dejáis de ser unos marineros desa-rrapados que necesitan ayuda. No me interesa el oro de Levasseur, como a ti -se dirige a Taylor–. A estas alturas me interesa vivir, no morir en un intento –hace una pausa–. Maldita sea, pegadme un tiro. No sé nada del tesoro de ese incauto, pero pegadme un tiro, moriré por unas copas de oro, el que será vuestro botín… pensaba que os interesaría más un barco para llegar a vuestro destino… -Las dotes de la negociación no solo son de Taylor, cualquier pirata que llega a capitán sabe manejar los tiempos y la palabrería.

-¿De qué me renta un barco si ya disfrutáis lo que yo busco? –Taylor no deja de apuntarle, cada vez con más saña -. ¿De qué me vale vuestro discurso si no encuentro lo que busco? –sus palabras

con ira encienden a los partidarios del indonesio, que ya están preparados para entrar en batalla. Miro a mis compañeros. El miedo y el pavor se trasmite más rápido que la peste. Somos tan pocos para plantar batalla…

-No voy a negar que conozco la leyenda… -parece que Kebon Jaruk se lo piensa–. En esta posada saben que me gusta beber en estas copas, se las dejé a buen recaudo. Pero os prometo que no sé dónde encontrar el tesoro del ahorcado. Os lo juro. –El alfanje de Taylor acaricia el cuello del indonesio sin pensar que está en inferioridad.

-Yo ya conozco dónde está el tesoro. Llevo al mapa conmigo, lo único que quiero es saber si encontraré algo cuando llegue al destino –el capitán sabe que lo importante es saber si alguien se nos ha adelantado.

-Mi cortesía y mi paciencia se están acabando –parece que efectivamente su caridad está llegando a su fin–. Si no os fiais de mí, directamente os pondré a secar en algún mástil de esos barcos que salen poco a faenar. No tengo problema –parece que quiere invertir las fuerzas.

-¿Qué sabéis del tesoro del ahorcado? –parece que Taylor quiere relajarse, levanta el sable aunque no lo guarda.

-Ese cuervo inmundo no supo cómo vivir. Si me preguntáis qué pienso, os lo diré. Ese hombre tuvo en sus manos todo el oro del mundo, yo no he conocido a nadie que robase un tesoro igual, con vos; pero él, más sereno en teoría, lo guardo a buen recaudo. ¿Qué os queda a vos? Nada –se responde él solo sabiendo la respuesta-. ¿Qué le quedo a él? Yo os lo diré. Para arrancarle de sus manos las copas donde habéis bebido, casi tengo que cortarle las manos, así que dónde quiera estar ese tesoro, afortunado el que lo disfrute. Levasseur, no fue capaz de contentarlo, era un tacaño. Si vuestra empresa es buscarlo os ayudaré…

Capítulo LXXXI

No dejan acabar la frase al indonesio. La posada se abre con un fuerte golpe y un tropel de hombres uniformados se abre paso en la taberna, empujando a los parroquianos que beben tranquilos en la barra, ufanos pensando que su mayor problema era el capitán Taylor. Patean a las fulanas, que se refugian en los rincones y bajo las mesas.

En un abrir y cerrar de ojos más de medio centenar de soldados, vestidos con casacas añiles, calzones encarnados y prietas chupas de lino, toman la cantina y cercan el más mínimo resquicio de salida. Taylor no da crédito, Kebon Jaruk tampoco. Sus miradas se entrelazan. Alguien ha traicionado al otro. Pero ¿quién ha sido?

La taberna es un embudo. No hay marinero, ni fulana, que no esté desbordado. La gente mira hacia todos lados, desconcertada, aturdida.

El sonido de las botas al chocar contra el suelo se mezcla con el de las alabardas y el de los sables al sacarlos de las vainas. Es frío como el acero que desenfundan. Taylor juega con su muñeca y con su espada. Hace una especie de baile en donde corta el aire con cierta aquiescencia. Sonríe, los desprecia conforme van tomando posiciones.

Los que nos consideramos piratas, nos miramos unos a otros. Los que el mar les ha tatuado, saben perfectamente que hacer. Sable nos mira y con una seña nos hace entender que debemos aguardar nuestro destino. La inmensa mayoría está atemorizada, hasta los indonesios que parecían borrachos y hacían de guardia. Nuestra quietud asombra a los soldados ingleses y holandeses que nos cercan.

Nadie se mueve de su sitio. Parece que se ha detenido el tiempo. Los ánimos parecen calmarse. La tensión es imposible que se disipe. Una segunda oleada de casacas, seguida por una tercera y una cuarta invaden el que fue un amplio recinto. Toman escaleras, abren los reservados, se hacen con la barra.

Un disparo, a un infeliz que intenta escapar por la ventana, rompe el tenso silencio. Ese disparo nos deja claro que nadie puede escapar, al menos eso intentan demostrar. Ya no hay murmullo, ya no hay bisbiseo. Nadie se atreve. Taylor mira a su alrededor. Analiza su futuro. Envaina la espada. Me mira con desánimo. Se da por vencido… eso parece.

Cuando el silencio se ha convertido en eterno, ni los chasquidos de las armas rompen la tensión del momento, un sonido rompe el nerviosismo. Los gimoteos de los borrachos dejan de ser importantes a los pasos que taconean, todo deja de ser importante, unas botas de cuero anuncian la llegada de alguien importante.

No niego que espero a Macrae, olvidando lo lejos que está. En el fondo deseo conocerle. Para qué negarlo, sin embargo aparece otro Comodoro.

-Soy el comodoro Enguel Krijger, y ahora sois mis prisioneros –dice con cierto aire de superioridad-. El comodoro Macrae me deberá un gran favor –su tímida sonrisa evidencia lo que quiere ser prepotencia y desprecio.

La mirada de Taylor nos deja entender que estamos abocados al desastre, que la presencia de este mandatario lo único que demuestra es que las viejas cuentas pendientes con Macrae pesan más que cualquier otra cosa.

-¡Me prometieron que si les avisaba actuarían con discreción…! -el posadero reclama su pernada. Taylor ya sabe que no ha sido traicionado por su amigo.

La frase queda a medias. El comodoro holandés le asesta una bofetada que deja al tabernero en el suelo, impotente.

-¿Qué más te da? –pregunta con desprecio el comodoro–. ¿Acaso tienes que dar cuentas a alguien? A nosotros solo nos interesa Taylor, podéis seguir siendo posada de piratas de medio pelo, hasta es interesante teneros localizados… Kebon… Necesitamos colgar a alguien… ya me diréis a quién debemos detener –sus palabras están por encima de cualquier moral.

Capítulo LXXXII

Varios días en Batavia, en una celda, no dejan de ser una forma de pasar el tiempo muy aburrida. La celda no mejora ni siquiera al mejor bergantín. Los camastros parecen hechos de piedra. Estamos hacinados en dos celdas por ver si alguien se redime. Los marineros ingleses han sido los primeros. Juraron servir a los Hermanos de la Costa, pero se olvidaron conforme vieron las rejas y el cadalso.

Nadie nos habla. Somos piratas. En teoría, sabemos de lo que se nos acusa, así que mejor no rechistar. Vuelven mis dudas. ¿Pirata? ¿Quién me mandó ser pirata? Debería explicar que soy médico. A los galenos se les da un trato especial. Pero, ¿cómo abandonar? No puedo dejar a estos hombres a su suerte. Es hora de tomar una decisión. Es hora de decidir en qué bando estoy.

Decidido.

-¡Carcelero! ¡Carcelero! -imploro con cara de desolación–. Soy solo un médico, solo un cirujano –le explico a alguien que no tiene responsabilidad–. Compartir celda con piratas me embrutece. –Los hombres, mis compañeros, me miran mal, Taylor sonríe maliciosamente–. No tengo nada que ver con estos malandrines. Lo juro por lo más sagrado –me afano en decir.

-Un momento –claudica un guardián joven e inexperto en las mentiras de los piratas.

Les miro a todos con esperanzas. No les voy a dejar en la estacada. Creo que hay una forma para escapar. Miro a mi alrededor por si las moscas. Un golpe, seco y fuerte al guardia, nos dejaría en una buena posición, les digo en voz baja. Mi salida está a la vuelta de la esquina, me susurra Sable. En cuanto salgas serás nuestro hombre en la ciudad, te necesitamos, me masculla Tawy. No te olvides de nosotros, murmura Navajas.

Tarda. El guardia tarda demasiado. No es un buen presagio. Lo dice Taylor y los demás hombres. Parece que mirar por la pequeña ventana que ilumina nuestros “aposentos” se ha convertido en lo habitual.

El ruido de las esclusas se confunde con los gimoteos de los presos enfermos. Abren y cierran puertas, por si alguien tiene tentativa de escapar. Las llaves ensordecen las gotas de humedad que jalonan las paredes.

No hace falta saber que alguien viene. Alguien, que por supuesto marcará nuestro destino.

Su casaca no le delata. La mirada de odio de Taylor sí. El

comodoro Macrae nos honra con su presencia. Al vernos, sonríe, no le culpo. Es el único que sabe lo que ha costado atrapar al capitán Taylor.

El silencio convierte a las demás celdas en un monasterio con voto de silencio. La maldad se huele. Eso pienso yo.

Es la primera vez que veo al capitán Macrae, ahora convertido en comodoro, es la primera vez que veo al mayor enemigo de los piratas en este confín del mundo.

-Hola, capitán Taylor, ¿qué tal? -pregunta Macrae con superioridad.

Segunda parte

Capítulo LXXXIII

La confesión de los ingleses arrepentidos casi me abre la puerta de la celda. En nuestro viaje hasta Batavia, me he comportado en el barco a razón de mi puesto, es decir, de galeno. Curando astillas y quemaduras del sol. Nadie salvo Taylor, Sable y yo conoce nuestras conversaciones dentro del camarote.

La visita de Macrae ha sido muy corta, creo que solo quería dejar claro quién está detrás de la detención. Hay movimiento tras la comprobación de cortesía de que el capitán era él y no otro. Esperamos veredicto con cierto nerviosismo. Al menos yo estoy nervioso. Taylor parece ido, en otro mundo.

-He pasado de una celda gigante dentro de la jungla a una infecta de piratas con olor a cadalso y muerte –rompe a reír Sable, que me mira sabiéndome dichoso–. Toma este pendiente –se quita el abalorio que es un metal roído que forma una especie de dibujo de una media luna–. Siempre que lo enseñes a quien bien nos aprecia sabrá que debe ayudarte. Si Macrae está por aquí, arrestando y haciéndonos mal, la mayoría de piratas te echará una mano. Un pirata siempre es desconfiado, así que no te fíes tú del que a primera vista ya esté dispuesto a dar su vida por nosotros. ¿Algo que añadir? –Sable mira a los demás hombres.

-Y no te olvides de nosotros –vuelve a murmurar Navajas, que me ve tan vulnerable como a los marineros ingleses–. Un verdadero Hermano de la Costa no olvida a sus hermanos…

Hay movimiento de hombres. Los ruidos se mezclan unos con otros. Se escuchan de nuevo pasos, esta vez se distinguen cuanto botas. Dos hombres con más miedo que arrogancia nos miran buscando algo que no distinguen.

-Venimos a por el médico. Que se asome y nos muestre su cara –acercan a la celda una pequeña antorcha que ilumina más bien poco. Doy un paso al frente con brío–. No os vemos, acércate más –Así lo hago, mientras se miran el uno al otro. Mi aspecto puede que les haya desconcertado–. No intentéis engañarnos. Si no sois el médico no os daremos pie a un juicio justo, os mataremos de un tiro –me amedrentan por si me derrumbo y confieso otra cosa.

-Yo soy el galeno, que no os confundan los harapos, viviendo con piratas ya se sabe –les hago desprecio los míos.

El guardia que no sujeta la antorcha saca del cinto un juego de llaves mugrosas. Por el chirrido de la cerradura uno diría que las llaves abren pocas celdas. Con una tímida mirada me despido, sin

querer revelar mis intenciones. De repente una voz sale del fondo de la celda.

-Busca a Urki –me abronca Taylor.

Ese maldito nativo es el más listo de todos nosotros, pienso mientras me alejo acompañando a mis cicerones.

Capítulo LXXXIV

El camino no es el de la salida. Unos angostos pasillos nos van guiando hacia una zona sin tanta humedad, más cuidada y con más luz natural. Parece que mi destino es despachar con Macrae antes que cualquier otra cosa. Eso cuchichean los soldados pensando que no les escucho.

La única silla que hay en todo el pasillo, junto a una carcomida puerta, es mi destino. Me siento e intento disimular mi impaciencia, me miro las manos, mi padre siempre decía que tenía manos de buen cirujano, ahora las miro y están ajadas del salitre, de la vida en el barco. Pienso que le voy a decir a Macrae. Hace tiempo, cuando me secuestraron y empecé a escribir, entrevistar a Macrae hubiera sido un lujo, contrastar las historias de Taylor, tener la otra visión, la del que les da caza y dedica su vida entera a limpiar el mar de sabandijas. Sonrío sin querer. Ahora uno de esos golfos y rufianes soy yo también. El sonido oxidado de la puerta al abrirse rompe mis pensamientos. Mis dos guardianes me hacen señas con la mirada para que pase dentro del despacho. Me levanto con desgana, casi altanero, doy un pequeño toque en la puerta, como pidiendo permiso, tengo que dar la impresión de que los piratas no me han quitado los buenos modales que aprendí en la escuela. Pase, escucho nítidamente mientras lo que debe ser un criado se esfuerza en abrir más el portón.

Macrae está sentado en una mesa bien tallada, parece madera noble. Los años en estas aguas le han cambiado el rictus típico de inglés estirado, criado por y para la marina. Ni se molesta en mirarme a la cara, sigue escribiendo con una gran pluma que parece de algún pavo real.

-Siéntese, póngase cómodo –me dice sin levantar sus ojos del papel–. Me han dicho que es usted cirujano… –parece importarle poco por el tono en el que lo dice.

-Médico –le interrumpo con un tono pausado, intentado parecer más humilde–. Soy solo médico, hice algunas prácticas como cirujano, pero no era lo mío –logro que levante su mirada y me eche un vistazo

-¿Me puede explicar que hace entonces un médico en un barco pirata? –no parece muy intrigado, imagino que sabe la respuesta de antemano.

-Me secuestraron. Taylor y sus secuaces me secuestraron en

Panamá, en tierra firme, ¿sabe usted? Yo fui a ver a un amigo…

-Los detalles me interesan poco –me interrumpe antes de que pueda darle algún dato–. El caso es que ha sido detenido con uno de los rufianes más importantes que existen en este confín del mundo. ¿Conocía usted de antes al capitán Taylor? –no me deja contestar pese a mi ademán para hacerlo–. Taylor posiblemente sea uno de los piratas más locos y sanguinarios que he conocido en mi vida, y le aseguro que han sido muchos los piratas que han acabado muriendo bajo el acero de mi espada o mirándome a los ojos desde el cadalso. De todos, Taylor será el peor de todos. –Se levanta y empieza a dar vueltas alrededor del despacho–. No sé si le ha contado mi relación con él. Tampoco creo que le interese. La pregunta que le voy a hacer es bien sencilla -se toma algo de tiempo-. En todo este tiempo que lleva usted embarcado con estas sabandijas, ¿se ha convertido usted también en pirata? Como médico sabrá que después de un tiempo, la tripulación, sea o no sea pirata, acaba comulgando con la causa…

-¡Por dios! –es mi momento para teatralizar mi animadversión–, la duda ofende. Yo provengo de una buena familia de España, mis antepasados y los que serán mis hijos han sido y serán personas de bien, honradas. Jamás podríamos ser defensores de causas tan poco nobles como el robo y la usura y, como médico, jamás aprobaría la ingesta de alcohol hasta perder el sentido y la promiscuidad de estos hombres. Comodoro Macrae –quiero sincerarme–, lo mejor que ha podido pasarme es que nos detuviera y me liberara. Le reconoceré que lo que más he pasado en estos últimos tiempos ha sido miedo.

-Está bien, perdone la cuestión, debe entender que tengo que ser cauto. Sin embargo, usted no lo ha abandonado en ninguna de sus paradas, ni siquiera cuando nos encontramos en las islas de las Especias. Un hombre de su posición entiendo que hubiera desertado a la primera de cambio. A no ser –vuelve a hacer una pausa–, a no ser que usted también esté deslumbrado por la búsqueda del tesoro de Levasseur –sentencia con maledicencia ante mi mirada atónita.

Capítulo LXXXV

La mención del tesoro me ha dejado desconcertado, pero no es momento de flaquear, debo reafirmarme en mi odio a los filibusteros.

-No podría estar usted más equivocado –le espeto con dignidad–. Ya le he dicho que soy un hombre de abolengo, vengo de una familia bien situada en la nobleza española, que incluso mantiene relación directa con la misma casa real. No he tenido a lo largo de mi vida problemas con el dinero, así que no me deslumbra ningún tesoro para perder mi norte.

-Vuelvo a pedirle disculpas –me dice sin mucha convicción–. En cada puerto hay un espía, y si no lo hay, hay monedas suficientes para que alguien cuente lo que pasa por esos lares. No hay marino, ni pirata, que no esté buscando el dichoso tesoro. No se moleste si le pregunto si conoce la historia del tesoro –está un poco cansado de mis brotes de dignidad, se le nota por el tono en el que me habla-. ¿La conoce?

-Por supuesto. Algunos hombres en el barco no hablaban de otra cosa– y tampoco quiero parecer un estirado –Macrae sabe que un estirado no hubiera sobrevivido mucho tiempo al lado del capitán Taylor–. El tesoro del ahorcado le llamaban. Los marineros, perdón los piratas, contaban muchas historias sobre las riquezas que podría esconder, también quiero decirle que en todo este tiempo lo único que hemos encontrado es a más gente buscándolo –quiero ganarme un poco su confianza–, pero del oro, nada de nada – sonrío buscando su aprobación.

-Le voy a decir una cosa. Los tesoros que gana un pirata siempre acaban en los mismos sitios, nunca en islas lejanas. O acaban en las manos de alguna prostituta, o en una mesa de juego, o vuelan con los vapores del aguardiente y el ron. Las leyendas, lo poco que consiguen, es engrandecer a personajes que en vida no dejaron de ser chusma, como ese Levasseur, un desgraciado que a punto estuvo de acabar con mi vida. Como la comadreja de Taylor –Macrae habla como un vulgar pirata–. ¡Qué ganas tengo de verlo bailar en el cadalso! -se sincera.

-¿Ese es su futuro? – pregunto fingiendo inocencia.

-Y el suyo también lo hubiera sido de no haberme contado lo del secuestro –me cambia la cara después de esa frase lapidaria–. En unos días saldremos para Cochín, vendrá con nosotros, allí se celebrará el juicio y usted testificara en el mismo si fuera necesario.

-Y durante estos días, ¿qué haré yo en Batavia sin dinero…? -pongo voz de desesperado.

-No se preocupe por eso. Le vamos a consignar una gratificación por ser testigo de cargo. No es mucho, pero podrá vivir holgadamente estos días hasta que zarpemos. Preséntese aquí todas las mañanas, así le podremos ir informando de cuándo saldremos, Y, por favor, cómprese ropa y queme esos harapos, no huelen a mazmorra, huelen a gorrino.

Macrae vuelve a sus oficios y correos y yo doy media vuelta y me voy por donde he venido. Los guardianes me acompañan hasta lo que quiere ser un economato. Me dan ropas nuevas. Me indican donde puedo dormir cerca del fortín, en una posada que llaman "la oficial", supongo que porque allí duermen los que están en paz con la justicia y tienen rango militar. Me dan más dinero del que me podía imaginar. Con mi nuevo ritmo de vida y esta asignación casi podría vivir un mes. Me advierten de que no me meta en jaleos, que a media mañana podrán informarme de los planes de Macrae, y que disfrute de la ciudad. Después de una palmada en la espalda y coger mi nuevo equipaje salgo de allí con la sensación de haber estado preso media vida. La luz del sol me deslumbra, cierro los ojos, pongo mi mano sobre mi frente a modo de visera, nada es suficiente.

A paso firme me alejo del fortín con la idea de buscar ayuda para liberar a Taylor de su condena a muerte, a Dientes de Sable para que nos lleve al tesoro... ¿Quién me ayudara en esta nueva empresa?

Capítulo LXXXVI

Nada debe escapar del comodoro Macrae. Me dicen, nada más llegar a la posada, que me estaban esperando. Que mi dinero allí no vale nada, que los cargos se los hacen ellos directamente a la Compañía. No puedo más que sonreír, parece que he vuelto al mundo que he conocido toda mi vida, al del orden, al de la cortesía y los buenos modales. No puedo negar que por un instante me olvido de ser pirata.

Mi habitación tiene un camastro mullido, lo voy a agradecer, aunque mi espalda se ha acostumbrado al vaivén del barco, a descansar en una hamaca coy de cualquier manera. Guardo algo de dinero por si tengo una urgencia. No quiero dormirme en los laureles. Mi gente espera en la celda a que les ayude a escapar.

Me cambio de ropa. Me han dado unos calzones ajustados a la pierna, las polainas son de cuero y también van fuertemente ceñidas, solo me han dado una especie de gabán de cuero. En la cintura una especie de talabarte, de donde pende un largo y ancho cuchillo, Batavia es una ciudad muy grande, el peligro puede acechar en cualquier esquina, me ha dicho el posadero antes de añadírmelo a la ropa. Antes de salir de mis aposentos cojo una gorra de cuero que alguien ha dejado convenientemente.

Salgo a la calle hecho un pincel. Hasta llevo la cabeza bien alta. Ahora solo me falta buscar una taberna pirata donde encontrar amigos. En el bolsillo llevo guardado el pendiente de Sable, como el que lleva la llave que abre el cofre del tesoro.

Claramente tengo que alejarme de la posada, tanto en la taberna como en la calle todos los hombres que he visto visten como los guardias que me custodiaban en el fortín, los de las casacas negras huelen a altos mandos. La verdad es que el nombre de la posada no engaña a nadie.

Es fácil entrar en los bajos fondos de la ciudad. La mayoría de las calles podríamos decir que son bajos fondos, salvo la zona más cercana a la fortaleza y el barrio donde viven los terratenientes y aquellos que viven de la Compañía de las Indias, la población vive de forma humilde.

A lo lejos veo una taberna que huele a bucanero. Ya he pisado unas cuantas y he de reconocer que se ha despertado en mí una especie de sexto sentido para discernir que taberna es pirata y cual no. Me detengo un instante. Quiero cerciorarme de que los hombres de Macrae no me han seguido. Ese hombre tiene el mismo sexto

sentido pero para oler a filibustero y no creo que mi actuación le haya convencido en exceso.

Miro a derecha y a izquierda. De repente alguien pasa tan cerca de mí que me golpea el hombro con violencia. Antes de que pueda increparle por ni siquiera pedirme perdón observo con sorpresa que el del golpe es Urki, que acelera el paso sin girarse y se mete en la posada en cuestión.

Maldito perro, pienso. ¿No me ha reconocido? Recuerdo las palabras del capitán. Ha sido muy fácil me digo a mí mismo. Mi paso vuelve a ser firme. Me acerco a la puerta. Algunos hombres susurran alguna fechoría, ya que cuando me detengo en la puerta los tres callan y me miran con recelo de arriba abajo.

Entro en la taberna con la misma seguridad que hubiera entrado el mismísimo Taylor. Nadie repara en mí. El humo y ruido no permiten que nadie llame demasiado la atención. Miro con detenimiento mesa por mesa, a todos los hombres que hay en la barra. Ni rastro de Urki.

Me acerco al mostrador. Pido mi jarra de cerveza y mientras doy el primer trago vuelvo a observar a todos los truhanes que beben y hablan igual que yo. Ninguna cara me es conocida, así que intento entablar una conversación con el de al lado.

-He oído que han detenido al pirata Taylor –le digo, intentando parecer duro.

Con cara de indiferencia, el marinero coge su jarra de cerveza y se busca otro lugar donde yo no le moleste.

-¡Tú! –alguien intenta llamar mi atención–. Marinero, ¿has preguntado por el capitán Taylor? Ven con tu jarra y habla conmigo. –Con sus manos me señala un asiento vacío junto al suyo.

Capítulo LXXXVII

Con discreción vuelvo a mirar a mí alrededor, no quiero llamar la atención demasiado. Me siento y levanto mi jarra para brindar. El hombre la levanta conmigo, la chocamos y los dos bebemos al unísono.

-¿Por qué brindamos? –me pregunta intrigado.

-Por la libertad –digo confiado.

Volvemos a beber. La verdad es que no sé cómo empezar la conversación, quizás debería dejar que fuera él, me digo mientras bebo. Los dos volvemos a estar en silencio. Parece que nadie quiere desvelar sus cartas.

-Me llamo Joe "Puñales" -me enseña uno que lleva dentro del cinto con una empuñadura vieja que por su forma ha debido contener alguna piedra preciosa, que debió perder en alguna refriega-. ¿Qué andas buscando por aquí?

-Eh –titubeo, recuerdo las palabras de Sable, un pirata es siempre desconfiado–. Me he enterado que han detenido al capitán Taylor y quería saber que se dice por ahí –me hago el despistado.

-Información, con información se paga –parece que él no va a soltar prenda hasta que yo descubra mis cartas-. ¿Qué se dice por ahí de Taylor?

-Pues eso, que llegó al puerto de Batavia y que Macrae lo ha detenido –me hago de rogar.

-¿Y cuántos navegaban con él? Porque se dice que no eran muchos, que incluso algunos le traicionaron nada más ser detenidos, pero otros lograron escapar pasando inadvertidos.

-Bueno -vuelvo a titubear, intento pensar rápido como se comportaría Taylor en estos casos, pero pienso que Taylor conocería a este malandrín y ya le hubiera contado el plan o simplemente lo hubiera ignorado. Se me ocurre una idea sencilla–. La verdad es que no tengo tantos detalles, simplemente quería hacer algo de corrala… -mientras digo esto me pongo cómodo, es decir, saco el cuchillo y lo dejo encima de la mesa, me quito el sombrero, saco el pendiente y también lo dejo junto al puñal-. Se dice que Macrae está sacando del mar a todos los piratas de este confín del mundo… –de vez en cuando mi vista se fija en el pendiente a ver si Joe decide dar un paso más en esta conversación en la que nadie da su brazo a torcer.

-Macrae es un mal nacido, pensé que cuando preguntabas por Taylor querías buscar gente para liberarlo o que querrías asestarle

un golpe a la rata de Macrae –parece que se suelta, debe ser el pendiente pienso de repente–. Yo estaría dispuesto a hacer lo que fuera en contra del comodoro.

Antes de que suelte por mi boca toda la información que poseo, como una aparición veo detrás del Puñales a Urki, que me mira fijamente mientras niega con la cabeza. Creo que he entendido el mensaje, Joe no es de fiar.

-Quizás no debí venir, ni preguntar algo que está fuera de mi alcance –reculo lo mejor que puedo ante el asombro del Puñales y recojo mis bártulos apresuradamente.

-Cirujano, no te muevas de donde estás o… –me dice desafiante mientras me vuelve a enseñar la empuñadura de su puñal– sabrás porque me llaman Puñales. No creí que fuera tan fácil. Macrae me dijo, mira a ver por donde respira, y a ti te falta tiempo para venir a una taberna de piratas a preguntar por Taylor –soy un pardillo, me repito una y otra vez.

-Preguntar no es ofender –intento quitarle importancia al encuentro–. Macrae puede estar tranquilo conmigo, esto lo he hecho por pura curiosidad –pienso en escapar, en salir corriendo, pero que un pirata apuñale a otro en una refriega de taberna no llama demasiado la atención y para este tipo no soy ni un primer plato–. Podemos llegar a un acuerdo. Tengo dinero –es lo único que se me ocurre decirle dentro de mi desesperación.

-No el suficiente. El comodoro Macrae paga muy bien a los que entregamos piratas –sonríe maliciosamente-. En cuanto te lleve ante él, nadie te podrá salvar de la horca.

Dos hombres se nos acercan, parecen ebrios, tropiezan con el Puñales. Intento reaccionar mientras Joe se revuelve violentamente para ver de dónde viene el golpe. Antes de que le dé tiempo a sacar su rejón, los dos marineros lo cogen por sendos brazos inmovilizándole.

-Hombre, Joe Puñales, cuánto tiempo sin vernos –le dice uno de ellos mientras el “pirata converso” no da crédito a lo que está pasando–. Te vamos a invitar en la posada que hay en la otra esquina, que aquí la cerveza está aguada –escucho que le dicen mientras lo sacan fuera de la taberna.

Capítulo LXXXVIII

Me quedo solo y desconcertado en la mesa. Veo acercarse a Urki con dos piratas de aspecto fiero, y algo desaliñados. El moluqueño les invita a sentarse conmigo y ellos aceptan de buen grado.

-Así que tú eres el médico que despertó a Taylor del sueño de los justos en el que vivía en tierra firme. Me dice con una sonrisa el mayor de los dos–. Puedes llamarme "Tiburón" –me dice mientras me da la mano–. Éste de aquí es "Callado" –también me da la mano mientras asiente confirmando las palabras de su compañero.

-No sé si lo desperté, lo que sí que es verdad es que después de hablar conmigo volvió a embarcar –sonrío como gesto de amistad–. Hay que tener cuidado con Joe, me ha confesado directamente que trabaja para Macrae –les advierto.

-Lo sabemos. Te estábamos observando, sabíamos que te iba a engañar. Ahora le cortaremos la lengua a ese perro para que nunca más vuelva a cantar o a delatar a un Hermano –Tiburón es el artífice de que aún no haya caído en las redes de la rata de Macrae–. Ahora cuéntanos qué te ha dicho ese desgraciado –me dice mientras escupe en el suelo.

-Les llevan a Cochín, y quieren que yo vaya con ellos para declaran en el juicio. Eso es todo lo que sé –les digo apurado.

Los dos rompen a reír a carcajadas. Ahí me doy cuenta del timbre de voz agudo que debe tener Callado, cuando ríe parece una hiena.

-Ese jodido inglés no se entera de nada –siguen riendo–. Tú tranquilo –me dice Tiburón–. Esta noticia es el mejor regalo que se le puede hacer al perro de Taylor. ¿Cuándo embarcáis?

-No lo sé, me lo tienen que decir. Es todo lo que me han dicho hasta ahora, y no creo que me digan mucho más, por lo que comentó Puñales, Macrae ha puesto a gente a observarme para ver si pertenezco a los Hermanos de la Costa –digo con cierto aplomo.

-También lo sabemos, Batavia es una ciudad pequeña cuando han puesto precio a tu cabeza. Olvídate de nosotros. Nos veremos en Cochín, sabemos que duermes en "la oficial", el día antes de salir cuelga un pañuelo en la ventana, como si lo pusieras al sol para secarlo. Ahí sabremos que partís. Ni se te ocurra salir de la zona noble de la ciudad, no levantes más sospechas. ¿Te han preguntado por el tesoro? Bueno, da igual, Macrae no lo vería ni teniéndolo delante. Y ya que viajaras con nuestros hermanos, cuídalos para que lleguen en buen estado a su sumarísimo juicio –Tiburón sabe muy

bien como dar órdenes–. Cuando llegues a Cochín busca la posada “Los tres pies del gato”, enséñale al posadero el pendiente de Sable, él sabrá que decirte. Ahora márchate por dónde has venido. –Los dos se levantan y se sientan en la mesa de más el fondo, donde la luz es más tenue, allí les espera Urki.

Capítulo LXXXIX

Los días transcurren lentamente. Mi vida se ha convertido en pura rutina. Me levanto temprano, la zona noble de la ciudad no permite a uno trasnochar demasiado. Me visto con la única ropa que tengo y voy a la fortaleza. En el economato me entregan mi asignación y me dicen que no hay novedades. Así que vuelvo paseando a mi posada, si algún oficial quiere que le observe alguna herida lo hago sin reparos y poco más. Así ha sido esta última semana, sin embargo hoy en el economato me han dado una novedad. Mañana zarpamos hacia Cochín. Lleve lo imprescindible me dicen. A primera hora levaremos anclas desde el puerto que tiene el fortín. No se demore me insisten, el Comodoro tiene los hábitos ingleses de la puntualidad y el orden.

Me apresuro a volver a la fonda. Mojo un pañuelo de seda que he comprado estos días y lo tiendo en el ventanuco por el que entra la poca claridad de mi habitación.

Estos días he escrito después de mucho tiempo, bueno después de aquel naufragio donde lo perdí todo. He recuperado algunos de los pasajes que más me gustaron de las historias de Taylor, he recordado la curiosa vegetación que observe en las islas de las Especias, le he escrito dos cartas a mi padre, las dos las he destruido, me es fácil escribir sobre nuevas especies, nuevas flores, hasta contar historias de galeones, batallas y bucaneros, pero me ha sido imposible decirle a mi padre que llevo pasando consulta en un barco pirata, tratando a marineros proscritos y he perdido la cuenta de los días que llevo buscando un maldito tesoro que nadie es capaz de encontrar. Acostumbrado a trasnoches o incluso a pasar la noche en vela, me ha costado dormir en el camastro. En un buen papel me he escrito el mapa del tesoro: "*Los palomos se guisan en la cazuela. Manteca, perejil, ajos, especia fina. Y así que estén mareados, se muele la asadura cocida. Con hilo o alambre están bien tensos, con miel y cuero lleva el ungüento. El olor del guiso sale de dentro. A una noche de este encuentro, hacia el este a paso firme, un árbol de gran copa nos recibe. La brisa del mar abraza, pero al océano una montaña lo tapa. Entre la maleza una gruta, en la oscuridad una trampa. Un barco con velas blancas espera con el tesoro, cuando la marea baja, se abre la cueva y se levan anclas*".

Lo he guardado a buen recaudo, junto con el pendiente de Sable. No ha habido noche sin desvelo, ni noche que no haya leído cien veces este endemoniado acertijo. Los conocimientos adquiridos a los

largo de mi vida me han hecho pensar en mil soluciones. ¿Y si los palomos a los que se refiere es la constelación de la paloma? ¿Y si la cazuela es la constelación de Fornax o del Horno de la que ya hablan algunos astrónomos? ¿Y si el cielo marca la equis del tesoro?

Si algo he aprendido de estos lobos de mar es que saben más que astrónomos y médicos, que militares y oficiales, que brujos y chamanes. Pese a no saber leer un manuscrito, el cielo es para ellos lo que para mí un libro.

Lo leo una vez más, ya le he pedido al posadero que al alba me despierte aunque el rompecabezas me haga trasnochar.

Al alba, en el muelle, me espera el mismo barco que robamos en la isla de las Especias. Casi toda la tripulación ya está en sus labores. Una brisa fresca alegra la mañana. Escucho que ya solo falta embarcar a los reos. Me explican que el viaje no es muy largo dos o tres jornadas, según el viento, que no viajo en calidad de médico, tan solo soy una carga más, bueno un pasajero, me especifican. Para estos viajes no es necesario un galeno, quieren justificarse para que duerma en un coy con la tripulación. No me importa, les repito insistentemente.

Los veo salir del mismo angosto pasillo por el que salí yo. Se les nota cansados, ojerosos; se les ve, incluso, más escuálidos. Entran en fila esposados, cabizbajos, todos menos el capitán Taylor. Él sube la pequeña escalera con la misma prestancia que cuando lo hace para dirigir el barco. Con un gesto me saluda. Su mirada penetrante me atraviesa, como ya lo ha hecho en otras ocasiones. Yo no la esquivo. Intento poner una expresión de desprecio, por si alguien me está mirando. De repente Taylor tropieza con uno de los esclavos que lleva un cubo lleno de alquitrán. Con sus manos atadas lo aparta mientras sonríe y maldice en un idioma imposible. Miro al indio. Es Urki.

Capítulo XC

La suerte y el viento no nos acompañan, así que ya llevamos tres jornadas y no se divisa tierra por ningún lado. Hemos seguido una ruta que antaño estaba plagada de piratas, ahora, tras el paso del Comodoro Macrae, es una ruta segura a la que ningún corsario se le ocurriría buscar fortuna. Durante estos días no he podido acercarme a ver a mis amigos, sin embargo he observado que Urki si lo ha hecho. La pericia de estos marineros, o quizás sus finos modos para el trabajo marinero ha hecho que no tuviera que tratar a ningún paciente. Algo que me alegra, pues ahora estoy al otro bando y hubiera sido como tener que ayudar al enemigo, aunque también es verdad que mi juramento hipocrático me hubiera impedido hacer lo contrario. El Comodoro sale de sus aposentos hace llamar a los prisioneros. Su mirada altiva y su ademan bravucón le delatan.

Los dispone en cubierta como si fueran a ser juzgados, uno junto a otro y con delirios de grandeza les cuenta una historia que yo ya me había leído.

-No sé si conocéis la historia de Julio César, fue un emperador romano muy importante. Hasta él tuvo un encuentro con unos piratas. Cuenta Plutarco que cuando regresaba fue apresado junto a una isla por los piratas, que ya entonces infestaban el mar con grandes escuadras e inmenso número de buques. Lo primero que en este incidente fue que, pidiéndole los piratas veinte talentos por su rescate, se echó a reír, como que no sabían quién era el cautivo, y voluntariamente se obligó a darles cincuenta. Después, habiendo enviado a todos los demás de su comitiva, unos a una parte y otros a otra, para recoger el dinero, llegó a quedarse entre unos pérfidos piratas, y, sin embargo, les trataba con tal desdén, que cuando se iba a retirar les decía que no hicieran ruido. Treinta y ocho días fueron los que estuvo preso por ellos, en los cuales se entretuvo y ejercitó con la mayor serenidad, y, dedicado a componer algunos discursos, utilizaba a los filibusteros por oyentes, tratándolos de ignorantes y bárbaros cuando no aplaudían, y muchas veces les amenazó, entre burlas y veras, con que los había de colgar, de lo que se reían vuestros hermanos, teniendo a sencillez y muchachada aquella franqueza. Una vez le trajeron el rescate y por su entrega fue puesto en libertad, volvió a su tierra, equipó al punto algunas embarcaciones en el puerto de los Milesios, se dirigió contra los piratas, los sorprendió anclados todavía en la isla y se apoderó de la mayor parte de ellos. El dinero que les aprehendió lo declaró

legítima presa, y, poniendo las personas en prisión en Pérgamo, reuniendo en un punto a todos aquellos bandidos los mandó crucificar, como muchas veces en chanza se lo había prometido en la isla–. se vanagloria-. Al igual que ese gran estratega, ese emperador, yo, el comodoro Macrae, os he dado caza a todos y cada uno de los que me apresasteis y estuvisteis a punto de matar. Ahora soy yo, con la misma vara de medir el que os va a juzgar.

-La diferencia es que Julio César gobernó el imperio romano, y tú no eres capaz ni de gobernar este barco. Inútil –le interrumpe Taylor.

-¡Contramaestre! – parece indignado–. Encierre a los prisioneros y al capitán Taylor dele cinco latigazos.

-¡Tierra! – interrumpen de nuevo al comodoro.

-¡Contramaestre! He dicho cinco latigazos –ordena muy digno mientras se retira a sus aposentos.

-

Capítulo XCI

Desde el incidente antes de avistar tierra no he vuelto a ver a Macrae. Ni siquiera sé si ha desembarcado. Esta ciudad es demasiado caótica comparándola con las que he visitado hasta ahora, ni siquiera Batavia estaba tan atestada de gente por todas las esquinas. He visto desembarcar al capitán Taylor y a los otros piratas. A Sable se le ha escapado una sonrisa al verme, lo que le ha costado un latigazo y varios empujones.

A Cochín se la conoce como la Reina del Mar Arábigo, es el centro de comercio de especias, la moneda que abre las puertas es la pimienta y el cardamomo negro. Los marineros me han contado que es el puerto más importante y que es casi una parada obligada. El bullicio, el olor a pescado y las construcciones dejan claro que por aquí han pasado todos y cada uno de los países que comercian con especias. Con solo una mirada a mi alrededor puedo dar cuenta de que antiguos viajeros y comerciantes llevan frecuentando la ciudad desde tiempo inmemorial. A simple vista se pueden apreciar vestigios de las culturas de los árabes, británicos, chinos, holandeses y portugueses, que claramente vinieron aquí con el propósito principal del comercio.

Mientras los marineros ingleses me cuentan, con todo lujo de detalles, los pormenores de la historia de esta ciudad a mí solo me viene una cosa a la cabeza. Si hay comercio hay piratas, si este puerto es el más importante de esta parte del mundo, hay piratas, si es de parada casi obligada, estoy seguro, esta ciudad esta atestada de mis hermanos.

El contramaestre me da las instrucciones, una buena posada, como en Batavia, y tiempo libre hasta que me hagan llamar para el juicio, no meterme en problemas y evitar ciertos lugares de la ciudad. Mis planes son otros, pero no se los voy a contar a este perro inglés que quiere ver a mis amigos en el cadalso. Me dispongo a desembarcar, creo que lo primero que voy a hacer es buscar la taberna de la que me hablaron para recibir mis órdenes.

-¡Doctor! ¡Doctor! -un presto marinero me grita desde la cubierta-. ¡Olvida su equipaje! –le miro extrañado, yo no llevo nada más que lo puesto-. ¡No se preocupe, uno de nuestros hombres se lo baja y le acompaña hasta la posada! –me grita mientras yo pienso que me están desbaratando los planes.

No podía ser de otra manera. Urki porta, con algo de dificultad, un arcón que es casi más grande que él. Lo carga como una mula,

en su lomo. Me mira y me sonríe, con la complicidad de saber que nadie puede verle desde el bergantín. Yo tomo pose aristócrata. Con un ademán de desprecio le doy la espalda y con mi mano izquierda le hago señas para que me siga.

En la primera traviesa que veo, giro para perder de vista a la fragata. Extiendo los brazos y doy un abrazo a Urki. Se revuelve al principio, parece no entender mi alegría, pero después de unos instantes me da unas palmadas en la espalda como seña de que me entiende. Con una seña me indica que le siga. Entramos en un callejón sinuoso ajeno al ajetreo de la ciudad. Abre el arcón. Está repleto de armas, casi hay para un regimiento entero. Entiendo que vamos a armar a nuestros hermanos con pistolas y sables que no tengan una capa de salitre.

Capítulo XCII

Entre los dos hemos cargado el baúl hasta la misma entrada de la taberna. El cartel de la puerta es algo confuso, pese a llamarse *Los tres pies del gato* están las marcas de las cuatro pezuñas del felino.

Urki, que ya ha demostrado en sobradas ocasiones que se desenvuelve mejor que yo en estos lares, entra solo. Yo me encargo de cuidar el cofre en la calle hasta que él vuelva, así que me siento encima y pongo cara de pocos amigos, de vez en cuando mezclo lo que sería un carraspeo con un gruñido y miro a mi alrededor por si alguien me quiere desafiar. Espero que nadie lo haga, me digo a mi mismo cada vez que lo hago. Los he estudiado tanto durante este viaje que conozco bien sus formas y sus gestos. Por fin sale Urki.

Entre los dos entramos el arcón. El tabernero abre una falsa puerta y con una mueca nos invita a que lo dejemos allí escondido. Tomamos aliento. Pese a que la cantina está atestada de marinos nadie nos ha hecho el más mínimo caso. Rebusco en mi casaca hasta encontrar el pendiente, se lo muestro al tabernero como si de una joya de incalculable valor se tratara. Él me mira y me sonríe.

-¡Ya están aquí! –grita mirando al respetable ante mi cara de estupor-. ¿Quién aposto que no vendrían?, que pague –yo estoy paralizado. Todas las mesas menos la del fondo se levantan y dejan caer en un corroído sombrero sus monedas. Algunos me miran con desprecio, otros, simplemente sonríen–. Tiburón, no te hagas el loco, tú también apostaste a que no vendría.

-Mientes, posadero –la mesa del final retumba–. Yo dije que no llegaría, que no es lo mismo. A estas horas yo lo veía junto a Taylor bailando con el viento, con los pies sin tocar suelo –a mí se me escapa una tímida sonrisa–. Venid aquí, bestias de agua dulce, antes de que alguno de estos perros que han perdido su apuesta quiera cobrárosla a vosotros–. no perdemos ni un segundo, al igual que el tabernero, que nos pone dos vinos especiados.

-Siento no haber cumplido sus expectativas –me justifico sin saber muy bien por qué.

-No digas estupideces –él también quiere justificarse–. Los piratas apostamos por todo, es lo que tiene estar en tierra, con dinero y sin muchas cosas que hacer, que el aburrimiento es mal consejero, así que como tardabais más de lo que es habitual, los marineros empezaron a contar cuentos y a especular que sería de vuestro futuro. Que no os enfade. Si estos malandrines hubieran

visto que yo tardaba en llegar, también hubieran apostado que mi cuello estaba colgado de algún mástil.

-Ha sido un viaje pesado, dicen conocer una ruta por la que no navegan los piratas, y seguro que es así, tampoco corre el viento para que navegue alguien en su sano juicio –les cuento como si llevara toda la vida embarcado–. Tiburón y Urki asienten con la cabeza, Callado simplemente me ignora–. Los nuestros han llegado sanos, los han llevado a prisión, supongo que mañana me dirán cuando se celebra el juicio…

-No tendremos mucho tiempo –me interrumpe Tiburón–. La justicia es rápida si se trata de ajusticiar piratas – se lamenta–. Tenemos un plan y os lo repetiré las veces que haga falta para que no cometamos ningún error. Vamos a ver, ¿sabes que es un *round robin*?…

Capítulo XCIII

Una vez cambiadas las armas del arcón por algunas ropas ajadas, Urki y yo nos vamos a la que será nuestra posada. Con el dinero que me han dado, los dos podemos vivir holgadamente, tampoco gasté mucho en Batavia, así que tengo lo suficiente para poder pagar otra habitación para el que iba a contar es mi criado, mi asistente, o lo que menos sospechas levante.

Esta ciudad está atestada de gente, así que es fácil perderse, es fácil encontrar lo que uno anda buscando, incluso puede que hasta encontrar algún problema que no buscaba. A nadie le ha extrañado cuando he contado que nos hemos perdido tras bajar del barco. Algunos soldados incluso se han mofado de mí a escondidas. Las malas caras llegan cuando digo que quiero otra habitación para Urki. No me hace falta decir nada, el mismo posadero me indica que los indios, malayos, y cualquier raza que no sea la pálida inglesa u holandesa debe dormir con los animales, junto a las porqueras. Con cierto donaire le explico amablemente mi profesión, la ilustro con mis manos de cirujano, admito que llevo demasiado tiempo en el mar y que ya no son tan suaves y cuidadas como antes, pero que después de ponerme algunos ungüentos recobraran la destreza con la que he operado a infinidad de nobles en las tierras que he pisado. Urki, les explico, es más que un asistente, es un ayudante, al que cada día procuro dar una lección, que por cómo les explico a estos infelices, debe ser casi magistral. No puedo negar que aún conservo algún encanto, así que de muy mala gana pondrán otra cama en mi dormitorio para que nadie pueda quejarse.

Urki de vez en cuando me sonríe. Parece que el camastro que se ha encontrado en una esquina es más de lo que tenía pensado para dormir esta noche. Me gusta pensar que su sonrisa es de agradecimiento, yo se la devuelvo con cierta aquiescencia. Desde que compartimos empresa no hemos intercambiado más que miradas, en ocasiones de asombro, otras de alegría y leves asentimientos dándonos nuestro beneplácito el uno al otro. No voy a negar que sea una persona inquietante. En el barco de camino a Cochín he escuchado a algunos hombres hablar de él. Sé que lo hacían, su color de piel, su pelo negro azabache, largo y liso le hacen único en cualquier tripulación. Bueno pues he escuchado que es mago. La verdad es que aparece y desaparece con una facilidad que asombra al más incrédulo, pero los hombres hablaban que

practica la magia que hacen en los pueblos perdidos de la selva. En ese momento quise pensar en que lo que esos pobres marineros llamaban magia, quise pensar que chismorreaban denominando magia al trabajo que realizan los curanderos, que ellos, animales de agua dulce, en las ciudades y en los barcos de la Compañía de las Indias Orientales llaman médicos y cirujanos. ¿Para qué querría Taylor otro médico a bordo? Me asaltan las dudas ahora en el dormitorio. A Urki parece no importarle mucho. Se ha acostado finalmente en el suelo. Mañana tenemos un día duro, así que ni me molesto en intentar que se acueste como una persona civilizada.

Capítulo XCIV

Al escuchar arrastrar el arcón, me despierto sobresaltado. Está amaneciendo. A la misma velocidad a la que el sol alumbra las calles, el bullicio y la agitación de la gente, su ensordecedor eco, inunda nuestra habitación. Urki se ha vestido con alguno de los andrajos que nos dieron los piratas. Su aspecto delata que no está acostumbrado a llevar mucha ropa encima. Con un gesto le indico que se cambie de casaca. Lleva unas medias rojas y un gabán amarillo.

-¡La negra! –hago énfasis en todas las letras por si lo entendiese así mejor-. ¡La negra te sentaría mejor!

-Entiendo tu idioma. Puedes hablarme como hablas con los demás - la melodiosa voz de Urki me hace sentarme en la cama, estupefacto, sin entender muy bien que acaba de pasar.

-¿Hablas mi idioma? ¿Desde cuándo? –no doy crédito a lo que estoy viendo–. No te había escuchado hablar desde que te uniste a nosotros, y tú y yo llevamos tiempo juntos, como correligionarios, casi como hermanos –no salgo de mi asombro.

-Estaba todo correcto. Cuando me señalabas algo lo entendía, en cuanto la cagaste hablando con aquella comadreja traidora no te iba a decir nada, así que mejor te advertí por señas de tú equivocación. Y ayer, simplemente pensé que eras una persona callada. Las personas listas piensan antes de decir alguna estupidez, así que ¿para qué interrumpir tus pensamientos?

-No sé, quizás para advertirme, o simplemente para charlar sobre el tesoro, o no sé –titubeo, miro a todos lados, pensando en encontrar una respuesta que me satisfaga.

-Cirujano, vístete, tenemos trabajo que hacer antes de que se celebre el juicio.

Tiene razón. Es mejor así, me digo mientras me calzo las botas, al menos ahora tengo a un compañero con el que puedo hablar, antes sólo le sonreía.

-Me han dicho que eres curandero - intento volver a romper el hielo.

-No, yo no curo a la gente. Yo practico la magia, es algo muy distinto. Yo no me atrevería a curar, eso lo hacen los sabios, como tú –me señala con admiración–. En mi pueblo, Ceram, solo los mayores curan. Tú eres joven para curar, lo que significa que debes ser muy sabio para tu edad –su lógica es aplastante, me vanaglorio antes de volver a poner los pies en la tierra.

-Amigo Urki, de donde yo vengo, a muchos jóvenes como yo nos enseñan a curar los sabios, con lo cual la sabiduría pasa de unos a otros, pero nuestros sabios enseñan a mucha gente, los vuestros, de uno en uno –es una visión algo colonialista, pero creo que dista poco de la realidad que he vivido desde que salí de España. Urki asiente, como siempre.

Llaman a la puerta. Nos miramos con asombro.

-¿Quién es? –digo con un tono de voz algo grave, intentando intimidar al osado que hay detrás del portón.

-El soldado Igrid, señor, disculpe que le moleste a estas horas. Traigo una carta de la prefectura –mientras se explica abro con cierta desgana–. Señor, la Compañía de las Indias orientales y el sultán de Cochín le informan que el juicio a los piratas que arrestó el comodoro Macrae tendrá lugar mañana al atardecer, en el palacio del sultán, en la sala de juicios que tiene a bien en dejarnos, permitiendo que nuestras leyes se lleven a efecto.

-¿Al atardecer?, ¿no sería mejor por la mañana? –pregunto algo extrañado.

-Señor, se juzga al atardecer solo a los piratas, para que así, al alba puedan ser ahorcados -calla un instante-. Señor, le indico que se le espera para que actúe como testigo de cargo, en su condición de cirujano y de ciudadano ejemplar –se da media vuelta y se marcha por donde ha venido.

Cierro la puerta de portazo y también los ojos durante un momento. Miro fijamente a Urki y le digo: ¡manos a la obra!

Capítulo XCV

Una de las tareas que se nos ha encomendado es la de recoger las firmas de un *round robin*. No voy a negar que es una práctica que desconocía hasta la fecha. Por lo que me han dicho, es un invento de los franceses, ellos lo llaman *ruban rond,* ¿qué artimaña no habrán inventado? Consiste en una especie de petición firmada en rueda, quien dice una petición, dice una protesta. La singularidad, la peculiaridad de este escrito reside en el anonimato del precursor o cabecilla. Y tiene sentido, si todos los firmantes, rubricamos en un círculo es imposible saber quién ha sido el primero en suscribir el escrito. ¿Qué compañía puede acusar a un firmante que está a la misma altura que los demás? ¿Quién se atrevería a señalar con el dedo si todos forman parte de una rueda indivisible?

Esta es nuestra primera treta. Así que Urki y yo nos dirigimos a una mesa, la más apartada de la puerta de Los tres pies del gato. Solo la luz de las velas, que titubean cada vez que se abre el portón, nos delata. La fila para firmar también indica que algo estamos tejiendo, pero esta ciudad no se asombra por nada, así que no nos preocupamos.

La mayoría de hombres que espera en la cola no sabe escribir, así que soy yo el que con sumo cuidado y con una excelente letra, no la que acostumbro a usar y que yo solo entiendo, escribo sus nombres cerrando un círculo tras otro.

He procurado que los apodos queden fuera de lo que queremos sea una petición oficial, así que la petición parece sacada y firmada por hombres honorables, que como tal, exigen que se cumplan las normas que nacieron de las más viejas tradiciones.

Según dicen el sultán es un hombre piadoso, al que de vez en cuando le gusta hacer rabiar a ingleses y holandeses por el simple hecho de hacer valer su testimonial poder. El sultán ha quedado en una mera figura que la Compañía de las Indias sólo muestra cuando quiere demostrar que el pueblo, la compañía y todos sus adláteres tienen una razón tan poderosa que hasta el Soberano lo evidencia.

Una pose en un sistema en donde los nativos cada vez pasan más penurias y los que comercian, ya no tienen respeto ni por los hombres a los que exprimen sin rubor alguno.

Ha pasado la mañana y no me he dado casi cuenta. Todos los que vienen a firmar traen su historia bajo el brazo, unos han navegado a las órdenes de Taylor, otros simplemente reconocen que están interesados en encontrar el tesoro, y sólo el capitán será capaz

de ello. Algunos le deben varios favores, otros esperan que con su firma estampada sea Taylor el que se los deba a ellos. Poco a poco nos vamos quedando solos. Hasta el posadero ha firmado de buen gusto.

Tiburón repasa concienzudamente los escritos en círculo. Repasa los papeles uno a uno. Por como los mira intuyo que no sabe leer.

-Solo falta un nombre para cerrar el último círculo –me dice con una sonrisa-. ¿Has firmado?

-Creo que yo no debería hacerlo -quiero ser algo didáctico–. Si voy a declarar en el juicio no debería aparecer en la petición que haremos después.

-Cirujano - le da una calada a su pipa–, después de lo que va a pasar en este juicio, te aseguro que poco va a importar lo que hayas dicho o hecho, apuesto contigo lo que quieras a que el Comodoro querrá tus huesos junto a los míos ondeando como una bandera del palo más alto que encuentre.

En el fondo tiene razón, Urki me mira y también asiente con la cabeza. ¡Qué demonios! Me digo mientras cierro el círculo con mi nombre completo.

Capítulo XCVI

Bien acicalados salimos camino del que, por la expectación que hay en nuestra posada, va a ser el juicio más importante de los últimos años. Los soldados se han puesto su mejor casaca, su más aparente sombrero, han estado limpiando sus armas para que luzcan brillantes y lustrosas. A la salida un par de ellos me dan varias palmadas en el hombro. Todos me miran y sonríen. Creen que han ganado la partida a otro malhechor, a otro pirata que han sacado del mar para que no pueda seguir cometiendo fechorías.

Soy un testigo de cargo, aunque me dicen que poco importa cuando se juzga a un pirata. Más que un juicio vamos a asistir a un acto público donde se le recuerda a los filibusteros que escogieron el camino equivocado, que los bucaneros nunca ganan, que los hombres de bien no se dejan avasallar por vulgares marinos.

Sé que estamos llegando a nuestro destino por la cantidad de público que merodea y porque ya está montada la horca donde serán ajusticiados. Sonrío hacia mis adentros. Testigo de cargo me han llamado, aún no he hablado y el verdugo ya sabe el veredicto. Valiente justicia esta, me repito, que ya sabe el resultado antes que el propio juez dicte sentencia.

Dos hombres, vestidos con el uniforme de gala, nos reconocen y me hacen pasar a una especie de reservado para las autoridades. A Urki no le dejan entrar. La plaza que viste al palacio del sultán se atesta de gente mientras el cielo se *anaranjea* por la caída del sol. Dos esclavos terminan de montar el boato en el balcón principal. Un trono que brilla hasta con la luz, cansada por las horas, de este sol que tiene otro color, unos platos con fruta variada, mujeres vestidas con sus mejores sedas detrás del butacón y dos soldados, que por sus enjutos cuerpos, en caso de conflicto no podrían ni defenderse ellos mismos.

-Todo indica que va a empezar el juicio –me indica uno de mis acompañantes en este granero convertido en sala de testigos.

Las puertas del palacio se abren dejando entrever el lujo que se gastan en la corte del sultán. Los mismos esclavos sitúan un atril de madera noble y una escalera para subir al cadalso.

El Comodoro Macrae sale de palacio con los andares de un inglés remilgado, ese que he visto a tantos piratas imitar en nuestro trayecto hasta aquí, en las horas muertas donde a los marineros hasta les hastiaba jugar a los dados. La verdad es que viste sus mejores galas. Se sube al atril y hace una seña a varios de sus

hombres. Uno de ellos se nos acerca con prontitud.

-Disculpen -su acento le delata, otro inglés de buena cuna que está haciendo méritos para ser de la confianza del comodoro–. El juicio va a comenzar. Si son tan amables, pónganse detrás del atril, detrás del comodoro Macrae, como si se trataran de un coro –nos explica con una señas bastante claras.

Así lo hacemos, casi como a los que van a juzgar salimos en fila, uno tras otro, cabizbajos ante la mirada del respetable y ocupamos nuestro sitio en este juicio que más parece un teatrillo de corrala.

No muy lejos escuchamos cada vez más nítidamente como el paso marcial de unos soldados parece que traen a los acusados. Conforme se acercan el ruido de las botas que chocan con fuerza contra el suelo se mezcla con el que hacen los que arrastran las cadenas. Les abren paso entre la multitud, que les mira con desprecio y les insulta. Un batallón de diez hombres rodea a Taylor y a los demás. Tienen caras de cansados, de malnutridos. Se arrastran hasta su puesto junto al cadalso mientras los soldados les rodean.

Capítulo XCVII

-Con la venia del señor sultán de Cochín y de las provincias que gobierna –comienza su alocución el comodoro Macrae acentuado cada palabra que dice–. Estamos hoy en sus dominios para juzgar por piratería a uno de los malhechores más importantes de este confín del mundo. John Taylor ha sido capaz de atrocidades y tropelías que ningún hombre de bien pudiera imaginar. Él y sus hombres, a los que juzgamos hoy por los peores delitos que se pueden cometer, han sido capaces de robar, matar sin compasión e infringir todas y cada una de las leyes que nos hemos dado los hombres para nuestra convivencia. Los hombres que están detrás de mi pueden enumerar uno por uno, hasta con los detalles más escabrosos, la crueldad de estos hombres viles que sólo saben hacer daño al prójimo. Pero no voy a pretender que todo un sultán pierda el tiempo con detalles que les haría recordar a estos delincuentes la vida que escogieron fuera de toda ley. Se dice que los piratas son los peores enemigos de la raza humana, estos hombres que hoy juzgamos se han convertido en piratas, en un desecho para nuestra sociedad, en donde no encajan, ni quieren encajar. No hay lugar para esta minoría delictiva que se ha convertido en un irritante parásito para los intercambios comerciales ultramarinos en torno a los que gira el nuevo orden que nos hemos establecido. Tenemos que erradicar esta plaga, y somos las autoridades las que debemos comenzar a llenar con los cadáveres de estos miserables las entradas de nuestros principales puertos. Por ese motivo, y con vuestro permiso si así me lo hacéis saber, pasaré simplemente a pedirle la pena que deberían cumplir estos despojos que una vez fueron hombres -dice esperando una señal de consentimiento que el sultán no tarda en devolverle, no antes mirando al pueblo con cierta condescendencia–. Visto que es así vuestro deseo, pasaré a leeros la que propongo sea una condena ejemplar. Para el jefe de los piratas, John Taylor, pido que sea ahorcado, arrastrado, descuartizado y que su cabeza sea colocada a orillas del mar para público escarmiento. Para Peter Black, alias Tawy y para Richard Cotton, alias Navajas pido que sean ahorcados, descuartizados y sus cabezas expuestas igualmente. Su juventud, me ha despertado la clemencia de no pedir que sean arrastrados, ya que si otros jóvenes al verlos expuestos podrán aprender la lección. Y, por último, a John Grant, alias Dientes de Sable solo pido la horca, ya que sus delitos han sido muchos, pero pocos quedan ya que recuerden sus fechorías ya que

es una persona mayor.

Al escuchar la petición de pena un murmullo ensordecedor inunda la plaza. El sultán observa a la marabunta de gente amontonada, con cierto desdén mira a los acusados, no parece que le importe mucho todo lo que ha contado el Comodoro Macrae. Le murmura algo a uno de sus siervos al oído. Su apatía desconcierta a la muchedumbre, que de vez en cuando grita maldiciendo a los piratas. Levanta su mano con pereza. La gente calla un instante.

-Que así sea. Que se lleve a cabo la sentencia –el sultán mira al Comodoro dándole su beneplácito–. ¿Alguien tiene algo que añadir? –mira a su pueblo esperando que la decisión haya sido la correcta y así se lo demuestren sus súbditos.

Ahora es el silencio el que reina en la plaza del palacio.

-Yo tengo algo que decir majestad -Tiburón sale de entre la gente vestido con sus mejores galas, cargado con los papeles que hemos preparado.

Capítulo XCVIII

Tiburón se acerca a la misma altura del Comodoro, al que simplemente ignora, mientras intenta hacer una de sus mejores reverencias. Se nota que no suele hacerlas, pienso mientras le miro estupefacto. Con celeridad se acerca a uno de los sirvientes del sultán y le entrega los papeles. El muchacho entra en palacio corriendo, como si la vida le fuera en ello.

-Primero me presentaré. Mi nombre es Jonathan Blake, conocido comerciante de Cochín, reputado hombre de mar, que he hecho entrega de muchos parabienes a este sultán, que bien sabe de mis comercios–. por lo que me contó mientras la gente firmaba la petición signada en rueda, Tiburón conocía bien al sultán, ya que siempre que desembarcaba en Cochín, le agasajaba con telas que había robado de algún barco que las trasportaba. Al parecer al marajá le gustaba mucho vestirse con los más preciosos cachemires de este confín del mundo–. no tengo el placer de conocer a estos acusados, sin embargo entiendo que son hombres de mar, lo que me ha despertado algo de ternura hacia sus vidas. El sultán no debe olvidar que el pirata, muchas veces ha terminado así por diversas circunstancias de la vida, en ocasiones ajenas a uno mismo. Muchos de ellos se convierten en piratas tras años de servir en buques mercantes y militares, en los que sufren en cuartuchos hacinados, soportan la escasez de víveres, sobrellevan una disciplina brutal, una paga escasa, tienen que sufrir devastadoras enfermedades, accidentes y, en muchas ocasiones, una muerte prematura. Al fin y al cabo unos desposeídos que solo han buscado una alternativa a una vida que sabe a salitre, penurias y violencia. Pero no seré yo el que quiera que no paguen por sus delitos, lo único que le voy a pedir a su graciosa majestad es un atisbo de generosidad, una señal de magnificencia. Ya que no han podido defenderse de todo lo dicho en su contra, os propongo, y os traigo firmas que apoyan esta muestra de humanidad para que se les aplique lo que en Londres llaman el *last dying speeches*, o el discurso de la muerte.

-Con la venia del sultán, este hombre que os habla más que oler a comerciante huele a pirata –Macrae está muy molesto, habla haciendo aspavientos-. Si el sultán lo cree conveniente, le pediría permiso para detener también a este hombre, que con una burda treta quiere llevaros a una trampa bien parecida a un abordaje digno del más ruin filibustero –Macrae parece desencajado. No esperaba esta vuelta de tuerca.

-Callad un instante –dice el marajá algo indignado–. Comodoro Macrae, veis piratas en todos lados. El señor Blake siempre se ha portado muy bien conmigo. Hablad, me gustan vuestros argumentos –le indica a Tiburón, que sonríe maliciosamente-. ¿Qué es eso del discurso de la muerte?

-Es una práctica muy común en Inglaterra. Los prisioneros pueden hacer paradas en las tabernas donde beben con sus familiares y amigos, e incluso con el verdugo. Antes de morir algunos pronuncian sus últimas palabras, que son conocidas como "discursos de la muerte". He recabado unas firmas, de vecinos y comerciantes que creen que estos pobres diablos, al menos, se merecen una última noche. Es sólo retrasar unas horas el cadalso. El comodoro Macrae puede estar tranquilo, al amanecer sus temidos piratas, o mejor dicho sus cuellos, bailaran al ritmo de las primeras brisas matutinas.

El sultán observa con detenimiento las firmas en rueda. Macrae, que está encolerizado entra corriendo al palacio, parece que él también quiere ver las firmas. Como un relámpago el Comodoro aparece en la balconada. Le arranca violentamente los papeles al marajá. Por sus gestos discuten de forma acalorada, pero poco se escucha, ya que el gentío parece estar de acuerdo con la proposición del señor Blake. Es normal, la mayoría de los que arman jaleo son de los nuestros. El sultán se levanta de su sillón, parece malhumorado, Macrae tiene peor cara.

-Que así sea. Los reos serán ajusticiados al amanecer. –Tiburón le hace una rápida reverencia antes de mirarme y guiñarme un ojo de forma cómplice. Taylor y Tawy sonríen, Navajas mira a su alrededor algo desconcertado. Sable les dice algo a los soldados que tiene a su lado.

Este ha sido sólo el primer paso.

Capítulo XCIX

Al gentío parece haberle gustado la decisión, no muy salomónica, de tener a unos reos de taberna en taberna. Esto no deja de ser un espectáculo más en una ciudad floreciente y bulliciosa.

Macrae sabe como nosotros que la ciudad está plagada de hoscas tabernas y que la excusa del último discurso no era más que eso, una excusa para hacer un recorrido por algunos de los más hostiles y miserables antros de la ciudad, una oportunidad para dar esquinazo a las autoridades y reírse del Comodoro. Todos no dejan de repetir que Macrae no es un pardillo, que no dejará que esta farsa se les vaya de las manos. No va a renunciar fácilmente a una de sus más antológicas capturas, a poder cerrar su círculo de venganza, ese que comenzó el día que cayó prisionero de unos sanguinarios piratas que cometieron el error de dejarle con vida. La voz en grito puso nada más llegar a Goa tras su fuga, no descansó hasta que el gobernador que le hizo el desaire de no salir a la busca de sus captores volviese a Inglaterra con deshonor. Demasiado empeño había puesto en poner en tierra a todos y cada uno de aquellos bucaneros como para ahora déjalos escapar.

Nosotros por nuestra parte tenemos nuestros planes. Ya hemos trazado una ruta de las distintas posadas donde los “finados”, como le gusta llamarles a Tiburón pasaran sus “últimas horas”. Y entrecomillo estas palabras porque cada vez que las pronuncia las hace con un tono especial, a veces con cierta pomposidad, otras con un fino halo de cinismo. La verdad es que el sultán debe estar muy agradecido, pues el recorrido pasa por algunos locales a los que ni un ejército en su sano juicio entraría a preguntar. Algunos de ellos, son agujeros sin ventanas, donde la humedad ya es parte de las paredes y de la enjuta salud de aquellos que suelen pasar días enteros allí encerrados. En algún otro, el ambiente emborracha sin necesidad de probar el ron o el grog, ya que el humo de los opiáceos es tan denso como la bruma del amanecer en ciertos puertos. Sí que es verdad que todos ellos tienen un denominador común, las mujeres que allí anidan y los hombres que visten de mujeres buscando algún incauto, culebrean y se mueven como pez en el agua.

En nuestra última reunión convenimos en que no debemos sorprenderles en los primeras posadas, ya que conforme pasara el tiempo, más cansados estarían los guardias y más borrachos.

Tampoco deberíamos hacerlo en la posada donde estamos hospedados habitualmente, está ciudad no tiene secretos, ni para los piratas, ni para los ingleses y holandeses, simplemente se toleran cuando no hay motivos para la fricción.

-Tenemos otro problema -le he comentado a Tiburón–. Al igual que cansamos a los soldados que custodian a nuestros hermanos, nuestros hombres también se irán emborrachando.

-Maldito seas –me dice mientras se rasca su barba con gesto de preocupación–. Y nadie creerá que unos piratas que despiden a un compañero no beben en su honor. Maldito seas otra vez, ¿qué propones? – me mira algo incrédulo.

-Yo había pensado en dormir a toda la posada con algo de láudano. Mezclado en una pequeña dosis hará que el más pintado duerma profundamente. Nos ahorramos bajas y no dispararíamos ni un solo tiro.

-Esa vena de médico que tienes nos va a salvar de más de un aprieto. ¿Tienes láudano suficiente? -me pregunta convencido de que el plan es casi perfecto.

-No, pero es fácil hacerlo, cuando estudiaba la farmacología se me daba bien. –es cierto, siempre he tenido mano para la alquimia, quizás más que para la cirugía–. Necesito los posos del vino blanco, azafrán, clavo, canela y, por supuesto, opio. Cuanto más especias, mejor pasará mezclado con la cerveza, el ron y el grog.

-Urki, consíguele las especias. Lo que no sé es de dónde diablos vamos a sacar los posos del vino blanco –me confiesa Tiburón con cierta pesadumbre.

-Es más fácil de lo que te crees –le intento calmar su aflicción–. Necesitamos ir a alguna posada que tenga barriles de vino, los posos no dejan de ser una especie de sal que se produce en la fermentación del vino.

-Entonces, manos a la obra.

Capítulo C

Ya ha anochecido y todo está preparado. Está siendo una tarde muy entretenida, buscando los elementos, mezclándolos en la roñosa cocina de una inmunda taberna. La verdad, he perdido cierta pericia desde que me he embrutecido convirtiéndome en pirata, el trasiego y mi falta de costumbre me hacen dudar si la mezcla es una potente adormidera o un veneno que diezmara a soldados y marinos. En otros tiempos hubiera sido más meticuloso, rozando el detalle concienzudamente. Poco me importa ahora si los soldados beben láudano o una pócima mortal. Lo único que importa es salvar al capitán.

La taberna está llena de curiosos, de compinches, de espectadores que esperan ver algo inaudito, diría que extravagante. Somos la tercera posada que visitarán, así que lo tenemos todo preparado para darles la sorpresa a los ingleses, salir rápido hacia el puerto y zarpar. Tiburón ha estado dando órdenes todo el día para que la tripulación estuviera lista, para que no falten víveres, para que cada hombre estuviera en su puesto. El barco recientemente lo han calafateado, por lo que navegará mucho más deprisa que los armatostes ingleses, que a veces descuidan esos secretos que solo saben los marineros más experimentados. “Callado” se ha encargado de robar unas velas nuevas y dejar el aparejo bien embreado. Cada uno tiene su posición, algunas armas estas bien sujetas bajo las mesas para que parezca que nadie va armado y yo desde el humilde fogón señalaré a los pobres que beberán mi elixir para dormir profundamente.

Entran dos hombres con Urki, van con cierta premura. Algo pasa, intuyo por sus gestos de preocupación. Le chistan al oído de Tiburón algo que también hace que le cambie el semblante. No hace falta ser un genio para saber que no vienen buenas noticias. Discretamente otea la taberna, buscando alguna cara desconocida que le parezca sospechosa. Se acerca a un par de hombres que hablan distendidamente, por su diferencia de edad, parecen padre e hijo, casi con toda seguridad son espectadores que esperan ver los prometidos discursos de los condenados. Con muy buenos gestos, Tiburón vuelve a sacar su vena más diplomática y por lo que observo les invita a salir. Se dan la mano y se despiden cordialmente, por sus gestos parece que el pirata les ha hecho un favor. Les acompaña gentilmente a la puerta, se vuelve a despedir de ellos de una forma muy elegante y conforme salen cierra la

puerta de portazo, cambia el gesto y grita.

-¡Cambio de planes!

No entiendo nada. Salgo apresuradamente, buscando una explicación, algo que me haga entender.

-¿Qué pasa? Ya está todo montado –digo esperando una explicación convincente.

-Doctor -me sermonea–, nuestro amigo Macrae ha puesto precio a nuestras cabezas, es posible que esta misma noche nos vengan a detener.

-No te preocupes –le agarro por el hombro en señal de compadreo–. Urki y yo podemos dirigir a tus hombres, el plan está muy medido.

-No me has entendido –sonríe abiertamente–. Macrae ha puesto precio a tu cabeza y a la mía –ahora es él el que me coge del brazo, mi cara debe ser un poema–. Estos hombres han escuchado a los soldados del comodoro decir que nos esperan ver en esta taberna y darnos caza. Él nos espera aquí y nosotros le esperaremos en otro sitio –me mira esperando una respuesta.

Yo no soy capaz de articular una sola palabra.

Capítulo CI

Todos nos hemos puesto manos a la obra. Es lo bueno de ser previsores. Con mucho sigilo hemos llegado a la que será la primera parada de los condenados. La taberna se llama “La soga del Ahorcado”, en el mundo de los piratas no se es demasiado sutil. Hemos ido llegando en tandas, para no levantar demasiadas sospechas. Me han puesto un sombrero tan grande que me tapa casi toda la cara, por lo que parece nadie repara en mi presencia. Por lo que me ha contado Urki, el Comodoro está muy molesto conmigo, su instinto le decía que no se fiara de mí, y no iba mal encaminado. Parece que un dibujante, bueno un soldado al que se le dan bien los retratos, nos ha dibujado para nuestro cartel de “se busca”. Los hombres han apostado por cuál será la recompensa más alta. Yo no estoy entre los favoritos. De camino a la nueva taberna he pensado en mi padre. Espero que las noticias de este confín del mundo no le lleguen. Si se enterase de esto moriría en el acto.

La idea de dormir a los soldados ha quedado relegada por la que mejor conocen los piratas, el acero y la sangre. Hasta me han dado una pistola. Lo que iba a ser una noche sin un solo disparo, se va a convertir en un blandir de alfanjes y hachas, mezclado con el estruendo de las balas.

Urki, Tiburón, Callado y yo nos escondemos de nuevo en el fogón. Las mujeres que cocinan no se sorprenden de nuestro escondrijo. Tenemos una vista privilegiada. He contado veinte mesas, y en las cinco estratégicas para lanzar un ataque están sentados nuestros hermanos. Vuelvo a ver al padre y al hijo. Les señalo y le pregunto a Tiburón.

-¿Qué diablos les dijiste? –despierto al curiosidad de Urki y de Callado.

-Fue sencillo. Vienen a ver los discursos, así que les dije que finalmente no pasarían por aquella posada, que si venían a esta seguro que disfrutaban más del espectáculo.

-¿Y si en la refriega salen mal parados? –la vida es un bien y mi juramento hipocrático me hace velar por la vida de los inocentes, y en ocasiones de los que no los son.

-Son solo dos. Ocupan una mesa por lo que los soldados tendrán que desperdigarse más. Es un punto a nuestro favor. Tenía que improvisar un plan –se justifica.

La taberna se llena de gente de todo pelaje. Incluso soldados que visten de paisano para disimilar, el problema que tienen es que no

saben hacerlo. Parece que la “función” está a punto de empezar. Solo Tiburón sabe cuándo es el momento idóneo para atacar. Así que solo nos queda esperar.

Capítulo CII

El murmullo en la entrada predice que los reos han llegado ya. Se escuchan insultos y aplausos, una mezcla entre el circo romano y lo grotesco. El barullo va entrando entre gritos y despierta la expectación de curiosos y marinos que son ajenos a lo que va a pasar allí.

El tabernero nos hace una señal. Tras la angosta barra prepara las botellas de ron, cambia los vasos. Para los clientes serán los de siempre de cuero, para los condenados, los más cuidados que tiene de peltre. Ya no hay duda, son ellos.

El gentío abre instintivamente un pasillo para que pasen soldados y reos, el verdugo que les acompaña hace las veces de cura y ejecutor. Les han preparado a modo de atril unas maderas, para que estén algo por encima del resto. Las caras de los cuatro trasmiten cansancio y derrota, solo Taylor parece no haber perdido las fuerzas. Todos llevan magulladuras en la cara, no dudo de que les hayan dado una buena tunda en la prisión antes de que puedan realizar el "último discurso".

Les sirven las botellas de ron, primero beben los piratas, luego los soldados, no se fían de lo que les puedan poner en la bebida. Tiburón me mira y asiente como diciéndome que son listos estos ingleses.

-Un momento de silencio por favor –es el verdugo el que primero habla. Se sube al improvisado atril. Abre el libro que porta, por una de las tantas señales que sobresalen de entre sus páginas–. Dice Cicerón "*Nam pirata non est ex perduellium numero definitus, sed communis hostis omnium; hoc nec fides debet nec ius iurandum esse commune*"…

-¿Qué diablos dice? –Tiburón me mira algo atónito.

-No lo he escuchado muy bien -es verdad. Desde nuestra posición no teníamos el mejor sonido y tampoco voy a reconocer que mi latín no es demasiado bueno–. parece que ha dicho que "Un pirata no está incluido en la lista de enemigos legítimos, pero es el enemigo común de todos, por esa razón ningún hombre debe mezclarse con ellos". Pero déjame escuchar que dice el verdugo –le insisto.

-… el hecho de que los actos más viles se produzcan en el mar aun los deprava más. El océano es un elemento de la naturaleza que no es el lugar natural de los hombres, no así como para peces y

aves. La inmensidad del mar y sus peligros ya son lo suficientemente delicados como para añadir a los piratas. Los seres humanos en el mar deberían y deben ayudar a los demás cuando estén en peligro en el mar, pues salvar una vida debe estar por encima de todo, encima mismo de las propiedades. ¿Qué somos si no podemos confiar en los demás hombres para la ayuda y el socorro? – hace una pausa para contestarse él mismo–. Animales. Aunque les veáis con apariencia de hombres no lo son, son animales. Y los hombres, los que sí creemos en las leyes que nos hemos dado, juzgamos a estos piratas, y por eso les damos el derecho para que puedan redimirse y aunque sus males ya no tiene remedio, mueran con la conciencia tranquila.

Capítulo CIII

La expectación es máxima. Todo el mundo permanece en silencio. Las palabras del verdugo no han despertado ningún aplauso, quizás, porque la mayoría del aforo es de marinos y piratas. Parece que va a dar paso a nuestros hermanos de la costa.

-El primero en hablar será John Grant, alias Dientes de Sable, condenado a la horca –le presenta casi como si ya estuviera muerto. A Sable le cuesta un poco subir al escenario, parece algo desmejorado y cansado. Sube con su vaso de peltre lleno de ron.

-Yo no temo a la muerte –dice al respetable algo desafiante–. No le tengo miedo a la horca. De hecho le he dado tantas veces esquinazo a la parca, que hasta tengo ganas de encontrarme con ella. De lo único que me arrepiento es de no haber abordado más barcos, de haberme acostado con más mujeres, y de no haber ganado más a los dados. Brindo por mí y por mis compañeros, por los que harán conmigo el camino al cadalso y los que continuaran con la piratería. – levanta su vaso, da un trago largo-. ¡Por vosotros, hermanos! –La gente empieza a aplaudir, alguno hasta se ha emocionado. A los soldados no les ha sentado bien, así que empujan a la gente que aplaude y les chistan para que dejen de hacerlo.

-Con todos ustedes el señor Peter Black, alias Tawy, condenado a ser ahorcado, descuartizado y a que su cabeza quede expuesta para su escarnio y para atemorizar a aquellos que estén pensando en dedicarse a la piratería.

-Tawy sube sonriendo y desde arriba saluda al personal con cierto descaro.

-¡Soy inocente! –grita con una sonrisa de oreja a oreja y hace que toda la posada rompa a reír-. ¡De verdad, soy inocente! ¿No me creéis? Yo tampoco. Esta mañana vino a vernos un cura. Nos ha pedido que le contáramos nuestros pecados, para ver si así nos redimimos, y yo le he dicho, “Padre, el juicio es esta tarde, no tendríamos tiempo para contarle todas mis andanzas”. –La gente vuelve a reír ante las malas caras de la guardia–. Así que solo puedo decir que ha sido un placer navegar con estos hombres, que ha sido un placer compartir botines con estos hombres y si me queda una espina, es la de no haber podido disfrutar del tesoro de Levasseur. – Levanta su vaso y da un trago. Los espectadores rompen a aplaudir, lo que aún enciende más a los soldados, que con las culatas de los mosquetones amilanan para que la gente no palmotee a los

condenados.

-Ahora es el turno del señor Richard Cotton, alias Navajas, condenado a ser ahorcado, descuartizado y que su cabeza corra la misma suerte que la del señor Peter Black –Navajas sube con calma, con su habitual cara de enfadado, ni siquiera lleva su vaso en la mano.

-Soy hombre de pocas palabras –eso es verdad, pienso en voz alta–, así que no tengo nada que decir –y baja con cierta parsimonia ante la atenta mirada de todos. Uno de los más sorprendidos es el verdugo que se encoje de hombros mirando al respetable sin saber muy bien que decir.

-Y por último nos va a dar su último discurso el señor John Taylor…

-¡Capitán, eh, capitán! –alguien le increpa desde la penumbra de la taberna.

-Está bien, el capitán John Taylor, condenado a ser ahorcado, arrastrado, descuartizado y que su cabeza sea colocada a orillas del mar para público escarmiento–. casi no ha terminado de decirlo cuando el silbido de una bala atraviesa la taberna y le da justo en el pecho al infortunado verdugo, que cae fulminado al instante.

Tiburón sale de su escondrijo gritando ¡Al abordaje!

Capítulo CIV

El caos se adueña de la taberna. Yo hago ademán de salir tras Tiburón, pero Urki me sujeta fuerte para que no me mueva del sitio. Él sabe como yo que no estoy hecho para la batalla, ni siquiera para una refriega como esta, desigual, pues hay ocho soldados por más de veinte piratas sedientos de venganza.

Callado sale con una pistola en una mano y su alfanje en la otra. Los soldados se defienden como pueden, que no es mucho, un soldado, que se defiende con su espada con habilidad se pone enfrente de Tiburón, los dos pelean con fuerza. El infeliz soldado cree que ha llegado el momento y tira una inesperada estocada al mismo corazón de Tiburón, éste esquiva con agilidad felina, tira a fondo y pincha en el pecho al soldado, que cae redondo al suelo.

La intestina lucha continúa. Callado se bate con dos enemigos al mismo tiempo y su espada se mueve con la rapidez del relámpago, haciendo que los esbirros del Comodoro Macrae vayan perdiendo posiciones. En la lucha intentan buscar la salida, pero somos muchos y ellos están más que diezmados. Los dos salen como pueden mientras Callado les hace frente. Los soldados huyen corriendo en busca de refuerzos, mientras, en el interior de la taberna, todos gritamos contentos por nuestra victoria.

Salgo de mi escondrijo, junto con Urki nos acercamos al capitán, que se resguarda bajo una mesa, junto al padre y al hijo que solo querían ser espectadores.

-Capitán, ¿estás bien? –le pregunto dándole la mano para que se incorpore–. Nuestro plan ha salido a pedir de boca –mirándole a los ojos sé que está pensando que mi optimismo es tan grande como mi ignorancia.

-Tu optimismo es tan grande como tu ignorancia –me dice mientras con sus manos se sacude el polvo de la chaqueta–. Ahora vendrán más soldados –me recrimina como un padre lo hace a su hijo. Hace una de sus pausas–. Supongo que tendréis un plan para salir de aquí sin llamar mucho la atención.

-Tiburón sabe lo que tenemos que hacer ahora –me justifico–. El plan era otro, pero parece que se lo olieron y tuvimos que cambiar en el último momento –Tiburón se acerca a Taylor y le da un abrazo.

-Maldita rata de agua dulce –Taylor suele repeler las muestras de afecto–. Supongo que sabrás cómo salir de aquí –le increpa quitándoselo de encima.

-Viejo cascarrabias. No has cambiado nada. Pues claro que tengo un plan –le contesta algo molesto. Yo, mientras, saludo a Tawy y a Sable, que había atacado a un soldado con su propia boca, haciendo gala a su leyenda–. Algunos de mis hombres se quedaran aquí para hacer frente a los refuerzos, así creerán que aún estamos todos dentro. La posada tiene una salida secreta por el almacén, la utiliza el tabernero para que su mujer no sepa que se acuesta con alguna puta de vez en cuando.

-Perro loco –Taylor parece que solo articula improperios-. ¿Por qué diantres habéis empezado a disparar sin que yo hubiera hecho mi discurso? –parece que lo que más le ha molestado ha sido no poder hablar–. Ya lo había preparado.

-Porque eres un pesado, y si te hubiéramos dejado empezar aún estaríamos escuchando batallas y las mil cruzadas que has cometido de confín a confín.

Los hombres de Tiburón atrancan la puerta de la taberna. Sacan sus mosquetones y pistolas por las exiguas ventanas. En la calle se escuchan disparos. Ya han llegado los refuerzos. Cualquiera diría que nos estaban esperando. “Callado” se nos acerca y nos hace señas, debemos marcharnos. ¿Y Urki? No lo veo por ningún lado.

Capítulo CV

Atamos a una silla al tabernero y a su mujer, también les dejamos un buen puñado de monedas para agradecerle el servicio y que su mujer se haya enterado que hay una salida secreta por el almacén. Si los soldados los encontraban atados no sospecharían de ellos. Salimos de dos en dos para que nadie repare en nosotros. Nuestro destino es el puerto, cada uno tiene asignada una ruta para llegar a él sin levantar demasiado revuelo. Taylor y yo vamos juntos.

Las calles están lo suficientemente oscuras como para pasar inadvertidos, y es que en la noche todos los gatos son pardos, como dice mi padre. Del rostro de Taylor se ve poco más que la nariz, pues sus ojos quedan tapados por el ala de su sombrero y su boca tapada por una capa oscura. Yo también llevo un sombrero bastante grande que casi no me deja ver el horizonte. Taylor lleva las manos dentro de la capa, con una mano coge la empuñadura de una espada y con la otra acaricia el gatillo de una pistola. Si nos encontramos con alguien por nuestro camino no va a ser bienvenido.

-He estado pensando en el tesoro de ese buitre que nos ha traído hasta aquí –reflexiona en voz alta, como cuando me contaba la que iba a ser mi novela de piratas–. He estado a punto de morir por ir detrás de ese mequetrefe. Nunca me gustaron sus bromas. Sin embargo me doy cuenta de lo ciego que estaba. Hablando con Sable, en estos días de “descanso” en la prisión, hemos llegado a la misma conclusión. No cabe duda de donde está el tesoro, la isla en concreto, el problema va a ser por dónde empezar a buscar–. mi cara cambia de preocupación a sosiego.

-Yo también he estado pensando, es posible que hable de la posición de las estrellas, en su carta habla de constelaciones, quizás en la isla aun sean más evidentes. ¿Y si el cielo marca la equis del tesoro?

-Doctor, de Levasseur podemos esperar cualquier cosa, la más loca, la más cuerda, la más osada o quizás, la más excéntrica –se escucha un ruido. Los dos callamos.

Taylor saca la pistola. Con un gesto me obliga a que me ponga tras él. Yo también saco mi pistola. No estoy muy seguro de cómo utilizarla, pero hay que estar prevenido. Empieza a llover. Quizás las gotas nos han jugado una mala pasada. Seguimos una ruta más que segura. La lluvia se vuelve intensa. Taylor no se relaja. Nuestros

sombreros filtran el agua como una vulgar cañería. Gota a gota empapan nuestras capas. No pienso guardar mi pistola hasta que lo haga Taylor, que a regañadientes otea las calles buscando alguna traicionera sombra.

-Capitán, debemos continuar –le susurro para no romper la tensión del momento.

-Shhhhhh! –me chista con un dedo en la comisura de su boca.

La lluvia lo envuelve todo. Por como cae el agua, algún párroco pensaría que es el mismo diluvio universal el que acontece. Taylor me hace señas para que me quede donde estoy. La oscuridad me hace casi invisible. Me acerco a la pared con el máximo sigilo. Taylor, tras sus días recluso, no ha perdido un ápice de arrogancia pirata. Levanta su arma. Apunta a algún lugar, que desde mi posición no puedo alcanzar a ver. No pregunta. Dispara. Ya habrá tiempo de averiguar.

De repente, Taylor se agacha. Una ráfaga de cuatro disparos pasan por encima de nosotros como respuesta. El plomo rebota en un hierro que hace de esquina en la calle, lanza un destello y va a clavarse en un portalón de una casa. De las cuatro, un par de balas humean en el portón.

Un rayo ilumina la callejuela. La lluvia los enmascara, pero la luz nos ha dejado ver que se esconden tras unos barriles, no muy lejos de donde estamos. Taylor me mira con ciertos reparos. Él y yo sabemos que no estoy muy preparado para el combate. Con una seña, que no entiendo demasiado, me hace entender que me quede donde estoy.

Capítulo CVI

-Si me estáis buscando, me habéis encontrado –grita Taylor mientras le veo como agarra la pistola por la empuñadura y esconde el alfanje a su espalda para parecer desarmado–. Estoy solo. Valiente compañía me dejasteis que salió corriendo al primer embiste de una bala –la oscuridad me deja como a un desertor.

-Deje sus armas y salga a la vista –se escucha entre el replicar de la tormenta.

-Al valiente que venga, le daré mi arma, pero solo al valiente –les desafía Taylor con la sorna que le caracteriza.

Cierro los ojos y me aferro a la pistola que tengo entre mis manos. El capitán levanta los brazos en señal de renuncia. El valiente al que ha apelado Taylor, sale de su escondrijo. Pobre rufián, al llegar junto a Taylor ha conocido el frio hierro sin que le diera tiempo a advertir a sus compañeros de la trampa. La lluvia no permite que su último quejido sea una señal de alarma. Taylor vuelve a empuñar su arma cuando otro rayo delator le deja en evidencia.

Desde su parapeto vuelven disparar sin suerte. Efectivamente las pistolas mojadas fallan. La pólvora no siempre es el mejor aliado en la batalla. Se escuchan los chasquidos sin chispa, los intentos fallidos, lo que deja a Taylor la ventaja de llegar a ellos con premura para que saboreen su acero.

Oigo los gritos, secos, casi huecos. Oigo maldecir al capitán Taylor. Espero que no le hayan herido. Respiro hondo. Cojo fuerzas. Enfréntate a tus enemigos, me digo apretando fuerte la pistola que tengo entre las manos.

Vuelvo a respirar hondo. Salgo de mi sombra gritando de rabia dispuesto a pelear. Taylor y Urki me miran pasmados. Llego tarde. Entre los dos se han deshecho de estos pobres infelices que pensaron en secuestrar al Capitán Taylor.

-¿Dónde vas? –me pregunta Urki con algo de sorna. Su cuchillo aun gotea la sangre de esos traidores–. Si gritas, puedes despertar a alguien –. Taylor sonríe maliciosamente.

-Alguien nos ha traicionado –me amonesta Taylor para que lo tenga claro–. Ahora lleguemos a nuestro navío de fuga, si nos amanece en estas tierras no habrá sultán que podamos engañar. ¿Dónde queda el puerto? –nos mira a Urki y a mí alternativamente.

-Estamos cerca –respondo tratando de recobrar la compostura.

Capítulo CVII

La tormenta arrecia. Taylor no hace más que maldecir todo aquello que ve. Injuria para él solo, como ensimismado. No puedo negar que la trifulca ha sido una sorpresa. No se me va de la cabeza que alguien nos ha traicionado, y creo que el traidor ha pensado en que yo era un blanco fácil.

Una pantalla de agua casi no deja vislumbrar lo que tenemos a pocos metros. Los sombreros van pesando, acumulando agua y filtrándola sobre nuestras cabezas. El ruido de mástiles, que ondean como juncos, nos advierte de que ya estamos en puerto. Parece que el agua amaina, pero solo lo parece.

-Doctor, ¿cuál es nuestro barco? –me pregunta el capitán después de maldecir unos aparejos que algún marinero despistado ha dejado perder en una esquina junto a unas redes de pescadores–. Ya te he dicho que no tenemos mucho tiempo –mira al cielo, no sé si esperando una señal–. La tormenta nos va a acompañar lo que queda de noche –me dice mientras yo le señalo el camino hacia nuestro queche.

Intrepid. Así se llama nuestro barco. Según me ha comentado Tiburón, el buque tenía otro nombre, creo recordar que me dijo "Good Luck", que por ironías del destino y muchos avatares, tuvo de todo menos buena suerte, pues cayó en manos piratas casi sin oponer resistencia después de salir desde el mediterráneo y que distintas enfermedades diezmaran a casi toda la tripulación. Tiburón y sus hombres lo habían carenado y dejado listo para la acción.

Antes de subir a bordo, Taylor le echa un vistazo. Me mira y levanta las cejas como asombrado.

-Doctor, nunca hubiera imaginado que conseguirías una nave con esta envergadura. No digo que haya dudado de ti o de tu talento, simplemente me ha venido a la cabeza como te saqué a rastras de Tierra firme –me mira como un padre mira orgulloso a un hijo, como me miró el mío cuando le dije que me había convertido en médico.

-El mérito no es solo mío. Urki y tus hombres son los que realmente han hecho todo el trabajo –me quito los méritos que no tengo.

-¡Vamos! ¡Aligerad! –nos increpan desde la cubierta–, no tenemos toda la noche –es Tawy, que nos lanza una escala para que subamos a bordo.

-¡Maldito bribón! –maldice Taylor–. En cuanto suba te daré una buena tunda de palos –por el tono, no descifro si esta de broma o en serio.

Las olas del mar enrabietado por la tormenta golpean el francobordo mientras el viento empuja los cabos a ver si nos caemos. Parece que somos los últimos en llegar.

Ya en cubierta la lluvia rebota en la madera. Cada crujido del cabestrante parece un lamento de una señora mayor. Tawy se pone firme. El capitán ya está a bordo.

-Capitán, los hombres están preparados para tus órdenes –le dice casi de forma marcial.

-¿Están todos en sus puestos? –Taylor pregunta maliciosamente sabiendo la respuesta.

-No –sonríe como lo hace un bribón al que cazan robando una miseria–. Esperábamos tus órdenes para ponernos a trabajar. El barco está anclado a proa y popa para mecerse alegremente con las olas y no sufrir desperfectos. Aun así, están listas las escotas y los obenques. No sabíamos si zarparíamos esta noche con este tiempo, os retrasabais… pero dime que hacemos y se lo digo a los hombres.

-Seré yo mismo el que comente los planes. No quiero perderme sus caras –Taylor camina por la cubierta en dirección a donde aguardan los piratas instrucciones.

Capítulo CVIII

Tawy le explica a Taylor como es nuestra nueva nave.

-Tiene siete cañones de nueve libras en la cubierta superior, y otros cinco bajo el alcázar y parte de la cámara principal. Hay dos más en el alcázar, y uno en el castillo de proa, y aún otros dos cañones de mira en la proa para dar caza. Yo no lo había visto antes, pero me han dicho que es una peculiaridad de los barcos que vienen del Mediterráneo.

-Magnífico. Podremos plantarle cara a cualquier insensato que quiera darnos caza, y si la cosa se pone fea, será rápido para escapar. Doctor, Urki, esperadme aquí. Quiero mirarles a los ojos antes de que os vean a vosotros –nos dice mientras baja la escalera apoyándose donde puede para no caer de boca. El retumbo de la lluvia da paso a un sonado revuelo, y de repente otro silencio ensordecido por el incesante chaparrón.

-Es hora de bajar –me dice Urki ante la cara de asombro de Tawy, que también suponía que el indio no decía nada en cristiano.

Enseguida nos topamos con la espalda del capitán Taylor. Está en silencio, aguantando uno de los candiles que ilumina tenuemente. Hay dos más al fondo bailando al ritmo del balanceo del barco.

Algunos piratas están sentados sobre mantas, o reclinados en cojines. Deben estar comiendo o bebiendo, cualquier pirata sabe que esa es la mejor manera de matar el tiempo mientras se espera a un capitán o se pasa una borrasca.

No hay bancos ni mesas, poco queda ya del *Good Luck* sin suerte. La bodega ahora tiene sitio para los coyes, la carga y para esconder nuestras intenciones si hiciéramos una emboscada. La mayoría de ellos se han puesto en pie, sacudiéndose el entumecimiento de las piernas y guardando los pertrechos de ocio para atender a su capitán.

-El tesoro del ahorcado cada vez está más cerca –Taylor rompe su silencio. Los hombres se miran y sonríen–. Ya estamos más cerca de una vida llena de riquezas. Algunos de vosotros no me esperabais, otros estabais ansiosos de que llegara. Yo solo vengo a deciros dos cosas. La primera es gracias. Sé que la mayoría de vosotros habéis trabajado duro para que pudiéramos escapar y para zarpar en busca del tesoro. Y la segunda es: ¿qué narices hacéis aun aquí tirados a la bartola? Poneros a trabajar rufianes, esta noche

saldremos de puerto en busca del mayor tesoro que os podáis imaginar–. los hombres ríen–. y no quiero acabar sin decir, que gracias al doctor, - con un hábil movimiento me saca de la oscuridad que da su espalda y me pone a su lado–. nuestro trabajo aun será más fácil que de costumbre –hace una de sus pausas–. Hermanos, a trabajar. ¡Arriad velas, trincar rabizas! ¡No quiero ver a ni un solo hombre quieto! – todos se pusieron a la faena sin pensarlo dos veces.

La actividad da paso a que el queche se ponga en marcha. Con una señal Taylor me hace entender que le acompañe al camarote del capitán. La lluvia no cesa ni un instante. He escuchado a dos hombres preguntarse si el barco aguantará esta tormenta en mar abierta. El otro simplemente le ha contestado que más nos vale.

Capítulo CIX

Al abrir la puerta del camarote, encontramos en penumbra a Tiburón, con un vaso de ron, que nos mira y sonríe. Su pistola descansa junto a la botella. También está empapado y no parece que lleve mucho tiempo en el barco, pues su respiración delata que aún no se ha relajado.

-Pensaba que habías encontrado otro barco donde escapar –nos recrimina tras dar un largo trago en su vaso roído de cuero.

-Debería pegarte un tiro en este mismo instante – Taylor no vacila, lo que sorprende a Tiburón, que cambia de pose, de anfitrión a no quitarle ojo al cinto del capitán.

-No te entiendo, Taylor, la prisión te ha afectado. Necesitas salitre para volver a razonar. ¿Qué motivos tienes para mandarme al fondo del mar? ¿Acaso no estás contento con tu liberación? –ahora no le quita ojo a su pistola.

-Mal nacido, ¿pensabas que te saldrías con la tuya? Sabe el diablo más por viejo que por diablo –Taylor me aparta de su lado, no sé si por protegerme o porque soy un estorbo para sus planes-. ¿Creías que unos jóvenes rufianes podrían con nosotros? Maldito seas. No hay pirata que me traicione que siga en este mundo –con su mano busca su pistola disimuladamente, con movimientos lentos.

-Estar en dique seco te ha afectado, de eso no hay duda –su tono de voz denota cierto nerviosismo-. ¿Qué razones puedo tener para traicionarte? No creo que encuentres a alguien más fiel que yo por estos mares –dice con algo de ironía–. Te diría más, Taylor, eres el jodido mapa del tesoro, me interesas más vivo y coleando.

Se oyen disparos en la cubierta. ¡Hombre al agua! Se escucha a lo lejos. Cuando vuelvo a mirar al capitán y a Tiburón, los dos se están apuntando con sus armas. Ambos sonríen maliciosamente, saben que algo no va bien.

Los disparos no cesan, nuestro barco se aleja de puerto, pero las balas siguen silbando. Navajas entra apresurado al camarote.

-Capitán, es Callado, nos dispara desde tierra. Con este espectáculo, el comodoro sabrá que zarpamos. Tenemos a un herido y un hombre ha caído al mar.

-¿Callado? –se preguntan casi a la vez Taylor y Tiburón. Se miran atónitos. Tiburón baja su arma, el capitán lo hace después. Los dos están confusos–. Esa rata –vuelven a decir lo mismo como si lo hubieran ensayado.

-Doctor, ¿me puede acompañar para ver al herido? – Navajas

mira al capitán mientras me lo pregunta. Taylor, con un simple gesto, me hace entender que debo atender al pirata, así que sigo a Navajas.

Capítulo CX

Solo un hombre acompaña al herido. Los demás siguen luchando contra la tormenta y el barco. Cuando hay tempestad hasta la nave es una enemiga. Tawy está dando órdenes a diestro y siniestro. Me mira y me señala al herido, yo le lanzo una mirada diciendo que es algo obvio, no hay nadie más tirado en la cubierta.

-Tawy –le increpo-. ¿Alguien podría traerme mi maletín, La arqueta con las herramientas de mi oficio? No sé con qué me voy a encontrar –me justifico antes de ver cualquier herida que complique la cura–. Tawy asiente y le hace un gesto a un joven que comprueba los obenques.

Conforme me acerco le escucho gemir de dolor. Está empapado.

-Entre los dos llevémosle donde pueda estar a resguardo de la lluvia –le digo a su compañero de fatigas, cogiendo al herido por los pies con fuerza.

Junto al cabestrante estamos a buen recaudo.

-¿Dónde te dio la bala? –pregunto mientras le voy arrancando los harapos que lleva por ropa. Me señala la barriga, veo la herida, con un poco de suerte su panza, para ser un feroz pirata está bastante gordo, haya amortiguado la bala. Si el proyectil le había abierto el vientre y expuesto los intestinos, la muerte era su único destino. La pregunta en ese caso es cuánto tiempo tendría de agonía. Mi cara debe haberles advertido de que no me gusta la herida porque herido y compadre me miran esperando las malas noticas-. Espero que la gula y esa panza te sirvan para salvar la vida –le espeto-. Si la bala no la podemos extraer lo único que voy a poder hacer contigo es rezar.

-Doctor –me interrumpe el compadre–. Marco no es muy religioso.

-Entonces vamos a ver qué podemos hacer -me traen mi maletín–. Voy a hacerte un poco de daño –le introduzco dos dedos en la herida, a ver si encuentro el balín. No lo alcanzo con los dedos, pero parece que no ha llegado a tocar nada importante–. Navajas, saca del maletín el extractor de balas –un tubo hueco que tiene un resorte, garra que atrapa a la bala si no está demasiado profunda–. Esto te va a doler –comienzo la operación, con el vaivén, la tormenta de fondo y recuerdo a un maestro que siempre nos decía que en la esterilización estaba el secreto de una buena cirugía, me gustaría verle ahora en este barco. La bala sale con dificultad, pero sale. Se la doy a su compadre–. Que se la guarde de recuerdo,

si hubiera estado más enjuto no hubiera podido hacer nada por él. Navajas, pásame la aguja y el hilo –miro a Marco–. Ahora te voy a coser la herida y luego te la vendaré. Mañana ven a verme, intentaré hacerte una cura que esté en condiciones. Hoy yo dormiré en su coy, que duerma él en mi cama. Los hermanos de la costa –le digo a Navajas mientras le doy una palmada en la cara a Marco.

Capítulo CXI

El mar nos lleva como un animal salvaje a sus lomos, damos bandazos, el vaivén del barco ha conseguido que algún joven, que no debe ser muy diestro en el mar, vomite en la misma cubierta. No habrá que limpiarlo, la maldita lluvia hará que no quede ni rastro mañana por la mañana, si la nave aguanta las embestidas del mar, que nos lleva a donde ella quiere, y quiere que nos vayamos al fondo, y nosotros peleamos. Los pocos que están aún en cubierta, hacen sus trabajos atados a algún mástil, si caen al agua, nadie dará orden de volver a por ellos. Eso de ¡hombre al agua!, solo se practica cuando hay buen tiempo y un despiste. Hemos acomodado a Marco en mi piltra. Aun no se cree que vaya a pasar la noche en una cama. Vuelvo al camarote del capitán.

Toco la puerta enérgicamente. Estoy empapado y no tengo más ropa que la que me cala. No escucho ninguna voz de permiso, pero abro con cierto brío. Dientes de Sable, Tiburón y Taylor me miran sobresaltados. Los tres están junto a la mesa, con una *mercator* abierta al que con algunos artilugios hacen señas que solo ellos entienden. Su mirada les delata, parece que les he pillado in fraganti.

-¿Se puede? –pregunto retóricamente mientras cierro la puerta tras mi paso–. Cualquiera diría que os he pillado con el botín –mis palabras encierran algo de malicia, sus miradas son de culpabilidad, o al menos de sorpresa.

-Pasa, maldita sea -Taylor reacciona rápidamente–. Atranca esa puerta, no queremos más sorpresas. –Así lo hago, pongo la única silla del camarote atrancando el portón–. Parece que el tesoro de Levasseur está más cerca –me pone los dientes largos, ya conozco sus técnicas.

-Capitán, te recuerdo que el acertijo sigue siendo la única pista que tenemos, y por más vueltas que le demos, sigue siendo eso, un acertijo maledicente que abre puertas y ventanas y no marca ninguna equis –no les voy a capitular las noches en vela que he pasado pensando el esas malditas palabras que nos han hecho correr mil aventuras. Dientes de Sable me mira y sonríe, me mira con la condescendencia del que al verme piensa que soy joven e inexperto –le he dado tantas vueltas a esas palabras… que ya no sé qué pensar.

-Doctor, las vueltas lo único que consiguen es que uno se maree –se jacta Dientes de Sable–. Por mi experiencia, el mundo es

sencillo, quien lo complica son los hombres.

-Mi joven amigo, acércate y te ponemos al día –la aquiescencia de Taylor, aun me enerva más–. ¡Tiburón, déjale sitio! –es una orden por el tono con el que lo dice. Me deja sitio junto al capitán–. Primero bebe un trago -me ofrece la botella de ron que hace las veces de sujeta papeles–. Ya sé dónde está enterrado el tesoro del ahorcado.

Capítulo CXII

A la luz del candil y con las olas rompiendo contra las ventanas del camarote los cuatro no le quitamos ojo a la carta de navegación. El agua de la lluvia ha conseguido que aparezcan varias goteras en el camarote del capitán. Taylor le da un trago largo a la botella de ron.

-Deberíamos salir a por más ron. Esta botella ha llegado a su fin –sentencia.

-No hace falta salir –Tiburón es un hombre de recursos, de sobra lo ha demostrado. Se acerca a un arcón, algo desvencijado, que por el color de la madera ha sido uno de los nuevos aportes que los piratas le han hecho al barco. Nada más abrirlo, el ruido de botellas hace que los tres miremos al cofre con algo de extrañeza–. Tenemos cinco botellas más. Amanecerá y no nos las habremos bebido –nos dice mientras saca una de ellas y la destapa con la boca–. Dientes de Sable, para esto utilizamos algunos la boca –le recrimina con sorna.

-Deja de decir tonterías y dame un trago –le interrumpe Taylor. Tiburón cumple órdenes a regañadientes, no sin antes darle un trago él. Después del trago, Taylor vuelve al *mercator*–. Nunca pudo imaginarse el perro sarnoso de Macrae que encerrándonos en la prisión nos haría tamaño favor –Tiburón y yo nos miramos con cierta incredulidad–. Nunca esa rata de bodega hubiera podido imaginar lo agradecido que le estarán los piratas del *Intrepid* –Tiburón y yo no salimos de nuestro asombro-. ¿No vais a preguntar por qué? –nos mira enfadado.

-¿Por qué? –pregunto mientras Tiburón se encoge de hombros, simulando la misma pregunta.

-Maldita sea mi sombra. Ese infeliz no podía imaginarse que como compañeros de celda tendríamos a varios ladronzuelos de la isla de Madagascar. Ansiosos por colaborar con nuestra causa, ávidos de hacerle daño al comodoro Macrae –hace una de sus pausas–; y nosotros ansiosos de hacerle la vida imposible a ese puerco, y deseosos de encontrar el legado de Levasseur.

-Capitán, al grano –interrumpe Dientes de Sable, que estaba allí y no tiene ganas de rememorar esos días.

-Maldita sea, no me han dejado hacer mi discurso en la taberna, dejadme que cuente algo esta noche –dice antes de darle otro trago a la botella de ron–. ¿Dónde estaba? La casualidad, o no, nos pone celda con celda con esos bribones, que al hacer sus fechorías en Madagascar conocían la vida que se inventó El Halcón para pasar

inadvertido ante las autoridades, de la gran isla y de las islas Bourbon. Ese bribón trató de pasar como un hombre de bien, y sin embargo lo cazaron, como se caza a un maldito animal –hace su habitual pausa dramática-. Pues esos hombres, casi con los detalles que nos dieron, lo que sabe Dientes de Sable y lo que yo intuyo, nos dieron la situación exacta de dónde está escondido el tesoro –nuestras caras cambian de gesto–. Solo hay un problema –imaginaba que no iba a ser tan fácil–, que en esa zona hay tantas islas como estrellas en el cielo –sonríe maliciosamente. Tengo el impulso de contarles que también he estudiado las constelaciones por si el escrito hace referencia a las posiciones de las estrellas, pero callo–. Pero mirando este mapa ya sé perfectamente donde lo ha escondido –en ese mismo instante todos miramos la carta cuando una de las múltiples goteras nos apaga el candil.

Los cuatro rompemos a reír a carcajadas.

Capítulo CXIII

La noche dio para mucho ron y muchas batallitas. Para poco más. Después del apagón Taylor nos reconoció que al único al que le había dicho nuestro destino era Navajas. Así que decidieron que esa noche, si queríamos dormir, lo mejor era acostarse borrachos. Alguien debió traerme al coy de Marco, porque acabo de abrir el ojo en él. Soy el único que sigue acostado. Ventajas de ser el médico de abordo. La tormenta ha remitido, y mirando al cegador cielo, despejado de toda nube, la tempestad parece solo un mal sueño. El incesante trasiego no ha sido capaz de despertarme, creo que en la vida me había emborrachado.

Una tímida brisa nos lleva a buen ritmo, Taylor increpa a Navajas, y este le grita al encargado de controlar a cuantos nudos navegamos. El capitán no acaba de creerse la facilidad con la que salimos de puerto. Me reclama el compadre de Marco.

-¿Me recuerda? Soy Sebastián, en el barco me conocen como el "Legañas" –su humildad me hace pensar que está más acostumbrado al ordeno y mando que a la anarquía pirata–. Me dijo que le buscara por la mañana, no quise despertarle.

-Tenías que haberme despertado. ¿Qué tal noche ha pasado tu amigo?

-No muy buena. Estuvo delirando de madrugada. Tuvo frio y cuando lo tape con una manta empezó a sudar como un pollo y a decirme que tenía calor. Le toque la frente, estaba muy caliente, pero después de un rato se durmió, y yo también –me cuenta mientras vamos a mi compartimiento a visitarle.

Al entrar de sopetón, Marco se asusta. Ya no está tan pálido como lo dejé la noche anterior. Al verme, sonríe. Hace un ademán de querer contarme como le fue la noche.

-No me digas nada. Sebastián me ha puesto al día de todo –le toco la frente, está un poco más caliente de lo normal–. Vamos a verte la herida –le digo mientras le quito el pobre vendaje que pude hacerle. La herida no está muy fea–. Parece que la cosa no va mal. La calentura de esta noche se puede deber a dos cosas, o tu cuerpo está reaccionando por la herida, o la lluvia te ha enfriado y tu cuerpo reacciona. Legañas te cuidará.

-Así lo haré. Marco es mi compadre. Me ha salvado en un par de ocasiones la vida y ahora me toca a mí dar la cara por él –dice con cierto orgullo.

-Dile al cocinero que te prepare un caldo, es bueno que tome

algo ligero, quizás algo de patata hervida, pero habla con la cocina a ver que nos tienen preparado –miro a Marco–. Si todo va bien, mañana ya podrá dormir en su coy. Ahora, que no se mueva. El reposo es fundamental y no está para muchos trotes.

-¡Barco a la vista! – gritan desde la cofa en ese preciso instante.

Capítulo CXIV

Cuando en medio de la inmensidad, sin nada a la vista más que mar, desde la cofa cantan barco a la vista, un silencio enmudece a toda la tripulación, se pasa del bullicio a la sordina más sepulcral que yo haya conocido. Todo el mundo deja su trabajo para asomarse, cada uno por un lado del barco a ver quién avista lo que ya han cantado desde arriba.

-¿Qué bandera lleva? –grita alguien indeterminado.

Vuelve el silencio, bien porque no se distingue, bien porque las noticias no son muy piadosas. Alguien señala y todos miran a ese horizonte buscando respuesta. Me hago un hueco entre los hombres, yo no distingo más que un punto negro, que ante la falta de otras referencias debe ser lo que nos preocupa.

Navajas y Taylor están situados más altos que los de-más. Me acerco a ellos con la esperanza de que me tranquilicen. Para cuando llego a su lado Taylor ya ha sacado su catalejo y observa con cierto nerviosismo, poco habitual en él. Me mira y le indica una seña a Navajas. Le pasa el catalejo. Navajas pone la cara de siempre, mirándolo uno no sabe si es bueno o malo. Le devuelve los anteojos mientras reniega con la cabeza. El capitán me mira. No seré yo quien rompa el tenso silencio, así que con un gesto intento que alguien me explique a que nos enfrentamos. Ninguno de los dos me dice nada. Me acerco a Taylor y con una sonrisa le pido que me deje el catalejo, y él me lo da sin problemas.

Miro al horizonte, hacia el punto negro, que pese a que navegamos a una buena velocidad, se acerca peligrosamente. Es verdad que el aumento permite ver la figura algo más cerca, pero la distancia no permite distinguir más que una nave con tres mástiles.

-Doctor, ¿qué distingues? –Taylor quiere corroborar lo que ya sabe.

-Tres palos, capitán –digo mientras escucho resoplar a Navajas–, cuento tres palos y poco más. Debe ir a gran velocidad, porque pese a que nosotros vamos a buen ritmo, nos va ganado posiciones poco a poco.

-Navajas, necesitamos más nudos, si es necesario habrá que aligerar carga –le confiesa Taylor muy sereno–. Dile a Tiburón que cargue los cañones y que tire al mar lo que no nos valga para batallar.

-¿Macrae? –pregunto esperando su confirmación.

-Puede ser Macrae, o puede ser peor… pueden ser piratas –

sentencia Taylor volviendo a mirar por el catalejo–. Estos mares están llenos de hienas de mar –dice apesadumbrado–. Todo lo que no sea navegar solos se convierte en un peligro.

El silencio se rompe. Tiburón, con dos hombres más, empieza a tirar parte de nuestra carga. Taylor le mira como un perro mira a una liebre, pero en el fondo sabe que es necesario quitarnos de encima lo más mundano para tomar velocidad.

-Si lo mantenemos a raya, acabaremos por perderle – Taylor me habla a mí, pero observa los bártulos de los que nos deshacemos para ser más céleres.

Capítulo CXV

El capitán ha puesto a un hombre agarrado a las vigotas para ir contando los nudos exactos que el barco va alcanzando. Parece que lo hemos dejado algo atrás, se ha vuelto a convertir en un punto negro, que lamentablemente no desaparece de nuestra espalda.

-Es como tener a alguien soplándote el cogote –le confiesa Taylor a Navajas para que yo lo escuche.

-Si llegamos a la noche sin que nos dé alcance, lo perderemos –Navajas siempre es parco en palabras.

-Los ingleses no pueden ser. No podían tener una nave preparada en tan poco tiempo –Taylor piensa en voz alta-. ¡Izad la bandera holandesa! –grita de repente–. Lo mismo ellos no saben quiénes somos y les despistamos por un instante –se justifica con poca convicción en sus palabras-. ¿Velocidad?

-Siete nudos capitán –responde después de echar la cuenta.

-Taylor, no podremos alcanzar más velocidad -le confiesa Navajas–. Mira el palo de mesana, no sé si aguantará tanto empujón.

-Más nos vale llegar a la noche con todos los palos en su sitio.

La nave hunde su proa en el mar con fiereza, oscila, brinca de proa a popa y vuelta a empezar. Los hombres casi bailan al mismo son que el barco jugando con las olas. Solo se escucha el aleteo de las velas y las olas rompiendo contra el casco. Un golpe de viento y perdemos velocidad, hasta yo me doy cuenta de que ha cambiado la forma de soplar.

-¿Qué ha pasado, Navajas? –Taylor no parece de buen humor–. Maldita sea, cualquiera diría que en tu salada vida has llevado un barco. ¡Busca el viento! No podemos perder ni un instante.

-Sí, capitán –reconoce avergonzado–. Estas aguas son traicioneras –parece que volvemos a coger otra vez velocidad después de virar un poco.

-Si perdemos el viento nos tendremos que poner a soplar nosotros –me dice Taylor con una sonrisa socarrona.

La mañana se hace más larga de lo normal, parece que el día hoy es el más largo del año, pues por más que navegamos, ni el punto que nos sigue desaparece, ni el sol decide ponerse. Después de comer, Taylor se ha encerrado en su camarote y no ha vuelto a salir. Solo dios sabe que estará elucubrando. Lo que sí que es verdad es que todo llega, y el sol parece tornarse de amarillo a naranja y las horas de luz parece que ya son las contadas.

Capítulo CXVI

-Taylor ordena que no encendáis los fanales ni fuméis –nos dice Tawy a unos hombres que juegan a algo indescriptible con dados y cartas y poco dinero y a mí que estoy tirado en el coy matando el tiempo. Los hombres se quejan y le ponen malas caras–. He sido muy elegante porque está aquí el doctor, Taylor ha dicho que si ve un solo farolillo encendido o una pipa tirando humo le rebana el cuello al que lo sujete –parece que ahora lo han entendido mejor–. Doctor, el capitán me ha dicho que quiere verte en su camarote –me informa mientras me ayuda a levantarme del coy.

De camino, veo a Urki. Lleva mi mismo destino. Me sonríe y con una reverencia me deja pasar a mi primero. Le doy una palmada en la espalda. Toco a la puerta, que está entornada. Están a oscuras, pero logro entrever tres figuras. Creo que somos los últimos en llegar a este conclave. Cuando Urki va a cerrar la puerta un pie la atranca. Es Tawy.

-Capitán, las ordenes están dadas. Estamos completamente a oscuras. La luna está en cuarto creciente, por lo que actualmente somos como un fantasma que navega por el mar –Tawy informa diligentemente.

-Quédate, no te marches. Necesito que me ayudéis a tomar una decisión y tú conoces a la tripulación mejor que yo –la voz de Taylor es inconfundible hasta cuando estamos a oscuras–. No os voy a negar que estoy preocupado. No veáis esto un signo de debilidad, porque no lo es –doy fe de ello, he visto como mataba a dos hombres a sangre fría antes de subir a esta nave, pienso–. Un barco de dudosa procedencia nos sigue los pasos con celeridad y nos va comiendo terreno conforme pasan las horas. En la noche todos los gatos son pardos, pero la realidad es que no sé si estamos en condiciones de presentar batalla o de simplemente cambiar el rumbo y despistarles. Si por un casual son los ingleses, irán más armados y con más hombres que nosotros, por lo que un enfrentamiento nos convertiría en comida de tiburón al segundo embate de sus cañones. Por otro lado, si son piratas, serán los mismos que intentaron secuestrarme en el puerto, Callado y sus secuaces, a los que simplemente les ignoro, no por conocer perfectamente que no saben hacer el nudo más sencillo, sino que podríamos esperarles a que pasaran por nuestro punto y darles caza nosotros a ellos. Esos bribones no esperan que hagamos un alto para darles su merecida “bienvenida” a cañonazos –estoy sorprendido,

aún no ha hecho ninguna de sus pausas. Ya decía yo, ahora hace una larga, da un largo trago y vuelve a empezar–. El problema es ese. Lo mejor que hemos hecho hoy ha sido alejarnos. Los ingleses quieren matarnos y los piratas quieren que encontremos el tesoro para luego matarnos. Pese a que el fin es el mismo -calla un segundo–, las posibilidades son dos. Hacerles frente o despistarlos.

-Taylor, yo soy de la opinión de que despistarlos sería lo mejor –creo que es Tiburón el que habla-. Nos hemos desecho de mucho de nuestro material, en una afrenta, tenemos las de perder, ya sean ingleses o piratas. Los hombres no han tenido descanso, anoche escapamos de puerto con una tormenta que parecía que se iba a acabar el mundo, y hoy no han parado de controlar el barco para que no bajáramos los nudos. Voto por cambiar el rumbo –definitivamente, ha hablado Tiburón, Navajas no hubiera dicho tanto–. No debemos estar muy lejos de unas islas, allí podremos avituallar el barco y volver a nuestro destino.

-Yo también estoy de acuerdo en cambiar el rumbo – este sí que es Navajas.

-Para mí luchar siempre es la opción, pero cambiar el rumbo también me parece bien –Tawy ha sido el siguiente.

-A mí me parece bien la decisión que toméis, y el cambio de rumbo me parece perfecto, viajar con menos heridos es lo mejor – después de mí, se hace un silencio.

-¿Dientes de Sable, tú no vas a decir nada? –interrumpe Taylor.

-Capitán, Dientes de Sable me ha dicho que estaba cansado y que iba a aprovechar la oscuridad para dar una cabezada –se justifica Tawy.

-Entonces, ¿quién diantres es el que falta por hablar? –pregunta enfadado Taylor.

-Soy Urki –vuelve a enmudecer un instante–. El combate solo debe ser nuestra última salida. Solo debemos pensar cuánto tiempo tardará la otra nave en darnos caza. Si se nos ocurriera parar, con la complicidad de la noche para darles una desagradable sorpresa, nos encontraríamos con que para cuando lleguen a estar a tiro, la noche no será nuestra aliada. Al primer rayo de sol, el barco verá nuestra posición y conocerá nuestra estrategia. Nuestro objetivo es otro. Buscamos fortuna, y la luna está de nuestra parte. Huyamos. El tesoro nos espera, y si tardamos algún día más, seguirá allí, aguardándonos.

Capítulo CXVII

Únicamente Navajas conocía nuestro destino y ahora que cambiamos de rumbo, tampoco sabemos mucho más. La tibia luz de la luna nos permite diferenciar las sombras que trasiegan de un lado al otro del barco.

Variamos el rumbo, la luna, mi único punto de referencia se escora lentamente, los vientos cambian, sutilmente, diría que incluso son más frescos que los anteriores que nos han guiado. Solo Taylor y Navajas conocen nuestro destino. En otro tiempo no les hubiera encomendado ni un simple recado y ahora tienen mi vida en sus manos.

La noche esconde nuestras intenciones, y el único ruido que se escucha es el de las olas romper contra nuestro casco. Al cambiar el rumbo lo hacen de otra manera, como si hubiéramos cambiado de mar, si estuviésemos en tierra diría que es como si tomásemos otra ruta.

Marco ha vuelto a su coy. No está curado, pero prefiere pasar los días y la fiebre entre sus hermanos de la costa. Ha sido Urki el que me ha explicado porque Sebastián está tan pendiente del herido.

-Es su heredero –sentencia Urki–. Sebastián, como Marco, tienen un acuerdo. Los piratas sabiendo de su destino incierto nombran heredero a su amigo, a su compadre, o simplemente a su compañero de desmadres. Ese pacto, les convierte en más que hermanos, les convierte en inseparables. Hasta el lecho de muerte ningún pirata, en su sano juicio, desvela donde guarda sus tesoros, y cuando lo hace, moribundo, no siempre interesa buscarlo –me sonríe maliciosamente-. ¿qué te voy a contar que tú no sepas?

Le hago un desaire. Miro el oscuro horizonte. Ni sé dónde íbamos, ni ahora sé dónde vamos, por mucho que intente disimular mirando a la distancia, como un marino que conoce las estrellas.

Taylor ha mandado a Navajas subir a la cofa con su catalejo. Me acerco al capitán mientras observa como el contramaestre baja por los obenques. Navajas vuelve a su puesto sin decir palabra. No voy a negar que espero una explicación, no a mí, espero una explicación al capitán, que me permita conocer nuestro nuevo destino. Es verdad que para mí todo esto es nuevo, pero los últimos acontecimientos me han desconcertado. Y es verdad, eso a nadie le importa, pero como el médico del barco, tengo derecho a saber algo más que la tripulación.

-Maldita sea –Taylor hace una de sus pausas–. Dime qué has

visto –le pregunta a Navajas–. No he recorrido medio mundo contigo para que ahora calles lo importante.

-Capitán, hemos hecho lo correcto –me mira y no dice nada más.

-¡Habla, perro sarnoso! –se diría que Taylor está perdiendo la paciencia–. Lo que tengas que decir, el doctor lo puede escuchar. Es tan de confianza como tú –sonrío con cierto placer.

-Creo que les hemos despistado. Eran piratas, pude ver su bandera, y su barco nos hubiera hecho trizas.

Taylor toca el hombro de Navajas, dándole las gracias en señal de confianza. Observa el oscuro horizonte, con la mirada perdida.

-Entonces… -vuelve a hacer una de sus pausas–. Si los que nos seguían eran piratas… -esta pausa me pone nervioso a mí-. ¿Dónde diablos se han metido los ingleses?

Capítulo CXVIII

Salgo de mi camarote y me desperezo disimuladamente. El cuarto es demasiado pequeño para hacerlo dentro. He dormido como un bendito, recuperar el catre ha sido mano de santo.

-Ahora lo difícil va a ser encontrar puerto –me dice Tiburón nada más verme en cubierta. Está amaneciendo–. Por estos mares hay muchas islas pero pocos puertos–. Creo que quiere entablar conversación. Debe pensar que conozco a donde nos dirigimos. Le miro y me encojo de hombros.

-No tengo ni idea de cuáles son los planes del capitán Taylor –digo para que no quede ni un ápice de duda al respecto, en voz alta, para que los demás también lo sepan. Mis voces hacen que Taylor se nos acerque. Parece que desde que nos echamos a la mar, el capitán lleva poniendo a prueba cada movimiento de Tiburón.

-¿Qué pasa? –parece más que vaya a resolver una riña que a contar nuestro nuevo rumbo–. Deberíais estar haciendo el trabajo que se os ha encomendado, y no cacarear como una vulgar gallina; que no os preocupe el rumbo. Vamos a mal puerto, pero si alguien nos vuelve a intentar interceptar, podremos despistarles con más tino. Tiburón, si sigues con esa indisciplina no tendré más remedio que dejarte un una isla –más que una amenaza ha sonado como una afirmación, así que el pirata recula y se marcha por donde ha venido. Por su cara, ya sabe de qué islas habla el capitán–. Doctor, acompáñame al camarote, tengo que hablar contigo.

Caminamos juntos en silencio hasta el camarote. En nuestro corto camino, Taylor ha aprovechado para dar más instrucciones a la tripulación, a los de la cofa, a los que están junto al palo de mesana, a los del palo de trinquete.

El habitáculo huele fatal, una mezcla de sudor, alcohol reseco y un hombre que su último baño no debe recordar cuando fue. Me acerco a una de las ventanas y la abro ligeramente, por lo menos que corra algo de corriente.

-Doctor, tienes que disculparme –se acerca junto al mapa *mercato*r–. En estos momentos, Tiburón piensa que vamos a ir a Malé, por las pistas que le he dado no creo que lo dude –sonríe maliciosamente–. Lo que no sé es como in-formará al barco pirata que iba a nuestra caza –se queda pen-sativo. No sé muy bien qué hago yo aquí, escuchando sus desvaríos.

-Y en Malé les daremos una sorpresa y los abordaremos nosotros –digo con ímpetu.

-No. doctor, no –hace una de sus pausas–. En Malé se nos quedarán esperando, nos buscaran por las miles de islas que tiene ese archipiélago, pensando que estamos escondidos en una de ellas, mientras nosotros vamos a las islas Bourbon. Es verdad que tardaremos unos días más, pero no voy a parar ni un instante para dar ventaja a ingleses o piratas que nos van a la zaga. La maniobra de distracción no solo ha sido para el barco que nos seguía, también era para nuestra tripulación. Después de lo que nos pasó en tierra, no me puedo fiar de nadie, bueno de ti sí –ese arranque de sinceridad me llega al alma.

-¿Y en las islas Bourbon está el tesoro de Levasseur?, cuando huíamos me dijiste que ya sabías donde encontrarlo –es pura curiosidad, no lo voy a negar.

-Querido amigo, en las islas Bourbon solo hay piratas enterrados. Allí, seguramente, encontraremos la pieza que nos falta para encontrar el tesoro, de eso sí que estoy convencido. Después de muchas cábalas, pienso que en ese puerto donde atracaremos tiene que estar la clave que nos falta.

Capítulo CXIX

Los días se suceden sin divisar un solo ápice de tierra. El capitán me ha informado que seguimos una ruta por donde evitamos pasar por cualquier isla habitada. “Si nadie nos ve, nadie sabe dónde estamos”. Me ha dicho en varias ocasiones estos días.

La única novedad ha sido el barco que hemos abordado. Pero ni siquiera han presentado algo de resistencia. Al vernos, simplemente sacaron la bandera blanca y apelaron a la benevolencia del capitán, que me ha reconocido en su camarote que en otros tiempos no hubiera dejado títere con cabeza y hubiera arramblado con todo lo que cupiese en el barco. Me ha reconocido que ya no es tan fiero como antes, y después de confesarse me ha amenazado con cortarme el cuello, si revelo una sola palabra de las que han salido por su boca.

El abordaje ha insuflado algo de ánimo a la tripulación, el día antes de nuestro fortuito encuentro se pelearon varios piratas por unas deudas de juego, y para esos días las botellas de ron empezaban a escasear, lo que pone muy nerviosos a estos lobos de mar.

Así que ahora nuestras bodegas están llenas de alimentos saqueados y un pequeño botín que los hombres se han repartido para poder seguir haciendo apuestas en las largas noches de navegación. Tiburón no ha vuelto a abrir la boca. Sabe que no pasa por un buen momento y prefiere pasar inadvertido. Y Urki, de vez en cuando deja boquiabiertos a algunos hombres con sus trucos de magia.

He escuchado a Tawy decirle al que hace las veces de cocinero y calafate que con este viento es posible que lleguemos a puerto esta misma noche. Mis huesos agradecerán una noche sin tanta humedad.

-¡Tierra! –gritan desde la cofa.

La mayoría nos asomamos con ese hilo de esperanza de encontrar una cama mullida y sin los vaivenes del barco. Todos sonreímos menos Navajas, que no sonríe nunca. Tawy me mira con ojos de ilusión.

-Cada vez estamos más cerca del tesoro, doctor –me dice al oído mientras yo le sonrío.

-Eso es verdad –le contesto ajustándome la camisa, como si ahora mismo fuera a desembarcar.

-Esta tarde llegaremos a puerto, ¡que ganas tengo de tomarme

una cerveza! –se confiesa Marco, que ya está casi recuperado.

-¡Caballeros! –Taylor reclama la atención de todos los que estamos en cubierta–. Esta noche atracaremos en Saint Denis, nuestra bandera holandesa hará que nadie nos pregunte de dónde venimos, ya que es un puerto muy recurrente en las grandes travesías. Os voy a pedir que nadie baje del navío. –Empiezan los cuchicheos. Nadie parece ya escuchar lo que tiene que decir el capitán–. Aguardad un momento –insiste dos veces más pidiendo silencio–. Tres hombres bajaran a tierra y os traerán lo que queráis… -hace una de sus pausas–… incluso mujeres –otra pausa–. Pero no muchas. Esta parada es solo estratégica.

Con lo de las mujeres ha convencido a toda la tripulación.

Capítulo CXX

Con los últimos rayos de sol entramos a la bahía. Apiñados alrededor de la bocana y amarrados, como el que deja un caballo a la entrada de su casa, hay docenas de barcos, bailando al mismo ritmo que las olas que los balancean.

-Ahora os voy a explicar que vamos a hacer –nos dice a los tres hombres elegidos para hacer los recados y a mí-. Id separados, que no sepan que sois de la misma tripulación. A la taberna que vayáis a por los encargos decid que habéis escuchado que Taylor ha vuelto a Batavia –mira a uno de ellos–… que Taylor murió ahorcado en Cochín al amanecer, que intentó escapar, pero lo cazaron como a una res –mira a otro–… que Taylor se ha escondido en Malé, en una de sus muchas islas –mira al último-. Y tú -ahora me mira a mí–, ven conmigo.

Nuestros abrigos, con las solapas levantadas y nuestros sombreros, hacen casi imposible que se nos vea la cara. Desembarcamos después de que lo hayan hecho nuestros hombres. En el puerto casi no hay un alma. No es hora de pescadores, ni de comerciantes, más bien es hora de maleantes y de piratas.

El puerto está lleno de tugurios, saben que son puerto de paso y se han convertido en una mercancía más. De todas las tabernas salen carcajadas y gritos, murmullos y bramidos, se distingue algún grito de mujer, a la que supongo habrán tocado el culo o algún pecho sin su consentimiento.

-Capitán, ¿qué quieres que hagamos? –la verdad es que los planes de Taylor se han convertido en una incógnita para todos, así que solo nos queda confiar y… confiar, es lo único que nos queda.

-Busco una taberna en concreto. Hace muchos años el Halcón y yo solíamos tomar un trago en ella. “El Gato Tuerto” se llama, aunque el ahorcado y yo la llamábamos “el gato muerto”. No la veo.

-Quizás esté cerrada. Estos negocios caen en desgracia con cierta facilidad –digo con algo de sorna. Las tabernas piratas no dejaban de ser antros de mala muerte.

-Estaba en una esquina –hace memoria mientras habla–, hacía esquina con otra posada, creo recordar que era la posada de “La isla del muerto”, lo del muerto era por el cansancio - intenta explicar el nombre de la posada como si fuera suya.

-Allí –señalo las dos tabernas de las que hemos estado hablando–, a dos cuadras de donde estamos –con el dedo le muestro

los roídos carteles que bailan al son de la brisa que sopla.

Nos acercamos con cierto sigilo. No conozco las intenciones de Taylor, pero visto lo visto, no espero que nos reciban con los brazos abiertos. Me asomo a la ventana. El humo de las pipas lo inunda casi todo. Taylor se asoma por el ventanuco. Busca a alguien, no sé a quién.

-¿Pasamos dentro? –pregunto retóricamente.

-No –sentencia rápidamente–. Entra tú solo. Pide una botella de ron y una pipa. Al posadero dile que quieres el tabaco especial que cultiva. Dile que quieres el tabaco que le pone a los amigos. Si te pregunta por mí, dile que he muerto, que unos indígenas me atraparon en el archipiélago de Chagos. Si el posadero sigue siendo Manín, sabrá de lo que estás hablando. ¿Me has entendido? –pregunta mientras yo asiento con la cabeza.

Capítulo CXXI

Entro a la posada con cierto recelo. Taylor se ha quedado mirándome por el ventanuco. Sabe perfectamente que el posadero es Manín, lo ve, como lo he visto yo antes de entrar. Solo espero que nadie me quiera pegar un tiro.

Me quito el sombrero y el gabán. Vuelvo a respirar aire sin olor a cuero mojado. Me acerco a la barra. El posadero no me ha quitado ojo de encima desde que he entrado. Una cara nueva siempre llama la atención, pienso.

-Posadero, una botella de ron y una pipa de ese tabaco especial que cultivas –digo con la seguridad de estar cubierto por un verdadero pirata desde la ventana.

-Hacía años que nadie me pedía mi tabaco. De hecho, ya no lo cultivo, vendí la tierra no hace mucho tiempo –me dice sin mirarme a la cara mientras con un trapo repasa la barra-. ¿Qué buscas? –cambia de tono para ponerse algo agresivo.

-Nada. Un amigo me dijo que cuando desembarcara en Saint Denis, viniera a esta taberna y pidiera ron y tabaco –soy un especialista en hacerme una víctima, creo que por esto me mandan a los sitios–. No hay maldad en mis actos, solo busco refugio donde me han recomendado buscarlo –parece que Manín se relaja.

De debajo de la barra saca una botella de ron, parece distinta a las que se ven en las otras mesas, de un arcón saca una pipa y la recarga con tabaco. Se enciende la pipa y me sonríe.

-No hay nada que más le molesta que yo me encienda la pipa –me mira un instante antes de mirar a todos lados buscando la trampa.

-Manín, yo solo quiero relajarme con algo de ron y una buena pipa –me descubro intencionadamente buscando complicidad.

-Hacía mucho tiempo que nadie me llamaba Manín –sonríe sabiendo que no soy trigo limpio–. Es sabido por todos que solo dos personas me llamaban Manín, uno de ellos murió ahorcado hace más de un año, el otro… al otro le perdí el rastro.

-Supongo que me hablas de Taylor, maldito loco -me hago el interesante–. Hay una frase en mi país que dice que “mala hierba nunca muere”; sin embargo, Taylor dicen que murió, no hace mucho, en el Archipiélago de Chagos. Nadie dura eternamente.

-Siéntate y disfruta del tabaco. Cerramos en una hora, así que tómatelo con calma –me dice mientras mira la sombra que se perfila por la ventana.

Capítulo CXXII

Me siento, esperando nuevas órdenes. Por lo que ha dicho el posadero, habrá que esperar a que cierre para poder hablar. Me tomo un trago mirando a la ventana, la sombra ha desaparecido. Fumo de la pipa. Realmente es el mejor tabaco que he probado en todo este viaje.

Se abre el portón. Entra un marino con la barba pelirroja, pero lleva el abrigo y el sombrero de Taylor. Conozco la furia de sus ojos. Debió tintarse la barba antes de salir del barco. La verdad es que ha entrado y no ha llamado la atención, ni siquiera la de Manín, que sigue a lo suyo.

Taylor viene directo a mi mesa. Coge un taburete de una de al lado sin pedir permiso. Nadie le dice nada, es demasiado corpulento, y el naranja de la barba confunde a cualquiera con un holandés. Bebe un trago largo de mi vaso de ron. Respira hondo, creo que algo le ronda la cabeza.

-Putas y señores, les presento mis respetos –Taylor se sube al taburete con voz de borracho, con la lengua de trapo–. Ando buscando el tesoro de un pirata que en la horca dejó su legado; hay un barco portugués que conoce el camino, ¿voy bien encaminado? – la verdad es que representa un papel cual actor de una comedia.

Nadie le hace mucho caso. Manín no le quita ojo de encima, pero no las tiene todas consigo.

-Borracho -alguien le grita desde el fondo de la taberna–. Todos andamos buscando lo mismo. ¿Qué sabes tú que nosotros no sabemos? Lo único que hemos aprendido en estos últimos meses es a desistir -se lamenta el marinero anónimo–. Muchos hemos buscado pistas, y hemos encontrado salitre.

-No me creo nada –parece que se ha bebido una caja de ron él solo–. *"Los palomos se guisan en la cazuela. Manteca, perejil, ajos, especia fina. Y así que estén mareados, se muele la asadura cocida. Con hilo o alambre están bien tensos, con miel y cuero lleva el ungüento. El olor del guiso sale de dentro…"* – recita Taylor.

-Ese engaño solo nos ha traído muerte –salta un espontáneo–. Cada vez que un pirata se pone a buscar el tesoro, acaba en el cadalso, bailando con Levasseur.

-Eso es mentira –otro pirata entra al trapo–. Taylor, compañero de correrías del ahorcado, sigue buscando el tesoro. –El capitán y yo le observamos con detenimiento–. Escaparon de Cochín, con la horca preparada para sus cuellos. Dicen que ahora buscará el tesoro

por estas tierras.

-¿Quién ha dicho eso? –Manín intenta zanjar la tertulia.

-Unos soldados ingleses -se justifica el pirata cargado de razón–. Antes de aquí tome unos tragos en el "Zascandil", no les han dado caza, pero creen que llegarán antes o después –su sinceridad nos estaba alimentando–. Ayer llegó un comodoro inglés pensando que los encontraría en este puerto. Es un inglés muy raro, está obsesionado con los piratas, dicen que fue él quien colgó a Levasseur –se explica–. De Taylor dicen que se escondió en las islas de Malé, pero los ingleses saben que el capitán morirá en la búsqueda del tesoro de su compadre.

-Taylor murió en el Archipiélago de Chagos –interrumpe Manín la lúcida intervención del "pirata que lo sabe todo".

-Yo he escuchado algo distinto –interviene Taylor con su voz de borracho-. Taylor murió devorado por una tribu caníbal en una isla remota camino de Saint Denis, sin embargo su espíritu se apareció a un barco portugués y le especificó donde estaba el tesoro –se traba de vez en cuando–. Por eso busco el navío portugués, ellos tienen la respuesta al enigma del ahorcado, se lo ha revelado Taylor volviendo de la tumba –dice Taylor tambaleándose como un borracho más.

Se hace un silencio. Algunos hombres toman sus sables, pagan sus deudas y se marchan. Taylor sonríe. Ahora todos tienen en la cabeza algún barco portugués, el último que vieron atracado, y si salen ahora, en dos jornadas le darán caza, y con ellos al tesoro del Levasseur. Taylor sonríe, mientras ve como la posada va quedando vacía.

Capítulo CXXIII

Manín y Taylor se dan un abrazo. La posada ha quedado desierta. Yo observo desde el ventanuco.

-Maldito loco –le increpa Manín, mientras le estrecha fuertemente–. Llevo meses escuchando cuentos sobre ti. Las noticias viajan más rápidas que los barcos. Los ingleses llegaron ayer. No se creen que no hayáis pasado por aquí. Han detenido a un par de infelices, para ver que saben. Al principio la gente se sorprendió. Casi todo el mundo que busca ese maldito tesoro pasa por esta isla del demonio, que digo esta isla, este puerto.

-Sabes muy bien que si yo pasaba por este puerto tenía que venir a verte –sentencia Taylor–. Y la persona que más sabe del rufián del ahorcado, eres tú. El problema es que esos piratas, tan jóvenes e inexpertos no conocen la historia, porque si no, alguno de ellos te hubiera rebanado el pescuezo intentando sacarte lo que sabes del tesoro–. dejo un instante de mirar por la ventana para verle de nuevo la cara a Manín, que sonríe maliciosamente.

-No creas, alguno lo ha intentado, pero pese a los años aún sigo recordando cómo se lucha y se salva la vida –Manín se jacta de su suerte, mientras sirve algo de ron–. ¡Por los viejos tiempos! –levanta su vaso y da un trago largo.

-Sabes lo que necesito. Confírmame que no estamos buscando unas baratijas y que lo bueno se lo gastó en mujeres y ron –Taylor está muy serio.

-Si tuviera unos años menos y las cicatrices no me dolieran tanto… -se lamenta Manín en voz alta–. Sabes que yo monté esta taberna y lo dejé todo, pero eso te lo puedo confirmar. Levasseur no se fiaba de nadie en esta isla, así que un día vino y me dijo que necesitaba a cinco hombres. ¿De confianza? Le pregunté. Me da igual, me contestó, ya sabes cómo era. Le conseguí los hombres en un par de días y marchó. Es cierto que a la semana volvió, pero él solo. No he vuelto a ver a ninguno de aquellos que zarparon con él. Me dijo que en las múltiples paradas los había ido dejando en distintos puertos. ¿Confirma eso lo que andas buscando? –le pregunta mientras Taylor sonríe.

-Cierra este antro y vente con nosotros –le dice Taylor en su tono paternalista.

-Los que debéis marcharos sois vosotros. Los ingleses no son tontos y sabrán que habéis atracado. Ese comodoro os tiene las mismas ganas que a Levasseur, claro, dicen que es el mismo Macrae

al que le hicimos mil perrerías y England lo dejó escapar –Manín sonríe pensando en los viejos tiempos–. Por cierto, el color pelirrojo te sienta fatal, pareces un vulgar holandés al que le ha dado demasiado el sol –Manín se acerca a Taylor y le vuelve a dar un abrazo–. Marcharos, encontrad ese tesoro y volved a bebéroslo a esta taberna –dice con cierta pesadumbre mientras Taylor me hace una seña para que salgamos de allí con cierto sigilo.

Capítulo CXXIV

De nuevo, ataviados con gabán y sombrero, para que nadie sea capaz de saber quiénes somos, volvemos a nuestro barco.

-Doctor, ahora ya tenemos lo que necesitábamos –se sincera el capitán.

-La verdad no he entendido muy bien la historia que nos han contado –con él no necesito disimular mi total desconocimiento de lo que nos llevamos entre manos.

-Eres un animal de agua dulce –me dice dándome un golpe en la espalda–. Lo que nos han confirmado es que el tesoro debe tener mucho valor, porque Levasseur no era capaz de cargarlo solo, por lo que necesitó a cinco hombres para transportarlo –si me mira no le veo los ojos, y él a mí tampoco–. Ese zorro debió prometerles una buena suma de dinero, pero cuando los hombres vieron el botín, muy posiblemente no estuvieron de acuerdo con sus honorarios, por lo que conociendo a ese halcón, los mató y así nadie sabría donde escondió el tesoro y se ahorraría pagarles –si Taylor me viera la expresión diría que tengo cara de tonto–. Silencio.

Se escucha ruido de botas, que pisan fuerte, para que se sepa por donde caminan, por el compás hasta yo sé que son soldados. Taylor me empuja suavemente a un lado. El primer inglés asoma por la esquina a paso firme, detrás de él tres hombres más en una extraña formación. Al final dos hombre hablan, son de distinto rango, se les nota en la vestimenta y en los andares.

-Se sabe que ayer salieron de puerto cinco barcos y llegaron dos. Ninguno se parece por las descripciones a la nave que buscamos –el de menos graduación le explica al mando, mientras pasan a nuestro lado como si no existiéramos. Y al verles, mi sorpresa es que el mando al que le explican es mismísimo Macrae, con cara de pocos amigos–. Los piratas que dimos caza, ese al que llaman Callado, cantó de lo lindo, dijo que los perdió, quizás decidieron volver, o cambiar de ruta. Los piratas son muy inestables, una mala borrachera y cambio de planes. Si su destino era Saint Denis, ya debieran estar aquí.

-Están aquí –le insiste Macrae mientras pasa a nuestro lado–. Puedo oler a esa rata a cientos de millas –se alejan sin ni siquiera percatarse de que estamos a su lado. Nadie se fija en dos hombres que salen de un tugurio en una mala barriada en Saint Denis, y menos un Comodoro, encantado de que esos hombres le hayan hecho hueco para no entorpecerle el paso.

No hablamos, volvemos a caminar como si no hubiera pasado nada, aunque para mis adentros sé perfectamente que Taylor sonríe de placer.

-Eran solo seis. Quizás tendríamos que haberles atacado –dice mirando al frente. Hace una de sus pausas y me mira–. O quizás no.

Capítulo CXXV

Taylor llega apresurado al barco dando órdenes. Tiene más información que nadie a bordo, y sabe de buena tinta que no tardaran en encontrarnos amarrados disfrutando de las mieles que ofrece estar varado.

-¡Todos a sus puestos! -Me da su abrigo, algunos hombres se ríen viéndole la barba tintada. Los acalla con una mirada-. ¡Subid el ancla, cargad los foques, izad las gavias, los juanetes, calad bien los masteleros, cazad fuerte la mayor! – grita ferozmente-. No hay tiempo que perder –dice en voz baja, casi resignado-. ¡Soltad amarras! -vuelve a decir fiero-. No podemos esperar a nadie –me mira para hacerme partícipe de esa decisión.

Nadie discute. Los que estaban bebiendo dejan sus licores a un lado, la única mujer que queda a bordo, con cierta pleitesía y unas monedas de más la lanzan al mar sin demasiados remordimientos. Mi cara de alarma hace que Tawy se me acerque con algo de complicidad.

-Estas mujeres saben latín -me mira y sonríe–, no creo que no sepan nadar –se justifica mientras se escucha como su cuerpo rompe el agua.

Nuestro barco zarpa sin dificultad. Se escucha en el puerto una voz de alarma. Algún soldado inglés de guardia al que no le levantamos sospechas cuando atracamos, ahora no le parecemos trigo limpio, da la voz de alarma y nos delata. Maldita sea, me digo a mí mismo. ¡Con lo bien que lo habíamos hecho!, me lamento.

Una andanada de disparos empiezan a silbar por cubierta. Nadie se inmuta. Observo a Navajas, parece el más tranquilo de todos, controla cada movimiento que hace la nave. Yo no quito ojo de encima a los soldados que nos disparan.

-No pierdas el tiempo mirando como disparan –me dice Navajas con cierta familiaridad–. A esta distancia esas balas ya no nos harían una herida. –Es cierto que en muy poco tiempo hemos salido y hemos cogido velocidad–. Estas aguas y estos vientos son aliados de los piratas… y de los amantes que tiene que salir huyendo –creo que eso último era una broma. Quizás nuestro periplo le haya hecho ver que soy uno de ellos.

No dejo de mirar a puerto, las palabras de Navajas me han tranquilizado, pero los ingleses están demostrando mucha tenacidad, y Navajas mucha confianza. Nos alejamos con rapidez, pero aun así les veo montar un pequeño cañón, incluso veo llegar a

la silueta del que parece el Comodoro Macrae. Sus aspavientos le delatan. Taylor con su catalejo también le observa. Otra vez sonríe maliciosamente. Me mira y levanta las cejas.

-No sabe el infeliz que estuvo a punto de encontrar la muerte –me grita desde su puesto.

Capítulo CXXVI

La noche vuelve a ser nuestra aliada para despistar a nuestros enemigos, y el viento nuestro mejor compañero de viaje. Las estrellas nos van guiando hacia un destino incierto, bueno, menos para Taylor y Navajas, que siempre van por delante de toda la tripulación.

El capitán, Navajas, Diente de Sable, todos han surcado estos mares desde hace años, conocen cada rincón, cada ensenada, cada puerto seguro. Conocen mejor que nadie las trampas que el mar siempre pone escondidas, no necesitan ni mapas, ni hacer cuentas.

Las pocas luces del puerto se van difuminando, se desvanecen primero convirtiéndose en reflejo, para después, simplemente desaparecer. Volvemos a estar a oscuras, viajando a buen ritmo, ahora sabiendo a ciencia cierta que los ingleses saldrán a darnos caza lo antes posible.

Tawy me vuelve a avisar de un conclave en el camarote de Taylor. De camino se me une Urki, que me mira y sonríe.

-¿Lo has pasado bien en tierra? –me pregunta con algo de malicia, mientras yo asiento con la cabeza-. ¿Tuviste miedo cuando Macrae pasó a vuestro lado?

-Maldito seas –digo sin pensarlo dos veces-. ¿Cómo demonios te has enterado? –no salgo de mi asombro.

-Sabes que yo siempre estoy allí –confiesa–. El jefe de mi tribu hizo un pacto con Taylor, debo cuidarle para que nuestra parte del tesoro llegue a nuestra isla.

-No creo que el capitán necesite una niñera –le resto importancia al trabajo que tiene encomendado, mientras le nace una enorme sonrisa.

-En eso estoy de acuerdo, por eso Taylor nos encomendó que te protegiéramos a ti, que sí lo ibas a necesitar –no sé si sentirme orgulloso o asustado.

Enmudezco. No tengo nada que decir, solo pienso en todas las historias que he vivido, y en todas las veces que Urki me ha sacado del atolladero.

-No han sido tantas –digo en voz alta cuando vuelvo de mis pensamientos.

Entramos en el camarote de Taylor, esta vez sí ha venido Dientes de Sable, que mira por la ventana con un vaso de ron en la mano, como si con él no fuera la cosa. Un pequeño candil alumbra a malas penas un mapa de Madagascar del que Taylor, Tiburón y Tawy no

levantan sus ojos.

Capítulo CXXVII

Los siete estamos callados. No sé los demás, yo espero instrucciones.

-Si pensamos como ese rufián de Levasseur, sabremos dónde escondió el tesoro –Tiburón rompe el silencio, Taylor le da una palmada en la espalda y le chista para que vuelva el mutismo.

Urki y yo nos miramos con indiferencia. No nos acercamos al mapa, ya hay demasiados ojos puestos en él, así que me acerco a la mesa y pongo dos rones, le doy el suyo a Urki y doy un pequeño sorbo al mío, no me acostumbro a esos tragos largos que dan los piratas y se quedan tan campantes.

-Urki, ¿cuántas millas podría recorrer una yola, como mucho un esquife, en tres jornadas? –ahora es Taylor el que rompe la calma. Urki pone cara de estar calculando.

-A las tres jornadas hay que sumarle la pericia de ese bribón, que era mucha –Navajas está muy hablador. Urki sigue a lo suyo, se acerca al *mercator*. Los tres le dejan sitio, esperando la ansiada respuesta. Se vuelve a hacer un tenso silencio.

-Hay muchos puertos en los que parar en tres jornadas –Urki señala muchos puntos del mapa.

-¿Y cómo sabes que se detuvo en la tercera jornada, y no en la cuarta, o en la primera? –Tiburón mira al capitán pidiéndole una explicación.

-Manín dijo que en una semana volvió a puerto -se explica Taylor con algo de desgana–. Tres jornadas para navegar, una para esconder el tesoro y tres para volver…

-Yo nunca he escondido ningún botín a más de dos días de distancia –le interrumpe Tiburón–. Si la gana aprieta, no dejo más de dos jornadas y mis hombres hacen lo mismo. No está escrito en ninguna ley, pero un tesoro escondido tan lejos no te vale para nada. Tres jornadas, si pillas tormenta, o malos vientos, se pueden hacer eternas –intenta dar sentido a donde buscar en el mapa.

-Me has convencido, Tiburón -habla por primera vez Dientes de Sable sin dejar de mirar por la ventana–. Busquemos a tres jornadas de distancia. Ese perro era muchas cosas, pero listo lo que más. Cualquier pirata buscaría a dos jornadas, nunca a más.

Ahora son cuatro los que miran el *mercator* ensimismados.

-Doctor, recita el acertijo - me dice Taylor-, quizás nos ayude a descubrir donde atracó.

-“*Los palomos se guisan en la cazuela* –recito de memoria-.

Manteca, perejil, ajos, especia fina. Y así que estén mareados, se muele la asadura cocida. Con hilo o alambre están bien tensos, con miel y cuero lleva el ungüento. El olor del guiso sale de dentro. A una noche de este encuentro, hacia el este a paso firme, un árbol de gran copa nos recibe. La brisa del mar abraza, pero al océano una montaña lo tapa. Entre la maleza una gruta, en la oscuridad una trampa. Un barco con velas blancas espera con el tesoro, cuando la marea baja, se abre la cueva y se levan anclas".

Capítulo CXXVIII

Parece que no llegan a un acuerdo. Taylor y Tiburón se han enzarzado en una discusión sobre nuestro destino. Es cierto que soplan muchos vientos, lo que también propicia que uno pueda tomar distintas direcciones. ¿Y el acertijo?, ¿a quién le importa? Al fin y al cabo es imposible saber a qué se refiere el ahorcado.

Lo he repetido varias veces, hasta que se han cansado de escucharme y han vuelto a lo suyo. Me acerco a Dientes de Sable. Sigue mirando el oscuro horizonte sin inmutarse, bebiendo su ron, esperando a que los grandes navegantes lleguen a una conclusión.

Me mira y me señala un punto indeterminado. La noche se ha ido nublando y soplan fuertes ráfagas de viento, las mismas que nos ayudaron a salir rápido de puerto y que ahora nos traen otras sorpresas. Por la ventana se ciernen negros nubarrones, y de cuando en cuando, un relámpago anuncia la proximidad de una tormenta, que nos persigue, como lo hacen los ingleses.

-La noche va a ser movida –me confiesa en voz baja tras darle un trago largo a su ron–. La tormenta es más rápida que nuestra nave –hace una pausa que me recuerda a las de Taylor–. Ahora, no hay mal que por bien no venga. La mala mar retrasará a los ingleses más de lo que podíamos esperar.

Vuelve a callar, mientras los rayos cada vez son más incesantes y las nubes se nos acercan cada vez más raudas. Volvemos a escuchar solo la discusión de Taylor y Tiburón. Dientes de Sable les mira. Deja el vaso apoyado en la mesa dando un golpe que no distrae a los dos piratas de sus gritos. Se acerca a ellos, les arranca el mapa de las manos y con un lapicero marca dos puntos.

-Callaos de una vez. Parecéis dos rameras peleando por un mismo cliente –les increpa con fiereza–. Eligiendo bien el viento, en tres jornadas hubiera llegado hasta aquí. La isla de Saint Marie. Y cometiendo algún error, que es fácil hacerlo según la época del año en el que lo hizo, hubiera atracado aquí, en el puerto de Tamatave. En cualquiera de los dos, unos piratas pasarían inadvertidos. La isla porque solo es refugio de piratas viejos y en otro tiempo lugar donde esconder alhajas, pero ahora, según tengo entendido, viven veinte familias y poco más. El puerto de Tamatave es otra cosa. Los europeos han puesto balanzas y ahora parece que es parada obligatoria para marinos y piratas que buscan el anonimato antes de emprender de nuevo su marcha. –Los dos se quedan callados, parece que están estupefactos. Ninguno de los dos había caído en

que la propuesta de Dientes de Sable era la más lógica de todas las que se habían dicho, o gritado.

-Yo lo había pensado, pero no lo había dicho –rompe el silencio Taylor con algo de picardía, lo que hace que los tres rompan a reír, mientras Tawy, Navajas, Urki y yo, nos miramos algo extrañados sin entender nada–. Navajas, rumbo a Tamatave, no perdamos ni un instante más – Navajas sale disparado a cumplir las órdenes-. El Halcón le llamaban, y el muy bribón escondió su tesoro en un lugar atestado de piratas, la verdad es que delante de todo el mundo, no levanta ninguna sospecha –hace una de sus pausas–. Lo peor es que ya tenemos destino, ahora nos falta saber por dónde empezar a buscar.

Capítulo CXXIX

Taylor pide que salgamos de su camarote, a todos menos a mí. Llevamos mucho tiempo analizando las palabras de Levasseur e imagino que querrá hablar de eso. La tormenta ya nos ha alcanzado.

-Doctor, ahora es cuando hay que encontrar una aguja en un pajar –me sonríe esperando que yo diga algo inteligente.

-Eso es verdad. El problema que yo veo es que llegamos a puerto y… ¿qué hacemos? También llevamos detrás a los ingleses, cosa que complica mucho las cosas –no soy el más optimista del mundo, no lo voy a negar–. En cuanto pisemos puerto, los ingleses sabrán que estamos allí, los piratas que buscamos el tesoro, y…

-Vale, chico, te he entendido a la primera. La parada de Tamatave es más táctica que lógica –me temo que Taylor trama algo y quiere que sea su cómplice–. Necesito que seas tú el que convenza a la gente de que claramente el acertijo está hablando de las montañas que hay en el interior de Tamatave. De hecho, las montañas que hay detrás de ese puerto puedes decir que parecen un ave, los palomos. A partir de ahí, necesito de tu inventiva para que todo salga bien.

Yo simplemente asiento con la cabeza. ¿Para qué preguntar?, me digo una y otra vez. Lo que le pasa por la cabeza a este hombre, solo lo sabe él, y como mucho Navajas. Salgo del camarote con mi labor asignada. Llueve, así que la mayoría de hombres, salvo los que están de guardia, descansan en sus coyes.

El viento arranca espuma blanca de las aguas contra la quilla; la lluvia azota la cubierta como si lo hiciera un fiero contramaestre con un látigo de tres púas contra la espalda de un insurrecto. Retumba el trueno y los rayos iluminan la escena. Es una noche perfecta para que yo les cuente a los hombres la historia que me han encomendado.

-Es difícil dormir cuando ruge la tormenta -digo en voz alta para llamar la atención, no con mucho éxito–. Supongo que ya os habrán puesto al día sobre nuestro destino –esto parece que sí que les importa más. La mayoría se acercan a mí con algo de reticencia, pero ¿qué remedio les queda si quieren saber hacia dónde vamos?–. Todo hace indicar que el tesoro del ahorcado está muy cerca del puerto de Tamatave –bajo la voz para parecer más interesante.

-¿Dónde ha dicho? –se escucha desde el fondo.

-Tamatave –le grita un pirata que está a mi lado, al que con una mirada le pregunto si me da permiso para continuar mi historia. El

filibustero asiente con la cabeza…

Capítulo CXXX

Continuo mi alocución, he escuchado miles de historias, así que empiezo a contar con el tono que se relatan las grandes gestas.

-Después de mucho tiempo hemos solucionado el acertijo –todos me miran atentos–. Parece que Levasseur escondió el tesoro detrás de sus montañas. Taylor me ha comentado que unos cuantos hombres irán de avanzadilla para determinar el punto exacto donde se encuentra. El camino, por lo que hemos descubierto del acertijo no está falto de peligros, por eso nada más atracar esos hombres tendrán que tomar los serpenteantes veredas empedradas que conducen a las colinas, caminaran hasta que dejen de llamarse caminos y se conviertan en sendas de tierra, y los civilizados ruidos de carros y carretas, los gritos que salen de las tabernas y el cuchicheo que se escucha en las puertas de las iglesias sean sustituidos por el cacarear de gallinas cluecas a su paso y el gorjeo de las palomas que hacen al posarse…

-Los palomos… ahí están los palomos del acertijo – me vuelve a interrumpir el marino que tengo al lado.

-Pero hay que continuar el camino –retomo la historia-. Habrá que atravesar las haciendas que encontraremos por esas sendas y entonces nos llegará el aroma de los cerdos salvajes que se asan en espetones sobre fuegos de leña junto a las cabañas. ¿Y qué se le pone al cerdo en su cuero? Miel. No me interrumpas –increpo al marinero de mi costado–. Una vez allí, sabremos que hemos llegado al inicio de nuestra aventura… el problema que cree que hay Taylor es que pocos hombres querrán ser esa avanzadilla –los marinos murmuran entre ellos.

-¿Y dónde está la rata? –preguntan desde el fondo.

-No te entiendo –me disculpo.

-La rata, ¿dónde está la trampa? Esa travesía es muy sencilla, hasta los mozos podrían hacerla sin complicaciones, en algún lado debe estar la rata escondida –se afana el del fondo en que se le escuche claro.

-Es cierto que hay una rata –intento sincerarme, aunque sé que miento–. Levasseur no lo puso fácil, eso lo sabíamos desde que zarpamos en busca de este tesoro. Parece que el acertijo debe esconder el peligro. Taylor sabe que seis hombres fueron a dejarlo y solo volvió uno de ellos. Pero de esto hace mucho tiempo. Hoy los piratas se casan con las hijas de las tribus locales, incluso ya no se ven como enemigos. Rata, hay rata. No sabemos en cuanto uno se

interna en las montañas lo que se va a encontrar, pero lo que es seguro, es que hallará el tesoro del ahorcado. Los ingleses piensan que hemos muerto en Malé, solo tenemos que pintar un nuevo nombre a nuestra nave. Yo propongo bautizarla como el *Sunshine*, nadie espera que unos piratas naveguen en un barco con ese nombre –esto último despierta algunas carcajadas.

-Yo quiero ser el capitán de la avanzadilla. –Tiburón rompe su silencio–. Conozco a Taylor. Sé que en esta historia hay una rata, pero estoy convencido de que el tesoro está en Tamatave y en su despacho así lo he defendido –su justificación, o su osadía, me deja sin aliento. Varios hombres le juran fidelidad y serán su equipo para llevar a cabo la misión que me ha tocado relatar.

La lluvia pierde fuerza. Al terminar con los hermanos, vuelvo al camarote del capitán. Le explico lo que ha sucedido. Taylor solo ha sonreído y se ha vuelto a acostar. ¡Mañana será un gran día!, me ha dicho antes de soplar la vela del único candil que permanecía encendido.

Capítulo CXXXI

Una insignificante claridad comienza a anunciarse por la amura de babor. Los primeros rayos de sol anuncian que la tormenta solo deseaba entorpecer la caza de los ingleses.

Nos quedan dos jornadas para llegar a nuestro puerto. Desde la cofa ya nos han advertido que los ingleses nos siguen el rastro, y que aunque no dejan de ser un punto negro en el horizonte no pierden esa situación.

La velocidad también dificulta que nuestro hombre pinte el nuevo nombre del barco. Taylor, a primera hora ha llamado a Tiburón a su camarote. Imagino que le estará dando instrucciones, que elija a los mejores hombres, que se lleve los víveres que necesite. Lo imagino, porque cuando sale del camarín parece hinchado, exageradamente lleno de seguridad. Se me acerca con ciertas ínfulas.

-Tras escucharte anoche -parece muy seguro de sí mismo–, le he pedido al capitán Taylor que vinieras con nosotros de avanzadilla. No me ha dejado proponerte en mi equipo. Sé que has sido uno de los más entusiastas a la hora de buscar este tesoro y quiero que sepas que si lo encontramos, quien te habrá privado de ese placer habrá sido el capitán –por su tono, intenta ponerme en contra de Taylor.

-No importa, Tiburón, no soy una gran compañía si aparecen las ratas por las que me preguntaban anoche –me resto importancia consciente de mis debilidades.

-Sabes que siendo yo el encargado de la misión, tenéis la certeza de que no os dejaremos abandonados. –Su cara de codicia me hace entender la jugada de Taylor, claramente quiere quitarse de encima a Tiburón, creo que no le ha perdonado que su mejor amigo, Callado, les haya traicionado. Le sonrío dándole mi aprobación, mi actitud intenta demostrarle que me hubiera encantado acompañarles, pero que me debo al capitán.

-Hemos hecho muchas cosas juntos -me justifico. Por su cara necesita que le regale los oídos–. Sabes que daría un brazo por ser el primero en encontrar el tesoro –en eso no miento–. Pero a Taylor le gusta tenerme cerca, creo que está mayor y espera que le dé algún achaque, por eso quiere un médico próximo a él -sonrío con la misma malicia que he aprendido viendo las caras de mis compañeros de viaje–. Convendrás conmigo en que el capitán no está para muchos trotes –entiendo perfectamente porque Taylor no

se fía de Tiburón, intenta ponerme en su contra.

Capítulo CXXXII

Nosotros no nos hemos equivocado con los vientos. En dos jornadas avistamos puerto. Los tiempos muertos me han dado mucho que pensar, entre otras cosas, porque subestimar a un pirata que fue capaz de esconder su tesoro, trazar un acertijo imposible y pensar que se equivocó con los vientos para llegar a un puerto infectado de piratas. También he pensado que yo no soy capitán, ni Tiburón, ni Navajas. O sea, que fue capaz de engañar a otros piratas para que lo acompañaran, fue capaz de esconder el mayor tesoro que se ha descrito en estos tiempos, pero atracó en Tamatave porque se equivocó con los vientos, que son muy traicioneros.

Le he dado vueltas toda la noche. Creo que la única alma cándida en toda esta historia es Tiburón. Pero no seré yo quien se lo diga, al fin y al cabo, en su ambición, hasta ha intentado que me pasara de bando.

No se puede negar que Taylor le tiene atravesado desde que salimos cortando de Cochín, pero ¿qué le espera en las montañas de Tamatave?, me ronda en la cabeza. Observo a Taylor junto a Navajas. Nuestro destino está en sus manos, y lo peor de todo es que toda la tripulación sabe que el tesoro está cerca.

Me acerco al capitán, que me mira con cierta anuencia. Antes de que pueda articular palabra me interrumpe.

-¿Qué quieres preguntar, doctor? –me dice con su voz paternalista-, ¿qué te preocupa?

-Creo que he entendido lo que vamos a hacer en Tamatave –me confieso, esperando no sé muy bien qué.

-Nuestros mejores hombres van a encontrar el tesoro del ahorcado. Se lo dejaste muy claro a la tripulación. He tenido que hacer una selección de hombres de tantos que se habían apuntado –sonríe mirando a Navajas.

-Pero el tesoro no está allí –le digo en voz baja, para que nadie me oiga.

-No podemos descartar ningún puerto… –no me va a decir la verdad ni a tiros.

-Lo he estado pensando… -le interrumpo.

-Doctor, no estás para pensar, para eso están los capitanes. Tenemos la intuición de que el tesoro puede estar en ese puerto, y no vamos a perder ocasión de buscarlo –sentencia dando por finalizada la conversación.

-¡Tierra! –la cofa no me deja otra opción que callarme.

Capítulo CXXXIII

Taylor ha dado orden de no entrar a puerto. Pese haber pintado el nuevo nombre a nuestro barco, apestamos a piratas a la legua. Los hombres ya están listos, los botes también. El capitán se les acerca para arengarles.

-Tiburón, te llevas lo más granado de esta tripulación –Taylor está encantado de que se haya hecho cargo a motu propio de la misión, se ha ahorrado el nombrarlo–. Deposito en vosotros la confianza, no solo mía, sino la de toda la tripulación, que espera con ansias noticias vuestras, de que habéis encontrado el tesoro del ahorcado. No entramos a puerto para que podáis manejaros mejor por la ciudad. Os aguardaremos a dos millas de aquí, en una pequeña ensenada donde estaremos a salvo de ingleses y curiosos. No sé lo que os espera, pero si la fortuna nos sonríe, tendremos buena bebida, buenas mujeres y un retiro más dorado que las piezas que encontréis del tesoro.

-Capitán, espero cumplir las expectativas que habéis puesto en nosotros. –A Tiburón, esta empresa, le sabe a cuerno quemado, pues no se fía de nadie–. Si todo va según nuestros planes, en tres jornadas sabréis que ha sido de nosotros, os daremos cuenta de todo lo que descubramos.

Dejan caer la yola al mar y los hombres bajan con rapidez. El mar está algo enrabietado, pero estos piratas saben pelear para llegar sanos a puerto. Los que no han podido acompañarles les miran con recelo. Me acerco a Taylor. Mis ojos intentan trasmitirle mi desacuerdo y mi enfado.

-¿Qué? –me dice Taylor insolente–. Desde Cochín dejé de confiar en Tiburón. Mejor esto que dejarlo en una isla con una pistola con un solo tiro –cambio el rictus–. Para cuando se den cuenta de que no van a encontrar nada, nosotros ya estaremos borrachos disfrutando del botín. ¡Navajas, subid el ancla! ¡Rumbo a Saint Marie!

Me quedo con un regusto amargo. Pienso que en cualquier momento, lo mismo que ha hecho con Tiburón, puede hacerlo conmigo.

-¡Barco a la vista! –gritan ahora desde la cofa. Malas noticias.

Capítulo CXXXIV

Sin duda son los ingleses. La cara de Taylor, mirando por su catalejo, indica inequívocamente que tenemos que reaccionar rápidamente. El velamen empieza a hacer su trabajo. Tomamos velocidad.

-¿A cuánto estamos de la isla? –le pregunta Taylor a Navajas.

-A una jornada, con este viento puede que antes –Navajas habla mientras observa como las velas cogen aire.

-¿A cuánto están los ingleses de nosotros? –vuelve a preguntar.

-A los nudos que van es posible que nos den caza en media jornada.

-No les demos ese placer –me mira buscando complicidad–. Vamos a la isla, desde allí podremos defendernos mejor. ¿Y Tawy? –me pregunta.

-Ahora le busco –le digo mientras salgo corriendo hacia la santabárbara.

No es difícil encontrarle, así que en un santiamén estamos los cuatro junto al timón. Taylor tiene claro que entraremos en combate. Sus órdenes son precisas y claras. Los cañones deben estar listos para ser los primeros en disparar, pero todo el plan se supedita a que lleguemos a la isla antes de que Macrae nos dé caza. Nuestro barco es rápido, eso es innegable, y por su quilla puede fondear en aguas poco profundas, a diferencia de la nave inglesa, que si se acerca mucho a la isla puede quedar encallado. Nos asigna a cada uno una función, con la misma precisión que tenían mis mentores cuando nos enseñaban a intervenir a un enfermo.

Tawy avisa a los hombres encargados, que se preparen en las cofas de combate. Sin descuidar que la nave no pierda velocidad se traen las balas del pañol de municiones. Otros hombres recogen y guardan las mesas y mamparos y se estiran los coyes.

Busco mi espacio. Me dejan bajo cubierta, en el interior de la chupeta. Parece que yo tengo la única mesa que hay en pie en todo el barco. Esparzo un saco de serrín y algo de arena por los alrededores. Un pirata me ha traído mi maletín. Antes de que se marche le pido agua, bastante agua. Desenrollo mis cuchillos y las sondas mientras observo cómo se balancea el farolillo y repiquetean las botellas con ungüentos y soluciones.

Vuelvo a salir a cubierta. La actividad es frenética, y lo único que podemos hacer es esperar.

Capítulo CXXXV

Ya se han cargado los cañones. Varios hombres han subido al puente balas y granadas de mano, fusiles, hachas y sables de abordaje. El tiempo pasa despacio, las esperas siempre son así, tediosas y llenas de ansiedad. Aquel punto negro nos ha ganado posiciones, y ya podemos distinguir bien hasta su flamante bandera inglesa.

Taylor, como en otras ocasiones, parece participar de la incertidumbre de sus hombres. Paseaba de popa a proa con paso alterado, escrutando la inmensa extensión de agua, mirando con el catalejo a la nave inglesa y a nuestro horizonte, con la esperanza de que la isla aparezca de un momento a otro. Cuando no está con el catalejo aprieta con rabia la empuñadura de su alfanje.

Se me acerca Dientes de Sable. Trae ajos.

-Frótatelos por el cuerpo –me dice convencido. Entiendo que él ya lo ha hecho porque apesta. Le miro algo confuso–. El ajo ahuyenta a los proyectiles –me deja unos cuantos en la mano y se marcha.

Taylor me ofrece su catalejo. Pese a la distancia distingo al comodoro Macrae, que también nos observa desde su posición. Le veo hacer aspavientos, dando órdenes, exactamente igual que hace Taylor aquí.

-Estamos muy cerca de la isla –me tranquiliza, o quizás me lo dice para sosegarse él–. Para cuando tengamos que entrar en combate nuestra posición será privilegiada. En la isla hay una pequeña bahía, hace muchos años se utilizaba para sorprender al enemigo. En el momento en el que intenten venir a por nosotros estarán perdidos –se jacta–. El problema es que primero hay que llegar a la isla, si no se van a complicar mucho las cosas. Tú ponte a buen recaudo –me dice cogiéndome del brazo fuertemente–. No te veo luchando contra los ingleses. Junto a Urki estarás a salvo.

-Como mucho en una hora se nos echaran encima –nos interrumpe Navajas.

-¿Cuánto queda para la isla? –pregunta con tono grave.

-¡Tierra! –gritan desde la cofa.

-Antes de llegar a la bahía nos darán caza capitán –se sincera Navajas.

Capítulo CXXXVI

Por las palabras de Taylor entiendo que en mar abierto tenemos pocas posibilidades. Es la primera vez que me enfrento a la muerte de forma tan consciente. No estoy nervioso. Bueno si lo estoy, pero no por el más que probable destino, sino por la forma de afrontar la lucha para salir victoriosos.

Taylor vuelve de la santabárbara. Sonríe complacido por lo que entiendo que le ha gustado lo que ha visto.

-Cambio de planes –me mira y se sonríe–. Vamos a despistarles. Que empiece el juego. ¡Sacad las balizas de paja!

Así lo hacen los hombres. Lanzamos tres balizas, bien empapadas de aceite y pólvora, que al incendiarse generan una densa humareda que despista a los artilleros y dificulta la visión de los ingleses. Taylor ha utilizado esta técnica mil veces.

-¡Echad el ancla! vuelve a gritar el capitán, mientras se le escapa una mirada a lo cerca que ya estamos de la isla–. Les esperaremos aquí. Eso sí que no se lo esperan.

Taylor llama a unos hombres en cubierta. Los manda al pañol de la pólvora, para que lleven las municiones hasta la boca de la escotilla. El que dispara primero, dispara dos veces repite cada dos frases que pronuncia. A otros les indica que quiere municionar las chilleras, que hagan depósitos de balas, palanquetas y metralla. Todos se arman hasta los dientes.

Urki se pone a mi lado. Lleva varios cinturones, y en cada uno de ellos lleva cuchillos, un hacha y una pistola.

-Deberías coger un arma –me dice con razón–. Coge un alfanje –me da el suyo.

-Creo que yo estaré en mi enfermería, atendiendo a los heridos –le digo mientras me la pongo en mi cinturón.

-¿Y cómo llegaran los heridos a tu puesto? –pregunta maliciosamente–. No te separes de mi lado.

La nube de humo casi oculta hasta la luz del sol. Es irrespirable. Mientras los hombres se van poniendo en sus posiciones. Se cierra la escotilla del pañol de la pólvora. Todos quedan como estatuas, conteniendo la respiración. Esperando el momento para entrar en combate.

Capítulo CXXXVII

El bauprés de los ingleses asoma tras la cortina de humo. Nuestro barco está en un silencio sepulcral. En el navío del Comodoro se escuchan algunas toses de los que han respirado el endemoniado humo.

-¡Fuego! –escuchamos gritar a Taylor.

Nuestra primera andanada no se la esperan tan pronto. Esta vez es el humo de los cañones el que no nos deja ver si les hemos alcanzado. ¡Toquen a generala! Se escucha entre los crujidos de la herida madera inglesa. Se escucha el redoble del tambor.

-¡Fuego! –volvemos a escuchar a Taylor.

A lo que otra andanada vuelve a silbar, tras el relámpago que producen nuestros cañones al disparar. Empiezan a escucharse gritos, algún gemido de dolor, por lo poco que puedo ver les hemos destrozado una zona de cañones, levantando el casco y dejando al barco casi herido de muerte.

Veo brillar una luz un instante. Suena un cañonazo a corta distancia. La respuesta de los ingleses no se ha hecho esperar. Desde mi puesto no puedo saber si hay heridos, aunque el olor metálico de la sangre empieza a impregnar el ambiente.

-¡Fuego! –escuchamos rugir a Taylor.

Y en ese mismo instante nuestro barco se estremece, se zarandea de un lado al otro; veo las primeras llamas y humo. Las balas de cañón brotan de los costados de los dos barcos a la vez.

El caos impera. Taylor levanta el brazo y unos hombres lanzan los ganchos para abordar. Algunos piratas ya han saltado por el agujero que les hemos hecho por la zona de los cañones.

-¡Al abordaje! –grita un Taylor con la voz casi rota, mientras casi toda la tripulación sale en tropel de sus escondrijos, como ratas huyen del fuego, blandiendo sus armas como un preciado botín, como si hoy fuera, el último día de su vida.

Capítulo CXXXVIII

Pese al factor sorpresa, los ingleses responden bien a nuestro ataque, en vez de amilanarse, el comodoro Macrae les da instrucciones y recibe a los osados piratas desde la cubierta como un soldado más.

La batalla es cruenta. Urki y yo estamos junto a Taylor, observando cómo se van desarrollando los acontecimientos. Nos superan en número, pero no en fiereza. Vemos a unos morir, a otros retroceder espantados, pero no ceden en su empeño.

Por la cara de Taylor, intuyo que no nos va muy bien. Navajas coge su alfanje y una pistola. El capitán hace lo mismo.

-Necesito que os quedéis aquí –nos dice sonriendo–. Necesito dejar mi barco en buenas manos. Defended vuestra posición con uñas y dientes, aunque no será necesario. ¡Tawy, espera mi señal! –le grita ya cogido a uno de los ganchos–. Ni se te ocurra encontrar el tesoro sin mí –me grita–. Vuelvo enseguida –nos dice mientras se desliza por la cuerda a la cubierta del otro barco.

Macrae y Taylor se encuentran nada más caer en la cubierta del barco, yo diría más bien que se estaban buscando. El repique del acero resuena por todo el barco. Los dos destilan cuentas pendientes. Se empujan mutuamente hacia atrás. Entrechocan una y otra vez sus alfanjes, cada vez más deprisa mientras que se mueven por toda la cubierta como si estuvieran ellos solos.

Macrae es más ágil. Le ha herido en un brazo con una hábil estocada. Taylor sujeta su espada con las dos manos, la levanta y la agita como una guadaña ante el rostro de su oponente. En un instante busca a Tawy con la mirada. Sonríe y grita de furia y su espada silba al cortar el aire.

Tawy sale corriendo, como alma que lleva el diablo. En un instante, nuestro barco se envuelve en un manto de llamas. No nos da tiempo a nada, solo a saltar del barco con el impulso de la pólvora que contenía la santabárbara.

Capítulo CXXXIX

Abro los ojos en un dormitorio extraño. Me duele todo el cuerpo. Tengo cortes en brazos y piernas, nada grave por lo que puedo observar. Escucho voces. Son desconocidas para mí.

-¡Verónica! Dile al indio que traiga más leña, la lumbre se va a apagar –le recrimina lo que parece la voz de una madre a una hija.

-Mamá, se lo dije esta mañana, pero creo que no entiende el cristiano –se justifica la hija.

Me levanto a duras penas. Cojeo de una pierna, donde tengo la herida más grande. Salgo a duras penas de la habitación.

-Ya se ha despertado el náufrago –vuelve a gritar la madre.

-Hola –es lo único que se me ocurre decir.

-Deberías volver a la cama –se comporta como una madre–. Llevas dos días durmiendo. Vuelve a la cama. A la hora de comer, yo te despertaré, no te preocupes –me dice mientras me acompaña de nuevo al cuarto y me ayuda a acostarme. Me duermo otra vez.

Mis tripas y dos días sin comer me despiertan de nuevo. Han debido pasar varias horas. Se escucha algo más de jaleo en la cocina. Intento de levantarme de nuevo.

La mesa ya está preparada. Huele de maravilla o es el hambre. La madre me recibe con los brazos abiertos.

-No tenías muy preocupada –me indica que me siente junto a ella–. Gracias al indio que te salvó estas aquí. Bienvenido a la playa de los náufragos.

-¿Cómo? –no entiendo nada.

-Estamos en la playa de los náufragos, en la isla de Saint Marie. Las corrientes del mar hacen que si se hunde un barco, los supervivientes y los que no los son, lleguen a esta playa. Llevamos enterrando hombres dos días. Creo que eres el único superviviente… y de milagro, porque te encontró el indio. No me digas de qué bando eres –sonríe–. Aunque por tus pintas creo que lo sé. Por esta isla he visto pasar a muchos piratas, creo que ya los huelo.

-Huele muy bien. –Mis tripas me delatan.

-¡Verónica! Dile al indio que venga. ¡Vamos a comer!

Verónica no tendrá más de quince años, tiene el pelo negro y lacio. Me mira y sonríe. El indio… el indio es Urki. Ahora el que sonríe soy yo. Los cuatro nos sentamos a comer.

-Está buenísimo –digo con la boca llena-. ¿Qué es?

-Palomo guisado. Los piratas mandaban tantas palomas

mensajeras que al final me decidí a poner un nido de aves, ahora cuando hay hambre comemos palomo –se justifica la madre.

En un primer momento no lo pienso. El silencio mientras comemos y que Urki no me quita ojo de encima y me hace señas para que mire el plato me hace caer en la cuenta. Me como toda la comida.

-¿Puedo repetir? –pregunto antes de decir nada. La madre me llena el plato con su cucharon-. No se alarmen –digo tras saborear otra vez el guiso. Como todas las mujeres sensatas, en cuanto escuchan que no deben alarmarse, se sienten poseídas por el pánico y ambas dejan de comer-. ¿Conocen el acertijo de Levasseur?

-No –responden al unísono-. ¿Quién es Levasseur? –pregunta la madre.

-Fue un pirata muy conocido en estos mares. Pero no me puedo creer que no lo conozcan –les digo asombrado.

-En descuidarte ha comido en esta casa alguna vez –dice la hija con desgana-. Sabe lo que pasa… -se justifica–. Esta es una isla por la que han pasado muchos piratas y, la verdad, no vienen a descansar, esconden sus cosas y se marchan. Pocos somos los habitantes de esta isla, y la experiencia nos ha enseñado a no preguntar el motivo de la visita.

-Usted por lo que tiene que preocuparse es por mejorar –interrumpe la madre, molesta por la deriva de la conversación.

-El palomo está buenísimo, ¿cuál es la receta? –no negaré que tengo un punto de malicia.

-Es sencillo. Manteca, perejil, ajos, algunas especias. El truco está en la miel y el cuero, eso les da ese sabor tan especial.

Miro fijamente a Urki. Esta noche partiremos hacia el este.

FIN